

CARTAS DE LA ESPAÑA POBRE

(1940-1960)

JACINTO CHOZA

CARTAS DE LA ESPAÑA POBRE
(1940-1960)



THÉMATTA

SEVILLA • 2022

Título: *Cartas de la España Pobre (1940-1960)*
Primera edición: marzo de 2022.

© Jacinto Choza.
© Editorial Thémata 2022.

EDITORIAL THÉMATA
C/ Antonio Susillo, 6. Valencina de la Concepción
41907 Sevilla, ESPAÑA
Tlf: (34) 955 720 289
E-mail: editorial@themata.net
Web: www.themata.net
Imagen de cubierta: Plaza del Ayuntamiento de Nerva hacia 1950
Diseño de cubierta: Editorial Thémata S.L.
Maquetación y Corrección: ASC y JCh.

ISBN: 978-84-124636-2-0

DL: SE 65-2022

Imprime: Masquelibros (Jaén)

Impreso en España • Printed in Spain

Reservados todos los derechos exclusivos de edición para Editorial Thémata. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios a cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, total o parcial, de esta obra sin contar con la autorización escrita de los titulares del Copyright.

A la memoria de mis abuelos
A mis padres Juan Antonio y Encarnación
A mis hermanos Juan Antonio, Encarnita
Pepe, Manolo y Pili
A mis sobrinos

A Ananí, mi mujer
A mi hija Irene

*“El hará volver el corazón de sus padres hacia sus hijos
y el corazón de sus hijos hacia sus padres,
para que yo no venga a castigar el país con el exterminio total.”*
(Malaquías, 3, 24).

*“La familia es el único ámbito en el que la persona es querida
por sí misma.”*
(Juan Pablo II).

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	15
Carta N. 1. Para qué escribo estas cartas y cómo las escribo.....	15
Carta N. 2. Escenarios y contenido de los primeros recuerdos.....	17
Capítulo I. LOS ABUELOS Y LA ESPAÑA DE ENTREGUERRAS.....	19
1. <i>Juventud de los abuelos en la España de entreguerras</i>	21
Carta N. 3. La vida de nuestros abuelos en la Andalucía de entre- guerras.....	21
2. <i>Infancia y juventud del abuelo Juan Antonio (1912-1939)</i>	25
Carta N. 4. El bisabuelo Luis Chozá Barberá, en Chiclana.....	25
Carta N. 5. La bisabuela Pepita Ferrer Peinado, maestra en Dos Hermanas.....	27
Carta N. 6. Los estudios de bachillerato y de medicina del abue- los.....	31
Carta N. 7. Infancia y juventud del abuelo. Encuentro con la abuela....	35
Carta N. 8. La guerra civil. El diario de guerra.....	37
Carta N. 9. Los años en el frente. El frente de Castuera.....	39
Carta N. 10. Castuera, el batallón de prisioneros gudarís, Extremadura y Andalucía.....	41
3. <i>Infancia y juventud de la abuela Encarna (1919-1939)</i>	43
Carta N. 11. El bisabuelo Jacinto en Alcalá de los Gazules y Sevi- lla.....	43
Carta N. 12. La bisabuela Luisa Camacho Giadams en Cádiz.....	45
Carta N. 13. La infancia de la abuela. El colegio San Francisco de Paula, y el teatro.....	47
Carta N. 14. El encuentro con el abuelo (1931).....	51
Carta N. 15. La casa de Heliópolis.....	53

Carta N. 16. El estallido de la guerra en Sevilla. El frente de Castue- ra.....	55
Carta N. 17. La vida durante guerra civil en Sevilla y después.....	57
4. <i>La boda y la vida profesional de los nuevos esposos (1940-1943)</i>	59
Carta N. 18. La boda y los inicios profesionales. El sanatorio anti- tuberculoso de Aracena.....	59
Carta N. 19. De Sevilla a Castilblanco de los Arroyos y a Villafranca de los Barros.....	63
Carta N. 20. Problemas en el horizonte de la familia.....	65
Capítulo II. LA INFANCIA EN VILLAFRANCA DE LOS BARROS, BADAJOZ (1944-1951).....	69
1. <i>Los primeros recuerdos. El medio doméstico y la vida familiar</i>	71
Carta N. 21. La felicidad de la infancia. Todos juntos por la no- che.....	71
Carta N. 22. Lucía y Rafaela. Villafranca y Zafra.....	75
2. <i>El medio urbano y rural</i>	79
Carta N. 23. El colegio y la hermana Rosenda.....	79
Carta N. 24. La matanza en casa de Don Cecilio. El aceite y la ha- rina en el “doblao”	81
Carta N. 25. Mi primera película. “Los tambores de Fumanchú” ...	83
3. <i>Enfermedades, maduración y crecimiento familiar</i>	85
Carta N. 26. La hepatitis. Granada con azúcar.....	85
Carta N. 27. Nacimiento de Manolo y Pili. El nombre para la ni- ña.....	87
Carta N. 28. La primera comunión.....	89
Carta N. 29. La confirmación.....	91
4. <i>El traslado a Nerva</i>	93
Carta N. 30. El nacimiento de la seguridad social y el traslado a Nerva.....	93
Capítulo III. NERVA. LA ESPAÑA POBRE DE LOS 50 (1952-1954).....	95
1. <i>De la prehistoria a la historia. El sur de España en los años 50</i>	97
Carta N. 31. Pobres, ricos, aislados y comunicados. Construcción de las redes.....	97

	Carta N. 32. Escenario de nuestra historia. La casa de Nerva.....	101
	Carta N. 33. Habitar, vestir y comer. Nerva en los años 50.....	103
	Carta N. 34. Las casas de los barrios pobres.....	105
	Carta N. 35. Pueblos prehistóricos. Agua, saneamientos, luz, teléfono.....	107
	Carta N. 36. Pueblos modernizados. Plancha eléctrica, lavadora, pick-up.....	109
	Carta N. 37. Conexiones con la civilización. Carreteras a Sevilla y a Huelva.....	111
	Carta N. 38. Conexiones con el pasado y el futuro. Enseñanza primaria y secundaria.....	113
2.	<i>La vida social. Nosotros, los pobres y los ricos.....</i>	117
	Carta N. 39. ¿Nosotros éramos ricos? Amalia la del estanco.....	117
	Carta N. 40. Los hombres pobres. Cayetano y los niños del “hogar”.....	119
	Carta N. 41. Las mujeres pobres. Joaquina, su hija, las sirvientas.....	121
	Carta N. 42. Los hombres ilustres del pueblo: Vázquez Díaz y Labrador.....	123
	Carta N. 43. Servicios y actos públicos. Plaza de abastos y fiestas de San Bartolomé.....	125
	Carta N. 44. Geografía de los espectáculos. Fútbol, toros, cine.....	129
	Carta N. 45. Amigos y juegos de Nerva. Los hermanos Mittenhoff, Pepito Conde, Paqui Alfonseca.....	133
	Carta N. 46. Una ventana a la cultura: Don A. Zarza Vázquez.....	135
3.	<i>El horizonte profesional de la familia.....</i>	137
	Carta N. 47. La medicina privada y la rivalidad profesional.....	137
	Carta N. 48. La medicina pública y la rivalidad de los pacientes.....	139
	Carta N. 49. De la miseria a la atención social. Las vacunas y la salud pública.....	141
	Carta N. 50. Los estudios de magisterio de mamá.....	143
	Carta N. 51. La carrera, las oposiciones y la escuela de La Naya.....	145
	Carta N. 52. ¿Estudios u oficios? Escuela de pintura y taller de carpintería.....	147
4.	<i>La intimidad familiar.....</i>	149
	Carta N. 53. Paternidad responsable. Por qué no tuvimos más hermanos.....	151

Carta N. 54. Sociograma familiar y preferencias de los padres.....	151
Carta N. 55. Afinidades entre los hermanos. La pareja invisible...	153
Carta N. 56. Balleno, Gisela, Morcillo, Postigo, Gonío y Piloto.....	155
Carta N. 57. El arte de la madre y la calidad de vida. La gastronomía.....	157
Carta N. 58. La ayuda en el laboratorio. Microscopio, pruebas de sangre y de orina.....	159
Carta N. 59. Los “juegos reunidos” y otros juegos. Las lecturas. La pulga.....	161
Carta N. 60. Los domingos. La misa, los TBO, las chuches en el triángulo.....	163
Carta N. 61. Preferencias y vetos en las comidas. Los días de los santos.....	167
Carta N. 62. El árbol de Navidad. Los reyes magos.....	169

Capítulo IV. BACHILLERATO ELEMENTAL. SEVILLA, HUELVA Y NERVA (1954-55 A 1957-58).....171

1. <i>La familia de la ciudad y el mundo de los estudios.....</i>	173
Carta N. 63. Tabla de los estudios de bachillerato de los hermanos.....	173
Carta N. 64. Estudios del bachillerato. El colegio San Francisco de Paula.....	175
Carta N. 65. La casa de los abuelos, los tíos en la capital, el Beaterio.....	177
Carta N. 66. La experiencia de los estudios y de la vida con las otras familias.....	179
2. <i>La vida con las otras familias.....</i>	181
Carta N. 67. Que seas bueno, que estudies, que le ayudes a tía Mari.....	181
Carta N. 68. La casa de tía Boni y tía Ana.....	183
Carta N. 69. La casa de tía Luisa en Dos Hermanas.....	185
3. <i>Primero y segundo de Bachillerato (1954-55 y 1955-56).....</i>	187
Carta N. 70. Las ciencias naturales, la pintura, los juegos.....	187
Carta N. 71. La aparición del yo.....	189
4. <i>La tuberculosis, Nerva (1956-57).....</i>	191

	Carta N. 72. Muchas horas de cama. Huevos fritos con chorizo. El cine.....	191
	Carta N. 73. La banda sonora de la infancia.....	193
5.	<i>Cuarto curso en Osuna (1957-58)</i>	195
	Carta N. 74. El verano en Osuna y la reválida de cuarto.....	195
	Carta N. 75. Por qué era yo tan mal estudiante.....	197

Capítulo V. BACHILLERATO SUPERIOR. HUELVA, EL INSTITUTO Y EL COLEGIO MENOR (1958-59 A 1960-61).....199

1.	<i>Quinto curso en el colegio menor y el Instituto de Huelva (1958-1959)</i>	201
	Carta N. 76. Huelva en 1958.....	201
	Carta N. 77. El Instituto Santa María de la Rábida y el Colegio menor.....	205
	Carta N. 78. Ambiente político y amigos del Instituto y el Colegio menor.....	209
	Carta N. 79. Vida de estudiante en Huelva, Tío Ramón y tía María Jesús. Vida familiar en Nerva, la primera comunión de Pili...211	
2.	<i>Bachillerato superior. Quinto curso</i>	215
	Carta N. 80. Quinto de bachillerato (1958-59). Cuando me vino la responsabilidad y el ensimismamiento.....	215
	Carta N. 81. La trigonometría y primeras novelas: <i>Sinué el egipcio</i> y <i>Crimen y castigo</i> (6/6/2021).....	217
	Carta N. 82. Tarde de domingo. Los lenguajes del sexo.....	219
3.	<i>Sexto de bachillerato (1959-60)</i>	221
	Carta N. 83. Manolo en Montegordo y Pili en bachillerato.....	221
	Carta N. 84. Cómo me hice cristiano.....	223
	Carta N. 85. Cómo me hice liberal.....	225
	Carta N. 86. Cómo me hice filósofo. Cambio a bachillerato de letras.....	227
	Carta N. 87. Mi primer cigarro en el Colegio Menor Viejo.....	229
4.	<i>Preuniversitario en el colegio menor nuevo (1960-61)</i>	231
	Carta N. 88. Mi primera novia.....	231
	Carta N. 89. Filosofía y letras especialidad de filosofía pura.....	233

5. <i>Primeros años de universidad y traslado a Madrid</i>	235
Carta N. 90. Final del bachillerato.....	235
Carta N. 91. El traslado a Madrid. 25 de julio de 1964.....	237
Carta N. 92. Encarnita, Manolo y Pili en Madrid con los abue- los.....	239
<i>Apéndice</i>	243
Apéndice 1. Registro del nacimiento de Jacinto Armenta Gui- llén.....	244
Apéndice 2. Villafranca de los Barros. Pregón de la Virgen de la Coronada.....	245
Apéndice 3. Recuerdos del Instituto La Rábida de Huelva.....	262

PRÓLOGO

Carta N.1. Para qué escribo estas cartas y cómo las escribo (20/09/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Después de haber escrito *Filosofía para Irene* y *Religión para Irene*, Pau me dijo que escribir el segundo libro en forma de cartas hacía que le interesara mucho a cualquiera que lo leyese, y que era inevitable que se identificara con el destinatario.

Os lo conté, y comenté que me daba vueltas en la cabeza escribir, también en forma de cartas, un libro titulado *Historia para Irene*, en el que podía contar la historia de la familia, desde mi infancia hasta tu nacimiento, dividida en varias partes o varios volúmenes.

Dijisteis que os encantaría que escribiera ese libro, y leerlo. Ananí, a quien ya le he contado de palabra muchos episodios de esta historia, también. Igualmente los hermanos y sobrinos. Incluso creo que puede interesar a gente ajena a la familia, curiosa de conocer cómo era la vida ordinaria en España durante aquel tiempo.

Hay muchos libros sobre la historia política, económica y social de la España del siglo XX, escritos por universitarios y académicos. Hay muchas biografías y autobiografías de los políticos españoles del siglo XX, y hay muchos relatos y descripciones de la vida ordinaria en esa época, en libros de ficción literaria y de memorias, y en películas.

Este libro es más bien de ese último estilo, y por eso puede interesar a nuestra familia y a los aficionados a ese tipo de relatos y de información. Además, después del tiempo que llevo viviendo temporadas en Arequipa, resulta que allí encuentro una gran cantidad de cosas que son ahora como eran en España en mi infancia y antes. En el lenguaje en primer lugar, pero también en las costumbres. Arequipa me permite revivir ahora la España de los años 40, 50 y 60. Es muy curioso, pero es así.

Para nosotros, Anaí, tú, mis hermanos y sobrinos y yo, tiene el interés añadido de honrar la memoria de nuestros padres, los abuelos. No porque quiera hacer con ellos una especie de vida de santos, porque en unos aspectos de su vida fueron admirables y ejemplares, y en otros no lo fueron, como todos los padres. Pero recordar ambas facetas con afecto ya es honrarlos. Porque se reconocen sus valores y se perdonan sus deficiencias.

Porque, ¿es que hay deficiencias imperdonables en la vida de los hombres, incluidas las de los propios padres? Bueno eso se irá viendo a lo largo de las cartas.

Como sabes, como sabéis, yo, por carácter, soy más inclinado a la comprensión y exculpación que a los juicios condenatorios. Pero a mi edad mucho más. Y no solo por mi edad. También la formación de antropólogo te lleva a eso.

Bueno, pues empiezo a contaros. Si veo que os gusta y os interesa, seguiré escribiendo hasta el final. Porque a mí me gusta tanto escribir, y me lo paso tan bien escribiendo, que me es suficiente el mínimo pretexto para hacerlo.

Carta N. 2. Escenarios y contenido de los primeros recuerdos (20/9/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Antes de empezar esta segunda carta, quiero ya daros las gracias a todos, por las correcciones que me vais haciendo, sobre las fechas y los participantes en los acontecimientos, y también por las preguntas y las advertencias que me hacéis para que no olvide tal o cual episodio.

Muchísimas gracias a todos, especialmente a Ananí. Aunque la pandemia nos tiene a los dos separados por el Atlántico, por lo menos gracias a las cartas ella puede pasarse al viejo continente y acompañarnos en estas sesiones familiares con todos.

El recuerdo, las cartas y la red, nos ayudan a vivir juntos toda la familia cosas que, a lo mejor, en circunstancias normales, no compartiríamos

El escenario que mis recuerdos componen espontáneamente en mi memoria, es el de la historia de un país, España, y una región, Andalucía, en la segunda mitad del siglo XX. La gente allí, durante ese tiempo, pasa de una situación de pobreza, de retraso político, económico y social, y de aislamiento mundial, a una situación perceptible en la vanguardia política, económica y social de un mundo globalizado.

En el ranking de los países del mundo, España se mantiene en posiciones alrededor del puesto 15 durante los siglos XIX y XX, al menos eso dice Google. Pero no ocurre lo mismo en el ámbito de Europa y la Unión europea. En comparación con Europa, ese cambio se nota mucho, y es lo que mis padres, todos los hermanos y yo hemos vivido, de una manera a veces dramática, y lo que vamos a contar entre todos, aunque yo sea el redactor.

Lo que se ha vivido de una manera más dramática fue pasar, de una situación económica y una posición social desahogada, muy desahogada, de nuestros abuelos a comienzos del siglo XX, cuando nacieron nuestros padres en 1912 y 1919 respectivamente, a una situación y una posición difícil en los años 30 para todos, y a una situación angustiosa para nuestros padres de los años 40 a los 60.

Después de la guerra civil, la situación económica fue angustiosa. Ese era el contexto de mi infancia y la de mis hermanos, pero nosotros

no percibíamos eso así. Creo que, sobre todo, por el buen hacer de mi madre y la sobriedad de mi padre.

Bueno, en esto mis hermanos y yo quizá discrepamos. Porque yo soy una réplica de mi madre, de la abuela Encarna, y solo percibo por todas partes lo positivo, como ella.

Además, yo, mucho más que ella, vivo muy dentro de mis sueños, que suelen ser maravillosos, y por eso el conjunto de mis recuerdos también lo son.

Como he dicho, os paso copia de este correo a todos, por si queréis seguir la historia, entreteneros, hacer preguntas, hacer correcciones y añadir datos y recuerdos que yo no conozco.

Ubicación de las ciudades y sus provincias en España en 2020



Las ciudades de España, 2021.

<https://espanol.mapsofworld.com/continentes/europa/espana/ciudades/>

CAPÍTULO I

LOS ABUELOS Y LA ESPAÑA DE ENTREGUERRAS

1. *Juventud de los abuelos en la España de entreguerras.*

Carta N.3. La vida de nuestros abuelos en la Andalucía de entreguerras.

2. *Infancia y juventud del abuelo Juan Antonio (1912-1939).*

Carta N. 4. El bisabuelo Luis Chozza Barberá, en Chiclana.

Carta N. 5. La bisabuela Pepita Ferrer Peinado, maestra en Dos Hermanas.

Carta N. 6. Los estudios de bachillerato y de medicina del abuelo.

Carta N. 7. Infancia y juventud del abuelo. Encuentro con la abuela.

Carta N. 8. La guerra civil. El diario de guerra.

Carta N. 9. Los años en el frente. El frente de Castuera.

Carta N. 10. Castuera, el batallón de prisioneros gudaris, Extremadura y Andalucía.

3. *Infancia y juventud de la abuela Encarna (1919-1939).*

Carta N. 11. El bisabuelo Jacinto en Alcalá de los Gazules y Sevilla.

Carta N. 12. La bisabuela Luisa Camacho Giadams en Cádiz.

Carta N. 13. La infancia de la abuela. El colegio San Francisco de Paula, y el teatro.

Carta N. 14. El encuentro con el abuelo (1931).

Carta N. 15. La casa de Heliópolis.

Carta N. 16. El estallido de la guerra en Sevilla. El frente de Castuera.

Carta N. 17. La vida durante guerra civil en Sevilla y después.

4. La boda y la vida profesional de los nuevos esposos (1940-1943).
- Carta N. 18. La boda y los inicios profesionales. El sanatorio antituberculoso de Aracena.
 - Carta N. 19. De Sevilla a Castilblanco de los Arroyos y a Villafranca de los Barros.
 - Carta N. 20. Problemas en el horizonte de la familia.

1. Juventud de los abuelos en la España de Entreguerras

Carta N. 3. La vida de nuestros abuelos en la Andalucía de entreguerras (26/9/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Los padres de mi padre y los padres de mi madre eran familias de clase acomodada, comerciantes, empresarios y profesionales de la burguesía bien situada, y por eso la infancia de mis padres, los abuelos paternos, fue una infancia sin privaciones e incluso de abundancia. Y ese era también el tono de los primeros recuerdos de mi infancia.

Creo que todos eran republicanos, liberales y laicistas. No llevaron a sus hijos a colegios de religiosos, sino al colegio de la Institución Libre de Enseñanza de Sevilla, San Francisco de Paula. Situado entonces, y todavía ahora, en la calle sor Ángela de la Cruz, junto a la parroquia de San Pedro. Y eso era toda una señal de profesión de vida laica, liberal y de clase acomodada.

Los hombres eran librepensadores y poco religiosos. Más bien agnósticos, como nuestro abuelo Jacinto y nuestro padre Juan Antonio. Nuestro abuelo murió, a mediados de los 50, recibiendo antes los últimos sacramentos, y nuestro padre también, en 1994, porque Pili se empeñó, venciendo la resistencia de Encarnita. Las mujeres, en cambio, eran todas muy religiosas, y en aquel ambiente estaba muy mal visto que no lo fueran. Podía considerarse como señal de ser una mujer que no era del todo una mujer cabal. Bueno, yo no conocí entonces a ninguna mujer que no fuera religiosa.

Allí estudiaron el bachillerato mi padre y mi madre entre los años 1918 y 1928 más o menos, y allí empezamos a estudiar el bachillerato mi hermano Juan Antonio y yo en la década de 1950.

La imagen que yo tengo del abuelo Jacinto, el padre de mi madre, es la de un señor con barba bastante canosa, desayunando ceremoniosamente su taza de café humeante que le servía la criada, son su pan, pan asentado del día anterior, su tomate que cortaba pausadamente, y algunas cosas más, sentado en un sillón de caoba, a la cabecera de una mesa muy larga.

Como son recuerdos de cuando yo era pequeño, la mesa me parecía muy larga. Era de caoba rojiza. La cabecera de la mesa daba a un ventanal amplio por el que se veían las flores de plumbago del jardín, y el lado opuesto daba a una ventana del office. La mesa quizá estaba acompañada, junto con dos sillones, por diez sillas, un aparador, y no recuerdo más. Pero eso da una idea del ambiente.

Mi padre y mi madre les hablaban a sus padres de usted, y don Jacinto era un personaje importante en la casa. Su despacho, su desayuno, sus útiles de aseo, sus gafas... eran casi objetos sacros. Ese es el ambiente que yo recuerdo de mis 8 y 10 años en el chalet de Heliópolis, de la calle Tajo, n.º 9, donde nacimos yo y todos los hermanos Choza Armenta.

Como mi padre y mi madre provenían de casas así, con costumbres así, nuestra primera casa en Villafranca de los Barros (Badajoz) en los años 40 estaba puesta un poco recordando el estilo de la de Heliópolis, pero sin llegar a su nivel. Yo recuerdo vagamente el nacimiento de mi hermano Manolo, el 5º de los hermanos, y luego el de Pili, la 6ª hija.

Era una casa muy grande, en un primer piso, que integraba la consulta de médico de nuestro padre, y la vivienda de su familia de 6 hijos. Teníamos tres criadas, con uniforme, Lucía y Rafael, y otra mujer más. Creo que una atendía a los enfermos en la consulta, otra se centraba más en la cocina y otra más en nosotros, los niños. Nos vestían y peinaban, nos sacaban de paseo, y cosas así.

Yo no tengo recuerdos de escasez ni estrecheces, aunque, como contaré, las hubo. Tampoco de abundancia. Yo no conocía otra cosa y ese ambiente era para mí la normalidad.

Panorámica de la ciudad de Sevilla, Triana, en 1914.



Escalera de Tagua, Triana 1914

<http://blogdeltomi.es/sevilla-1850-a-1960-en-fotos/>

Exposición Iberoamericana de 1929.



Vistas del pabellón de Marruecos (arriba), de México (abajo) y de la plaza de España (derecha). <http://sevillaciudad.sevilla.abc.es/reportajes/sur/cultura-sur/exposicion-iberoamericana-sevilla-diez-hitos/>

2. Infancia y juventud del abuelo Juan Antonio (1912-1939)

Carta N. 4. El bisabuelo Luis Choza Barberá, en Chiclana (26/9/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La idea que tengo de la familia de mi padre, seguramente me llega a través de tía Boni y tía Ana, hermanas del abuelo Luis, con quienes mi padre vivió cuando era estudiante en los años 20, y con quienes mi hermano Juan Antonio y yo vivimos durante un curso o dos del bachillerato en el colegio San Francisco de Paula, en los años 50. También me llega a través de mi prima Carmen, la madre de Montse, con quien traté mucho durante 30 años en Sevilla.

Al parecer Choza es un apellido de origen gallego, de una familia que emigró a Cádiz y se instaló en Chiclana. Luis Choza Barberá pertenecía a una familia bien situada. Y tenía unas cuantas hermanas, propietarias de casas en Sevilla. En Chiclana había, y todavía hay, personas de apellido Barberá con negocios de bodegas que solían ir bien (según Google, las Bodegas Barberá S.L. de Chiclana, están ahora en liquidación, en septiembre de 2020).

Luis Choza Barberá era el único chico entre varias hermanas, y saqué la idea de que era un chico mimado y débil. También saqué la idea de que, cuando se casó con mi abuela Pepita Ferrer Peinado, natural de San Fernando, un pueblo de la provincia de Cádiz muy próximo a Chiclana, nadie de su familia aprobó el matrimonio. Quizá porque Pepita era de un nivel económico y social inferior, pero además, y sobre todo, porque era una mujer autónoma y que trabajaba, y estabas mal visto que una mujer hiciera eso.

Luis Choza Barberá murió en la epidemia de gripe española de 1919, y antes de morir parece que no tuvo una vida muy feliz. No sé si tenía alguna actividad profesional, pero saqué la idea de que bebía, era desgraciado y murió porque prefería morir que vivir como vivía.

Bueno, creo que esto es lo que me llegó a través de la tía Boni y la tía Ana, que cuidaron a Juan Antonio, el hijo de su hermano Luis. Siempre culparon a Pepita de haber hecho un desgraciado a su hermano.

Creo que mi padre, después de quedarse huérfano a los 7 años, pasó a vivir muchos años con esas tías, que frecuentemente le hablaban mal de su madre. Creo que esto hacía sufrir mucho a mi padre, y a su madre.

Quizá algo de esto he llegado a saberlo también por mi padre. Cuando yo le preguntaba a mi padre por estas cosas, él no quería contarme, pero tampoco negaba estas versiones de los acontecimientos.

Quizá la hermana de mi padre, mi tía Luisa, alguna vez comentó algo sobre la tía Boni y la tía Ana, quizá también su hija, mi prima Carmen, me contara algo cuando yo le iba preguntando.

No sé. El caso es que la infancia de mi padre, el abuelo Juan Antonio, parece que fue desgraciada desde el principio, y que eso repercutió en su carácter. Todo eso sí lo sabía la abuela Encarna, mi madre, y a veces nos recordaba esos malos años de la infancia, y otros posteriores, para hacernos comprender algunas rarezas del carácter de mi padre.

Carta N. 5. La bisabuela Pepita Ferrer Peinado, maestra en Dos Hermanas (27/9/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Nuestra abuela Pepita Ferrer Peinado nació en San Fernando, Cádiz. No sé nada de su familia ni de su infancia. Encarnita me cuenta que se fue casa de su familia porque un hermano suyo tuvo un hijo natural y le quiso dar los mismos apellidos de él y de ella, y acogerlo en la casa. A ella eso le pareció muy indigno. Se fue a vivir a Sevilla y le pidió ayuda a su abuelo, que era secretario de la Universidad de Sevilla. Su abuelo le ayudó, estudió magisterio, y ya con su título empezó a trabajar como maestra en Guadalcanal, un pueblo de la Sierra Norte de Sevilla.

No sé cómo conoció a nuestro abuelo Luis, ni cómo se casaron. Sé que tuvieron tres hijos, Juan Antonio, el mayor, nuestro padre; Luisa, la segunda, la madre de los primos Carmen, Alfredo y María Cristina, y Rafael, el tercero, que se hizo militar durante la guerra civil, se casó con la hija de un general, y tuvieron 6 hijos, los primos los Choza Sotelo. Pueden encontrarse todos en la lista de teléfono de Sevilla.

Los Choza Armenta y los Choza Sotelo sólo nos hemos tratado algo en la infancia, y más adelante nos encontrábamos en los funerales, pero nos queremos mucho y si nos necesitamos nos tenemos. También pasa igual con los hijos de la tía Luisa. Los primos Choza hemos estado siempre dispuestos a ayudarnos unos a otros. Y los primos Armenta también.

Nuestra abuela Pepita se trasladó a Dos Hermanas, no sé si antes o después de quedar viuda y con tres hijos.

Creo que ella pasó estrecheces económicas para sacar adelante a sus tres hijos, hasta que los tres se situaron, poco antes o poco después de la guerra civil. Mi padre acabó medicina y empezó a trabajar como médico, la tía Luisa se casó con un hombre de negocios rico, y se instaló cerca de su madre, y el tío Rafa se hizo alférez provisional en la guerra y luego se quedó en el ejército como oficial.

Pepita Ferrer Peinado fue una maestra muy conocida y muy apreciada en Dos Hermanas. La gente del pueblo la quería mucho, mucho. Yo viví en Dos Hermanas, en casa de la tía Luisa y el tío Alfredo, el

año que estudiaba tercero de bachillerato en el colegio San Francisco de Paula de Sevilla, el curso 1956-1957.

La casa de la abuela Pepita estaba una puerta o dos más abajo de la de la tía Luisa, y algunas veces yo iba a su casa. Recuerdo vagamente un patio lleno de pilistras, la planta de hojas más verdes y que menos sol necesita de cuantas se tienen en los patios de Andalucía.

Se sentaba en una mecedora en la que se mecía, se abanicaba, rezaba el rosario y hablaba con la gente. Sonriente, bondadosa, dulce. En su dormitorio estaban las fotografías de sus familiares más cercanos colocadas en la mesilla y la cómoda.

Mi prima Carmen iba a pasar muchos ratos con ella. Se querían mucho. Mi prima Carmen se sentía más a gusto en casa de su abuela que en la de sus padres, se sentía más querida y más cuidada. También mi abuela Pepita se sentía más cuidada por su nieta que por su hija.

Murió de una cirrosis hepática, cuando su hijo Juan Antonio estaba en Madrid haciendo unas oposiciones para inspector médico de la Seguridad Social, como Encarnita y Pepe han recordado. El marido de tía Luisa, el tío Alfredo, que era un hombre muy serio, ordenado, observante de las costumbres y las leyes, y muy religioso, se ocupó de los funerales. Al entierro fue todo el pueblo de Dos Hermanas, y fue un acontecimiento importante para todo el mundo.

El día que murió, el 5 de junio de 1955, Pepe estaba allí y recuerda que la acompañó cuando le dieron la extremaunción. Encarnita no sabe dónde estaba, y otros estábamos con tía Mari en la casa de Heliópolis, en Sevilla. Estábamos escuchando por la radio la retransmisión del partido de la final de la copa del Generalísimo, entre el Sevilla y el Atlético de Bilbao, que perdió el Sevilla por 1 a 0. Alguien vino y nos dijo que había muerto nuestra abuela. Y seguimos escuchando la retransmisión del partido.



Los bisabuelos Luis y Pepita con sus hijos, Juan Antonio, Luisa y Rafael, hacia 1916.

Foto Archivo E. Choza.

Carta N. 6. Los estudios de bachillerato y de medicina del abuelo (27/9/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Yo diría que la figura más destacada durante la vida de estudiante de mi padre, fue el tío Franco, el marido de tía Boni. A propósito, Boni es un diminutivo de Bonifacia, y celebraba su santo el 5 de junio, el día que nació Pepe Choza Armenta.

No sé cuándo se casaría, pero cuando el abuelo Juan Antonio se quedó huérfano con 7 años, quizá ya estuvieran casados. Creo que cuando él empezó el bachillerato su madre vivía en Dos Hermanas, y Juanito, como le llamaban, se fue a vivir con sus tíos a Sevilla, en la calle Tarifa, 3, 3º.

Eso es la Campana, el mismísimo centro de Sevilla, a cinco minutos del colegio San Francisco de Paula, y de la Universidad, que entonces estaba, con todas las facultades que tenía, en la calle Laraña. Donde ahora está la Facultad de Bellas Artes.

El tío Franco era inspector de Hacienda, ganaba un buen sueldo, y formaba parte de la clase de altos funcionarios que en los años 20 empezó a desarrollarse en España. Él mismo estaba asombrado de la condición de vida del funcionario. Le decía al abuelo Juan Antonio: cuando llega el final del mes, me gasto todo el dinero que me queda. Porque al día siguiente voy a cobrar otra vez la misma cantidad que he cobrado al principio.

Lo comentaba como si fuera algo milagroso o mágico, y, en cualquier caso, impensable para un ciudadano de un país en el que la administración pública estaba empezando a extenderse, y creaba, como desde la nada, un cuerpo de funcionarios que se estrenaban como profesionales.

Y se gastaba el dinero en disfrutar, con mi padre y su esposa, de lo que más le gustaba de todo: los espectáculos públicos y especialmente los musicales. Actuaciones de orquestas, de compañías de ópera y de zarzuela, de teatro, etc.

Por eso mi padre tuvo una infancia muy cultivada, muy de la alta burguesía, y desde muy pronto desarrolló una intensa afición a la mú-

sica, su gran pasión, que luego nos inculcó a sus hijos, y que pudimos cultivar porque en nuestra infancia nació la radio comercial.

Pero el tío Franco murió antes de que mi padre empezara sus estudios universitarios, que ya se desarrollaron en una situación de estrecheces económicas.

En contra de su inclinación y de su vocación, que eran los estudios de Filosofía y Letras, hizo la carrera de medicina por consejo del director del Colegio San Francisco de Paula a su madre, la abuela Pepita.

Cuando había que elegir entre bachillerato de ciencias y de letras, Pepita habló con el director del colegio para indicarle que el niño, Juanito, quería estudiar Filosofía y Letras, y que pensaba matricularlo en la rama de letras del bachillerato. El director le dijo que no le hiciera caso, porque los niños no saben bien lo que quieren, y que lo matriculara en la rama de ciencias.

Si hace la rama de letras luego sólo puede estudiar Derecho y Filosofía. Matricúlalo en ciencia, y así puede elegir luego entre todas las carreras.

El abuelo Juan contaba que pudo elegir entre todas las carreras, excluyendo la que él quería hacer. Entonces, como un mal menor, escogió medicina, porque era la más humanística de las carreras de ciencias.

Y así empezó su carrera, en la facultad de Medicina, situada entonces en la calle Laraña, a menos de cinco minutos a pie de la casa en la que vivía.



Vista de la plaza de la Campana en 1920 desde la calle Tarifa, hacia 1920. Al fondo a la derecha, la entrada a la calle de la Sierpes.

<https://www.pinterest.es/pin/248331366935437932/>

Consejería de Obras Públicas y Transportes y Ayuntamiento de Sevilla, ed. (1993). Diccionario histórico de las calle de Sevilla. pp. 252-255. ISBN 84-8095-020-X.



La calle de la Sierpes desde la plaza de la Campana, hacia 1930.

Carta N. 7. Infancia y juventud del abuelo. Encuentro con la abuela (3/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

El abuelo pudo empezar la carrera de medicina hacia 1929 o 1930, o quizá en 1931, después de caer la Dictadura de Primo de Rivera e instaurarse la República, en plena depresión económica mundial, provocada por el crack de la bolsa de Nueva York en 1929.

Allí conoció, entre sus compañeros de curso, a Luis Armenta Camacho, y formaron una de las parejas de amigos más íntimos y leales que yo he conocido nunca. Hasta su muerte.

De la época de estudiante de mi padre, he conservado en la memoria unos cuantos rasgos de los recuerdos que él nos contaba. La admiración y aprecio a sus maestros durante los estudios de medicina, y la satisfacción de sentirse valorados por ellos. El disfrute de la vida cultural y especialmente musical de Sevilla en los años 30. La indiferencia ante los bandos políticos y ante el enfrentamiento entre ellos en la universidad, indiferencia que le llevó a mantenerse al margen de los grupos políticos antes de la guerra, durante la guerra y después de la guerra.

Juan Antonio y Luis eran se hicieron amigos en el primer año de medicina, o más bien en el colegio San Francisco de Paula. Luis era un chico inocente y bastante ingenuo, carne de cañón y objetivo de bromas y burlas de sus compañeros en el colegio. Juan Antonio, que era de carácter más firme y seguro de sí mismo, se enfadaba con los bromistas y defendía a Luis, porque le molestaba que los demás chicos se metieran con él sólo porque era buena persona y a veces no sabía defenderse.

Luis iba a estudiar una ingeniería, porque su padre, nuestro abuelo Jacinto, tenía una fábrica de tejidos, y la ingeniería le serviría a Luis para llevar la dirección de la empresa. Cayó enfermo con una tuberculosis renal y tuvieron que sacarle un riñón. Después de ese episodio, y debido a otras circunstancias que no conozco, Luis decidió estudiar medicina y empezó la carrera a la vez que Juan Antonio.

Según mis cálculos, empezarían la carrera entre 1929 y 1931, años muy convulsos políticamente en España y en el mundo. En 1929 se habían celebrado en España la Exposición Universal de Sevilla y la de Barcelona, que significaron una revolución urbanística de las dos ciudades.

Después de la exposición, Jacinto Armenta, que vivía con su familia en el centro de la ciudad, adquirió uno de los Hotelitos del Guadalquivir, en el n.º 9 de la calle Tajo, en Heliópolis, una urbanización de chalets habitados por los ingenieros y directivos de la exposición de 1929.

Después de la exposición, Jacinto Armenta, que vivía con su familia en el centro de la ciudad, adquirió uno de los Hotelitos del Guadalquivir, en el n.º 9 de la calle Tajo, en Heliópolis, una urbanización de chalets habitados por los ingenieros y directivos de la exposición de 1929.

Probablemente cuando los dos amigos empezaron la carrera de medicina, y estudiaban a veces juntos en la casa de uno o de otro, Luis vivía ya en ese chalet, y allí fue donde Juan Antonio tuvo su primer encuentro con Encarna.

Cuando Juan Antonio vio por primera vez a Encarna, la hermana pequeña de Luis, allí en su casa, se quedó prendado de ella, que tenía entonces 12 años. Le preguntó a su amigo. ¿Quién esta chiquilla? Es mi hermana Encarna. Después le comentó: me apuesto contigo una cena a que me caso con tu hermana Encarna.

Encarna había nacido en 1919, y cumplió sus 12 años en 1931. Juan Antonio, era 7 años mayor que ella y había nacido en 1912, por lo que entonces tenía 19 años y había empezado ya la carrera.

Se lo he contado muchas veces a Ananí y a Irene, porque Irene tenía 12 años cuando Paco y ella se hicieron novios. Irene no era demasiado joven en 2010 para tener novio. Juan Antonio y Encarna se enamoraron a esa edad.

Carta N. 8. La guerra civil. El diario de guerra (3/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Cuando estalló la guerra civil en España el 18 de julio de 1936, Juan Antonio había terminado 5º curso de medicina (por lo que quizá empezara la carrera en el curso 1931-32 si hizo todos los cursos seguidos sin interrupción).

Tenía 24 años y había obtenido ya el título de “practicante” (ATS o ayudante técnico sanitario), para pagarse los estudios de medicina. Contaba que todo su armamento era un botiquín. Le dieron también una pistola, y siempre dijo que no la usaría porque no sabía usarla y no iba a aprender.

Antes de la guerra era completamente apolítico. Durante la República, cuando había enfrentamiento a tiros en Dos Hermanas entre falangistas y comunistas, los amigos que tenía tanto en un bando como en otro, le avisaban: Juan, esta noche va a haber tiroteo. Deja levantada la persiana del balcón de tu casa, para que nosotros veamos que desde allí nadie dispara, y no dispare nadie a casa de tu madre. Su hermano Rafael andaba con los grupos de falangistas y participaba en esos enfrentamientos en el pueblo

En la guerra pasó hambre, sed, cansancio, y, sobre todo, miedo. Miedo a morir bajo los disparos de los morteros, de los que era imposible defenderse porque la bomba de mortero no se ve llegar. Le quedó desde entonces, hasta que murió, una secuela psíquica consistente en que entraba en pánico cuando sentía que podía morir. Le decía a su hija Encarnita, enfermera: que yo no me entere de que me voy a morir. Cuando llegue el momento, me pones esa inyección de morfina que tengo guardada.

Escribió un diario de guerra, que conservó hasta que un día le dijo a Juan Antonio que lo destruyera, y Juan Antonio lo hizo. Yo lo sentí mucho durante un tiempo, pero a partir de un momento ya no lo sentí, y me alegraba.

Le pidió eso a Juan Antonio porque sentía que el diario de guerra no podía servir más que para encender nuevamente el odio entre los dos bandos, y él no quería contribuir a eso de ninguna manera. Yo, desde que caí en la cuenta de que ese diario de guerra tiene el mismo

contenido que el cuaderno de Goya “los horrores de la guerra”, estoy conforme con que fuera destruido.

Contaba con palabras las mismas cosas que los dibujos de Goya, la mitad de ellas realizadas por un bando, y la otra mitad por otro. Yo no puedo mirar esos dibujos detenidamente, pasando las hojas una a una. Me volvería loco. Y creo que a mi padre la guerra le dejó varias marcas de ese tipo. A Ananí le enseñé esos dibujos en Valencina, y vosotros podéis verlos, buscando en Google imágenes, “Goya, los horrores de la guerra”.

Desde que cumplió los 80 años, en 1992, y celebramos sus bodas de oro, cada vez que se ponía enfermo, con gripe o con lo que fuera, se quedaba muy pálido y yo sentía que entraba en pánico. Se iba a su dormitorio, o, aunque se quedara con todos en la sala de estar, estaba ausente. Yo sentía que muy asustado, y sentía que incluso podría morir de miedo, antes que de otra cosa, de un ataque de pánico, como el que le producían las bombas de mortero.

Entonces su esperanza era su hija Encarnita y la inyección de morfina. Ahora siento con dolor que recelaba de mí, porque entonces yo era un católico observante (no me había salido del Opus todavía), y él temía que yo me opusiera a cualquier forma de evasión ante la muerte. Incluso a que lo incineraran como era su deseo.

Carta N. 9. Los años en el frente. El frente de Castuera (3/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Los años de guerra los pasó, casi la mitad en el frente, y otra mitad en campos de concentración como sanitario de los prisioneros. Entre los compañeros de guerra, estimaba sobre todo a los alemanes que instruían a las tropas de Franco. Eran profesionales y universitarios, de una Alemania que en los años 30 tenía un nivel económico y cultural muy alto.

Un episodio muy emotivo de su vida en el frente fue cuando su batallón quedó cercado por el enemigo en Castuera. Estuve allí para dar una conferencia de conmemoración de la estancia del poeta Miguel Hernández en ese frente. Aproveché para evocar aquellos momentos de la vida de mis padres, y me documenté sobre la estancia de Miguel Hernández allí, y luego lo publiqué. Pongo en el Apéndice 1 esa conferencia, para quienes queráis leer el texto completo, y copio aquí la parte más emotiva de aquel episodio.

“La guerra tuvo en Extremadura un frente constante en la provincia de Badajoz desde 1936 a 1939. Cruzaba las comarcas de la Campiña Sur y de la Serena, y trazaba una línea móvil que enlazaba los pueblos de Azuaga, Granja de Torrehermosa, Malcocinado, Castuera, Cabeza de Buey, Medellín y otros más hacia el norte.

También en la primavera de 1937 se encontraba en aquella línea del otro lado del frente un soldado dos años más joven que Miguel Hernández, destinado en el cuerpo de sanidad del ejército de Queipo de Llano, Juan Antonio Chozza Ferrer, mi padre. También él escribía desde allí cartas a su novia, Encarnación Armenta Camacho, mi madre, que las recibía y contestaba en Sevilla.

Juan Antonio no tenía ideales políticos que le llevaran a impulsar ningún tipo de conflicto bélico. Era desde que tuvo uso de razón pacifista. Estudió medicina, y aunque salió excedente de cupo del servicio militar por sorteo, en las levadas de guerra fue destinado al frente como practicante, como sanitario. No disparó nunca un tiro, y pasó los tres años de guerra curando heridos y enfermos.

Desde Castuera le devolvieron a Encarnación una de las cartas que había escrito a Juan Antonio. Su hermana Isabel se la guardó para que

ella no la viera. Que devolvieran una carta dirigida a un soldado en el frente no era un buen presagio. Tiempo después recibió carta de Juan Antonio. Habían estado sitiados por el ejército de la República, Fueron días muy angustiosos. Pasaron mucha hambre porque se quedaron sin víveres, y, sobre todo, pasaron mucha sed. Tanta que Juan Antonio, al borde de la desesperación, había llegado a beber agua oxigenada y se le había llenado la boca de espuma, había llegado a beber la propia orina destilada a través de algodones, y había tenido que limpiar la boca y el sudor de los enfermos sedientos también con agua oxigenada del botiquín.

Por fin levantaron el sitio y llegaron refuerzos. Con ellos llegaba Rafael, hermano menor de Juan Antonio, suboficial del ejército de Andalucía y le ayudó. Le escuchó que tenía hambre, mucha hambre. Le llevó a la cantina de suboficiales y le pidió al cantinero que sirviera un par de huevos fritos al soldado. Se los tomó. ¿Quieres más? Sí. Así otra vez y otra, hasta siete. Catorce huevos fritos. Tenías mucha hambre. Si, mucha.

Más tarde Juan Antonio salió del frente de Extremadura y fue destinado a un campo de concentración en la retaguardia, a la custodia de un batallón de prisioneros gudarís. Después acabó la guerra y volvió a Sevilla” (Apéndice 1).

Carta N. 10. Castuera, el batallón de prisioneros gudaris, Extremadura y Andalucía (4/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Cuando pasó a cuidar del batallón de prisioneros, la guerra fue más tranquila para él. Pasaba más tiempo con los prisioneros que con los soldados de su bando, y el cura del batallón también, y hablaba mucho con todos ellos, especialmente con el cura.

El cura era un hombre que tenía estudios, y mucha inquietud intelectual, política y pastoral. Los de su batallón del ejército de Franco decían que era un cura “rojo”, es decir, republicano o de izquierdas. De vez en cuando les advertía a los del batallón, “vosotros no creáis que os vais a salvar antes que los prisioneros o más fácilmente que ellos”.

Termino ahora añadiendo en esta carta los últimos recuerdos recogidos en el artículo sobre Castuera.

Rompió su diario de guerra cuando dos de sus hijos lo estaban mecanografiando. Quería enterrar la guerra. No quería que sus recuerdos sirvieran para que nadie odiara a nadie. Intentó siempre olvidarla. Pero sin embargo no se olvidaba de Castuera. Cantaba de vez en cuando una canción que quedó para siempre entre mi repertorio infantil:

*Adiós, Castuera,
que las chicas guapas son, guapas son;
adiós, Castuera;
adiós, Cabeza de Buey.*

La humanidad profunda y densa respiraba a ambos lados del frente, y dejaba sus latidos en otros corazones que ahora trabajan en nosotros y en nuestros hijos, y que ya no se enfrentarán en conflictos fratricidas. Miguel y Juan Antonio pueden decir al unísono:

“He prolongado el eco de sangre a que respondo.”

Miguel y Juan Antonio deambularon por el sur de España y lo recorrieron. Cuando acabó la guerra y, en 1942, se casó, Juan Antonio se

instaló como médico en Villafranca de los Barros, y en 1951 se trasladó a Nerva, en la cuenca minera de Riotinto.

Durante los años 40 y 50, en las dos décadas siguientes a la guerra, en las que los españoles padecieron mucha miseria, hambre, enfermedades, falta de atención sanitaria y educativa, falta de infraestructuras de comunicación, falta de información y de libertad informativa, los médicos que salían de las universidades se repartían por el territorio nacional y trabajaron construyendo con mucha abnegación y pocos medios la Seguridad Social. Esa Seguridad Social de la que ahora tanto se enorgullecen, y con razón, España y los españoles. En esos años Juan Antonio, como buena parte de sus compañeros de profesión, libraron algunas batallas importantes, de las cuales las más contundentes y benéficas fueron la erradicación de la tuberculosis y el paludismo de la superficie peninsular. Por su parte, Encarnación, durante las mismas fechas y por lo mismos territorios, también libró, en calidad de maestra nacional, otra de las batallas claves contra la miseria de los españoles, a saber, la batalla para erradicar el analfabetismo" (*Apéndice 1, Jacinto Choza, "Miguel Hernández, poeta de la vida y de la muerte", conferencia en las I Jornadas "Miguel Hernández: Su huella. Año hernandiano 2010". Castuera, 26 de Octubre de 2010. Publicado en Tinta china. Revista de literatura, Año XVII • Número doble: 21 y 22 • Sevilla, Mayo de 2018 • ISSN 1886-2365*).

3. Infancia y juventud de la abuela Encarna (1919-1939).

Carta N. 11. El bisabuelo Jacinto en Alcalá de los Gazules y Sevilla (11/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

El apellido Armenta es oriundo de Álava, y en Sevilla existe una calle Armenta, porque en ella vivió la familia Armenta durante un cierto tiempo desde su llegada, quizá en el siglo XVI.

La familia de Jacinto Armenta Guillén provenía de Algotocín, un pueblo de la Serranía de Ronda, en la provincia de Málaga, vinculado al ducado de Medina Sidonia, y se trasladaron a la localidad vecina de Alcalá de los Gazules, en la provincia de Cádiz.

Jacinto Armenta Guillén, uno de los diez hijos que tuvieron José e Isabel nació el 3 de mayo de 1881. Al primero le llamaron Jacinto, por el padre de José, y murió enseguida. Después nacieron otros dos, y al cuarto le pusieron de nuevo el nombre de Jacinto, como consta en el registro parroquial que se transcribe en el Apéndice 2.

A los 14 años, dijo que no quería seguir comiendo de su padre y se marchó a Santo domingo para buscarse allí la vida. A los ocho meses, como me cuenta Pepe, que tiene la historia clínica, enfermó de disentería, y lo repatriaron a Cádiz en barco. Se curó y empezó a buscarse la vida en Sevilla, que era entonces la metrópoli cercana más populosa.

Era muy emprendedor, activo, trabajador, responsable, y de mucho genio, y se dedicó a los negocios. En las dos primeras décadas del siglo montó una fábrica de tejidos y obtuvo beneficio suficiente para iniciar negocios inmobiliarios.

Construyó dos bloques de pisos junto al actual hotel Macarena en Sevilla, frente al antiguo Hospital de las Cinco Llagas y a la basílica de la Macarena. Conoció a Luisa Camacho Giadams, hija de un próspero empresario gaditano, y se casó con ella. Siempre le pedía a Dios que le diera salud, trabajo, y todos los hijos que pudiera mantener.

Jacinto y Luisa se instalaron en una casa ubicada en ese mismo lugar, donde ahora se encuentra el Hotel Macarena, y tuvieron varios hijos. Al primero le pusieron de nombre Jacinto, murió enseguida, y ya

no le pusieron ese nombre a ninguno más. Los llamaron Isabel, Luis, María, José, Encarnación y Manuel.

Después de la Exposición Universal de Sevilla de 1929 Jacinto se arruinó, perdió la fábrica de tejidos y todo lo que tenía, quizá debido a la gran depresión económica de esos años, y a las malas artes del socio con el que llevaba la fábrica.

Se mantuvo siempre vinculado a la vida sevillana. Era hermano de la cofradía de la Carretería, como muchos sevillanos del gremio textil, y pertenecía al Círculo Mercantil, que tenía su local en la calle Sierpes.

En algún momento se trasladaron a vivir al chalet que compró en Heliópolis, y allí empezó desde cero trabajando como agente comercial, vendiendo productos de alimentación a quienes habían sido clientes suyos en tiempos anteriores.

La abuela Encarna recuerda, con mucha admiración hacia su padre, ese nuevo comienzo desde cero, y la humillación que supuso para él. A él también le costaba, y algunas gestiones y visitas le desagradaban y le echaban para atrás, pero se decía: Jacinto, que tienes seis hijos que alimentar. Y cumplía cada día con lo programado.

Murió de un cáncer de hígado, en septiembre de 1954, y, aunque él no practicaba, llamaron a un sacerdote para que le atendiera. Y qué le voy a decir yo al cura, Juan Antonio, le comentaba a mi padre. Si yo lo único que he hecho en toda mi vida es trabajar... Le he chillado mucho a mi mujer... Pero es que tú sabes que siempre me sacaba de mis casillas...

Carta N. 12. La bisabuela Luisa Camacho Giadams en Cádiz (11/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Tengo la idea de que la familia de la abuela Luisa y el apellido Camacho son de Cádiz de toda la vida, y además que era gente muy típica de allí, muy practicante de sus tradiciones.

Su padre se dedicaba al diseño de carruajes y coches de caballo que producía una fábrica de Cádiz, y también pintaba. Encarnita dice que era un hombre conocido en la ciudad y muy rico, apasionado, expansivo, divertido y muy sociable, y que tenía que ir solo a todas las fiestas porque su mujer tenía un carácter muy retraído. Ve tú, ve tú, pásalo bien y diviértete, pero a mi déjame tranquila en casa.

Su hija Luisa tenía muchos rasgos del carácter de su padre. Era muy expresiva, lista, sociable y emprendedora. Encarnita cuenta que la mayor ilusión de la abuela Luisa era estudiar medicina, pero que su familia no se lo permitió porque entonces estaba muy mal visto que una mujer estudiara una carrera.

Tenía gran avidez cultural, y cuando vivían en Heliópolis, cuando llevaban el periódico, el ABC, a casa cada mañana, ella era la primera en leerlo, y lo leía completamente. Estaba informada de lo que ocurría en su ciudad, en su país y en el mundo.

Cuando Jacinto se enamoró de ella y fue a pedir su mano, se aseguró primero de que podía tener hijos. Luis, yo te quiero mucho, pero si no podemos tener hijos, yo te dejo y busco una mujer con ola que pueda tenerlos.

Habló con el padre de Luisa, que a consecuencias de su activa vida social y festiva había contraído una sífilis. ¿Usted me asegura que su enfermedad le ha llegado después de que naciera su hija Luisa, y que en ella no hay ninguna huella de su enfermedad? ¿Me asegura que puede tener hijos? Te lo aseguro, Jacinto, mi enfermedad llegó más tarde y no le ha afectado en nada a ella.

Cuando se casó se preocupó, con su marido, de que sus hijas tuvieran una educación cristiana y las enviaron al internado del Beaterio, de Alcalá de los Gazules. Esa estancia y aquellos lugares son los que

aparecen en los primeros recuerdos infantiles de la abuela Encarna y de sus hermanas.

También se preocupó de que sus hijos recibieran igualmente una educación cristiana, y de que estudiaran el bachillerato en el mejor colegio laico de Sevilla, el de la Institución Libre de Enseñanza. También se ocupó de que sus hijas, al terminar su estancia con las monjas del Beaterio, estudiaran el bachillerato en el mismo colegio laico.

Ayudó a sus hijas en el nacimiento de sus nietos, pues iban todas a dar a luz a su casa, según la costumbre de la época. Su hija María y su esposo Augusto se quedaron viviendo en su misma casa de Heliópolis, y acogieron a los hijos de Isabel y Encarna en ella, para que pudieran realizar estudios de bachillerato y universitarios.

En efecto, las dos hermanas, al casarse, se fueron a vivir a Zafra y a Nerva, donde los niños sólo podíamos realizar estudios de enseñanza primaria.

El enorme trabajo de acogida de esos nietos recaía sobre la tía Mari y el tío Augusto, a quienes todos los sobrinos recordamos como unos padres maravillosos.

Después de la muerte de Papatinto, Mamá Luisa, que padecía de los niervos, sufría, cada vez con más frecuencias, ataques de histeria, y se quedaba tirada en el suelo con una rigidez que a mí me impresionaba mucho.

A veces pasaba temporada con su hija Encarna en Nerva, o con su hija Isabel en Zafra, y cuando ya no fue oportuno que saliera de Sevilla, sus dos hijas iban a Sevilla a ayudar a Mari a cuidarla, hasta que murió el 14 de julio de 1974.

Carta N. 13. La infancia de la abuela. El colegio y el teatro (12/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La abuela Encarna era una niña feliz y encantadora, alegre, guapa, lista, dulce, vivaracha y emprendedora, heredera quizá de las mejores cualidades de Luisa y de su abuelo Camacho, y que al convertirse en madre se potenciaron en múltiples frentes. Era la favorita de su padre y la delicia de sus hermanos.

En la década de los 30 iba al colegio San Francisco de Paula con sus hermanos Luis y Pepe, que la flanqueaban cambiándose de lado en cada tramo de la calle Siete Revueltas, cuando pasaban por ella cada día en su itinerario escolar. Siendo madre, e incluso abuela, le gustaba recordar ese momento de su rutinario camino.

Según las costumbres y el estatus social de las familias como la suya en aquella época, aprendió solfeo y a tocar el piano, quizá con una profesora particular que iba a casa a enseñarles. También aprendió, lógicamente, las tareas de costura y bordado propios de una chica de su edad en aquella época, así como la gestión de la cocina.

Cuando fue madre amplió y desplegó su creatividad, y hacía la ropa, interior y exterior, para su marido y sus hijos. El *Prêt-à-Porter* no se generalizó en España hasta los años 60. Y desde el principio de su matrimonio, cosía y cocinaba, y, sobre todo, le enseñaba a hacerlo a las criadas, las cuales adquirirían la formación adecuada en las tareas domésticas, precisamente “sirviendo” en las casas de las familias burguesas.

Entre las actividades desarrolladas en el colegio destacaba el teatro, y formaba parte del grupo de colegiales actores y actrices. Representaron, entre otras obras, *El caballero de Olmedo*, y *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, y en ésta ella hacía el papel de la protagonista, Doña Inés. La obra es muy propia del romanticismo español, y muy sevillana, pues Don Juan es una figura inspirada en un noble sevillano del siglo XVI, y doña Inés es una heroína sevillana.

La abuela Encarna recordaba y recitaba de memoria, durante muchos años, pasajes del Tenorio, y otros poemas aprendidos en la infancia y la juventud que le gustaban. Le gustaba también cantar, y cantaba

bien, con buen oído. No tan bueno como el del abuelo Juan Antonio, que además tenía una preciosa voz de barítono, pero bastante bueno.

No había aprendido a bailar y no sabía, cosa en la que Juan Antonio era un maestro. Juan Antonio tenía un gran sentido del ritmo y la armonía musical, y del ritmo y los movimientos del baile. Le gustaba mucho bailar y lo hacía muy bien.

Encarna siempre nos contaba a sus hijos que ella aprendió a bailar con papá. Ella no tenía buen sentido del ritmo de los movimientos, pero Juan Antonio sí, muy bueno, y todo lo que tenía que hacer era dejarse llevar.

Hacían una pareja de baile espléndida durante el tiempo en que fueron novios, y luego, en los primeros años de matrimonio, cuando iban juntos a los congresos médicos, que solían terminar con cena y baile solemne.

Los bailes seguramente fueron uno de los grandes momentos de su juventud, episodios inolvidables de felicidad. Quizá por eso, cuando los hijos mayores llegamos a la adolescencia, Juan Antonio y Encarna nos enseñaron a bailar en casa a los tres, a Juan Antonio, a Encarnita y a mí.



Plaza Nueva vista desde el Ayuntamiento hacia 1930. En la esquina del fondo, la salida de la plaza hacia la calle San Buenaventura. <https://www.ebay.es/itm/ANTIGUA-POSTAL-SEVILLA-PLAZA-NUEVA-REY-SAN-FERNANDO-POSTCARD-POSTKARTE-CC00354-/301395601448>



Plaza de San Francisco y Ayuntamiento de Sevilla en 1910. Al fondo en el centro, la calle de la Sierpes. Al fondo a la derecha, la Audiencia y la calle hacia la Iglesia del Salvador. <http://archivoci.uma.es/icaatom/index.php/tUvk;isad>



La abuela Encarna en la representación de una obra de teatro en los años 30. Foto Archivo E. Choza.

Carta N. 14. El encuentro con el abuelo (1931) (18/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En los años 20, los bisabuelos Jacinto y Luisa se trasladaron de la casa de la Macarena, a una casa típica sevillana, de dos pisos, con patio central y habitaciones alrededor, en la calle San Buenaventura, que va desde la calle Zaragoza a la Plaza Nueva, un sitio muy céntrico.

Pili cuenta que hacia el año 2000, después de la muerte del abuelo Juan Antonio en 1994, fue una vez a Sevilla con la abuela Encarna y fueron a ver esa casa, que se conservaba como estaba en los años 20, igual de céntrica, de bonita, y limpia. En la acera de enfrente del Horno de San Buenaventura, y en la misma acera que la Iglesia de San Buenaventura de los Franciscanos, a la que solían ir a misa los domingos.

En los primeros años de Ananí en Sevilla, a partir de 2015, ella y yo hemos ido muchas tardes a esa iglesia, porque en uno de sus locales tenían su reunión semanal un grupo del Movimiento de Renovación Carismática. Ananí pertenece a ese movimiento y yo quería conocerlo. De modo que íbamos allí un día a la semana, y le contaba muchas cosas de la vida mía y de mi familia en la ciudad.

Seguramente Encarna iría al colegio San Francisco de Paula con Luis y Pepe caminando de la Plaza Nueva a la Cuesta del Rosario, a la Plaza del Pan, y de ahí, por la calle Siete Revueltas, a la plaza de San Pedro, donde empezaba la calle del colegio. Y seguramente ese trayecto lo tenía muy grabado en la memoria, porque era el escenario de su vida de adolescente.

La abuela Encarna le contó a Pili, durante esa visita a Sevilla, que estuvo viviendo en esa casa hasta que se mudaron a la de Heliópolis, cuando ella tenía 13 o 14 años, es decir, hacia 1932 o 1933.

En ese caso, el encuentro entre Juan Antonio y Encarna tuvo lugar en esa casa. Ella había estado interna en el Beaterio de Alcalá de los Gazules, y cuando regresó a Sevilla, un día su hermano Luis trajo a casa a estudiar a Juan Antonio Choza.

Encarna se quedó muy impresionada por la voz tan bonita que tenía el amigo de su hermano, y como llegó a saber que le gustaba mucho la música, cuenta Encarnita que la abuela Encarna se ponía a tocar el piano cuando él llegaba, y que él la escuchaba tocar muy a gusto.

La amistad de Juan Antonio y Luis venía desde el comienzo del bachillerato, quizá desde la primera vez que Juan Antonio, como te he contado en carta n. 7, salió en su ayuda en un episodio de acoso escolar, pero cuando empezaron estudiar medicina juntos esa amistad se reforzó, porque los dos pasaron a ser alumnos internos del catedrático de Patología, don Juan Andreu Urra. Entonces trabajaban juntos en la facultad y estudiaban juntos en casa de Luis.

Juan Antonio y Encarna entonces vivían en lugares muy céntrico y próximos. Juan Antonio en la Campana y Encarna en la Plaza nueva, plazas unidas por dos calles que eran, y siguen siendo, las más céntrica de Sevilla, la calle Tetuán y la calle Sierpes, ahora intransitables y atestadas de turistas y tiendas de souvenirs.

En los años 30 las relaciones entre los novios eran muy formales. Podían verse un rato, en tiempos medidos, y acompañados. No sé cuándo formalizaron sus relaciones y se hicieron novios, quizá antes de irse Juan Antonio al frente, a la guerra, pero como él pasaba buenos ratos diarios en casa de Luis y Encarna, quizá la transición de la amistad al noviazgo formal no fue demasiado novedosa. O al menos no tanto como solía ser entonces.

Carta N. 15. La casa de Heliópolis (18/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Hacia 1932 o 1933 la abuela Encarna y su familia se fueron a vivir a Heliópolis, quizá porque, como cuenta Pili, la casa de la calle San Buenaventura se les quedó pequeña. Eran seis niños que llegaban a la adolescencia, y por esa fecha, una prima de Mama Luisa, la tita Dolores, que había enviudado en Cádiz, se fue a vivir con ellos a Sevilla.

El chalet de Heliópolis era una casa de dos plantas, y una tercera de acceso a la azotea, en la que había un dormitorio y estaba también el lavadero. Tendría dos o tres metros de jardín flanqueando las fachadas oeste y sur, cuatro o cinco en la fachada norte, la principal, de acceso a la vivienda, y seis o siete flanqueando la fachada sur, la que miraba al estadio del Betis Club de Fútbol. El jardín estaba cercado por una valla enrejada, de hierro, cubierta por unos setos de jazmín azul, también llamado plumbago, que al parecer fueron elegido por Isabel y Encarna.

La parte esa donde el jardín era más amplio, tenía al fondo, limitando con el chalet de detrás, un trastero al que llamábamos “el cuarto de los chismes”, donde se decía que había ratas, y con cuyo encierro se amenazaba al que pudiera portarse mal, muy mal. De hecho, yo no recuerdo que esa amenaza llegara a cumplirse en ningún caso. Entre la verja que daba a la calle y la pared del cuando de los chismes, había un ciruelo, un membrillo, un mandarino y quizá algún árbol más. Allí jugábamos a la pelota, al escondite, a la gallina ciega, y a algunos juegos más, trepábamos a los árboles, corríamos, gritábamos, desobedecíamos a la abuela Luisa y a la tía Mari, y sentíamos la voz temible de Papatintito que nos llamaba para castigarnos, cuando ellas se lo pedían, con el castigo supremo. Ven, ven a mi despacho. Siéntate en esa silla. Y ya no había nada más.

La víctima miraba desolada a sus primos y hermanos jugando en el jardín, y ellos miraban al sancionado allí, sentado en una silla del despacho del abuelo, con compasión y solidaridad infinitas, sometido al más insoportable de los suplicios para un preadolescente, el aburrimiento y la más insoportable pasividad: no hacer nada más que estar sentado.

En esa casa de Heliópolis nacimos los hijos de las hijas de Mamá Luisa, sus quince nietos por vía de filiación femenina, los que llevamos los apellidos Navlet Armenta, y Chozza Armenta. Ahí los quince primos hemos realizado parte de nuestros estudio secundarios y universitarios, ahí hemos tomado las decisiones más trascendentes de nuestras vidas, que han marcado nuestro trayecto durante decenas de años, ahí hemos compartido nuestras vidas entre los quince, bajo las alas protectoras, cariñosas y respetuosas de tía Mari y tío Augusto.

Creo que las tres hermanas fueron madres excepcionalmente respetuosas para la libertad de los 15, generosas y abnegadas. En cierto modo la casa de Heliópolis era, para la mayoría de los quine, el frente de guerra de nuestras vidas hasta que fuimos mayores de edad. En vacaciones, estábamos con nuestros padres. En el frente de la vida, en Heliópolis.

De los quince primos murió la primera Isabel Navlet Armenta, y el segundo, Juan Antonio Chozza Armenta. Cuando Juan Antonio murió, el 6 de julio de 2016, Ananí y yo estuvimos muchos momentos a su lado, cogiéndole la mano, y repetía de vez en cuando, como si fuera una llamada de auxilio o una petición de ayuda "tía Mari", "tía Mari".

Así está en nuestras vidas la casa de Heliópolis, tía Mari y tío Augusto.

Carta N. 16. El estallido de la guerra en Sevilla. El frente de Castuera (18/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

El 18 de julio de 1936 estalló la Guerra Civil en España. La abuela Encarna y el abuelo Juan Antonio recuerdan ese día y los siguientes como unos partes de radio frecuentes y prolongados, en los que el General Queipo de Llano, jefe de la Región Militar de Sevilla, se dirigía a los habitantes de la población asegurándoles que las tropas revolucionarias habían ocupado la ciudad y el país. Todo estaba bajo control y las tropas del General Franco avanzaban hacia Madrid para tomar la capital, depuesto ya el gobierno de la República.

A la vez que se repetían esos partes de guerra por la radio, unos cuantos camiones del ejército, con los soldados de la guarnición de Sevilla disponibles, daban vueltas incesantemente por la ciudad durante las siguientes semanas, para que la población viera con sus propios ojos que la capital estaba tomada por el ejército.

Nadie tenía otra información ni se sabían más cosas. Mas tarde, meses y años más tardes, se conocieron los hechos, y en Sevilla se acuñó un dicho que los abuelos Encarna y Juan Antonio conocían y nos repetían: “la guerra la ganaron las mentiras de Sevilla y las verdades de Pamplona”.

Queipo de Llano convenció a muchos de que las tropas ocupaban las ciudades y de que la guerra se había ganado antes de tiempo. Eso era mentira. Pero de Pamplona y Navarra salieron muchos tercios de requetés que tomaron ciudades y que al final entraron y ocuparon Madrid. Eso era verdad.

En julio de 1936 Juan Antonio tenía 24 años. Ya había pasado su edad militar y había salido excedente de cupo, por lo que no cumplió el servicio. Pero el ejército necesitaba reclutar tropa, porque con la quinta de 1915, que entonces entraba en edad militar, no había suficiente, y llamaron sucesivamente a los jóvenes de la quinta de 1914, 1913, y a la de 1912, la del abuelo.

Juan Antonio y Encarna sabían que él tenía que marcharse a la guerra, que tenían que separarse, y que no sabían cuándo y cómo iban a verse de nuevo. Entonces decidieron, creo yo, que ese era el momento

para formalizar las relaciones. Durante el tiempo de la guerra tendrían libertad para escribirse, y, en los periodos de permiso, tiempo para verse, reconocido y bendecido por las familias y por todo el mundo. Y formalizaron sus relaciones como novios, con el propósito, por supuesto, de contraer matrimonio cuando llegara el momento y las circunstancias lo permitieran.

Juan Antonio se marchó al frente con su uniforme caqui, su gorro con forma de barca, su botiquín, sus fotos de Encarna, y, junto con eso, su rechazo a cualquier enfrentamiento bélico e incluso político, su pacifismo y su resignación.

Los novios se escribían con la frecuencia que podían, y la llegada de la correspondencia era bastante irregular. El correo llegaba cuando fluían las comunicaciones. Por eso cuando en la casa de Heliópolis se recibió devuelta, del frente de Castuera, una carta de Encarna a Juan Antonio, y se la guardó Isabel sin decírselo a nadie, la tardanza de la respuesta de Juan Antonio entraba dentro de lo normal.

Cuando más tarde Encarna recibió en Heliópolis una carta de Juan Antonio desde ese frente, ya Isabel respiró, y le dio a Encarna, juntas, esa carta y la devuelta días antes. Juan Antonio no había muerto.

Carta N. 17. La vida durante guerra civil en Sevilla y después (25/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La abuela Encarna le contó a Pili en esa visita a la casa de la calle San Buenaventura, y nos ha contado a todos en diversas ocasiones, que la guerra en la ciudad de Sevilla, y en particular en la zona de Heliópolis, apenas se notó.

La vida en la ciudad, en los años de la contienda, no se diferenciaba realmente de los años anteriores y posteriores. Una vez cayó un obús cerca de Heliópolis, y quizá había una escasez un poco más intensa de bienes, especialmente de alimentos, pero nada más.

La ciudad siguió con casi todas sus celebraciones y fiestas habituales, y con casi todas sus actividades cotidianas, el comercio, la enseñanza, etc., con unos parones quizá tan perceptibles y chocantes como los de la pandemia del covid-19 en los años 2020 y 2021.

No recuerdo haberle oído a la abuela Encarna hablar de política nunca, ni mostrar preocupación por ella. Cuando llegó la democracia y había elecciones, yo ya no vivía con ellos, pero tengo la idea de que iba a votar. Ella seguía las indicaciones generales de la autoridad, cuando le afectaban a ella y a su familia. Tanto de las autoridades religiosas como civiles.

Tenía cuenta de los días que se podía y no se podía comer carne, los días de abstinencia, que en el sur de España llamábamos vigilia, las bulas que había que pagar en la parroquia, para tener dispensa de las normas de la abstinencia y el ayuno todos los viernes del año menos los de cuaresma. Era muy observante de las normas, y nunca se hacía cuestión de ellas.

El abuelo Juan Antonio sí hablaba de política. Siempre muy despectivamente y repitiendo siempre la misma frase, “política, cochino oficio”. Sentía que los políticos habían destruido la práctica de la medicina, por una parte, y, por otra, él se iba mostrando, con el paso de los años, cada vez más partidario de una especie de socialismo utópico.

Con frecuencia, en mis primeros años de estudiante universitario, y luego en los de profesor, teníamos conversaciones sobre su idea de suprimir el dinero, o de crear un sistema en el que se diera gratis para

comer a todo el mundo. Yo le argumentaba que eso era más destructivo para la sociedad que el sistema actual, y él, como valoraba mucho lo que yo hacía y decía, se quedaba callado y pensativo.

Luego, cuando yo he visto las propuestas sobre la renta vital mínima y la cantidad de europeos que hay partidarios de ese sistema, me quedo también callado y pensativo, y me alegro pensando en lo que el abuelo Juan Antonio disfrutaría con la perspectiva de esa posibilidad.

Creo que, en los últimos decenios de su vida, cuando habían regresado para vivir en Madrid todos sus hijos menos Pili y yo, que seguíamos en el Opus cuando él murió, encontró una buena sintonía con sus hijos, en relación con las políticas sociales de la izquierda.

Creo que no se vincularon a ningún partido político ninguno de ellos, y no sé lo que votaban cada uno, pero sí había un acuerdo de base en la familia sobre las preferencias por las políticas sociales de una izquierda general.

Por lo demás, murió abominando la política y la guerra, como cuando estaba en el frente y como cuando volvió del frente.

4. La boda y la vida profesional de los nuevos esposos (1940-1943)

Carta N. 18. La boda y los inicios profesionales. El sanatorio anti-tuberculoso de Aracena (25/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La guerra civil española terminó el 1 de abril de 1939 y Juan Antonio volvió del frente. Terminó su carrera de medicina y don Juan Andreu Urrea, el catedrático con el trabajaban Luis Armenta y él les propuso hacerse cargo del sanatorio antituberculoso de Aracena, en la sierra de Huelva, y allá que se fueron los dos llenos de ilusiones, con toda su fe en la ciencia y en la medicina, y en la tarea tan maravillosa que podía hacerse en aquel lugar.

Es posible que estuvieran allí el año 1940 o quizá también parte de 1941. El caso es que tuvieron que dejar el Sanatorio porque Luis Armenta se enamoró de la enfermera jefe, Ana Gil Barón, y para la moralidad de la época no podían vivir los dos bajo el mismo techo de la misma institución.

Para no perjudicar a Ana, Luis decidió dejar el sanatorio y volver a Sevilla. Juan Antonio hizo lo mismo, aunque la hermana superiora de la comunidad del sanatorio le dijo: usted no tiene por qué marcharse por el hecho de que su compañero Luis se vaya. ¿Desearía usted quedarse aquí en el sanatorio? No hermana, muchas gracias. Yo no me marché por eso. Tenía pensado marcharme de todas maneras.

Y de ese modo, los dos amigos, después de haber hecho sus primeras armas como médicos en Aracena, volvieron a Sevilla para iniciar su carrera médica desde un nuevo comienzo.

Juan Antonio quizá volvió a trabajar con Andreu, quizá estuvo trabajando en un laboratorio haciendo análisis clínicos, o pasando consultas en alguna parte. No lo sé. Si sé que se casó el 12 de octubre de 1942, porque celebramos sus bodas de oro el 12 de octubre de 1992, y tenemos muchas fotografías del acontecimiento.

Por su parte Encarna, no sé si había terminado el bachillerato en el colegio San Francisco de Paula, o, como el régimen de Franco había prohibido la enseñanza mixta, fue al Instituto Murillo, femenino, para acabarlo. Lo cierto es

que lo terminó, porque ese título le valió para acceder a los estudios de Magisterio cuando decidió realizarlos desde Nerva, a finales de los años 50.

Entre 1940 y 1942 Encarna terminó quizá su bachillerato, y empezó a preparar su ajuar con toda la ilusión del mundo.

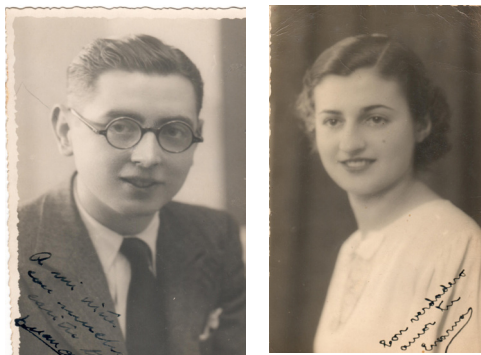
Teníamos y hemos visto fotografías de Juan Antonio y Encarna vestidos para la boda, fotografías de novios, y de recién casados, ella de mantilla y el de negro o de oscuro, en el jueves santo o el viernes santo en Sevilla, pues en la Semana Santa era muy acostumbrado vestir así y hacer la visita a los sagrarios durante esos días.

Las grandes fiestas de Sevilla, y donde se desplegaba al máximo la elegancia femenina y la masculina eran las litúrgicas.

Se casaron y realizaron un viaje de novios recorriendo España. No se podía salir fuera porque Europa estaba en plena guerra mundial.

De los sitios por donde viajaron, Juan Antonio y Encarna nos hablaron de Zaragoza, donde consagraron a la virgen del Pilar todos los hijos que fuesen a tener, y de San Sebastián, donde vivía uno de los amigos vascos que Juan Antonio había hecho en la guerra, llamado Badiola. Quizá fue él quien les invitó a una comida clandestina y grandiosa. Clandestina porque era época de racionamiento y muchas cosas no se encontraban, y grandiosa porque era el arquetipo de la comida vasca, que el abuelo recordó toda su vida como algo muy excepcional.

Fotografías dedicadas.



Hacia 1941, antes de la boda. Foto Archivo E. Choza

En la semana santa de Sevilla, al poco de casados.



Semana Santa de Sevilla, hacia 1944. Foto Archivo E. Choza.

Carta N. 19. De Sevilla a Castilblanco de los Arroyos y a Villafranca de los barros (25/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En la España de la primera mitad del siglo XX, el que ejercí una profesión liberal empezaba por establecerse en un pueblo, donde no hubiera demasiada competencia de otros profesionales de su área, y que a la vez fuera lo suficientemente rico como para necesitar y pagar a los profesionales que se instalaban allí. se era el caso de médicos, farmacéuticos, veterinarios, abogados y otros universitarios por el estilo.

Empezaban a trabajar en el pueblo, a hacerse clientela, a tener hijos, a ganar dinero y ahorrarlo, y poco a poco, dar el salto para instalarse en la capital, con una carrera y unos ahorros ya consolidados. Eso es lo que hicieron los hermanos de Encarna, los médicos Luis en Montilla (Córdoba) y Pepe en Écija (Sevilla), y el marido de la hermana mayor, Isabel, en Zafra (Badajoz), y eso es lo que hizo Juan Antonio en Villafranca de los Barros (Badajoz).

Antes de instalarse en Villafranca de los Barros, lo que creo que ocurrió en 1943 o en 1944, estuvieron una temporada no muy larga en Castilblanco de los Arroyos, un pueblo agrícola de la provincia de Sevilla, y me parece que se fueron a Villafranca porque en ese pueblo no veían demasiado futuro.

La abuela Encarna contaba que en Castilblanco salían a pasear por la carretera algunas tardes, o algunos sábados o domingos, y que disfrutaban mucho aspirando el aroma de los campos de habas, que tienen un olor maravilloso. A la abuela Encarna nunca se le olvidaron aquellos paseos ni el aroma de aquellos campos, y a mí tampoco se me ha olvidado nunca el modo como ella los recordaba.

Por fin se instalaron en Villafranca de los Barros, y se endeudaron hasta las cejas para adquirir el equipo que un médico de entonces necesitaba para empezar su carrera. Microscopio, aparato de Rayos X, material de laboratorio, mesa de auscultación, mesa y muebles de despacho, y además mobiliario para la casa.

Quizá cuando llegaron a Villafranca ya había nacido yo (6 de diciembre de 1944), y estaba en camino Encarnita, que nació el 29 de enero de 1946.

La atención médica en los pueblos de la España de entonces estaba organizada según un sistema de igualas. Las igualas eran una cuota, en metálico o en especies, que los clientes daban anualmente al médico (de una vez, cuando se recogía la cosecha, o bien en cuotas periódicas), y con la cual se aseguraban la atención médica durante todo el año cada vez que fuera necesario.

Junto al sistema de iguala, que creo eran cada vez menos frecuentes, eran cada vez más frecuentes los abonos en metálico después de cada consulta, procedimiento que todavía sigue en uso en España y en América en la medicina privada.

Juan Antonio y Encarna empezaron así su vida familiar en Villafraña. Creo que no pidieron créditos a ningún banco, no sé si es que no había créditos para eso entonces. Recurrieron a sus ahorros, si es que tenían alguno del trabajo en Aracena, y sobre todo a la familia, que muy generosamente le ayudaron. Tanto Papatinto, como el tío Alfredo, el esposo de la tía Luisa, que le prestó o incluso le regaló lo necesario para comprar los Rayos X.

Encontraron una casa lo bastante amplia y céntrica como para iniciar una carrera profesional ilusionante y una vida familiar gozosa. Ya habían nacido los dos hijos mayores y en los años posteriores nacerían los cuatro siguientes, hasta un total de seis.

Carta N. 20. Problemas en el horizonte de la familia (25/10/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Los años de Villafranca de los Barros, entre 1944 o 1945 y 1952, fueron duros y muy turbulentos, tanto para Juan Antonio como para Encarna, desde el punto de vista económico, y esa dureza y esas turbulencias económicas afectaron a la vida familiar.

Los niños no nos dábamos cuenta de nada de eso. Por lo menos yo. No sé si Juan Antonio que era mayor podría percibir más los problemas. Creo que Encarnita, que era más pequeña, no los percibía, y que los más pequeños no recuerdan casi nada o nada de aquella etapa de la vida familiar.

Encarna gestionaba bien la servidumbre. Dos criadas, dos hermanas, naturales creo que de Río Tinto en la provincia de Huelva. Lucía se ocupaba de la cocina y Rafaela de la consulta, de recibir y despedir a los enfermos que llegaban. Encarna las vestía, les hacía los uniformes y les enseñaba a coser, a cocinar, a llevar una casa, como he dicho antes.

Por otra parte, Encarna se ocupaba de los niños, de vestirlos, de que los llevaran al colegio, de que se portaran bien, de eso que se llama educar a los hijos, ayudada muy de cerca por Juan Antonio, que era un hombre muy hogareño y que como más disfrutaba era con ellos.

No obstante, y aunque Juan Antonio era muy hogareño, cumplía con los deberes sociales de un joven profesional de esa época. Acudía al casino donde se relacionaba con los demás profesionales del pueblo y se daba a conocer como médico dispuesto a prestar servicios de calidad.

Lo hacía a pesar de que a Juan Antonio no le gustaba el juego, ningún juego de cartas, ni el dominó, no le gustaba el alcohol en ninguna de sus modalidades, excepto en la cerveza, y, sobre todo, no le gusta, más bien le costaba mucho, tratar con la gente. Era un hombre retraído y tímido. Muy apreciado en los sitios donde trabajaba porque hacía muy bien su trabajo, y por medio del trabajo hacía algunos pocos amigos. Muy pocos y muy buenos.

Pero no era un hombre simpático, expresivo, con don de gentes, y capaz de ganarse una clientela, cualquiera que hubiera sido el trabajo

al que se hubiera dedicado. Y eso fue quizá uno de los motivos por los que no llegó a triunfar económicamente como médico.

Profesionalmente se ganó mucho prestigio y muy buena reputación entre la población de Villafranca. Era el médico del internado de los jesuitas, una de las instituciones docentes más prestigiosas de toda la provincia e incluso fuera, y el de los terratenientes de más peso en la comarca. Pero no consiguió clientela suficiente para mantener a su familia.

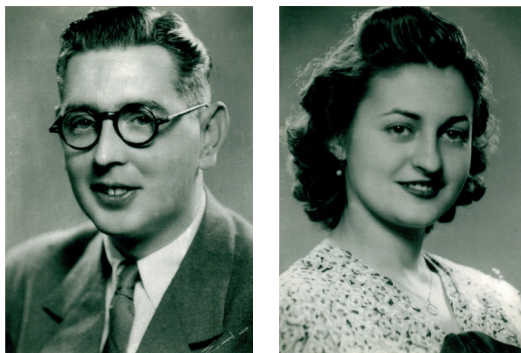
A veces, no pocas veces, iban a verle a la consulta pacientes cuya situación económica era angustiosa y no les cobraba. Encarna se enteraba de eso y se enfrentaba a él porque ella necesitaba ese dinero para criar a sus hijos.

Juan Antonio se encontraba así entre la espada y la pared. No era capaz de cobrarle lo debido a los enfermos, y no podía darle a Encarna el dinero que necesitaba. Y Encarna también estaba entre la espada y la pared, tenía que criar a sus hijos y tenía que exigirle a su marido algo que su marido se mostraba poco capaz de proporcionarle.

Una vez, en una conversación con mi tío Luis Armenta, le pregunté: mi padre tenía la misma preparación y la misma capacidad intelectual que tú o tío Pepe, y Villafranca en los años 40 podía ser un pueblo tan próspero como Montilla y Écija, donde os fuisteis vosotros, y triunfasteis como médicos. Mi padre, no. ¿Era todo debido a su carácter retraído y tímido? Tío Luis me dijo, sí, por eso.

El horizonte de la familia se fue poblando de nubarrones cada vez más negros, hasta que llegó un momento en que decidieron dar el salto a una forma de vida con unos ingresos fijos, aunque fueran muy escasos. Eso es lo que significaba integrarse en el sistema de la seguridad social, que el gobierno de Franco estaba poniendo en marcha en España a comienzos de los años 50.

Juan Antonio y Encarna en los primeros años de matrimonio, a su llegada a Villafranca de los Barros en 1947.



Juan Antonio Choza Ferrer hacia 1945. Foto Archivo E. Choza.

CAPÍTULO II

LA INFANCIA EN VILLAFRANCA DE LOS BARROS, BADAJOZ (1944-1951)

1. *Los primeros recuerdos. El medio doméstico y la vida familiar.*

Carta N. 21. La felicidad de la infancia. Todos juntos por la noche.

Carta N. 22. Lucía y Rafaela. Villafranca y Zafra.

2. *El medio urbano y rural.*

Carta N. 23. El colegio y la hermana Rosenda.

Carta N. 24. La matanza en casa de Don Cecilio. El aceite y la harina en el “doblao”.

Carta N. 25. Mi primera película. “Los tambores de Fumanchú”.

3. *Enfermedades, maduración y crecimiento familiar.*

Carta N. 26. La hepatitis. Granada con azúcar.

Carta N. 27. Nacimiento de Manolo y Pili. El nombre para la niña.

Carta N. 28. La primera comunión.

Carta N. 29. La confirmación.

4. *El traslado a Nerva.*

Carta N. 30. El nacimiento de la seguridad social y el traslado a Nerva.

1. Los primeros recuerdos. El medio doméstico y la vida familiar.

Carta N. 21. La felicidad de la infancia. Todos juntos por la noche (8/11/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Nunca se me habría pasado por la cabeza que la felicidad en que vivimos nuestra infancia los hermanos Chozza Armenta, era posible en una especie de burbuja o carcasa, que nuestros padres habían construido, y mantenían estable, entre tareas arduas y episodios muy dramáticos.

El mundo, para mí, y creo que igualmente para mis hermanos, era la felicidad de los juegos y los juguetes, las risas y las fantasías que continuamente construíamos. Como la vida fluida de unas crías de pájaros en el interior de un cascarón de acero, que aislaba de un medio en el que las crías no pueden sobrevivir.

Siempre lo he recordado así, lo he sentido así, y por eso, las muchísimas veces que luego en mi vida he visto reportajes de niños viviendo en chozas de barro o de paja, en África o en Asia, he tenido siempre la certeza de que esos niños eran absolutamente felices, como éramos nosotros.

Casi siempre veo sonrisas, alegría y felicidad en la cara de esos niños, y sé que son felices. Como lo era yo. No tienen agua corriente, ni calefacción. Yo tampoco la tenía. Pero tienen padres, que es como tenerlo todo. Quienes me producen un gran sentimiento de pena son sus padres, y especialmente sus madres.

Entre nuestros juegos favoritos, recuerdo que uno era arrastrar una sillita de niño, con el respaldo tocando el suelo, y correr empujándola por el pasillo simulando que era un vehículo rápido. Seguramente un tren, que era el único vehículo rápido que conocíamos entonces.

Seguramente en Villafranca había coches y quizá algún camión, entre 1944 y 1952, pero yo no recuerdo ninguno. El vehículo que yo recuerdo era el tren, en el que fuimos alguna vez a Sevilla.



Iglesia y plaza de Villafranca de los Barros en 2020. A la derecha de la iglesia, la actual calle Carvajales, en 1947 calle del General Franco. Foto Archivo Ayuntamiento de Villafranca de los Barros.

La familia recién llegada a Villafranca. Foto de la cartilla de familia numerosa.



Juan Antonio y Encarna con Juan Antonio, Jacinto, Encarnita y Pepe en 1947. Foto de la cartilla de Familia Numerosa. Archivo E. Chozá.

Jugábamos con cañas y palos, que para nosotros eran espadas y lanzas. Algunas veces yo me sentaba a dibujar en la sala de estar, en la mesa camilla, que estaba en una esquina del salón, entre una cama turca (así llamábamos entonces a un diván tapizado en rojo ladrillo), y una o dos butacas situadas en la otra pared que formaba el ángulo de la esquina. En la esquina misma, había un mueble y en él estaba la radio,

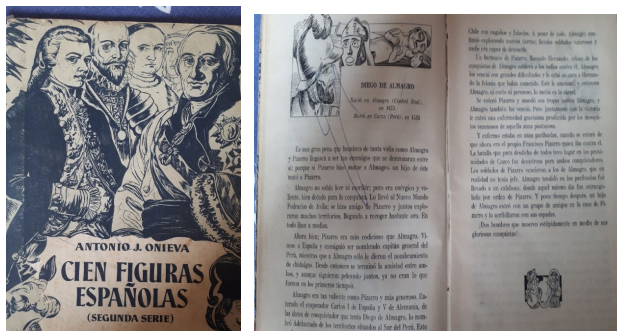
con una especie de ruedas que mi padre movía para subir o bajar el volumen y para cambiar de emisora.

Para mí era maravilloso ver a mi padre manejar aquellas ruedas y escuchar unas u otras emisoras. Yo mientras, dibujaba. Copiaba ilustraciones del libro que teníamos en el colegio para leer: “Cien figuras españolas”. Y en ese libro formé la colección de mis héroes, que eran los conquistadores de América, Cortés y Pizarro, y los navegantes que descubrieron los mares, Legazpi, Balboa y El Cano. Yo recorría continuamente todos los mares y continentes con mi imaginación.

Nuestro juego favorito, con diferencia, y el más prohibido de todos, era meternos los cuatro, y cuando nació Manolo, los cinco, en una sola cama por la noche y jugar. Hasta que mi padre o mi madre, desde el salón, escuchaban las risas y venían al dormitorio, donde estaba la cama de matrimonio en el fondo, con la cuna del recién nacido, y las otras tres camas en la parte anterior de la habitación.

Entonces venía la bronca con voz severa y todo grave. ¡¡Cada uno a su cama!! ¡¡El niño en la cuna!! ¡¡No podéis sacar al niño de la cuna!!

Pero a nosotros nos gustaba sacarlo para que jugara con nosotros, y nos parecía que a él también le gustaba.



Antonio J. Onieva, *Cien figuras españolas*, Burgos: Editorial Hijos de Santiago Rodríguez, 1956, cubierta y páginas 66-67.

Carta N. 22. Lucía y Rafaela. Villafranca y Zafra (8/11/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Vivíamos en el primer piso de una amplia casa, en la actual calle Carvajales, entonces calle del General Franco. El salón, los dormitorios, la cocina y los baños daban a la amplia azotea, desde la que se observaba cómodamente el patio de la vivienda de la planta baja, ocupado por las dueñas del inmueble. Uno de nuestros pasatiempos favoritos era ver a esas señoras hacer los quesos, curarlos y guardarlos, y otras tareas propias de un modo de vida rural en la España de los años 40.

Nos cuidaban Lucía y Rafael, dos hermanas de Riotinto contratadas para trabajar como sirvientas en la casa. Lucía era más pequeñita y Rafaela más espigada y esbelta, de mejor presencia, y se ocupaba de recibir y despedir a los enfermos en la consulta, que ocupaba las cuatro o cinco habitaciones con balcones que daban a la calle principal.

A veces me parece recordar la cara de Lucía y su sonrisa cariñosa. Nos llevaban de paseo a la plaza del Altozano o a la plaza de la Virgen de la Coronada, que, junto con la plaza principal de la Iglesia, eran las dos más importantes del pueblo, a las que solía ir la gente a pasear. Y allí corríamos, jugábamos y a veces nos compraban las chucherías de entonces. Regaliz, “palodú”, que quizá es la raíz de la que se obtiene el regaliz, pipas de girasol, y en las fiestas, la delicia de las delicias, el algodón dulce, como una nube rosa, que dejaban pringosas la cara y las manos.

La localidad de Villafranca está relativamente cerca de Zafra, otro pueblo de Badajoz, donde había mucho comercio de ganado, y donde se había instalado la hermana mayor de mi madre, Isabel, casada con Juan Navlet, también médico. Tenían cinco hijos, nuestros primos de Zafra, con quienes nos veíamos, unas veces en su pueblo y otras en el nuestro. La mayor de ellos, Isabelita, era la primogénita entre todos los primos, y ejercía de cabecilla porque nos llevaba varios años a todos y era un poco mandona.

La tía Isabel tenía una sirvienta, Doro, que se ocupaba de los niños y de la casa, y para nosotros Lucía, Rafaela y Doro, eran nuestras guardianas y cuidadoras. Nos aseaban, nos vestían y nos sacaban de paseo, en Villafranca o en Zafra, según donde estuviéramos.

Uno de los episodios más recordados y celebrados es cuando en uno de esos paseos Encarnita se perdió. Todos se preocuparon mucho de buscar a la niña hasta que apareció. Ella dice que en ningún momento se sintió perdida ni asustada, y que no lloró ni se preocupó. Ella es de carácter más bien aventurero y despreocupado, casi irresponsable, un poco como yo mismo.

Finalmente, alguien la trajo a casa, en Zafra, habiendo averiguado por algunos indicios que vivía en la casa del doctor Navlet. Porque la niña, cuando fue preguntada por el adulto que la encontró, respondió que su padre era zapatero y que vivía en la estación.

Cuando nos reuníamos los primos de Villafranca y Zafra, nuestros juegos más frecuentes en la casa eran el escondite, la gallina ciega, las prendas, los acertijos, algunos juegos de mesa como el parchís, y así. Y nuestra felicidad era más estruendosa y expansiva que cuando estábamos solo los hermanos.

Parece que cuantos más nos reuníamos más felices éramos. Porque años después, en Sevilla, en la casa de Heliópolis, cuando nos reuníamos con los primos de allí, lo pasábamos aún mejor.



Encarnita en la feria de Zafra, hacia 1949.

Foto Archivo E.Choza.

Los primos de Zafra y Villafranca.



Cele y Lucía con los cinco niños de Zafra y los cinco de Villafranca. De derecha a izquierda, de más edad a menos son: Isabelita detrás, Elena, Juan Antonio, Juanín, Jacinto Luis, Jacinto Manuel, Encarnita, Pepe, Manolo y Víctor. Hacia 1949 o 1950.

2. El medio urbano y rural.

Carta N. 23. El colegio y la hermana Rosenda (15/11/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Saliendo de nuestra casa y subiendo a mano izquierda, por una calle paralela a Carvajales, entonces calle Macías y ahora calle Santa Joaquina, estaba la farmacia regentada por un matrimonio del que mis padres se hicieron amigos, y el colegio de las Hermanas Carmelitas.

A ese colegio íbamos mi hermano el mayor Juan Antonio, mi hermana Encarnita y yo. Al entrar, en el vestíbulo, a mano derecha, una escalera que yo recuerdo un tanto señorial, daba acceso a la primera planta, donde creo que estaban las clases de las niñas, y por ahí subía Encarnita.

Creo recordar que las niñas iban vestidas con un uniforme negro, pero los chicos no llevábamos ningún tipo de uniforme.

El vestíbulo desembocaba en un patio, a la izquierda del cual se encontraba nuestra clase, que supongo era la de los párvulos. La clase estaba separada del patio por una cristalera, que creo ocupaba toda la pared derecha del aula.

En ese patio teníamos los recreos. Había una palmera en el centro, cuyos dátiles maduros, y caídos en el arriate, se nos permitía comer a los niños cuando salíamos a jugar.

En esa clase reinaba la hermana Rosenda, que nos inició en las matemáticas y en la lengua a los niños de mi generación. Apenas recuerdo de ella algo más que el nombre, y el hábito negro y blanco. No recuerdo castigos. Para mí es la primera imagen del colegio, que no está asociada a ningún tipo de experiencia dolorosa ni costosa. Me resulta algo tan familiar la casa paterna.

Cuando me invitaron a dar el Pregón en la fiesta de la Virgen de la Coronada, el

30 de agosto de 2008, volví a Villafranca de los Barros, me encontré con varias personas que recordaban a la hermana Rosenda. Hablaban de ella, y de algunas otras figuras que eran recuerdos difuminándose en mi memoria. Le resaltaban los perfiles y los llenaban otra vez de vida. Y yo sentía que esas personas llenaban otra vez mi regazo y mi

conciencia con la vida de la primera infancia, y eso me producía una emoción muy grande.

Lo mismo le ha ocurrido a Pepe Choza. Cuando su hija, Ana Choza Mayor se casó con Fernando, cuya familia vivía en Calzadilla de los Barros, un pueblo cerca de Villafranca, y ha tenido ocasión de volver por allí y tratar de gente de allá, ha encontrado a algunos ancianos, y no tan ancianos, que recordaban al doctor Choza, a don Juan Antonio Choza, el médico que trató a su familia, y a algunos de los mayores que murieron.

Hablaban del doctor Choza con admiración y con gratitud, se alegraban de conocer ahora a algunos de sus hijos y de sus nietos, y eso a Pepe Choza y a mí nos llenaba de satisfacción, nostalgia y orgullo.

Carta N. 24. La matanza en casa de Don Cecilio. El aceite y la harina en el “doblar” (15/11/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Como he dicho antes, mis más tempranos recuerdos los puedo situar en la primera planta de una casa de la actual calle Carvajales, entonces calle del General Franco. En frente vivía don Cecilio García, donde ahora vive su hijo Gregorio, en el nº 32, según me contaron los asistentes al pregón de 2008, que me ayudaron a recomponer mis recuerdos para que hicieran pie en la realidad de la Villafranca de ese año.

Don Cecilio tenía tierras y animales, era lo que entonces se llamaba en Extremadura y Andalucía un labrador, un hombre rico. La parte posterior de su casa tenía cuadra, establo y patio, y allí se hacía anualmente la matanza.

La matanza era un rito, una ceremonia y una fiesta, que se celebraba por toda la casa, y a veces en la calle también. Porque todo el mundo sabía quién estaba de matanza y cuándo.

En la casa de don Cecilio, en el patio o el establo, o la cuadra, se hacían las matanzas, que los niños festejábamos y disfrutábamos entre saltos, recados, encargos, alguna que otra riña y juegos.

Me quedan imágenes en el recuerdo, como una serie de flashes: un cochino colgado de una gruesa barra de hierro tendida entre dos pilares, un chorro de sangre que caía en un plato de metal, un olor desagradable a intestinos, una panera o un barreño de carne picada para meter en las tripas y hacer morcillas y chorizos.

La carne de la matanza proporcionaba alimento para todo el año, pro también recuerdo algunas cosas que se comían el mismo día que se sacrificaba a los animales. Los sesos o la sesada, quizá los riñones, el plato favorito de mi padre cocinados al jerez, que mi madre preparaba con gran esmero. También, a veces, la sangre que no se destinaba a las morcillas. Las mollejas se comían aparte.

Y sobre todo los flancos derecho e izquierdo del cerdo, cortados en dos piezas, desde la espina dorsal hasta la línea central del pecho y el vientre. Adherido a la piel estaba el tocino, formando una capa de un grosor de 15 cms. o más. De cada cerdo salían dos planchas pesadas

como el plomo, que se guardaban en arcones de madera cuyo fondo se llenaba de sal, y sobre cada plancha de tocino se extendía una nueva capa de sal para poner encima otra plancha.

En el doblao de nuestra casa, que así llamábamos al desván, había un arcón de esos, con una o dos planchas de tocino. Yo no sé si mis padres las compraban, o compraban el cerdo y lo llevaban a alguien para que lo mara y despiezara, o era una forma de pago en especias de las igualas, que era el sistema del seguro médico de entonces.

En el doblao había también unas tinajas, donde a veces se metía también tocino, o algo de carne en manteca. Había unas jarras de metal, diría que de latón, de boca corta y no muy ancha, donde se guardaba el aceite. Y había también unas orzas de barro que contenían harina.

Esas cosas podíamos encontrar en el doblao cuando alguna vez su-
bíamos a curiosear por juego, aunque creo que lo teníamos prohibido. Y ese conjunto de recursos alimenticios eran la despensa de mi madre, que era quien iba sacando una cosa u otra según las necesidades de la familia y la época del año.

Mi madre hacía jabón con la grasa sobrante de algunas comidas, mantequilla con la nata de la leche, y algunas cosas más. Y como yo nunca había conocido antes otra cosa, para mí eso era lo natural, la naturaleza.

Carta N. 25. Mi primera película. “Los tambores de Fumanchú” (15/11/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Saliendo de nuestra casa y bajando la calle a la derecha se llegaba a la plaza de la Iglesia y del ayuntamiento, que siguen en el mismo sitio. Ahí se encontraba el mercado de abastos, y aún puedo recordar los puestos de melones, acelgas, melocotones, higos, y otras frutas y hortalizas.

La plaza de la Iglesia está en desnivel, de manera que la explanada delantera terminaba con escalones en la acera de la izquierda y en la de enfrente, saliendo por la puerta principal del templo. En esos escalones se ponían las mercancías de origen vegetal. No recuerdo que ahí hubiera puestos de carne o de pescado.

Muy cerca, en la calle La Cárcel, estaba el casino, La Peña, donde mi padre iba algunas tardes o después de comer a echar alguna partida. En una calle de más abajo, Carrera Chica, entonces calle del General Varela, estaba el cine López Romero, ahora desaparecido, a donde me llevaban los días de fiesta y en el que vi “Los tambores de Fu Man Chu”, primera película de la que tengo memoria.

No sé quién nos llevó. Me impresionó mucho la oscuridad de la sala y los movimientos de las figuras en la pantalla. Ahora la información que aparece en Google al respecto refiere que es una serie americana de aventuras de 1940, en la que un malvado doctor oriental es derrotado por dos héroes, uno inglés y otro americano.

Yo escasamente recuerdo los bigotes del personaje chino, lacios y caídos hacia abajo, y el olor de la sala de cine.

Así han permanecido durante cinco décadas mis recuerdos de Villafranca de los Barros. Mi conocimiento de la Villafranca real, de la otra Villafranca, la de cincuenta años después, se actualiza cuando en agosto de 2008 me invitan a hacer el pregón. En 2008, cuando he vuelto, es cuando he visto lo que ha crecido el pueblo, lo que se ha beneficiado del desarrollo económico y cultural de la región y del país, lo que ha progresado en recursos, en conocimiento de sí y de su pasado, y en voluntad de organización y de autogestión.

Ahora es cuando he llegado a saber de sus instituciones y fiestas, del culto a la Virgen de la Coronada, su patrona. Ahora es cuando me he enterado de que, coincidiendo con la celebración del Día de Extremadura, se celebran las ferias y fiestas de la Vendimia y las fiestas en honor de la Patrona, el 8 de septiembre, día de las advocaciones locales de la Virgen.

Ahora he llegado a saber que estas fiestas, organizadas por la Asociación de Vecinos de la Coronada, ha experimentado un auge notable en los últimos años, con la incorporación de actividades festivas y culturales en torno a la vendimia, y con su declaración en 2007 como fiesta turística de interés regional.

He vuelto a recorrer las calles, las plazas, la fachada de la Iglesia, la del casino, el colegio de los jesuitas, los campos, lo que llamábamos en los años 40 “las eras”, y puedo reconocer ese espacio como mi cuna, y a mis padres como héroes entrañables.

3. Crecimiento familiar, enfermedades, maduración.

Carta N. 26. Crecimiento familiar. La hepatitis. Granada con azúcar (29/11/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Mi madre decía que cuando yo tuve la hepatitis era muy pequeño y era imposible que me acordara de eso. Pero yo me acuerdo. Es muy difícil fechar los recuerdos de un niño, porque suelen ser vivencias personales, que no siempre resulta posible referirlas a un contexto exterior localizable espacialmente, ni identificar con una fecha temporalmente.

Sin embargo, yo me acuerdo del nacimiento de mi hermano Manolo y del nacimiento de mi hermana Pili, que son acontecimientos fáciles de ubicar y de datar. Encarnita nació el 29 de enero de 1946, 13 meses después que yo, y éramos los dos hermanos más seguidos, como mi madre decía siempre que nos presentaba a las visitas. Pepe nació el 5 de junio de 1947, y no tengo ninguna noción de su llegada a la familia. Manolo nació el 9 de agosto de 1948 y Pili el 29 de julio de 1951.

Cuando Manolo nació yo no había cumplido los 4 años, y después cogí una hepatitis. Recuerdo los comentarios de mi padre a mi madre. Encarna, este niño está amarillo.

Recuerdo que no tenía ningunas ganas de comer, y que me costaba mucho, pero que un día me dieron un platito de postre que tenía granos de granada con azúcar y una cucharita, que lo tomé y que me gustó tanto que pregunté si podía tomar más. Mi padre y mi madre, rebosantes de felicidad, me trajeron más granada con azúcar, y me la comí toda con inmensa fruición.

Probablemente era el invierno de 1949 y yo iba a cumplir o habría cumplido los 5 años, porque la granada es una fruta de invierno, igual que la naranja, y en aquella época sólo existía fruta del tiempo y del lugar en que se vivía.

Aquellos años eran también de penuria económica y escasez de alimentos, y algunos estaban racionados. Creo que el azúcar era uno de ellos, Y recuerdo vagamente, según me contaron mis padres, que Papatinto había mandado azúcar desde Sevilla, para que yo pudiera tomarla durante mi hepatitis.

Todavía recuerdo lo preciosos que me parecían los granos de granada, rosaditos por una parte y transparentes por otra, con el azúcar blanco, encima y alrededor. Una maravilla.

Carta N. 27. Nacimiento de Manolo y Pili. El nombre para la niña (29/11/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Lo que yo recuerdo del nacimiento de Manolo, en agosto de 1948, es, sobre todo, la disposición de los hermanos en el dormitorio y lo que celebrábamos a Manolo en su cunita, eso sí, clandestinamente.

En la casa de Villafranca había un dormitorio muy amplio, que a mí me recuerda una sala de hospital, para todos. Se entraba por una puerta central. A la derecha había una cama, bajo una ventana que daba a la azotea, donde dormía Juan Antonio. A la izquierda, otra cama en la que dormía yo. A los pies de la cama de Juan Antonio había, pegado a la pared, un armario de tres cuerpos, que todavía está en el dormitorio de los abuelos en casa de Encarnita. A los pies de mi cama había una peinadora, con un espejo muy grande, que lo tuvo Encarnita en la casa de Madrid mucho tiempo. El espacio entre la peinadora y el ropero era bastante amplio.

En la pared del fondo estaba la cama de matrimonio, con dos mesillas de noche en los laterales, y un crucifijo en la cabecera de la cama, que es el que todavía está encima de la cama de los abuelos en casa de Encarnita.

En el lado de la izquierda de la cama de matrimonio, mirando desde la puerta de entrada, estaba la cuna donde Encarnita pasó su lactancia. Cuando nació Pepe, esa cuna pasó a ser ocupada por Pepe, a la derecha de la abuela, y a Encarnita se le preparó una cama con dos calzadoras que había en el dormitorio. Se juntaron, se puso encima un colchoncito, y se le puso la cabecera a la derecha, mirando desde la puerta de entrada. De ese modo, la camita quedaba enfrente del espejo de la peinadora, y cuando la niña se sentaba en su camita, se veía reflejada en el espejo y hablaba consigo mismas. Era uno de sus pasatiempos favoritos, que si lo ejercía cuando se despertaba a las 7 de la mañana resultaba bastante molesto porque nos despertaba a todos con su conversación.

Pues bien, recuerdo el nacimiento de Manolo por varios motivos. Uno es que Pepe tuvo que ceder la cunita junto a la abuela para el recién nacido, y él pasó a compartir conmigo mi cama por el procedimiento de poner una almohada en los pies, para ubicar ahí su cabecera, y dejar la

cabecera originaria para mí. Como éramos pequeños, y las camas eran largas y amplias, ni siquiera los pies de uno alcanzaban a los del otro.

Resueltos así los problemas de distribución de niños de una familia que ya era bastante numerosa, los cuatro niños mayores disfrutábamos contemplando al bebé de la cunita y jugando con él.

La apoteosis del juego y del cuidado entrañable del bebé, consistía en que, a la hora de irnos los niños a dormir, mientras los padres descansaban y hacían sobremesa después de la cena, nos metíamos todos en mi cama, y cogíamos al bebé, para meterlo también con nosotros, darle mimos y carantoñas, y hacerle partícipes de nuestros juegos.

Eso duraba el tiempo en que tardaban los abuelos en oír nuestras risas y gritos, venir al dormitorio, echarnos la bronca y mandar a cada uno a su cama.

Esos no son los únicos recuerdos que tengo del nacimiento y la infancia de Manolo, pero son los más destacados.

Del nacimiento de Pili mi recuerdo más destacado es el tiempo que tardamos y las vueltas que le dimos a qué nombre le pondríamos a la niña. No sé a partir de qué momento sabíamos que iba a ser niña, pero a partir de entonces estuvimos buscando nombres. Al final a mí me quedo claro que la niña se llamaría María del Pilar porque ese era el nombre que más nos gustaba a todos.



Manolo en Villafranca de los Barros, hacia 1949.

Foto Archivo E. Choza.

Carta N. 28. La primera comunión (29/11/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Entre los acontecimientos importantes de mi infancia, además del colegio, la matanza y “los tambores de Fu Manchú”, se encuentran también mi primera comunión y la confirmación.

Juan Antonio y yo hicimos la primera comunión en Sevilla, en 1950, y consta en unas fotos que tenemos, en que estamos los dos vestidos de marineritos, que era como entonces hacían la primera comunión los niños de cierto nivel social.

Lo celebramos en la casa de Heliópolis, y yo recuerdo muy bien tazas de chocolate, manteles y servilletas blancas, manchas en un traje, risas y carreras por el jardín, y, especialmente, el regalo que me hizo mi padrino, el tío Pepe Armenta Camacho, hermano de mi madre. Un billete de 25 pesetas, que entonces era una fortuna.

Eso me dio a mí la idea de regalarle un billete de 100 \$ a Pablo y a Guille cuando hicieron su primera comunión. Un billete de ésos era “uno de los grandes”, como se decía en las películas.

En aquella época, la noche antes de la comunión no se podía beber agua después de las 12 horas, y cuando uno comulgaba, si la hostia se quedaba pegada al cielo de la boca, cosa que a mí me sucedía habitualmente, no se podía despegar con los dedos, sino que había que esperar a que la saliva la disolviera, y era una especie de suplicio.

A partir de la primera, la preparación de las comuniones sucesivas, generalmente en la misa de los domingos, era bastante cuidadosa. Uno de los requisitos era la confesión, que hacíamos en la parroquia que está en la plaza, donde se ponía el mercado.

No sé cómo, pero yo aprendí que tocar el sexo propio o el de una niña, era pecado, y había que confesarse de ello antes de comulgar. Recuerdo haber ido al confesionario de la parroquia a confesarme de haber tocado lo indebido, y recuerdo que el cura se ensañaba con mis mofletes y mi barbilla como si quisiera arrancármelos. No entendía por qué me sometía a semejante sobeo, y me resultaba un tanto incómodo, así que procuraba acabar lo antes posible.

Hasta después de los 50 años, después de haber vivido muchas cosas, y leído muchos libros, y escrito otros muchos, no he compren-

dido bien por qué el sexo no es un asunto que tenga que ver con la moral, que sea tema de confesión o materia de confesión. He tardado en entender que la vida sexual no tiene que ver con la moral más que la vida nutritiva.

Como tú estudiabas desde los 5 años en un colegio del Opus, te lo he explicado muchas veces, de modo proporcional a cada una de las etapas de tu crecimiento, para que no te deformaran la conciencia moral en relación con el sexo.

El domingo por la mañana íbamos a misa a la parroquia, y nos poníamos en la fila para ir a la comunión.

Eso era para mí muy humillante, porque esa era una fila de mujeres y niñas, y yo era niño. Para afirmar y confirmar mi identidad de género, empezaba a darle patadas a mi hermano Juan Antonio, que iba delante, y él se volvía para devolverme las patadas. Mi madre nos reñía por pelearnos precisamente en la fila de la comunión, pero entonces es cuando yo sentía mi identidad varonil más amenazada y cunado necesitaba afirmarla más.

Creo que finalmente mi madre desistió de llevarnos a comulgar los domingos, hasta que a mí se me pasó mi problema de identidad de género. Nos llevaba, y después de comulgar nos recitaba al oído en voz baja oraciones para después de la comunión, de esas que vienen en los misales. Ahora cuando lo recuerdo me emociono mucho.



*Foto de primera comunión de Juan Antonio y Jacinto,
1952. Foto Archivo E. Choza.*

Carta N. 29. La confirmación (6/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Un tiempo después de la primera comunión, vino el obispo a Villafranca y hubo confirmaciones. A Juan Antonio y a mí nos tocaba ir porque ya habíamos hecho la comunión, y las monjas nos habían preparado.

Pero como Juan Antonio estaba en la cama con gripe fui yo solo a la confirmación, que era en la Coronada.

La Coronada estaba un poco más arriba del colegio de las monjas, y allí, a su explanada nos llevaban a jugar algunos domingos y días festivos. Fui a la ceremonia, me confirmaron, y a la vuelta mi padre me preguntó si me había cambiado el nombre, y me explicó que en la confirmación uno se podía cambiar el nombre que le habían puesto en el bautismo.

Ah, es que yo no sabía eso. Si lo hubiera sabido, a lo mejor me lo habría cambiado. ¿Por qué, me dijo, no te gusta el nombre de Jacinto? No, le dije. ¿Y qué nombre te habrías puesto? Pues uno que me guste más. ¿Cuál? Pues... Fernando.

Más allá de la Coronada, en las afueras del pueblo, estaba el colegio de los jesuitas, donde sigue estando, y, en frente, las eras, donde nos llevaban a jugar algunos días más especiales, porque las eras estaban algo lejos, fuera del pueblo, y se tardaba más en llegar.

Tengo un vago recuerdo del colegio de los jesuitas, y, sobre todo, lo que significaba para mí: el mundo exterior, el mundo de los mayores. Como yo tenía siete años o menos, las pocas veces que me llevaron por algún motivo veía siempre a chicos mayores, y por eso me parecía un ambiente de adultos. No tanto como el casino, pero casi.

Creo que la confirmación es de los últimos recuerdos que tengo de Villafranca. Más tarde estudié que ese es el sacramento de la consolidación de las personas como adultos y maduros en la fe cristiana.

Cuando mis hermanos y yo salimos de Villafranca, creo que ninguno habíamos alcanzado nada parecido a la madurez. No sé qué habría dicho de esto Juan Antonio, que tenía un año más que yo, pero ni yo ni, por supuesto, los más pequeños, habíamos alcanzado ningún tipo de madurez.

Yo sólo había afirmado mi virilidad en la misa dominical, en las filas de ir a comulgar los domingos, dándole patadas a mi hermano mayor, como he dicho, y había descubierto que me gustaba mucho dibujar las figuras de los héroes de la historia de España, de mi libro del colegio.

No recuerdo tener conciencia de ningún otro rasgo de mí mismo, ni personal, ni familiar, no social. Después de Villafranca mi conciencia se fue llenando de rasgos de esos tres niveles, y fui saliendo del cascarón doméstico. Pero eso fue ya en Nerva.

4. El traslado a Nerva

Carta N. 30. El nacimiento de la seguridad social y el traslado a Nerva (6/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

El Seguro Obligatorio de Enfermedad se crea en España en 1942, y se implanta el 1 de septiembre de 1944, más o menos cuando los abuelos se instalaban a vivir en Villafranca de los Barros.

La implantación del Seguro Obligatorio de Enfermedad (SOE) tenía como objeto proteger a los trabajadores, cuyas rentas de trabajo no superaban unos determinados. El SOE quedó integrado en el Instituto Nacional de Previsión (INP), fundado en 1908, que fue la primera institución oficial encargada de la Seguridad Social y de la asistencia sanitaria en España.

El INP, como entidad aseguradora única, tenía entre sus prestaciones la asistencia sanitaria en caso de enfermedad y maternidad, y la indemnización económica por la pérdida de retribución derivada de las situaciones en que la actividad laboral resultaba inviable. O sea, era la primera expresión del estado social de bienestar, que se inicia precisamente a principios del siglo XX, como se cuenta en Wikipedia y otras enciclopedias.

El SOE era una de las vías en que empezaban a cumplirse los sueños del abuelo, a saber, no tener que aprovecharse de que alguien esté enfermo para poder ganarse la vida, para sacar adelante a su familia.

El abuelo estuvo dudando un tiempo si integrarse o no en la Seguridad Social. Inicialmente, la opinión de los médicos era que resultaba preferible no meterse en eso, que era “un asunto político”, y, por tanto, incierto, que no se sabía lo que podía durar.

Casi ninguna actividad profesional tenía carácter público a comienzos del siglo XX, y la medicina, en concreto, estaba sólidamente asentada como profesión liberal desde la Edad Media.

A mediados del siglo XX, el empleo público se había consolidado suficientemente en España y en toda Europa, por una parte, y, por otra, Juan Antonio y Encarna habían adquirido la certeza de que la consulta privada no permitía sacar adelante a la familia. Por lo menos un sueldo

mensual fijo del estado, aunque no fuera muy holgado, era algo seguro con lo que se podía contar, y por lo menos quedaban asegurados unos ciertos recursos para el mantenimiento de la familia.

Yo entonces no percibía de ninguna manera este panorama. Veía a mi padre muy ilusionado con la posibilidad de que le dieran “una plaza en Nerva”. Para mí, la palabra “plaza” tenía sentido en cuanto que una “plaza de toros”, pero no cuadraba con eso que a mi padre le hacía tanta ilusión. Una plaza de médico del Seguro Obligatorio de Enfermedad, en la provincia de Huelva.

Hasta que no llegamos a Nerva, en 1952, no entendí yo que los españoles habíamos salido de un sistema de administración casi feudal, y pasábamos a una red administrativa nacional, que incluía el sistema sanitario, el sistema educativo y la red de carretas y ferrocarriles nacionales. Nosotros vivíamos en un pueblo de la provincia de Huelva, Nerva, y teníamos nuestra familia principal en Sevilla, la capital de otra provincia, que para nosotros era el referente de las cosas importantes de la vida.

El traslado de Villafranca a Nerva fue para mí, y creo que para todos nosotros y para España misma en cuanto que país, el tránsito de una sociedad feudal, casi del Antiguo Régimen, a una sociedad nacional burocratizada y socializada, cada vez en más aspectos.

CAPÍTULO. III

NERVA. LA ESPAÑA POBRE DE LOS 50 (1952-1954).

1. *De la prehistoria a la historia. El sur de España en los años 50.*

Carta N. 31. Pobres, ricos, aislados y comunicados. Construcción de las redes.

Carta N. 32. Escenario de nuestra historia. La casa de Nerva.

Carta N. 33. Habitar, vestir y comer. Nerva en los años 50.

Carta N. 34. Las casas de los barrios pobres.

Carta N. 35. Pueblos prehistóricos. Agua, saneamientos, luz, teléfono.

Carta N. 36. Pueblos modernizados. Plancha eléctrica, lavadora, pick-up.

Carta N. 37. Conexiones con la civilización. Carreteras a Sevilla y a Huelva.

Carta N. 38. Conexiones con el pasado y el futuro. Enseñanza primaria y secundaria.

2. *La vida social. Nosotros, los pobres y los ricos.*

Carta N. 39. ¿Nosotros éramos ricos? Amalia la del estanco.

Carta N. 40. Los hombres pobres. Cayetano y los niños del “hogar”.

Carta N. 41. Las mujeres pobres. Joaquina, su hija, las sirvientas.

Carta N. 42. Los hombres ilustres del pueblo: Vázquez Díaz y Labrador.

Carta N. 43. Servicios y actos públicos. Plaza de abastos y fiestas de San Bartolomé

Carta N. 44. Geografía de los espectáculos. Fútbol, toros, cine.

Carta N. 45. Amigos y juegos de Nerva. Los hermanos Mittenhoff,

Pepito Conde, Paqui Alfonseca.

Carta N. 46. Una ventana a la cultura: Don Antonio Zarza Vázquez.

3. *El horizonte profesional de la familia.*

Carta N. 47. La medicina privada y la rivalidad profesional.

Carta N. 48. La medicina pública y la rivalidad de los pacientes.

Carta N. 49. De la miseria a la atención social. Las vacunas y la salud pública.

Carta N. 50. Los estudios de magisterio de mamá.

Carta N. 51. La carrera, las oposiciones y la escuela de La Naya.

Carta N. 52. ¿Estudios u oficios? Escuela de pintura y taller de carpintería.

4. *La intimidad familiar.*

Carta N. 53. Paternidad responsable. Por qué no tuvimos más hermanos.

Carta N. 54. Sociograma familiar y preferencias de los padres.

Carta N. 55. Afinidades entre los hermanos. La pareja invisible.

Carta N. 56. Balleno, Gisela, Morcillo, Postigo, Gonío y Piloto.

Carta N. 57. El arte de la madre y la calidad de vida. La gastronomía.

Carta N. 58. La ayuda en el laboratorio. Microscopio, pruebas de sangre y de orina.

Carta N. 59. Los “juegos reunidos” y otros juegos. Las lecturas. La pulga.

Carta N. 60. Los domingos. La misa, los TBO, las chuches en el triángulo.

Carta N. 61. Preferencias y vetos en las comidas. Los días de los santos.

Carta N. 62. El árbol de Navidad. Los reyes magos.

1. De la prehistoria a la historia. El sur de España en los 50.

Carta N. 31. Pobres, ricos, aislados y comunicados. Construcción de las redes (13/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Cuando me hice mayor y llegué a la Universidad, para no salir ya nunca más de ella por el resto de mi vida, aprendí que los hombres durante los miles y miles de años llamados “prehistoria” vivían en la naturaleza, y que, durante los últimos tres mil años, llamados “historia”, vivían en las sociedades urbanas, o sea, en las ciudades.

Además, aprendí que, durante los tres mil años de historia, la vida se explicaba como una lucha entre los ricos y los pobres, por una parte, y como un proceso de organización o de desarrollo de las redes burocráticas, por otra parte.

Yo creo que para mí y para mis hermanos, el paso de la prehistoria a la historia, de la naturaleza salvaje a la vida en sociedades urbanas, ocurrió en Nerva durante los años 50. Creo que nosotros vivimos el paso de prehistoria a la historia en esa década, y que os lo podemos contar a vosotros, hijos y sobrinos, con cierto detalle.

Nosotros no vivimos las luchas de pobres contra ricos, las revoluciones y guerras, porque cuando empezamos a tener conciencia de nosotros mismos en los años 50 en Nerva, ya habían terminado montones de guerras, especialmente las del siglo XX, que afectaron a todo el mundo y que por eso se llamaron mundiales.

Después de terminadas, todos los gobiernos del mundo se dedicaron a organizar lo mejor posible sus sociedades, a desarrollar los sistemas burocráticos, y a procurar que todo el mundo tuviera lo que entonces se llamaban los bienes económicos básicos, “vivienda, alimento y vestido”. Pero, además, se dedicaron a conectar a todos sus ciudadanos entre sí construyendo decenas de redes de muy diverso tipo.

Redes de carretera, principales y secundarias (aun no existían las autopistas), redes ferroviarias, para conectar a los que estaban distantes en el espacio. Redes de regadíos, para regar los campos. Redes eléctricas, redes telefónicas, redes y cadenas radiofónicas. Todas esas redes

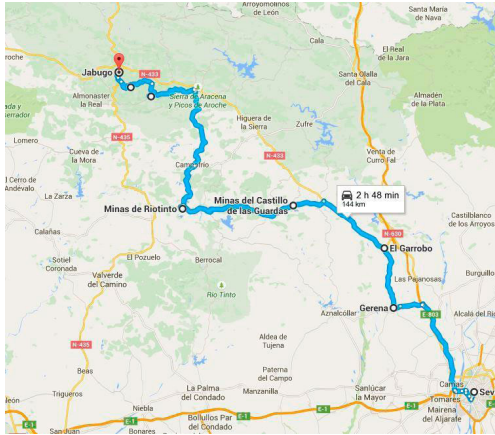
estaban hechas de metales, piedras y gomas (aún se estaban inventando los plásticos).

Además, las redes que no estaban hechas de cosas materiales, sino de cosas “espirituales”, como eran todas las redes burocráticas. Existían desde el pasado, los sistemas administrativos, que conectaban a todos los que mandaban, desde los gobernadores de las provincias más importantes hasta los alcaldes de los pueblos más pequeños. Pero, además, se crearon sistemas de educación nuevos y más amplios, para conectar a los ciudadanos del pasado con los del presente y los del futuro, desde muy niños hasta muy ancianos. Se crearon los sistemas sindicales de los trabajadores. Y sobre todo se creó el seguro obligatorio de enfermedad, que era la red de la que dependía más nuestra vida.

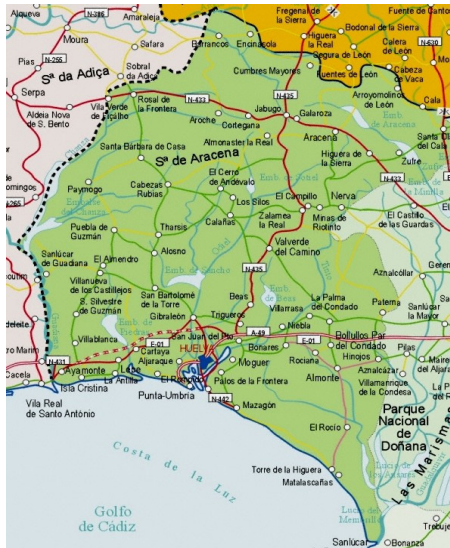
A lo mejor a algunas personas les pueden parecer agobiantes tantas redes, pero después vivir en ellas un tiempo, llegas a sentir que si vives en las redes vives en el mundo, y si no, vives en la nada. Los inmigrantes que arriesgan su vida cruzando el mediterráneo por diferentes sitios lo que quieren es eso, vivir en las redes. Dicen que en sus países no hay redes, que lo que hay allí es la nada, y que prefieren arriesgare a morir en el mar antes que quedarse en la nada.

Los gobiernos de las Europa occidental consiguieron organizar sus países proporcionando a sus ciudadanos esos bienes económicos básicos y unas redes. Los de Europa oriental, no, y los de África y Asia, tampoco. Y por eso se vienen a estos países.

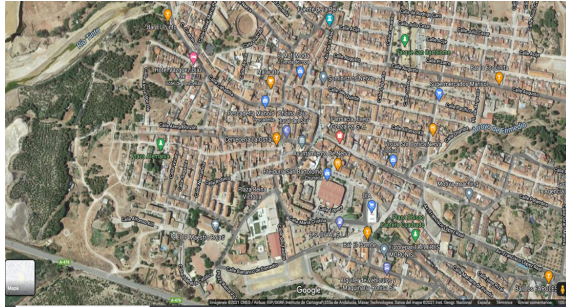
Bueno, pues lo que nosotros vivimos en Nerva durante una década, y ahora podemos contaros, es la organización y construcción de un país según esos sistemas de redes, el paso de la prehistoria a la historia, de la España pobre a la España europea y más o menos civilizada.



La carretera de Nerva a Sevilla.



La carretera de Nerva a Huelva



Captura de pantalla de Nereo. Arriba a la derecha, la calle Rodrigo Caro, En el centro a la derecha, el Ayuntamiento. Abajo en el centro el teatro y el parque Sor Modesta.

<https://www.google.com/maps/@37.696046,-6.5497334,715m/data=!3m1!1e3>



Calle Rodrigo Caro n 7 en 2004. Captura de pantalla de Google maps 01/03/2021

Carta N. 32. Escenario de nuestra historia. La casa de Nerva (13/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Yo llegué a Nerva desde Sevilla, de noche, creo que en un coche de unos señores amigos de mis padres, y casi todo el viaje fui durmiendo sobre la falda de la señora. Ese recuerdo lo tengo grabado así.

Mi padre me había dicho, muy contento, que nuestra casa tenía un patio con un naranjo, un pozo y una parra. Y que la parra tenía unos sarmientos que se podían comer. Que eran aciditos y estaban ricos. Y cuando llegué a la casa lo primero que hice fue ir al patio y tomar de esos sarmientos. Estaban aciditos, pero no me pareció que eso fuera una cosa tan rica.

Imagino que mi padre se sentía feliz, en aquellos comienzos, con la certeza de que tenían un sueldo mensual para mantener a su familia, y que las angustias de Villafranca ya habían pasado para siempre.

La casa era mucho más pequeña que la de Villafranca. Era solamente vivienda y estaba en el número 7 de la calle Rodrigo Caro, donde todavía seguía en el año 2000. La consulta, con el laboratorio y los rayos x estaban en otra casa, junto a una farmacia en una de las calles principales del pueblo.

Al entrar en la casa yo sentí mucha felicidad y mucha paz. Sentía que ya estábamos juntos otra vez todos. Aun no habíamos llegado todo, pero en poco tiempo sí estuvimos y nos distribuimos bien.

La puerta de entrada de la casa daba a un vestíbulo, con una habitación a la derecha, y otra a la izquierda, ambas con ventanas a la calle. La de la derecha era el dormitorio de mis padres, donde se escondían los juguetes de reyes en las vísperas del 6 de enero. La de la izquierda, el cuarto de las niñas, porque ya había dos niñas.

Pasado el vestíbulo había un espacio más amplio, que sería nuestra sala de estar, con otro espacio igual de amplio a la derecha, que sería nuestro comedor, y otra habitación a la izquierda, que sería el cuarto de los niños.

La sala de estar, mediante una puerta de cristales, daba acceso al patio, con el pozo, la parra y el naranjo. El cuarto de los niños se venti-

laba por una ventana que daba a ese patio. La sala de estar y el comedor se ventilaban por la puerta de cristales.

El comedor se comunicaba mediante una puerta con la cocina, y la cocina se comunicaba mediante otra puerta con otra habitación que había detrás. Y que hacía las veces de baño, de dormitorio de la muchas, y, más tarde, cuando fuimos creciendo, de dormitorio de Juan Antonio. La cocina se ventilaba por una ventana que daba al patio, y la habitación del fondo por una ventana que daba a la calle de atrás, calle Roma, a la que también daba la puerta del patio, que era lo que allí se llamaba la puerta falsa de la casa.

El pozo estaba casi en el centro del patio, junto a la pared del fondo, que daba a la calle Roma, estaba el naranjo, desde el cual veíamos toda esa calle, cuando nos subíamos a las ramas altas, que eran uno de nuestros lugares favoritos. Al fondo hacia la derecha estaba la puerta falsa, y entre la puerta y la pared de la derecha, el pilón de agua que se usaba para tener agua de reserva, para lavar, y donde Juan Antonio me zambulló a mi entero, vestido, porque le hice reír cuando estaba comiendo croquetas y se atragantó, las echó por la nariz, y casi se ahoga. Como yo me seguía riendo de él, se encolerizó mucho, me cogió en brazos y me metió en el pilón.

Bueno ese es el escenario principal donde los hermanos Choza Armenta vivimos el paso de la prehistoria a la historia, como tantos y tantos ciudadanos de la España pobre, y vivimos, a la vez, el paso de la inocencia a la responsabilidad, de la infancia a la adolescencia y a la juventud.

Carta N. 33. Habitar, vestir y comer. Nerva en los años 50 (13/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

He dicho que entonces estudiábamos que los bienes económicos básicos eran la vivienda, el alimento y el vestido. Ahora la vivienda lo sigue siendo, pero el alimento y el vestido, no. Porque todos nuestros hijos y sobrinos habéis crecido de tal manera que os resulta familiar la práctica de tirar comida, tirar ropa y tirar juguetes.

Por eso os resultará extraña la sensación de escasez de alimento, vestido y juguetes que aparecen en nuestros recuerdos. Extraña y chocante. Quizá os ayude haceros a la idea de que estábamos en el paleolítico.

Que la ropa era escasa significa que no existía en ninguna parte. Que había que hacerla, como se hacía desde el paleolítico. Y que había unas señoras costureras que hacían la ropa a medida para niños y a mayores, y que la hacían toda. Desde los calzoncillos hasta las camisas y los pantalones. La ropa hecha en fábrica y amontonada en los almacenes a la venta, lista para llevar, lo que se llamó el pret-a-porter, no se generalizó en España hasta bien entrados los 50.

Había también zapateros que hacían los zapatos a medida. Íbamos al zapatero, nos tomaba medidas de los pies, y nos hacía un par de zapatos. Tenían que durarnos un año, porque eran muy caros. Y al año siguiente había que hacer otros porque los pies nos habían crecido,

Yo, que era muy tranquilo, no rompía los zapatos con el uso, y los míos le servían a Pepe al año siguiente, pero Juan Antonio, que era muy inquieto, los rompía antes del año, y había que llevarlos al zapatero para que les pusiera suelas nuevas (echarle medias suelas, se decía), o les hiciera cualquier otro arreglo.

En Nerva era muy frecuente ver en las calles a niños harapientos y descalzos, con los mocos colgándoles desde la nariz sobre el labio superior en invierno, que es cuando hacía frío.

Recuerdo cuando empezó a haber en Nerva tiendas de ropa que empezaron a vender abrigos y gabardinas para hombres, niquis, y también zapatos y botas.

Por lo que se refiere a comer, se solía desayunar café con leche, o más bien malta o cebada tostada, porque el café era un producto muy de lujo, y una tostada con aceite del que se usaba para cocinar, que generalmente era aceite de oliva, y azúcar. Para el almuerzo, lo más común era que diariamente hubiese puchero: garbanzos que se dejaban en remojo la noche anterior, patatas cortadas a trozo que se echaban en la olla, tocino, morcilla y un poco de carne, que podía ser de ternera o de chivo, que era en Nerva la más barata.

Se tomaba de primer plato los garbanzos con la patata cocida, de segundo el tocino con la morcilla y un poquito de carne, que era la “pringá”, con pan, y de postre una naranja en invierno, y gazpacho en verano. Por la noche se cenaba la sopa del cocido, y después un huevo frito, o una tortilla, o croquetas, y en verano pescaíto frito. Los que teníamos para comer todos los días, comíamos eso. Y en las fiestas y cumpleaños había comidas especiales.

Había una confitería en Nerva, pero no recuerdo que compráramos nada en ella. Toda la intendencia de la casa, la ordinaria y la extraordinaria, tanto del vestido como del alimento, recaía sobre mi madre. Que ahora la recuerdo como una especie de hada madrina con unos poderes gigantescos y angelicales a la vez.

Porque mi madre nos hacía la ropa a los seis hijos, se hacía ella la suya y hacía parte de la de mi padre. La que ella no podía hacer, la encargaba a costureras. Porque ella hacía la comida diaria, iba a la plaza, a donde le acompañábamos los mayores durante un tiempo, y después los pequeños, hasta que finalmente la compra la hacíamos los niños y ella podía ahorrarse ese trabajo.

Además, hacía la comida, la diaria, y, sobre todo, la de las fiestas. Las celebraciones estaban siempre montadas sobre la imaginación, el esfuerzo y la alegría de la abuela.

Carta N. 34. Las casas de los barrios pobres (20/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Nerva es un pueblo de la cuenca minera de Riotinto, fundado en 1885, que en 1952 tenía una población de 10.783 habitantes, reducida en 2015 a 5.514, según Wikipedia y Google. Tiene un núcleo urbano con un ayuntamiento de ladrillo de torre esbelta y vistosa, y una parroquia, la de San Bartolomé, construidos a partir de la fundación del pueblo, sin especial valor histórico.

Tenía un núcleo urbano, "el triángulo", en el que, en torno al ayuntamiento, se concentraban dos bancos, un casino, tres bares, dos farmacias y algunas tiendas. En torno a ese centro se desplegaban los barrios del pueblo, que Wikipedia enumera en el siguiente orden: El Ventoso, El Cerro Pelambre, El Pozo Bebé, La Fuente Tomé, Llano el Cine, El Peral, Jardín Viejo y el Valle la Cuenta.

Estos nombres nos resultan familiares a todos los hermanos, y creo que yo los he recorrido todos acompañando a mi padre a hacer "avisos", visitas a domicilio a los enfermos que estaban lo bastante mal como para no poder ir a la consulta del centro médico público, situado en los bajos del ayuntamiento.

Nuestra casa estaba en dirección al Llano del Cine, que creo era el que llamábamos el Llano de los caballitos, porque en las fiestas de San Bartolomé, el 24 de agosto, ponían en ese llano los caballitos, como llamábamos al tiiovivo, junto con tómbolas, coches de choque y otras atracciones. Al final de la calle que unía el triángulo con el Llano de los caballitos, en la acera de la izquierda, antes de llegar al llano, estaba la fuente del Arreú, donde las mujeres iban con cántaros a por agua.

Quizá en las casas y bares del centro había agua corriente, pero en las de los barrios, no. En los barrios, las casas de los mineros y la gente más pobre podían ser como una cuarta o una sexta parte de la nuestra. Si nuestra casa, tal como la he descrito, se divide, desde la división de aguas del tejado, en una parte delantera y una trasera por un muro, entonces, tanto en la parte de la calle Rodrigo Caro como en la de la calle Roma, podían salir dos o tres casas.

Una casa tendría la extensión del cuarto de las niñas y el de los niños juntos. Otra, la del dormitorio de mis padres y el comedor. Y

otra casa, podía tener la extensión del vestíbulo de entrada y la sala de estar. Si de esa extensión se sacaban dos viviendas, las dos tenían un poco más de anchura y la misma profundidad que las descritas anteriormente.

Así era la casa ubicada junto a la nuestra, en la calle Rodrigo Caro, 5, donde vivía nuestro vecino Cayetano, que conocíamos muy bien porque pasábamos por delante de ella para entrar en la nuestra.

La casa de Cayetano se ventilaba por la puerta de entrada, que estaba abierta siempre en verano, y por el postigo de esa puerta en invierno, que se dejaba abierto y se cerraba la puerta para que no entrara frío. Esa habitación era la sala de estar, el comedor y la cocina, que estaba en el rincón de la derecha de la puerta según se entraba. La habitación del fondo, sin ninguna ventilación ni luz, era el dormitorio de toda la familia. El cuarto de baño era la calle, y también el lugar donde se situaba la palangana en su soporte de metal, en la que podía lavarse la gente.

Así eran las casas de la mayoría de los mineros pobres, o al menos las de los más pobres. Cuando más tarde yo estudié prehistoria, me enteré de que las cuevas que se habitaban en el paleolítico estaban distribuidas en esos dos espacios, y que las chozas de los cazadores-recolectores, o las tiendas de los indios de las praderas de América del Norte, se distribuían en esos dos espacios.

Verlo en las películas no daba pena, pero verlo en Nerva sí, porque al lado de esas viviendas había otras mucho más amplias y cómodas. Muchas de las casas de los enfermos que yo visité acompañando a mi padre eran así.

Carta N. 35. Pueblos prehistóricos. Agua, saneamientos, luz, teléfono (20/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La mayoría de las casas de Nerva no tenían agua corriente ni saneamiento. La nuestra tampoco, aunque había gente que decía que nuestra casa era un palacio, refiriéndose a su amplitud. A mi madre le parecía ridículo ese punto de vista, y a mí también, recordando la casa de Vilafranca.

Lo más incómodo es que no hubiera saneamientos. En nuestra casa no lo había y mis padres compraron en Sevilla un “perico”, que era una especie de cubo, en cuya boca había un revestimiento de madera sobre el que uno se podía sentar para hacer sus necesidades. El perico se instaló en un cuartito techado en la esquina izquierda del patio, a la izquierda del naranjo. Lo utilizamos desde 1952 en que llegamos a Nerva, hasta 1963 o 1964 en que nos trasladamos a vivir a Madrid. Creó que fue una de las cosas de la casa de Nerva que más hicieron sufrir a mi madre. El papel higiénico no se generalizó en España, y no llegó a los pueblos, al menos hasta la década de 1960.

Aunque no había una red de agua y de saneamientos, había una red eléctrica que permitía una bombilla por habitación en las casas más pobres, y aparatos de radio en los bares y las casas al principio, y desde comienzos de los 60, aparatos de televisión en los bares. Allí, donde se concentraban los mineros para jugare a las cartas o al dominó, se concentraban a partir de los 60 para ver partidos de fútbol.

Creo que no había teléfono en las casas. Quizá en las farmacias sí había, en las tres, pero no estoy del todo seguro. Había una centralita de teléfono, cerca de la parroquia y del ayuntamiento. Cuando había que hablar por teléfono con Sevilla, con la familia de mi madre, nos avisaban de la hora en que iba a ser la llamada. Íbamos a la centralita, esperábamos nuestra ora, hablábamos, y nos volvíamos a casa. Y era algo muy extraordinario.

En Vilafranca yo no tenía conciencia, ni tuve tiempo, para conocer todo el pueblo, ni cómo vivían los demás. Solamente las dueñas de la casa, en el piso de abajo, y don Cecilio, en la casa de en frente, que eran los ricos.

Pero en Nerva, por pasar mucho tiempo allí, por acompañar a mi padre en muchas visitas a enfermos, por ver varios tipos de viviendas y barrios, y por tener ya una conciencia de adolescente, percibí muchas diferencias, y saqué una impresión general del pueblo en el que vivía. Porque podía compararlo con Villafranca y con Sevilla.

Con el tiempo, me ha quedado la impresión de que he vivido en la España pobre, y más aún, en una parte especialmente miserable de esa España.

He vivido allí en la época de formación de una administración estatal que estaba tendiendo una tupida red de conexiones en todo el país, pero yo entonces no tenía una visión dinámica de los pueblos, las ciudades y la sociedad. Tendía a verlos como escenarios estables, y no tenía ninguna idea ni tampoco inspiración alguna sobre sus posibilidades de mejora o incluso sobre sus posibilidades de transformación.

Durante esa década y la siguiente, los mineros de Nerva fueron abandonando el pueblo, emigrando a Barcelona y Bilbao primero, y luego a Europa central. Y ya no volvieron ellos ni sus descendientes. La juventud que se iba generando en el pueblo se iba marchando, y actualmente el pueblo tiene la mitad de habitantes que hace sesenta años.

Eso sí, el pueblo tiene ahora agua corriente en todas las casas, saneamiento en todas las calles, electrodomésticos, teléfonos y conexiones a internet en todos los lugares.

Tiene varios museos y escuelas de artes, al menos un instituto de enseñanza secundaria, todas las calles están asfaltadas y da la impresión de que la mayoría de la gente tiene coche.

Nosotros vivimos el esfuerzo de esa siembre, pero el furo llegó cuando nos fuimos. Lo vemos ahora, cuando volvemos y vemos Nerva como un pueblo de jubilados, que se ha quedado vacío.

Carta N. 36. Llegada de la modernidad. Plancha eléctrica, lavadora, pick-up (20/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La primera sensación de movimiento y de progreso histórico y social la tuve cuando mi madre compró la primera plancha eléctrica. Más de una vez la vi desatornillar la plancha, desmontarla, arreglar y disponer bien unas láminas transparentes imprescindibles para el funcionamiento del artefacto, enchufarla de nuevo y volver a planchar las camisas, los pantalones, y la ropa en general.

Ya no había que usar planchas de hierro que se calentaban en el fuego del carbón, que se enfriaban muy pronto, y había que poner en el carbón de nuevo.

Pero para mí el momento de la gran revolución, de la transformación social y del progreso histórico fue la llegada de la lavadora. Ya te lo conté en el epílogo de Filosofía para Irene.

Me parecía mágico, milagroso. Fuimos todos a verla funcionar por primera vez, en el cuarto que estaba detrás de la cocina. Era un cilindro blando con patas y tapadera. Se metía la ropa por arriba, se cerraba la tapa, se enchufaba, se le daban a unos botones, y ya estaba. Después de un tiempo se abría la tapa y se secaba la ropa, limpia, sin el menor esfuerzo.

Sin caminatas al río, a la fuente de La Reú, al pilón del patio. Sin frotar una y otra vez con el jabón verde, que podía dejar las manos picadas. Sin hacer trabajar los riñones, los bíceps, los músculos de los brazos todos. Sin pasar frío en invierno ni calor en el verano. Era más que magia y más que milagro. Era las dos cosas. Y la cara de felicidad que se le ponía a mi madre eran para mí el cielo. Creo que mi madre levantaba la vista y el pensamiento a toda la corte celestial, y se le volvían todo el cuerpo, y toda el alma, gratitud.

Junto a la plancha y la lavadora, el otro gran artefacto que dio sensación de entrar en una nueva era fue el primer tocadiscos eléctrico, el llamado pick-up. Para una mujer de aquella época, y para una mujer como mi madre, la máxima felicidad era hacer felices a su marido y a sus hijos. Mi padre y mi madre sabían que en Sevilla se habían puesto

a la venta tocadiscos eléctricos, y sabían que la música era la felicidad de mi padre.

El farmacéutico amigo de la familia, don Antonio Zarza, se había comprado uno y nos había regalado su gramola, que funcionaba dándole cuerda manualmente, y en ella escuchábamos discos de vinilo, de 78 rpm.

No sé como pero el caso es que un día llegó en la camioneta de Sevilla un regalo para mi padre que era un pick-up, con unos primeros discos microsurco: La misa de la Coronación de Mozart, las cuatro suites de Bach y un recital de piano de José Tordellas.

Yo asistí a la ceremonia de desembalar el pick-up, montarlo y poner los dos primeros discos. Ahora podíamos escuchar una función musical completa sin interrupciones, sin ruidos de la aguja rascando en el vinilo. Recuerdo la expresión de éxtasis en la cara de mi padre, y la de satisfacción en la de mi madre.

Desde entonces los reyes magos traían cada año discos para mi padre, y uno de los primeros que trajeron fue una edición de las mazurkas de Chopin interpretadas por Samsone François. Es el disco que más veces he escuchado en mi vida desde los años 50 hasta este 2020, y siempre, gracias a Spotify. En esa versión del pianista francés.

Después vinieron la cantata 243 de Bach, El Magnificat. Después las Sonatas de Scarlatti. Después, los conciertos para flauta de Mozart. Cada uno de los hermanos escogió uno u otro de esos discos como favoritos, y desde entonces hasta ahora, escuchamos esos y otros nuevos descubiertos por cada uno, con un sentimiento de gratitud inmensa a nuestro padre. Él nos educó en la afición y el gusto por la música, y gracias a eso hemos disfrutado de innumerables momentos de felicidad en nuestra vida.

Carta N. 37. Conexiones con la civilización. Carreteras a Sevilla y a Huelva. (27/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Nerva tenía una carretera de entrada por el norte, por El Peral, donde José y Elena Navlet, padres del tío Juan y el tío Augusto, tenían una amplia casa con jardín, con el Cerro de las lajas en frente, hacia el oeste. Allí habíamos ido muchas veces a jugar y a coger piñas. Esa carretera era de tierra desde Nerva, hasta llegar a El Castillo de las Guardas, donde la camioneta paraba después de dos horas de viaje, para ir a los servicios y tomar un café. Desde ahí en adelante, la carretera era de asfalto, y la camioneta tardaba otras dos horas en llegar a Sevilla, de manera que el viaje a Sevilla duraba unas cuatro horas.

Cuando mi madre nos acompañaba en el viaje se mareaba siempre, y se le pasaba el mareo tomando una copa de coñac en El Castillo de las Guardas. Le costaba como tomar un purgante, y hacía un gesto de repugnancia que nosotros imitábamos para reírnos de ella, con el que nos reíamos todos (ella también) y le tomábamos el pelo.

El trayecto entre El Castillo de las Guardas y Nerva mostraba un trozo de la España rural profunda. La camioneta era el cosario, palabra que ya no se usa, y que el diccionario define como “el que lleva encargos o personas de un lugar o población a otra”, que “se emplea también como sustantivo”, y que significa también “recadero, trajinero, ordinario, arriero, mensajero”.

La llegada del cosario era el acontecimiento del día en esos pueblos rurales, aislados, y con unos centenares de habitantes. Alrededor de la camioneta se agolpaban hombres y mujeres de todas las edades, y sobre todo niños. Yo miraba siempre a los lugareños sin dejar de asombrarme y sin dejar de sentir una profunda pena. Porque los niños que corrían y venían a ver a los viajeros tenían caras con sonrisas vivas y luminosas, y miradas avispadas y curiosas. Las mujeres me parecían personas normales ocupándose de las cosas. Pero los hombres me parecían que tenían cara de personas opacas, duras, embrutecidas, que no transmitía nada. Y conforme yo iba cumpliendo años, sentía con más dolor que el destino de esos niños, que a mi me parecían maravillosos porque yo desde siempre adoraba a los niños, tuviera que ser embru-

tecerse como los adultos que estaban junto a ellos, en la parada de la camioneta, mirándola pasar.

Me parecía que esas aldeas eran como agujeros de vacío, y sentía mucha pena por los niños que vivían en ellas.

En el trayecto de Nerva a Huelva no se pasaba por aldeas así. La carretera era la salida sur el pueblo, y estaba completamente asfaltada desde el principio hasta el final. La camioneta hacía el viaje quizá también en unas cuatro horas, y la parada de descanso se hacía en Zalamea la Real o en Valverde del Camino, no me acuerdo bien.

El primer pueblo saliendo de Nerva era Riotinto, con la impresionante vista de las cortas de la mina, la explotación de cobre y hierro a cielo abierto que data de tiempo de los cartagineses y los romanos, desde dos siglos antes de Cristo. En las zonas mineras y en los demás pueblos, durante esos años, se percibía actividad industrial, artesanal y comercial, estaban habitados por poblaciones más numerosas y más comunicadas entre sí, y no veía niños que me pareciesen condenados al embrutecimiento y que me dieran pena.

La distancia de Nerva a Sevilla es de 80 kilómetros, y la de Nerva a Huelva de 44 kilómetros. Ahora las carreteras son buenas y los habitantes de esos pueblos viajan entre Nerva y Sevilla en sus propios coches en menos de una hora, y entre Huelva y Nerva en menos de media hora. Ahora los adultos ya no tienen caras opacas y duras, sino normales.

A comienzos de los 50 el tramo de El Castillo de las Guardas a Nerva no estaba asfaltado, y las camionetas, como las llamábamos entonces, además de transportes de pasajeros, hacían las funciones de co-sarios, y paraban mucho tiempo en cada pueblo para recoger y entregar mercancía. La camioneta era la conexión de cada pueblito y cada pueblo con la civilización, traían una plancha eléctrica o un pick-up, y eran como los camellos de los reyes magos.

Carta N. 38. Conexiones con el pasado y el futuro. Enseñanza primaria y secundaria (27/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La enseñanza primaria y secundaria, obligatoria y gratuita, era una aspiración de todos los gobiernos en Europa y América desde comienzos del siglo XIX. No empieza a hacerse realidad en muchos países hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y va extendiéndose desde las capitales de provincia hasta los municipios más pequeños.

La sanidad y la educación públicas son proyectos de servicios universales que se realizan poco a poco, dependiendo de la concentración demográfica en cada país.

En España se dio prioridad a la salud sobre la educación. Por eso mi padre llegó a Nerva como médico en 1952, pero nosotros sus hijos no teníamos posibilidades de cursar allí los estudios de bachillerato, que duraban 7 años, desde los 11 a los 17, edad a la que se podía acceder a la universidad.

En Nerva podíamos terminar la enseñanza primaria, y es lo que hicimos todos. Fuimos al colegio Virgen Milagrosa de las monjas de la caridad, que no estaba muy lejos de nuestra casa, hasta que desapareció a mediados de 90. La clase los mayores estaba bajo la tutela de Sor Modesta, que cumplió 102 años en 202 según dice google, y la de los más pequeños a cargo de Sor María Berta, que se encariñó mucho con Pepe. Decía que Pepe tenía un talento especial para las matemáticas.

En el colegio nos daban cada mañana diariamente una ración de queso y otra de leche, muy generosas, de la ayuda americana. No sé cuántos niños había allí que comían poco más que eso a lo largo del día. Alguna vez, muy excepcionalmente, recuerdo haber visto tirado en el suelo algún pedazo de ese queso amarillo con su pan. El pan no se podría tirar porque era bendito, y si uno se lo encontraba tirado en el suelo, en la calle, se recogía, se le daba un beso y se ponía en el poyete de una ventana. Yo recuerdo haber practicado eso porque alguien me lo habría enseñado, pero no recuerdo quién.

Los sábados de mayo íbamos a la capilla de las monjas a ofrecerle flores a la Virgen. Las niñas desfilaban vestidas de blanco, cantando canciones, y con ramos de flores en la mano que dejaban al pie del altar.

Mi hermana Pili lloraba porque quería ir a ofrecer y no la dejaban por ser muy pequeña. No sé si alguna vez llegó a cumplir su deseo. Mi padre le calmaba diciéndole que ya lo haría cuando fuese mayor.

Apenas recuerdo temas de los estudios de primaria. Siempre he tenido el sentimiento, originado a partir del libro de Cien figuras españolas, que creo que era del colegio de Villafranca, que España era un país muy importante, porque mis héroes eran españoles y habían recorrido, descubierto y conquistado el mundo.

Además, tenía la idea y el sentimiento de que el mejor pintor del mundo era Velázquez y el mejor literato del mundo era Cervantes, y eran también españoles. Creo que en los estudios de primaria se fue formando en mí una especie de patriotismo cultural que me daba, por una parte, orgullo, y, por otra proyección hacia el futuro.

Por una parte, orgullo, porque yo me sentía orgulloso de haber nacido en Sevilla como Velázquez, y en España, donde había nacido tanta gente tan formidable, y ese orgullo me daba cierta seguridad en mí mismo e incluso cierta fuerza. Por otra parte, proyección hacia el futuro. Mi afición principal era el dibujo y la pintura, y poco a poco fue consolidándose en mí la idea de llegar a ser un pintor famoso como Velázquez.

Este patriotismo de la infancia sufrió numerosas modificaciones, cuando estudié el bachillerato superior, y luego cuando a mediados de los 60 estuve en Italia, a mediados de los 70 en Alemania, en los 80 en Estados Unidos, y en los 90 en Latinoamérica. No sé cuáles han sido las vicisitudes del sentimiento de españoles de mis hermanos.



Encarnita, Manolo y Pepe hacia 1955-56. Foto Archivo E.

Choza.

Fotografía escolar de Manolo y Pepe en la Escuela de Nerva.



Manolo y Pepe hacia 1956-57. Foto Archivo E. Choza.

Visita a Sor modesta en Nerva hacia 1992.



Jacinto a la izquierda, Pili a la derecha y Pepe en el centro. Sor Modesta, la monja más bajita entre Pepe y Pili, Foto Archivo José Choza.

2. La vida social. Nosotros, los pobres y los ricos.

Carta N. 39. ¿Nosotros éramos ricos? Amalia la del estanco (28/12/2020).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En Nerva mis hermanos y yo éramos los hijos del médico, del doctor Choza, que era una persona importante, y por tanto éramos una familia importante. Por ese mismo motivo tratábamos con las personas importantes y sus hijos eran nuestros amigos. Los médicos y las personas importantes eran ricos. Por lo tanto, nosotros éramos ricos. O bien, éramos gente rica, o del grupo de los ricos.

Por otra parte, mis padres nos hacían partícipes a sus seis hijos de las estrecheces económicas. Sabíamos que unos zapatos debían durarnos todo el año, que alguna ropa no se podía comprar hasta el mes o el año siguiente, que algunas cosas muy ricas de comer no se podían comer más que en algunos momentos del año y en cantidades pequeñas, como el jamón.

Sabíamos que el dinero no alcanzaba para llegar a fin de mes, pero que podíamos comprar casi todo lo necesario para comer, y algunas otras cosas, en el estanco de Amalia. Amalia y su familia eran de Zamora o de Palencia, se habían instalado en Nerva años atrás, y habían puesto un estanco en frente de la Reú, la fuente del pueblo. El estanco era también tienda de ultramarinos, y de algún tipo de prendas de vestir. El comercio en los pueblos no estaba entonces muy diferenciado y especializado.

Mi madre era muy buena cliente, se hicieron muy amigas, mi padre atendía como médico a su familia, Amalia se hacía perfectamente cargo de la situación económica, y ayudaba a la familia de corazón, como una amiga de verdad. Llegaban momentos en que no se le podía pagar, ella fiaba la mercancía, y se le pagaba cuando se cobraba el sueldo a fin de cada mes. Eso se hacía con frecuencia, muchos meses, y no sé si llegó a hacerse una práctica habitual. O si, en algunas circunstancias muy extremas, se le terminaba de pagar cuando llegaba una paga extraordinaria de Navidad o de verano, o el dinero de algunas susti-

tuciones que hacía mi padre. Eso quizá si había que hacer una compra muy extraordinaria, no sé.

Llegado un momento pensamos que a lo mejor no había dinero para que estudiáramos una carrera universitaria, y que en su lugar tendríamos que aprender un oficio o una carrera de grado medio, un “peritaje”, como se llamaba entonces.

Cuando hablábamos de estas cosas, algunas veces yo me reía y decía, qué divertido, no tenemos dinero, qué bueno. Y mis padres se sonreían, y también en broma decían, sí hombre, muy divertido, divertidísimo, fíjate lo divertido que es no tener para comer.

Creo que yo decía eso porque me sentía muy seguro de mí y de nosotros. Tenía mucha seguridad en mí mismo y en mi familia, tenía la certeza de que siempre éramos y seríamos nosotros, y que eso era muy grande.

Nosotros éramos nosotros, la familia, invulnerable a la pequeña circunstancia de no tener dinero. El dinero era importante para proyectos inmediatos, pero nosotros ya éramos nosotros, éramos la familia. Creo que lo sentía así entonces, y que siempre o casi siempre he tenido un sentimiento parecido de la unidad, la integridad y la invulnerabilidad de la familia. Nunca dejaría de ser la familia.

Sentía y percibía que la felicidad familiar era invulnerable, que nosotros éramos felices porque estábamos juntos y jugábamos juntos, porque siempre teníamos a nuestros padres y a nuestros hermanos. No sé si esto lo he contado así alguna vez, si lo han sentido también así mis hermanos, y si alguien me ha entendido cuando decía que era divertido no tener dinero o ser pobre.

Carta N. 40. Los hombres pobres. Cayetano y los niños del “hogar” (02/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La idea que yo me hice sobre quiénes eran los pobres, los más pobres de todos los pobres, surgió de ver a los niños del “hogar”, la institución que acogía a niños desamparados. Eran los más pobres de los pobres porque eran huérfanos, y no tenían familia o no podían vivir con ella. Siempre que los veía sentía una pena muy profunda.

El “hogar” estaba en la calle Julio César, a donde daba la puerta falsa de nuestra casa. Calle abajo, al final, a la derecha, donde se abría el llano de los caballitos, que era como su patio de recreo. Los niños del “hogar” jugaban por el llano y por toda la calle, y algunas veces, cuando yo estaba subido en el naranjo de nuestra casa y me veían, me pedían que les tirara una naranja, y yo se la tiraba.

Me daba una tristeza grandísima verlos porque sentía que no podía haber desgracia mayor. Algunas veces íbamos a jugar con ellos al llano, generalmente al fútbol, o al interior del edificio, para algún otro juego.

Mamá, ¿a ti no te importa que vayamos a jugar con los niños del “hogar”. Claro que no, hijo. A mí lo que no me gusta es que juguéis con niños que no son buenos.

Creo que por esa ubicación de nuestra casa y por ese trato con los niños huérfanos, nunca llegamos a aprender que los pobres eran malos. Creo que, al contrario, aprendimos que los pobres son buenos.

Buenos y desgraciados, y eso lo veíamos sobre todo en Cayetano, nuestro vecino de la casa de al lado, y en su familia. Cayetano vivía en una casa pobre, como he descrito antes, que veíamos a diario al entrar y salir de la nuestra. Era un minero sin recursos ninguno, y se alumbraban en la casa con candiles de carburo, como los que se usaban en la mina. Tenía una mujer que llevaba la casa, y creo que tres hijos. Quizá andaban descalzos, y recuerdo que con frecuencia llevaban los mocos caídos, lo cual a mí me producía una compasión suprema. Porque para mí, desde que tengo uso de razón, la prenda de vestir más importante es el pañuelo para limpiarme los mocos.

Muchos mineros como Cayetano emigraron a Alemania y Bélgica desde mediados de los 50 a finales de los 60, formando parte de ese grupo de dos millones de españoles que se fueron a trabajar a Europa, porque eso era lo único que España podía exportar entonces, mano de obra. Cuando a mediados de los 70 yo viajé a Europa central pude ver cómo habían vivido, y cómo vivían, los emigrantes del sur en el norte y centro del continente.

Mi padre hacía análisis clínicos y revisiones médicas a los emigrantes, que sólo conseguían pasaporte si los informes médicos que presentaban certificaban su normalidad sanitaria. El pobre Cayetano no pudo emigrar, porque, aunque estaba muy sano, no era del todo normal. Resulta que al hacerle las radiografías apareció que tenían tres riñones, y esa anomalía fue considerada suficiente anormalidad para la administración migratoria. Y había otra clase de pobres menos pobres. En la calle Julio César, en la acera de enfrente de la nuestra, las casas eran de dos pisos, y de mejor calidad. Justo en el primer piso enfrente de nuestro naranjo, vivía un matrimonio que cada domingo noche captaba nuestra atención con sus conversaciones en voz alta, muy alta.

El marido gastaba parte de la paga semanal, que cobraba los sábados, en una taberna, y a partir de las once de la noche se sentía inspirado y generoso, y como si fuera el rey del mundo, salía al balcón de su casa y a voz en grito, para que se enterara todo el mundo, dirigiéndose a su mujer proclamaba: “Te voy a comprá un vestío, blanco, que vah a está máh guapa que la Vigen! Te voy a comprá un olivá, y un cortijo, pa que tengas de tó y no tengas que trabajá! Te voy a comprá...!”

Y ella, la pobre, le decía: “Anda, vente pa dentro ya. Cállate ya que me tienes negra. Ay Dios mío, qué desgracia...” Le llamábamos el borracho de enfrente y nos parecía un hombre inocente.

Carta N. 41. Las mujeres pobres. Joaquina, su hija, las sirvientas (02/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Joaquina era una mujer algo mayor que mi madre, que vivía sola con su hija, de unos veinte años o algo más quizá, y que trabajaba a diario en nuestra casa. Lavaba, planchaba, limpiaba la casa y algo más. Nosotros ya nos hacíamos nuestras camas y mi madre llevaba toda la cocina.

Joaquina tenía el pelo largo y gris, tensado y recogido en un moño redondo en la nuca. Tenía una frente amplia y despejada y una mirada muy noble. Llevaba siempre un vestido gris oscuro o marrón, y un delantal. Quizá no tenía más ropa. Siempre decía que un pobre, aunque no tuviese nada, siempre podía ser limpio y ser honrado, que esa era el mayor adorno que tenía un pobre, y que era el mayor adorno que se podía tener.

Cuando terminaba el trabajo en nuestra casa, quizá después del almuerzo y se marchaba a su casa, mi madre le daba con frecuencia lo que había sobrado, para que se lo llevase en un cazo y tuviera para la cena. No tenía ropa de domingo, y los domingos y fiestas lo que hacía era lavarse mejor toda la cara y el pelo para estar más reluciente.

Mi madre y ella se contaban todos sus problemas, económicos y familiares, y cada una conocía bien las pesadumbres de la otra. Mi padre le decía a mi madre, mira Encarna, si alguna vez se te ocurre que tienes que dar algún dinero a la parroquia, en la Iglesia, lo guardas y se lo das a Joaquina, porque será un dinero mucho mejor empleado.

El disgusto mayor de Joaquina fue que su hija se fue a trabajar a Bilbao, y al poco de marcharse supo que allí se dedicaba a la prostitución. Se lo contó a mi padre y a mi madre, y compartieron con ella su tragedia. Pasado un tiempo tuvo un hijo y vino con él a Nerva a ver a su madre. Y un día Joaquina, con su hija y el bebé, vinieron a casa. Supongo que invitada por mis padres, porque mi padre tenía un sentido de la dignidad, que le llevaba a acoger en su casa a personas en una situación tal que no eran acogidas en ninguna otra. Eso se lo ví hacer más veces, por ejemplo, cuando acogió en su casa en Madrid al tío Luis con su pareja, después de divorciarse, cuando en España no había divorcio o

se acababa de estrenar. Mi padre tenía una seguridad de conciencia tan fuerte que no le importaban nada las convenciones de la moral pública.

Vinieron a la hora de la merienda y mi madre preparó café con algunas galletas y pastas o algo así. La hija de Joaquina vestía con un traje de chaqueta pata de gallo de color blanco y negro. Elegantísima. Esbelta. Guapa. Podría ser el año 55 o 56, y yo tendría 11 o 12 años. Muchos años después, cuando estudié más, supe que ese traje fue una de las grandes creaciones de Coco Chanel de mediados de los 50, y que había dado la vuelta al mundo gracias a algunas estrellas de Hollywood. Yo nunca había visto una mujer joven tan elegante, ni en Nerva ni en Sevilla.

Durante la merienda le tocó su hora de comer al bebé, que manifestó su intención y su deseo de comer a su hora. Mi padre y mi madre se dieron cuenta, y le dijeron a la hija de Joaquina que le diera el pecho. Ella dudó un poco, como si le diera vergüenza desabrocharse la blusa, y ponerse el bebé al pecho descubierto. Mi madre se rio y le dijo, pero si eso es lo más normal del mundo, chiquilla, cómo te va a dar vergüenza eso. Y cuando mi padre, el doctor Choza, intervino con un gesto de corroboración, la hija de Joaquina se relajó y, ya tranquila, le dio de mamar a su bebé en su momento y en la cantidad por él requerida.

Mi madre tenía un maravilloso sentido de naturalidad en relación con el sexo, que luego fui descubriendo, y que siempre me ha ayudado mucho.

Seguramente Joaquina habrá muerto ya, como nuestros padres, y su hija tendrá más de 80 años. El bebé, como los hijos de Cayetano, tendrán más de 60. Seguramente llegaron a tener unas condiciones de vida bien llevaderas, como todos los españoles, también como los que regresaron de sus trabajos en Europa central, y como los que se quedaron con sus familias allá.

Carta N. 42. Los hombres ilustres del pueblo: Vázquez Díaz y Labrador (02/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Aunque Nerva se funda en los últimos años del siglo XIX y tenía una vida muy corta cuando nosotros llegamos, y aunque era un pueblo sin historia, tenía ya dos hombres ilustres, y uno de ellos, particularmente ilustre: el pintor Daniel Vázquez Díaz, que había pintado los frescos del Monasterio de La Rábida de Huelva, que visitó Colón antes de partir para el Descubrimiento y en el que encontró apoyo para su empresa. También había retratado a personajes ilustres de la época, como el rey Alfonso XIII, Rubén Darío y otros.

Entonces era un hombre de más de 70 años que vivía y trabajaba en Madrid, pero el otro hombre Ilustre, el también pintor José María Labrador Arjona, aunque nacido en Benamejía, vivía y trabajaba en Nerva.

Vázquez Díaz tenía familia en Nerva. Una hermana y un sobrino farmacéutico que llevaba una de las tres farmacias del pueblo, don Antonio Zarza Vázquez. Don Antonio Zarza era un hombre que había viajado por Europa, muy cultivado, experto en pintura y un melómano de amplios conocimientos, con el que mi padre hizo mucha amistad.

Quizá por la presencia de las figuras de Vázquez Díaz y Labrador en el pueblo se había desarrollado mucho la afición a la pintura y había varios pintores, academias de pintura y dibujo, exposiciones y certámenes anuales, tanto de pintura y dibujo artístico como de dibujo técnico, pues las escuelas de peritos de minas requerían expertos en dibujo técnico y la provincia de Huelva los producía generosamente.

En ese ambiente desarrollé yo mis aficiones a la pintura, que quedaron potenciadas por el hecho de que al poco de llegar mi padre me regaló un caballete y una caja de óleos, pinceles y disolventes. Con eso hice mis primeros cuadros al óleo en 1954, cuadros que todavía están repartidos entre la casa de mis padres de Madrid, y que Encarnita ha conservado, y mi casa de Valencina. Porque Ananí se empeñó en ponerlos por toda la casa, juntó con otros que he pintado posteriormente.

Gracias al apoyo de Anani, que es una buena pintora, aquella afición por la pintura que tuvo sus primeros resultados en Nerva, se ha

mantenido hasta ahora, y me ha proporcionado haga ahora numerosos momentos de felicidad, como la música. También por eso le estoy muy agradecido a mi padre.

Don Antonio Zarza me alentó mucho también en la pintura, y comentaba con mi padre mis cuadros, como si fueran embriones de una obra grande. Como él era una autoridad en el pueblo, conocía a Labrador, y un día me llevó a visitar su estudio.

Era como una nave central de una iglesia, muy amplio y muy frío. Estaba lleno de cuadros por todas partes, y tenía el olor característico de aceites, aguarrás, trementina y otros productos usados por los pintores, y que a mí me fascinaban.

Labrador y don Antonio me explicaron que era importante que el estudio tuviera todas las ventanas al norte, o que solo estuvieran abierta esas, porque por el norte nunca entra el sol, y de esa manera dentro del estudio hay a lo largo de todo el día una luz lo más homogénea posible. No hay momentos en los que entrar rayos de sol y hay mucha luz, y otros en que no entrar y hay poca. Cuando se está pintando, es importante que la luz sea lo más constante posible.

Nerva era un pueblo pobre, casi miserable, pero gracias a sus hombres ilustres, y al acceso que yo tenía a ellos, yo podía estar desde niño al corriente de algunas vanguardias artísticas y musicales. Creo que por eso me sentía un poco también como en la vanguardia de la cultura y de la historia, o al menos de esa parte de la cultura y de la historia que a mí me importaban más, y con la que yo soñaba.

Creo que Nerva me ayudó así a moldear mis sueños de grandeza de adolescente, y a sentirme con mucha cancha por delante para vivir.

Carta N. 43. Servicios y actos públicos. Plaza de abastos y fiestas de San Bartolomé (10/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En el año 52, cuando llegamos a Nerva, en el pueblo había unos cuantos servicios públicos en funcionamiento. En primer lugar, una plaza de abastos bien abastecida, en el sentido de que había alimentos para todo el mundo, que se podían comprar. Quedaba el recuerdo de las cartillas de racionamiento, y de los cupos de azúcar, harina y otros productos de alimentación que años atrás habían escaseado mucho.

Había un centro médico y una central telefónica, como ya te he dicho, había un servicio de correos que funcionaba muy bien, y que fue el orgullo de España durante muchas décadas, había diversos servicios administrativos en el ayuntamiento y había un servicio de autobuses interurbanos, como he dicho, que eran concesiones del gobierno a empresas privadas. Muchos años después me enteré de que España era el país con el mejor sistema de comunicaciones interurbanas de Europa, y el más barato para el Estado, gracias a esas concesiones a empresas privadas. Me enteré de que China había copiado ese sistema de España, y de que empresas españolas de transporte interurbano habían sido contratadas para prestar ese servicio en Asia. Esto te lo cuento porque me da orgullo y me hace sentirme bien, y a lo mejor a ti también te levanta la autoestima.

Para mí el más frecuentado y el más familiar de los servicios públicos era la plaza de abastos. Era un recinto cuadrangular cerrado, con altos muros y sin ventanas al exterior. Por dentro era una cuadrícula con varias calles paralelas de norte a sur y de este a oeste. La puerta de entrada estaba en el oeste. Las primeras calles a derecha e izquierda eran de productos agrícolas, y la calle del fondo era la que tenía los puestos de carnes y de pescados. Allí tenía su puesto Mariquita la del pescado, con la que tratamos mucho.

Cuando crecimos y éramos los niños los que íbamos solo a la compra y le pedíamos un pescado a Mariquita, ella nos decía, no, ese pescado no se lo voy a vender yo a tu madre.

Cuando después de 2015, casado yo ya con Anani, íbamos al mercado de nuestro distrito en Arequipa, revivía las estampas del mercado

de Nerva, el trasiego de los puestos, las ubicuas moscas y, sobre todo, los olores antiguos de los diversos puestos, de verduras, de especias, de carne, de pescado.

En la vida del pueblo, la plaza de abastos era el punto central en el espacio. El punto central en el tiempo eran las fiestas de San Bartolomé, patrón del pueblo, que se celebraba el 24 de agosto.

Eran tres días de fiesta en que se sacaba en procesión al santo y se engalanaban las calles. El centro del pueblo, el triángulo, se llenaba de tómbolas, puestos de turrón, algodón rosa dulce de comer, frutas caramelizadas, coco, y cosas por el estilo. En extremo oeste, en el llano de los caballitos, se ponían los coches de choque, el carrusel, los caballitos, la noria y otras atracciones menores. Algunas veces venía un circo. En el extremo este, donde estaba el parque y el cine, se ponían verbenas y había baile. Venían a cantar vocalistas contratados Juan Antonio y yo hemos bailado allí con nuestra madre, que nos estaba enseñando a bailar. Se estrenaba ropa, se tomaban comidas especiales, y se frecuentaban los bares los tres días.

Ese acontecimiento lo he vuelto a revivir en Arequipa, y en Yura, un pueblo cercano, en 2016 y 17, con el sabor, el calor y el gozo entrañable de los pueblos de la España pobre de los años 50.

He vivido también ese ambiente en las fiestas de los pueblos de Andalucía, en Valencina, Camas, Castilleja de la Cuesta, después del año 2000, teniendo yo más de 60 años y cuando ni Andalucía ni España eran ya pobres. La plaza de abastos y las fiestas de los patrones de Arequipa, y en general de Perú, me devuelve a mi vida de los años 50 mucho más que las fiestas de la España actual, que no me hacen ese efecto. En España, las plazas de abastos han sido sustituidas por los centros comerciales, que empiezan a proliferar también en las ciudades peruanas.



Mercado de abastos de Nerva en la actualidad. Foto archivo Ayuntamiento de Nerva.

Carta N. 44. Geografía de los espectáculos. Fútbol, toros, cine (10/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Como os he dicho ya, el centro de Nerva era una plaza, “el triángulo”, donde se ubicaba el ayuntamiento, el casino, algunos bancos, algunos bares y algunas tiendas. Detrás de esos bancos y bares estaba la plaza de abastos. La plaza estaba cruzada por una calle cortita que se extendía hacia el este, en cuyo final estaba el parque y el cine, y ya luego empezaban los cerros. El “cerro los moros” y otros más, entre lo que corría un riachuelo donde iban las mujeres a lavar la ropa y donde había algunos huertos pequeños.

Hacia el oeste la calle era más larga y terminaba en la fuente de la Reú. Allí se abría el llano de los caballitos, donde estaba el hogar de los niños huérfanos. Entre la Reú y el triángulo las calles subían hacia el norte hasta la cima de una colina, desde la cual se bajaba hasta el llano del cine. Se llama así porque en verano ponían ahí el cine de verano.

Antes lo he dicho mal, pensando que el llano del cine y el de los caballitos eran el mismo, pero no. La calle donde vivíamos nosotros, iba de norte a sur, desde el llano del cine al llano de los caballitos, por el extremo oeste del pueblo. Más hacía el oeste había también cerros recién repoblados con algunos pinares.

El triángulo estaba también cruzado por unas calles más largas, una que venía desde el norte, desde el Peral, por donde llegaba la camioneta de Sevilla. En esa calle estaba la farmacia de Don Benito Conde, y junto a ella, en la planta baja, un local amplio donde mi padre puso la consulta y los rayos X al llegar.

Desde el triángulo salía una calle muy larga hacia el sur. A unos cien metros del comienzo es donde puso mi padre la consulta y los rayos X, cuando se mudó desde la farmacia de Don Benito.

Un poco más abajo y más al sur estaba la parada de la camioneta de Sevilla. Un poco más abajo la plaza de toros, donde mi padre me llevaba algunas veces, cuando le tocaba a él ser médico de turno en una corrida. También se usaba como cine de verano. Y una vez terminada la calle, después de un descampado amplio, estaba el campo de fútbol.

Esa es la geografía de los espectáculos de Nerva. Lo que más frecuentábamos era el cine, el cubierto, que podía hacer las veces de teatro y estaba junto al parque. Lo que más me ha hecho revivir ese edificio ha sido la película Cinema Paradiso, cada vez que la he visto.

En esa pantalla y en las de verano aparecían los nuevos héroes, que se sumaron a los que ya tenía, conseguidos en mi libro de Cien figuras españolas. Ahora eran americanos. También ahí vivimos historias que ya pasaron al patrimonio cultural de la familia, como Siete novias para siete hermanos, Sólo ante el peligro, Paralelo 38, Escuela de sirenas, y otras similares.

Mi hermana Encarnita era la que más promovía el cine en la familia. Papá, dice mamá le gustaría ir al cine a ver esa película. Ah, muy bien, pues vamos. Mamá, dice papá que le gustaría ver esa película que ponen. Ah, pues muy bien, vamos. A la hora de la función, nos arreglábamos y nos íbamos al cine los mayores mientras los pequeños se quedaban durmiendo.

El cine era un espectáculo que disfrutábamos y compartíamos en familia, cosa que no ocurría con los toros ni con el fútbol. A los toros quizá iba mi padre por obligación y nos llevaba a alguno de sus hijos, a Juan Antonio o a mí. Al fútbol creo que íbamos Juan Antonio y yo solos, los mayores, o quizá yo solo.

Ese era el sistema de entretenimiento, ocio y diversiones, para jóvenes y adultos. No existían aún las discotecas, las máquinas de juego, ni las drogas. Había vino, y cerveza, y en abundancia, y había borrachos, que formaban parte del paisaje urbano y social.

No había delincuencia. Había marginados, que eran los dos tontos que vivían en el pueblo, pero yo diría que estaban bien aceptados por todo el mundo como los dos tontos, y creo que nadie se metía con ellos. Ni los niños, que eran los más crueles con ese tipo de personas.



Fuente de La Reú. Foto archivo Ayuntamiento de Nerva.

Parque Sor Modesta



Parque Sor Modesta, Nerva. Foto archivo Ayuntamiento de Nerva.



Cinema Paradiso, con la misma forma y etilo que el cine de Nerva en los años 50

<https://www.imdb.com/title/tt0095765/mediaindex>



El cine teatro de Nerva en 2020, junto al Parque Sor Modesta. Foto archivo Ayuntamiento de Nerva.

Carta N. 45. Amigos y juegos de Nerva. Los hermanos Mittenhoff, Pepito Conde, Paqui Alfonseca (10/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Entre la plaza de toros y la sede de la segunda consulta de mi padre en Nerva, estaba la tercera farmacia del pueblo, la de Don Amable Mittenhoff, un señor de ascendientes polacos, viudo, que tenía dos hijos, José Manuel y Luis, que eran de la edad de Juan Antonio y mía. A mí me daban mucha pena porque no tenían madre, y cuando alguna vez iba a su casa me entraba tristeza porque me daba la sensación de que entraba en una casa de huérfanos, en una casa sin alma.

Ellos dos son de los pocos amigos que recuerdo de Nerva. Recuerdo también a Pepito Conde, hijo de otro de los farmacéuticos, Don Benito Conde, que creo que era más amigo de Juan Antonio. Pero Juan Antonio y yo no tuvimos muchos amigos en Nerva, porque desde los 11 años nos fuimos a Sevilla a estudiar, primero el bachillerato elemental, desde los 11 a los 14 años, y luego el bachillerato superior, desde los 15 a los 17.

Veníamos a Nerva solo en vacaciones, y entonces nos gustaba pasar mucho tiempo en casa, jugando allí con nuestros hermanos y nuestro padre. Mi padre jugaba mucho con nosotros, porque lo pasaba mejor con nosotros que con nadie, y mi madre jugaba poco porque pasaba las 24 horas de día haciendo cosas para la casa y para nosotros. Incluso cuando se sentaba en su butaca para la sobremesa después de la cena, y todos hablábamos o jugábamos, ella siempre estaba haciendo punto o croché, o algo así, o sea, algo para la casa y para nosotros.

Creo que Pepe y Manolo sí tuvieron más amigos en Nerva, pero también se fueron a estudiar, y sus amistades cuajaron poco. Pili fue la que más consolidó la amistad con algunas compañeras de colegio y, sobre todo, con su vecina Paqui Alfonseca, que vivía en la casa de enfrente. Luego ha tenido correspondencia con ella y en 2020 me ha contado de sus hijos y sus nietos.

Cuando salíamos solos nos reuníamos con los otros grupos de niños del pueblo. A veces jugábamos al fútbol, a veces recorríamos los colectores subterráneos del cerro moro, a veces luchábamos a pedradas los niños de un barrio del pueblo contra los de otro.

Al fútbol solíamos jugar en el pequeño llano al que daba el muro sur de la plaza de abastos. Siempre con una pelota hecha con papeles y trapos atados con cuerdas, porque todavía no había pelotas de goma y, mucho menos, balones de fútbol.

Todavía no existía en España “el deporte”. Aquello eran juegos de niños. Dos chicos se constituían en capitanes de los equipos, echaban pie y el que ganaba elegía primero. Así se iban eligiendo a los mejores, y los menos hábiles se quedaban para el final, que más que elegidos eran soportados con resignación por los capitanes, a veces con la frase máximamente humillante, “tú, gordinflas, de portero”.

Los colectores eran unas galerías subterráneas que recorríamos con luz de antorchas. Cogíamos latas viejas, las colgábamos de tres alambres que uníamos en la parte superior, como los incensarios de las iglesias, las llenábamos de trozos de neumáticos y les prendíamos fuego. Las balanceábamos como incensarios, así nos alumbrábamos y de ese modo podíamos caminar durante largos ratos.

Los combates a pedradas no sé si eran frecuentes o no. Solamente participé en dos porque yo era muy miedica para esas cosas. Uno entre los eucaliptos que estaban en la arboleda oeste del parque, detrás del cine, y otro en el cerro moro. Nunca recibí una pedrada en el cuerpo, ni en la cabeza. La pedrada en la cabeza recibía el nombre de “pitiera”, y dejaba una cicatriz que podía verse cuando los niños eran pelados al cero. En una de esas peleas el grupo enemigo vino acusándome de haberle hecho una pitiera a uno de los suyos. Yo me asusté mucho, y me defendí diciendo que era imposible, porque yo tenía tan mala puntería que no podía darle una pedrada ni a un cerro.

Esos son los amigos y los juegos que recuerdo de Nerva.

Carta N. 46. Una ventana a la cultura: Don Antonio Zarza Vázquez (10/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Otra de las razones por las que yo no tenía muchos amigos en Nerva es porque entre mis pasatiempos favoritos estaba acompañar a mi padre, después de almorzar, en sus visitas a casa de Don Antonio Zarza, el otro de los tres farmacéuticos del pueblo.

Nos metíamos en la rebotica y aquello era una biblioteca con unas colecciones muy buenas de libros de museos, pintores y colecciones de pinturas, por una parte. Junto a eso, por otra, la rebotica tenía también estanterías llenas de discos de vinilo, de 78 revoluciones por minuto, primero, y de microsurdos después.

Don Antonio se sentaba en una mesa a ordenar y completar las recetas de medicamentos para enviarlas a las Seguridad Social, y escuchaba música, y mi padre se sentaba a escuchar música igualmente. Pedían café al bar de al lado, traían un café a cada uno y otro para mí. Nos lo tomábamos oyendo música, y yo, mientras, contemplaba muy pausadamente los libros de pintura de Don Antonio.

Don Antonio y mi padre después de cada disco comentaban un poco la pieza, la interpretación, el solista, la orquesta o el compositor. Creo que de ese modo mi padre podía vivir los momentos de gozo que vivió con su tío Franco en Sevilla, cuando iban juntos a la zarzuela, a la ópera, o a los conciertos que había entonces.

Yo me iba enterando de quiénes eran los intérpretes más destacados, como Jean Pierre Rampal con la flauta, o Rubinstein y Schnabel con el piano, y también de los nuevos compositores que adquirían fama. Así conocí la existencia de Dimitri Shostacóvich, al que no volvería a prestar atención hasta después de cumplir los 60 años.

Creo que durante esas tardes, entre mis 12 y 15 años, se fue grabando en mi cerebro una enorme cantidad de pintores con sus cuadros correspondientes, y que siempre han estado ahí, acompañándome. Porque siempre he seguido pintando, con más o menos asiduidad, siempre quería pintar usando la paleta de colores de uno u otro de aquellos maestros, y también jugando con las composiciones de formas y de colores.

Aunque Ananí cree que yo pinto bien y que tengo buenos cuadros y buenas acuarelas, yo no creo que haya hecho ni una sola cosa buena en pintura en mi vida, porque, a pesar de esa afición, nunca dediqué suficiente tiempo a ejercitarme en el oficio. Creo que sí me he ejercitado en el oficio de escribir, y que he escrito algunos buenos libros, de los que me siento orgulloso. Pero creo que no he pintado nada de lo que no ve avergüence.

Cada vez que me he puesto a pintar algo lo hago con la ilusión de que me puede salir algo digno, y mientras lo hago mantengo esa ilusión, pero cuando lo termino, y pasa algún tiempo, me da vergüenza. Esto lo comentaba con mi padre y con Don Antonio Zarza, y los dos se reían de mí.

Creo que nunca he llegado a ser tan entendido y experto en música como ellos dos. Mi hermano Juan Antonio y yo fuimos a unas clases de solfeo y piano en Nerva, pero algunas veces hacíamos novillos. Y cuando nuestros padres se dieron cuenta de que eso era para nosotros un suplicio, y que no teníamos verdadero interés en hacer ese sacrificio en el presente por un futuro que para nosotros no era suficientemente ilusionante, nos permitieron dejar las clases.

Las veladas en casa de Don Antonio Zarza eran siempre sobre música, y a veces pintura. A veces sobre la Seguridad Social. Pero no más. No recuerdo que se hablara de política ni de religión. Creo que no le interesaban mucho a ninguno de los dos. Creo que yo me desarrollé en ese ambiente, y creo que siempre me gustó mucho.

3. El horizonte profesional de la familia.

Carta N. 47. La medicina privada y la rivalidad profesional (16/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

A los pocos años de estar en Nerva fue echando raíces en mí la ilusión por ser médico y dedicar mi vida a curar enfermos, aunque tal actividad se desarrollara en ambientes hostiles y desagradables. En Villafranca en medio de una pobreza económica cada vez más insostenible, y en Nerva, entre la rivalidad de los competidores en la medicina libre, por una parte, y la rivalidad de la gente del pueblo en la medicina social, por otra parte.

En los primeros años de la seguridad social, y posteriormente durante muchos años, coexistió con ella la medicina libre, el ejercicio abierto en el que unos médicos rivalizaban con otros por conseguir la mejor clientela.

Al poco de llegar nosotros, en Nerva había tres farmacéuticos con farmacia y media docena de médicos. El más antiguo, y que llevaba más tiempo instalado en el pueblo, era don Juan Sacaluga, al que todos respetaban por su edad y años de ejercicio.

Mi padre fue el primero que llegó en condiciones de ejercer una medicina más avanzada y con un equipamiento moderno. Tenía laboratorio y rayos X, y eso despertó en los otros médicos ya instalados unos celos que le llevaron a tomar medidas contra el nuevo rival.

Mi padre nunca me contó nada de esto, pero mi madre sí. Los otros médicos hacían circular rumores para desprestigiarlo: su aparato de rayos x era viejo y no permitía obtener buenas radiografías, los análisis de su laboratorio no eran claros, y cosas por el estilo.

Creo que nunca se rumoreó nada que mermara el prestigio de su competencia como médico. Creo que esa competencia siempre estuvo reconocida, y que a ello contribuyó bastante don Juan Sacaluga. Más que por nada que pudiera comentar, porque cuando, después de algún tiempo jubilado, enfermó y murió, el médico al que llamó para que le atendiera fue Juan Antonio Choza.

Creo que don Juan Sacaluga murió de cáncer de hígado o algo así, aunque no estoy muy seguro. Mi padre iba a echar un rato con él muchas tardes, y comentaba con él el curso de su enfermedad. Su tarea principal, en cada una de esas tardes, era encontrar un modo de engañar a Sacaluga para hacerle creer que había esperanza de curación.

Yo le preguntaba a mi padre, papá, ¿y no hay ninguna esperanza de curación? No, Jacinto, no la hay, pero es mejor que él tenga esperanza de que puede haberla.

Llegó un momento en que ya no pudo seguir engañándole más tiempo, porque los dos eran médicos, y los dos sabían cuál era el curso de la enfermedad y el desenlace. Cuando llegó ese momento, don Juan Sacaluga le estrechó las manos en signo de afecto y gratitud, y, saltándosele las lágrimas, le dijo, lo ha hecho usted muy bien, Choza, lo ha hecho usted muy bien, muchas gracias.

Mi padre me lo contó a mí también así, saltándosele las lágrimas. Y yo he recordado siempre ese episodio de la historia familiar como uno de los que más hacía que yo me sintiera intensamente orgulloso de mi padre, y de su competencia profesional. También era una de las escenas que reforzaba siempre mi ilusión por ser médico y mi ideal de la vida del médico.

Años después, muchos años después, mis hermanos y yo hemos encontrado hijos y nietos de personas a quienes mi padre atendió como médico en Villafranca y en Nerva, le recuerdan con afecto y gratitud, y con admiración, y nos han contado cómo sus familiares apreciaban a nuestro padre.

Carta N. 48. La medicina pública y la rivalidad de los pacientes (16/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Junto a la rivalidad de los competidores en la medicina libre, por una parte, estaba la rivalidad de los pacientes en la medicina social. En la medicina libre los médicos rivalizaban por ser cada uno el mejor, para obtener más clientes y ganar más dinero.

En la medicina social, los pacientes rivalizaban por obtener del servicio público los mismos beneficios que el vecino, o incluso más. Beneficios en calidad de la atención, en cantidad de medicamentos, y en cantidad de jornadas de convalecencia abonadas por la seguridad social.

Si el médico había visitado en su domicilio al paciente, porque así lo había requerido él mediante un “aviso” o notificación en el buzón de su médico, la actividad estaba concluida. Si no era ese el caso, el enfermo, y más frecuentemente la esposa o la madre, acudía al centro médico.

La consulta en el centro médico era igualmente gratuita, podían acudir una media de entre 20 y 40 personas, que hacían cola desde la puerta de la consulta hasta el tramo de pared de la calle que fuese necesario. El médico podía dedicar de dos a tres minutos a cada paciente para acabar la consulta en una o dos horas. Un médico no podía ocupar la consulta más de dos horas, porque las dos horas siguientes tenía que ocuparla otro para atender a sus enfermos.

En España en el año 2020 los médicos de atención primaria todavía hacen huelga periódicamente, reclamando una organización del sistema de salud que les permita dedicar 10 minutos de atención a cada paciente.

Una consulta típica de 3 minutos de aquellos años era del tipo siguiente. Doctor, vengo para que me recete penicilina porque mi niño no tiene ganas de comer. Pues, verá usted, señora, la penicilina no sirve para eso. Pues a mi vecina su médico se la ha recetado y su niño come bien. Y yo tengo el mismo derecho. Porque para eso pago.

Cuando el paciente viene con el diagnóstico y el tratamiento, y solo desea que el médico ejecute lo que ya se sabe que es el remedio

eficaz, el médico acaba aceptándolo. Puede discutírselo a la paciente varios centenares de veces, pero después de varios cientos de intentos no se lo discute más y le receta lo que pide. No se lo discute más porque solo dispone de tres minutos para convencerla de su error, porque las posibilidades de convencerla son mínimas, y porque después irá a comprarle la penicilina a la vecina que sí la tiene porque su médico sí se la ha recetado.

El médico puede decirle a la paciente que no tiene tiempo de atenderla bien allí, y que la atenderá mejor si acude a su consulta privada. La consulta privada le cuesta al paciente un dinero que tiene el poder persuasivo de tranquilizarla sobre lo bien atendida que está. Además, sólo tiene que pagar la consulta, porque los medicamentos se los prescribe el doctor en las recetas de la seguridad social, con la cual los recibe gratis.

Los médicos de Nerva estaban acostumbrados a esas prácticas, y ahora, he visto que en Perú, en Arequipa, la complementariedad entre la medicina pública y la privada funciona de modo semejante.

Mi padre consideraba inmorales esas prácticas. Siempre las criticó y nunca se prestaba a ellas. Más bien se lamentaba de que la seguridad social había destruido la medicina, y había convertido a los médicos en burócratas. Repetía, esto lo arreglaba yo muy fácilmente. ¿Cómo? Si tuvieran que pagar una cantidad pequeña por la visita médica, o por el medicamento, menos de lo que pagan en la consulta privada, los médicos podríamos hacer nuestro trabajo, acudirían menos enfermos a las consultas y además estarían bien atendidos.

Esto que mi padre tenía en la cabeza se llama ahora en España “copago”, y no conozco a nadie dispuesto a proponerlo ni a ponerlo en práctica. Creo que en la mentalidad de los españoles entró la idea de que la medicina tiene que ser un servicio público, obligatorio y gratuito, como la educación. Al menos hasta donde yo he podido observar.

Carta N. 49. De la miseria a la atención social. Las vacunas y la salud pública (17/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Durante los primeros años de Nerva, mi hermano Juan Antonio y yo solíamos estar con mi padre por las mañanas en el laboratorio, y luego, las temporadas que no estábamos estudiando en Sevilla, también.

Un día, al salir una señora del laboratorio, talvez de una consulta, mi padre llamó a mi hermano y le dijo, toma este billete (sería quizá de 25 pesetas) y dáselo a esa señora que acaba de salir. Y que no se entere tu madre. Juan Antonio le miró desconcertado y le dijo, ¡papá! Ve y dáselo, insistió, su marido se va a morir mañana, y no tienen nada, nada.

Juan Antonio hizo el recado, y tanto él como yo compartíamos con mi padre la visión de un panorama triste, triste, un panorama que contemplábamos como habitual, como lo más natural del mundo. Inicialmente no conocíamos otra cosa. La gente se ponía enferma y se moría. Las familias dependían del trabajo del padre, mientras estuviera sano y tuviera trabajo.

Muchas enfermedades se podían curar, aunque algunas no, como la leucemia. Yo conocía casos de niños muertos de leucemia, y quería ser médico para descubrir su curación. Más tarde, mi hermano Juan Antonio murió de leucemia en 2016, como he dicho.

Muchas enfermedades se podían curar, y otras se podían prevenir. Existían las vacunas, que evitaban que llevaran las enfermedades. Ya en Villafranca de los Barros habíamos conocido las vacunas contra la viruela, que nos dejó a todos una cicatriz en el muslo del tamaño de una moneda. Luego otras vacunas, quizá del sarampión, que nos dejaron otras cicatrices del mismo tipo en la parte superior de los brazos, junto al hombre.

Recuerdo una jornada en Zafra, en que estábamos todos los primos sentados en una mesa camilla de la consulta, donde nos fueron vacunando uno a uno y nosotros teníamos sensación de fiesta.

Las vacunas no podían remediar la pobreza, pero sí podían evitar muchas muertes, y, sobre todo, podían evitar que los niños pobres enfermaran de viruelas, y, a lo largo de los años 50, que enfermaran de poliomielitis. La vacuna de la polio no se aplicaba haciendo cicatrices

en muslos o brazos. Se echaban unas gotitas del color del aceite de oliva en un terrón de azúcar, y se tragaba uno el terroncito.

La erradicación de la tuberculosis en España, y también de la malaria o, como le llamábamos nosotros entonces, el paludismo, fue un triunfo del sistema. Mi padre fue uno de los protagonistas de ese triunfo, y, en mis recuerdos, me siento co-protagonista de ese triunfo con mi padre.

Un laboratorio de la seguridad social, el laboratorio particular de mi padre, era un puesto de observación privilegiado. El examen al microscopio de las tomas de sangre era lo que permitía averiguar si un paciente tenía paludismo o no, porque se veían los “Plasmodium”, los parásitos que lo causaban. Ese era el procedimiento artesanal que se usaba entonces, identificar el parásito a simple vista mirando por el ocular.

Mi padre nos había enseñado a ayudarlo en el laboratorio. Sabíamos hacer tomas de sangre, preparar la sangre en un portaobjetos para ponerla bajo el microscopio, reconocer en el campo visual algunos microorganismos: eosinófilo, callada, segmentado, linfocito, monocito. Esos eran lo que había que contar y sumar los vistos por campo en lo que se llama “recuento”. También aprendimos a medir la velocidad de sedimentación en la sangre, y a medir si había glucosa o si había albúmina en la orina, calentándola en un tubo de ensayo y añadiendo en su momento los reactivos correspondientes.

Más tarde, cuando mi padre se trasladó a Madrid en los 60, enseñó a Marga, la cuñada farmacéutica de mi hermano Manolo, a hacer análisis clínicos. Y más tarde, como ahora, esos análisis y muchos más, de sangre y de cualquier otro líquido del cuerpo humano, lo empezaron a hacer las máquinas, más rápidamente y con muestras más pequeñas.

Carta N. 50. Los estudios de magisterio de mamá. (23/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Transcurridos los primeros años en Nerva, estaba comprobado que cada vez los niños crecíamos más, y gastábamos más dinero en ropa y en colegios. Por otra parte, estaba comprobado para cuántos gastos alcanzaba el sueldo de mi padre, y que las posibilidades de ampliación de los ingresos eran nulas.

Mi padre tenía una paga extraordinaria en julio (el día 18, conmemoración del Alzamiento Nacional) y otra en diciembre (la paga de Navidad), y no había más ingresos. Podía conseguir una tercera paga extra haciendo sustituciones, durante su mes de vacaciones, de otros médicos que se iban fuera su mes de vacaciones, cubriendo su servicio. Así se lograba una paga extra más.

En los años 50 empezaron los españoles a tener vacaciones. Eso se generalizó en los 60, pero nosotros no conocimos las vacaciones nunca. Sólo cuando nos fuimos a Madrid en 1963, Encarnita, Manolo y Pili empezaron a conocer las vacaciones, pero Juan Antonio, Pepe y yo ya nos habíamos marchado de casa.

Así las cosas, en lo referente a la ampliación de ingresos por el lado de las actividades de mi padre, no había ninguna posibilidad. Mi padre siempre fue un hombre muy trabajador, pero no era emprendedor, no tenía imaginación ni iniciativa para desarrollar nuevas actividades, u otras actividades complementarias. Todo el trabajo que se le diera, lo haría, pero al terminarlo no se buscaría hacer más cosas. Mi madre en cambio, además de muy trabajadora, tenía mucha imaginación, mucha iniciativa y era muy emprendedora.

No recuerdo haber visto a mi madre alguna vez sin hacer nada. No recuerdo haberla visto alguna vez, ni siquiera descansar, leer un libro, o ponerse enferma. Siempre estaba haciendo cosas para la casa o para nosotros, como he contado ya, y en las sobremesas, en que permanecía sentada con nosotros, siempre estaba haciendo punto o croché. Un jersey, una colcha, unos patucos para dormir.

En esa situación de escasez de recursos mi madre decidió que podía hacer la carrera de magisterio. Entonces Magisterio era una carrera de grado medio, de tres años de duración, los maestros obtenían una

plaza de profesor de enseñanza primaria, obtenían un sueldo modesto, y una serie de beneficios administrativos, como por ejemplo matrículas gratuitas para los estudios de sus hijos.

Es el punto de partida del desarrollo de los países pobre: alfabetizar a toda la población, establecer una enseñanza primaria obligatoria y gratuita en todo el territorio, y, llegado el momento oportuno, ampliar la enseñanza obligatoria a la secundaria. La primera inversión del Estado fue en escuelas para la enseñanza primaria y en salarios para los maestros. Eran escuelas y salarios modestos, y existía el dicho “vas a pasar más hambre que un maestro de escuela”, pero esa era la vía por la que mi madre vio posibilidades de ampliar los ingresos de la familia.

Mi madre había terminado sus estudios de bachillerato antes del comienzo de la guerra civil, casi veinte años antes. Desde entonces se había casado, había tenido seis hijos, había sacado adelante una casa y una familia, se acercaba a sus cuarenta años y había perdido por completo los hábitos de estudio de la edad juvenil. Volver a unos estudios para una formación profesional aparecía como una tarea muy ardua, y parecía una locura a familiares y amigos.

Mi madre fue mirada por todos los familiares y amigos como una heroína que se atrevía a lo inalcanzable, porque nadie en una situación así se sentía con fuerzas físicas ni psicológicas para realizar esa tarea. Pero ella lo hizo.

Carta N. 51. La carrera, las oposiciones y la escuela de La Naya (24/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En 1956, 1957 y 1958, mi madre se matriculó en la Escuela Oficial de Magisterio de Huelva, estudió los tres cursos de la carrera, en 1959 hizo oposiciones, las ganó y consiguió una plaza de maestra en La Naya, una aldea minera cercana a Río Tinto, creada a principios del siglo XX y desaparecida en 1973, cuando la fábrica de ácido sulfúrico y otros servicios mineros pasaron al polo industrial de Huelva.

En la casa de Nerva, se colocó una mesa grande en la habitación de detrás de la cocina, y allí se concentraba mi madre cuando se retiraba de las tareas de la casa para estudiar. Allí estaban muy bien ordenados los libros, apuntes y trabajos de primer curso, de segundo y de tercero. Allí estaban los libros y temas de las oposiciones, también muy bien ordenados, todos muy trabajados, subrayados en rojo en muchos casos, Allí pasaba mi madre todas las horas que podía. Con mucho esfuerzo y con una voluntad de acero inoxidable.

En la carrera, como en el colegio, se le daban mejor las asignaturas que eran de razonar y de asuntos relacionados entre sí por conexiones lógicas, como las matemáticas, y peor las que eran de aprenderse cosas de memoria, sin relación lógica entre sí, como la historia. En este segundo grupo se encontraban las asignaturas de Formación del Espíritu Nacional, con las que los responsables del régimen político transmitían al pueblo las cualidades del régimen.

Por eso tenía que aprenderse de memoria “los 27 puntos de la falange”, compendio de la doctrina política de la Falange Española de las JONS, la ideología ganadora de la guerra civil. Esos puntos fueron su cruz y su calvario.

Jacinto, hijo, ven a tomarme la lección de los puntos de la Falange, a ver si me los sé. “Creemos en la suprema realidad de España. Fortalecerla, elevarla y engrandecerla es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles. A la realización de esa tarea habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases.

Punto 1”. Y me los recitaba una y otra vez, con una satisfacción creciente cuando comprobaba que se iban afianzando en su memoria.

Tuvo problemas en las oposiciones porque una de las señoras que formaba parte del tribunal, a pesar de que había realizado brillantemente sus ejercicios, se opuso a que se le concediera una plaza de maestra, porque, decía, una señora casada y con seis hijos no puede atender ni desarrollar las tareas de una escuela de enseñanza primaria.

Al final, no recuerdo si en el primer o en el segundo intento, mi madre sacó sus oposiciones, consiguió su plaza en La Naya, y allá que cada mañana cogía su trenecillo minero, como un minero más entre los mineros, y volvía por la tarde, después de haber dedicado todas sus energías a sus niños de la mina.

Sus hijos éramos ya un poco más mayores, y capitaneados por mi padre hacíamos las tareas de la casa cuando estábamos en Nerva. Los mayores estudiábamos fuera, y los pequeños estaban siempre en el pueblo.

Mi madre se entregaba con devoción y pasión a su tarea, se volcaba con los niños, y los niños les hacían regalos encantadores que ella guardaba y miraba siempre con mucho amor.

Cuando nos fuimos a Madrid, en 1964, pidió traslado a una escuela de la capital, y le dieron una plaza en la UVA de Vallecas, un barrio de viviendas sociales, en la periferia de Madrid, con cerca de 8.000 habitantes, donde ella disfrutó ejerciendo como maestra hasta que se jubiló, creo que en 1984, a sus 65 años.



La Naya. Los pueblos abandonados de la provincia de Huelva.
<https://huelvabuenasnoticias.com/2016/08/14/los-pueblos-abandonados-de-la-provincia-de-huelva-que-un-dia-hicieron-historia/>

Carta N. 52. ¿Estudios u oficios? Escuela de pintura y taller de carpintería (24/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En esos momentos de estrecheces económicas, aparecía como problemático que los seis hijos pudiéramos estudiar carreras universitarias. Por eso pensamos la posibilidad de estudiar carreras de grado medio, “perito industrial”, “perito mercantil”, o, en general, un “peritaje”, como se le llamaba entonces.

De estas cosas hablábamos toda la familia, en la comida o en la sobremesa, de manera que todos estábamos al corriente de las posibilidades económicas y de los proyectos factibles. Pasábamos revista a los peritajes que podríamos cursar y comentábamos los que podrían gustarnos más a unos o a otros. Esos proyectos eran, pues, realmente planes que hacíamos y sobre los que opinábamos todos.

Tal vez el motivo por el Juan Antonio y yo iniciamos esas capacitaciones fue primordialmente que mi padre pensaba que era muy bueno para nuestra formación, y solo secundariamente que podría ser, en último término, un recurso para ganarnos la vida.

En una calle paralela por el lado sur a la calle principal que iba desde la fuente del Arreú al triángulo y el Ayuntamiento del pueblo, y a la altura de la tienda de Amalia, había una carpintería, y en la puerta de al lado, la escuela de pintura de don Manuel Fonseca. Allí pasamos horas Juan Antonio y yo haciendo nuestros respectivos aprendizajes.

La carpintería tenía dos o tres puertas que daban a la calle, desde las que se veían los talleres en los espacios que daban al exterior, y los de las habitaciones del fondo, creo que sin ventilación. Sierras eléctricas, bancos de carpintería, tablonés de maderas de diversas calidades, herramientas de mano como cepillos, garlopas, barrenas, martillos, y, sobre todo, virutas, montañas de virutas y de serrín que cubrían el suelo y que despedían hacia la calle un olor que a mi me parecía maravilloso, y que me gustaba detenerme para aspirar y oler. Y a medio construir, muebles y carpinteros ocupados con ellos.

En la puerta de al lado estaba la escuela de pintura de don Manuel Fonseca, un pintor que vivía de lo que cobraba a los alumnos que acudían allí para aprender dibujo y pintura, y de los cuadros de rosas que

vendía. Siempre pintaba rosas del natural, y a la gente del pueblo les gustaba tener un cuadro de rosas en la habitación de entrada de su casa, que solía ser la habitación principal.

Me maravilla recordar el sentido estético de la gente humilde de Nerva, y su amor a la pintura y a las rosas. Y me estremecía cuando veía en Perú, después de 2015, en Arequipa y en pueblos pequeños, los cuadros de flores que tenía la gente en su casa, y los cuadros de flores que pintaba Ananí.

La escuela tenía tres habitaciones, la de entrada, que se ventilaba por la puerta, y donde estaba don Manuel con su caballete y sus rosas naturales que hacían de modelo. Luego otra habitación, donde había mesas para dibujar pegadas a la pared, sobre las que poníamos las escayolas que dibujábamos, bajo las lámparas que las iluminaban. Allí poníamos las escayolas de manos, pies, rostros, etc., que dibujábamos con carboncillo y difuminos.

En la tercera habitación del fondo, lo mismo. Allí me hizo a mí un retrato Manuel Alcaide, un alumno ya formado y pintor autónomo. Le preguntó a mi padre si no le importaba que me hiciera un retrato. Cuando tuvo el permiso de mi padre, posé para el retrato no sé cuántos días, y cuando terminó el cuadro se lo regaló a mi padre para nuestra casa.

Ese cuadro lo tiene encarnita en su casa de Madrid, junto a los retratos que yo fui haciendo después a todos mis hermanos, y que están en la misma pared del salón comedor.

4. La intimidad familiar.

Carta N. 53. Paternidad responsable. Por qué no tuvimos más hermanos (31/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Creo que, en los primeros años de Nerva, consolidada la familia de seis hermanos, con diez o doce años, hurgando en algunos cajones del dormitorio de mis padres para no sé qué, encontré y vi por primera vez un preservativo.

Yo vi en un cajón una caja de cigarrillos un poco extraña, de plástico transparente, con las dimensiones de la mitad de un teléfono móvil actual. Me pareció una cosa un tanto misteriosa, porque mi padre fumaba cigarros que se hacía él mismo, liando picadura en un papel de fumar. Saqué uno de aquellos cigarrillos, me lo guardé en el bolsillo y volví a dejar la caja en su sitio.

Más tarde, en un lugar secreto y a solas, cogí el cigarrillo. Estaba duro y tenía los dos extremos cerrados. Había que romper el papel para ver lo que había dentro. Lo rompí, y dentro había como una goma de globo muy bien enrollada. Se podía desplegar, y al hacerlo quedaba como un círculo de goma entre blanca y amarillenta, que tenía como un borde más gordito alrededor de una superficie transparente. Entendí que ese borde se desplegaba y se formaba como un globo en forma de bolsita. Lo entendí así, pero no lo desplegué. Me asusté mucho y me fui corriendo, un tanto aturdido, o quizá muy aturdido. Como si hubiera descubierto un secreto grave del que no se podía decir nada.

De hecho, nunca hasta ahora he contado a nadie aquel descubrimiento. Ahora lo cuento para que se pueda comprender el ambiente de misterio y secreto con que se rodeaba entonces todo lo relacionado con el sexo.

En los años 50 la política de Franco en España era fomentar la natalidad, y se premiaban de diversas maneras las familias numerosas, que podían ser de primera, de segunda o de tercera categoría. Nosotros, que éramos seis hermanos, formábamos una familia numerosa de primera categoría, con su correspondiente cartilla y fotografía.

Por otra parte, la Iglesia también fomentaba la natalidad, el ser generosos con los hijos, y prohibía todos los métodos de anticoncepción. Cuando apareció la píldora en el mercado, Pablo VI la rechazó en la encíclica *Humane vitae* de 1968. Con la exhortación apostólica post-sinodal *Familiaris consortio* de Juan Pablo II de 1981, es cuando por primera vez se habla en la Iglesia de “paternidad responsable” y se propone para los católicos. Esa propuesta, fue un gran alivio para muchos matrimonios, y fue mirada con recelos y desconfianzas por parte de los católicos más conservadores.

Mi madre era muy católica, y de estricta observancia en muchas cosas, de manera que probablemente consideraría el uso del preservativo como un pecado que había que tramitar en sede penitencial, es decir, en el confesionario. Mi padre no tenía problemas porque no era practicante.

Pero tanto mi padre como mi madre eran bastante responsables en relación con sus hijos y con la familia, y decidieron que una familia de seis hijos estaba bien, y que no era necesario aumentarlos.

Mi padre nos daba las cajitas de plástico de cigarrillos vacíos para jugar, y a mi madre le parecía bien que tuviéramos esas cajitas para guardar cromos u otras cosas y para jugar.

Creo que gracias a que mis padres tenían sentido común y sentido de responsabilidad, se adelantaron en más de 30 años a la disciplina de la Iglesia Católica, y fuimos una familia numerosa de primera categoría, muy feliz.

Carta N. 54. Sociograma familiar y preferencias de los padres (31/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Los psicólogos dicen que la familia es un grupo muy autónomo, y que en él hay unas dinámicas muy importantes para la formación de la personalidad, independientemente del nivel económico y social en el que se encuentre. Ser el primer hijo o hija, el segundo o segunda, ser el o la mayor y ser el o la menor, marca muchos la personalidad.

Juan Antonio era el mayor y mi padre se lo decía muy a menudo, para recordarle que tenía la responsabilidad sobre sus hermanos. Pili era la pequeña, y no tenía ninguna responsabilidad. Más bien había que cuidarla porque era la pequeña.

Luego, obviamente, había diferencias entre las niñas y los niños, y esas diferencias se expresaban, en una cultura muy machista, en que lo que había o hacían, y lo que se proyectaba para ellas, tenía menos importancia que lo que hacían y decían los niños y lo que se proyectaba para ellos,

Pero además los niños se dividían en los dos mayores, Juan Antonio y yo, a los que se prestaba más atención en cuanto a los estudios, porque empezaban primero y había que buscarles ambientes adecuados, y los dos pequeños, Pepe y Manolo, que podían ir por los mismos cauces de los mayores si se habían mostrado satisfactorios.

Esa era estructura natural, que determinaba el grado de atención que nuestros padres nos prestaban. Pero, por otra parte, había un juego de atenciones más o menos prioritarias del padre y de la madre hacia cada uno de los hijos, que no eran de tipo estructural, sino de preferencias afectivas.

Mi padre tenía predilección por mí, y yo era su favorito. Todos lo sabían, todos hacían bromas sobre eso, y mi padre lo aceptaba. Todos los hermanos hacíamos bromas diciendo que mi madre tenía como favorito a su hijo Pepe, pero ella se enfadaba muchísimo y toleraba que dijéramos eso.

Mi madre no podía admitir ante su conciencia ni ante nadie, que ella pudiera querer más a un hijo que a otro. Ella quería a todos sus hijos por igual y completamente, con todo su corazón, de un modo jus-

to. Pero nosotros dábamos por hecho que practicaba la justicia de las madres, que es tratar y querer de modo desigual a los hijos desiguales.

Cuando ella se refería a Pepe o le hablaba a él, con frecuencia, y según la situación, lo hacía diciéndole “Pepito, hijo mío”, y a los demás, nos llamaba por el nombre a secas. Para paliar la apariencia de favoritismo, cuando insistíamos bromeando en la realidad de su preferencia, ella decía que Manolito era hijo de mi alma, Pili hija de mi vida, Encarnita hija de mis entrañas, Juan Antonio hijo de su corazón, y Jacinto... Jacinto era hijo de su padre. Entonces nos echábamos a reír todos y mi padre decía, sí, Jacinto es hijo mío, mío solo.

Yo no sé si mis estas preferencias dieron lugar a favoritismos efectivos que causaron sufrimientos en mis hermanos. A mí sí me hacía sufrir el favoritismo de mi padre, me parecía injusto, y yo siempre me prometía a mí mismo que cuando yo tuviera hijos los quería a todos por igual y no con preferencia a unos sobre otros.

De la misma manera que había una determinada consideración de los padres hacía cada uno de los hijos, también la había de cada uno de los hijos hacia los padres. Juan Antonio y Encarnita le chillan a mamá, Pepe y Pili le riñen a mamá, Jacinto y Manolo escuchan a mamá. Así lo recuerda y lo repite Manolo. Quizá eso expresa, por una parte, el carácter de cada uno de los seis hermanos en la relación con la madre, y, por otra parte, rasgos de la personalidad de cada uno en general.

Carta N. 55. Afinidades entre los hermanos. La pareja invisible (31/01/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Además de las referencias de los padres a los hijos y de los hijos a los padres, entre nosotros los hermanos había también afinidades, semejanzas y diferencias, que crearon, en diferentes épocas de la vida, relaciones más estables que en otras.

Había más relación y trato entre los tres mayores, por una parte, y los tres pequeños, por otra. Creo que los tres mayores teníamos más tendencia al desequilibrio y la exaltación, y los tres pequeños a la estabilidad y la ecuanimidad.

En otro sentido, los que ocupaban posición impar en la serie ordinal de los hermanos, los impares, tenían más tendencia a la acción que al estudio, y los que ocupaban posición par, más al estudio que a la actividad física. Algunas veces mi madre decía, ¡Ay!, ¡los pares y los nones, los pares y los nones!, aludiendo al tipo de problemas y preocupaciones que le dábamos los unos y los otros.

Durante una época, los dos mayores estábamos juntos estudiando en Sevilla, y luego nos separamos. Después, Juan Antonio y Pepe se fueron juntos a los claretianos, y luego, Pili y yo estuvimos muchos años en el Opus Dei.

Los únicos que estuvieron siempre juntos y siempre en casa con mis padres fueron Encarnita y Manolo. Desde muy pequeños había afinidad entre ellos dos. Jugaban juntos, aparecían y desaparecían juntos, y por eso mi madre y todos le llamábamos “la pareja invisible”. Esa afinidad dura hasta ahora, y por eso cuando Encarnita se enfada alguna vez con todos los demás, tiene que ser Manolo quien hable con ella, la calme y la lleve a la normalidad del trato cordial entre todos.

Cuando retornamos a casa, después de nuestras aventuras religiosas, Juan Antonio y Pepe, y Pili y yo, cada pareja teníamos como afinidad y vínculo el pasado compartido. Por otra parte, había cierta afinidad de carácter y de aficiones entre Pepe y yo, y entre Pepe y Pili. También después de ese retorno compartimos mucha vida Juan Antonio y yo, y también Pepe y Manolo, que habían compartido también mucha vida siendo los pequeños.

Si se hiciera un sociograma con estas descripciones, en el centro aparece Pepe, y en la periferia las dos niñas, y aparecen, como los dos hermanos menos coincidentes, Encarnita y Pepe. Pero siempre nos hemos llevado todos bastante bien y hemos tenido una relación muy positiva de todos con todos.

Cuando Manolo y yo necesitamos una ayuda económica continuada, todos ayudaron, y cuando alguno ha necesitado una ayuda esporádica, creo que todos nos hemos ayudado. Recuerdo con particular cariño cuando todos ayudamos trabajando como peones en la construcción del Chalet de Pepe en Cercedilla, antes de que mi padre muriera.

Coincidíamos todos en las celebraciones de las fiestas de Navidad mientras vivieron mis padres, cuando quedaba solo mi madre, y después de morir ella. Cuando murió Juan Antonio, seguíamos celebrando juntos las navidades, primero en la casa de mis padres, en la que se quedó Encarnita, como estaba establecido en el testamento, y cuando ella se sentía mayor y torpe, en casa de Pepe y Concha, que preparaban la cena de Navidad.

Siempre estuvimos muy unidos, y eso se manifestó particularmente cuando murió la mujer de Manolo, Beatriz, cuando murió mi padre en julio de 1994, cuando murió mi madre en diciembre de 2004, y Juan Antonio el 6 de julio de 2016.

Carta N. 56. Balleno, Gisela, Morcillo, Postigo, Gonío y Piloto (6/2/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En los pueblos de Andalucía la gente se conocía por mote. Además del nombre de pila que ponían los padres, el vecindario ponía otro nombre más significativo, en relación con su aspecto físico o por sus actividades más conocidas, por el cual la persona resultaba más reconocible. No sé si esto ocurre en muchas familias, o bien ocurría antes, pero en la nuestra los hermanos nos poníamos mote que aludían a la apariencia física o al temperamento.

A Juan Antonio le llamábamos el Balleno, porque era grande y gordo, y un poco bruto, y con el mote describíamos un poco su ser. A veces el mote se usaba también como recriminación, o para molestar, “eres un balleno”. Yo le estuve llamando así mucho tiempo, hasta que ya su hija Leticia, siendo niña, me dijo que no le gustaba que llamase balleno a su padre, y dejé de llamárselo.

A mí me llamaban Gisela, con el nombre de una muñeca popular por entonces, parecida a las barbies de ahora, porque tenía el pelo rubio, los ojos azules y la cara fina. A mí me afectaba mucho el mote, porque cuestionaba mi identidad de género, y yo me veía obligado buscar manifestaciones de identidad de género, para que quedara claro, porque en aquella época el machismo estaba muy generalizado y la virilidad dudosa era un agravio tremendo.

Yo había fracasado en mis intentos de silbar estridentemente metiéndome los dedos en la boca, o simplemente doblando la lengua al expulsar el aire, como hacían la mayoría de los chicos del pueblo. Tampoco logré lanzar un trompo y hacerlo girar. Así que tuve que contentarme con desarrollar una especial habilidad para escupir más lejos que los demás, lo cual venía facilitado porque, dada la abundancia de mucosidad que siempre he tenido, podía lanzar proyectiles más consistentes que otros niños.

A Encarnita la llamábamos Morcillo, no recuerdo bien por qué, quizá por contraste con su piel blanquísima y finísima, propensa a los eccemas.

A Pepe, el Postigo, porque tenían muy mala suerte y le ocurrían todas las desgracias, era, como se recogía en el dicho, “el postigo de San Rafael, que todos se cagaba en él”, y por eso le llamábamos también “el pobre Pepe”. Él lo tenía completamente interiorizado, hasta tal punto, que cuando había que hacer un recado y mi padre echaba a suerte entre los dos pequeños, Pepe y Manolo, para ver a quién le tocaría hacerlo, Pepe decía, déjalo, papá, no lo echés a suerte, ya voy yo, porque si lo echar a suerte, me va a tocar ir a mí. Y efectivamente, así sucedía.

A Manolo le llamábamos el Gonía o el Gonío, porque a veces manifestaba un comportamiento muy ansioso con algunas cosas. Yo no recuerdo comportamientos así de Manolo, y tengo de él la imagen, de pequeño y de mayor, de ser el más reposado y tranquilo de los seis hermanos, pero el mote se lo habíamos puesto por su ansiedad.

A Pili, como era la pequeña y venía varios años detrás de Manolo, no le habíamos puesto un mote especial, pero para que no se quedara sin ninguno, lo cual nos parecía discriminatorio, le pusimos también uno, el Piloto, creo como derivado de su nombre real, Pili.

De todos esos motes el único que me parecía humillante y vejatorio era el mío. Además, como mis hermanos sabían que me molestaba mucho, para hacerme rabiar me lo repetían, y me cantaban una canción de los años 50 que me ponía frenético: “muñequita linda/ de cabellos de oro/ de dientes de perla/ labios de rubí. Creo que hasta que entré en la universidad mis hermanos me hacían Bullyng de ese modo.

Carta N. 57. El arte de la madre y la calidad de vida. La gastronomía (6/2/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

No hay nada que se sustraiga más a la historia y al progreso, que la vida familiar. Las comidas y la gastronomía son como los toponímicos y los patronímicos, o sea, los nombres de los lugares y los de los progenitores, los apellidos. Por eso en las recetas de cocina, en las comidas y las bebidas, y en esos nombres se encuentran las tradiciones más ancestrales, las huellas más antiguas.

Todavía ahora, para nosotros la forma suprema de celebración de la unidad familiar son los calamares rellenos que hacía mamá, el estofado de ternera, las espinacas, las berenjenas esparragadas, el arroz con cosas, y, sobre todo, las comidas especiales de los días especiales.

La sopa de almendra en la cena de Nochebuena y el huevo a la flamenca el día de Año Nuevo, santo de Manolito. Teníamos una copia de la receta de la sopa de almendras escrita de puño y letra de mi madre, que luego la copiamos, la pusimos en internet y la transmitimos a todos. Y lo que es más importante, cada Nochebuena la hacían Encarnita y Pepe en sus casas y la tomábamos todos. En 2020, año de la pandemia, cuando cada uno cenó en su casa, Pepe hizo la sopa en la suya y llevó una ración a cada uno de los hermanos que estaba en Madrid, pero además de eso, gracias al viaje de su hija a Sevilla para visitar a sus suegros, nos hizo llegar a Irene y a mí, una ración muy generosa de la sopa de la abuela, y la degustamos en un acto de suprema comunión familiar.

La sopa de almendras es para nosotros como la entrega de la tradición eucarística y el símbolo de la comunión apostólica, es decir, algo así como el particular sacramento de la familia.

Junto a las comidas de diario y de fiestas, aparece como una gigantesca cumbre en nuestro recuerdo los bizcochos que mamá hacía en los cumpleaños y santos de cada uno, y con los que tales días alcanzaban la cúspide de la gloria.

Harina, azúcar, huevos, leche y manteca blanca o mantequilla. Medía hora en el horno de la panadería que estaba frente a la tienda

de Amalia, en la otra esquina. El paseo de Pepe, al que generalmente le tocaba llevar el bizcocho al horno y traerlo.

Luego, se dividía la tarta en tres secciones del mismo grosor mediante dos cortes paralelos. Encima de la primera sección se ponía mucho almíbar, y luego mermelada de naranja que se había hecho el día antes. Se ponía la segunda sección de tarta, se volvía a echar almíbar y encima se ponía chocolate líquido o natilla, Finalmente, se colocaba la tercera sección de la tarta, que se adornaba con merengue hecho con claras montadas o también con chocolate. Eso era el sumun, el deleite supremo.

He disfrutado mucho en Arequipa, viendo cómo Ananí y su hermana Roxana hacían tartas igual que las que hacía mamá, para algunas fiestas parroquiales, y he vivido con ellas un viaje en el tiempo.

Nos poníamos todos los hermanos alrededor de mamá, en la mesa de mármol de la cocina, y allí se operaba el prodigio de la transustanciación de la harina y el aceite, los huevos y el azúcar, en el bizcocho de la celebración de la unidad familiar, en torno al homenajeador por parte de toda la familia en el día de su santo, pues entonces en el sur se celebraban los santos, y no se les daba mucha importancia a los cumpleaños.

En nuestra familia, y en muchas familias, la madre da primero la vida, y después, da la calidad de vida, hace que la vida sea buena y feliz. Hace llegar la felicidad, desde sus entrañas al fondo íntimo de cada uno de los miembros de la familia. La felicidad llega como una especie de floración materna. Llega en momentos y días señalados, pero el resto del tiempo se cuenta con eso y se sabe que todo está bien, incluso se sabe que nada puede estar mejor, que está todo y lo tenemos todo.

Carta N. 58. La ayuda en el laboratorio. Microscopio, pruebas de sangre y de orina (7/2/2021)

Queridos Irene, Ananí y todos:

Ya os he dicho antes que Juan Antonio y yo ayudábamos a papá en la consulta y en el laboratorio al llegar a Nerva, y que le ayudábamos particularmente con los análisis de sangre y de orina.

Durante las vacaciones nos levantábamos por la mañana y nos íbamos con él, primero a hacer las visitas a domicilio, luego a pasar la consulta al centro de salud, y finalmente al laboratorio, y allí solíamos estar desde las 11 de la mañana hasta que volvíamos a casa a la hora de comer, hacia las dos o las tres de la tarde.

En las visitas y la consulta del centro médico no podíamos ayudarle, pero en el laboratorio, sí. Le veíamos manejar los tubos de ensayo con los reactivos, las pipetas, la centrífuga, el microscopio, y se nos ocurría decirle, papá, ¿eso lo puedo hacer yo? Pues claro.

Al llegar al laboratorio, lo primero eran las tomas de sangre y de orina. Los pacientes hacían cola, mi padre les extraía la sangre de la vena y del dedo, y dejaban las muestras de orina. En ocasiones también de esputos o de heces, si se pedía esa analítica.

Luego los análisis. Se preparaba la muestra de sangre del dedo extendiéndola sobre un portaobjetos, se teñía con azul de metileno y se dejaba lista para observarla al microscopio. La sangre venosa generalmente era para hacer una prueba de velocidad de sedimentación del suero. Se tomaba la sangre en una pipeta especial, con cuidado de no tragarla, y se colocaba la pipeta verticalmente sujeta por los dos extremos, y se miraba cuánto suero se había depositado en la primera hora y cuánto en la segunda. Si la cantidad 4 y 8 unidades (tramos de la pipeta) respectivamente, el paciente no tenía tuberculosis ni otro tipo de infecciones.

Con los análisis de orina mi padre nos había enseñado otra mecánica. Mira, coge el tubo de ensayo, llénalo de orina hasta un tercio, lo calientas, cuando está caliente le hechas un poco de este líquido, y si se forma un anillo de color marrón entre el líquido y la orina, es que tiene glucosa, si el marrón es anaranjado muy intenso, entonces tiene mucha

glucosa. En ese caso se escribía en la hoja del resultado de la analítica: glucosa, positivo una cruz, dos cruces o tres cruces.

Así Juan Antonio y yo nos sentíamos importantes haciendo los análisis y mi padre se sentía feliz y acompañado, y se sonreía satisfecho cada vez que veía en nosotros el orgullo de haber aprendido algo.

Cuando habíamos germinado de hacer todos los análisis los escribíamos en la máquina de escribir Underwood portátil que mi padre tenía, y que yo todavía conservo con veneración en mi casa de Valencina. Los metíamos en sobres y les poníamos el nombre del paciente. El paciente venía unos días después a recoger los resultados y llevárselos a su médico. El microscopio creo que lo tiene Encarnita en su casa, y Pepe tiene en la suya la mesa, el sillón y el armario del despacho.

Después lavábamos los tubos de ensayo y los portaobjetos, los secábamos y los volvíamos a su sitio, o los dejábamos secando, recogíamos todo y nos marchábamos a comer a casa. Así era la jornada diaria.

Mi padre era un hombre muy ordenado. Insisto, muy ordenado, Y seguramente de él hemos heredado todos los hermanos la tendencia al orden, aunque yo diría que los más ordenados fueron siempre Juan Antonio y Manolo.

Carta N. 59. Los “juegos reunidos” y otros juegos. Las lecturas. La pulga (13/2/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Una de las mayores bendiciones que pueden darse en una familia numerosa es que los niños se entretengan solos con sus juegos, especialmente si los juegos no son peligrosos ni alarmantes para nadie, y uno de los mayores problemas es que los niños no hagan eso y se aburran, y este problema se agrava cuando acuden a los padres para que les remedie la desagradable situación.

En casa teníamos dos juegos muy populares entonces, el Parchís y la Oca, y un año trajeron los reyes una caja de “Juegos reunidos”, que además de traer los tableros del Parchís y de la Oca, traía un montón de tableros con otros juegos diversos. Todavía los conserva Encarnita, y un día que Ananí los vio allí en su casa se quedó admirada y maravillada de ese invento elemental de la España.

Con esos juegos pasábamos grandes veladas de sobremesa por la tarde, cuando no íbamos a la calle con amigos. No se jugaba a las cartas porque en nuestra casa estaban prohibidos los naipes. Las cartas son juegos de curas y de militares, decía mi padre, con una expresión en la que se manifestaba el poco aprecio que sentía por ambos estamentos. Así, nosotros crecimos con la convicción de que los juegos de cartas eran cosa de gente poco apreciable.

Sobre esos juegos había para nosotros un juego rey, que era la pulga, y que ocupaba las mejores sobremesas. Consistía en poner en el centro de la mesa un cubilete de unos 2 o 3 cm. de altura y 5 o 6 de diámetro, en poner cuatro fichas de Parchís en la posición de partida delante de cada jugador, y otra ficha con la que tenía que presionar en el borde de las otras cuatro, para hacerlas saltar las veces necesarias hasta introducirlas en el cubilete central. El que metía antes las cuatro fichas era el ganador. Y el ganador era casi siempre Juan Antonio, que tenía una habilidad increíble para introducir las fichas en el cubilete, incluso desde el primer salto. ¡Eres un balleno!, le decíamos, y él que se quedaba tan satisfecho.

El otro capítulo importante de entretenimiento eran las lecturas, que tenían éxitos según las edades y según los temperamentos.

Papá, me aburro, era una declaración y petición de ayuda que con frecuencia hacía Juan Antonio. Pues lee, le contestaba. Pero es que me a mi no me gusta leer. Es que a mi me aburre leer. Y mi hermano se quejaba. Papá, me aburro, y cuando te lo digo lo único que me contestas es lee, lee, lee.

Nuestras primeras lecturas fueron los tebeos, como se llamaba entonces a los comics, y después, entre nuestros primeros libros, estuvieron novelas del oeste, y las novelas de El Coyote, de José Mallorquí, cuya colección completa tenía el abuelo Papatinto.

Luego vinieron los clásicos de la literatura infantil: Veinte mil leguas de viaje submarino de Julio Verne, Robinsón Crusoe de Daniel Defoe, La isla del tesoro de Robert Louis Stevenson, y otros por el estilo.

De entre todos esos libros, mi padre nos dio a leer Cazadores de microbios, de Paul de Kruif, un libro que contaba los descubrimientos y avances de la medicina, desde la invención del microscopio hasta el descubrimiento de los microbios y la invención de las vacunas.

Creo que ese libro es el que más impresión me hizo de todos, porque todavía recuerdo pasajes de muchos de sus capítulos.

Carta N. 60. Los domingos. La misa, los TBO, las chuches en el triángulo (13/2/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Durante nuestra infancia el día más importante de todos, con su ritual propio, era el domingo. Mi madre arreglaba y peinaba a los pequeños, y los más mayores lo hacíamos solo. Nos vestíamos con la ropa de domingo y salíamos de casa toda la familia, los ocho que éramos, para asistir a misa en la Iglesia.

Todo el mundo decía que la del doctor Choza era una familia modelo, y que era un ejemplo para todo el pueblo. Alguna vez el párroco pretendió incluir entre los participantes en algunas actividades parroquiales a mi padre, pero mi padre, que se declaraba agnóstico y tenía muchas dudas sobre la realidad de Dios, estaba muy firme en su desconfianza respecto de los curas.

Los mayores asistíamos a la misa con corrección. Mi madre, Juan Antonio y yo comulgábamos, y mi madre nos recitaba a los dos, al oído, unas oraciones para después de la comunión, que a veces yo todavía repito con mucha emoción y estremecimiento.

Pili, muy pequeña, decía, papá, me aburro. Yo también, pero haz algo para entretenerme. Por ejemplo, cuenta las grietas que hay en el techo. Papá ya las he contado muchas veces. Bueno, pues cuéntalas otra vez.

Todo el mundo decía que los hijos del doctor Choza eran los niños más guapos del pueblo, y cuando alguien se lo decía mi padre contestaba que a él le daba igual que dijeran de sus hijos que eran guapos, que lo que quería es que dijese que eran buenos.

Después de la misa nos quedábamos en la plaza central, en el Triángulo, donde el ayuntamiento, mientras mis padres volvían a casa solos o con Pili. A nosotros nos daban unas cuantas perras gordas, monedas de diez céntimos de peseta, para gastar en chuches o en alquilar tebeos para leer.

Por una perra gorda podías alquilar dos o tres comics para leerlos, los leías tranquilamente y luego los devolvías al señor del puesto de tebeos. Así leíamos las aventuras de *El guerrero del antifaz*, *El espadachín enmascarado*, *Roberto Alcázar y Pedrín*, *Puck el hombre de piedra*, *Superman*,

Hazañas bélicas, y algunos otros. Pero estos que digo eran los más famosos y los que más nos gustaban. Para las niñas había cuentos de hadas, y esos eran los que leían las chicas.

El otro ritual y el otro don del domingo eran las chucherías, o las chuches, como se llamó más tarde.

Yo diría que la más común y apreciadas de todas eran las pipas de girasol, o simplemente las pipas, cuyas cáscaras se esparcían por el suelo de manera que el enlosado del Triángulo quedaba sembrado de despojos. Junto a ellas eran apreciados los altramuces y los garbanzos tostados. También por una perra gorda se podía conseguir un puñado o un cartuchito de cualquiera de ellos.

La más apetecida de todas las chuches eran, a juzgar por su precio, los palmitos, porque podían valer 50 céntimos o más. Normalmente no teníamos dinero para comprarlos, pero muchos domingos no había palmitos a la venta. A veces podíamos comprarlo si pedíamos, papá, dame dinero para un palmito. Nos lo daba y ese domingo no había ni tebeos, ni chuches, sino solo palmito.

El Palmito era como una palmerita en miniatura, con hojas secas y duran por fuera, y un penacho en forma de palmera por encima. Se quitaban las hojas duras. A veces aparecía entre ellas una hijuela, llenas de semillas amarillitas, que estaban muy ricas. Luego seguíamos pelando hasta que quedaba un cilindro blanco, tierno y muy sabroso.

Eso era la máxima delicia para mí. Ahora en los supermercados hay latas de palmitos, generalmente de Brasil, pero no tienen el sabor que yo recuerdo de aquellos de Nerva.



El ayuntamiento y la plaza central de Nerva en los años 50. Foto archivo Ayuntamiento de Nerva

Iglesia Parroquial



Iglesia parroquial de Nerva. Foto archivo Ayuntamiento de Nerva, 2009

Carta N. 61. Preferencias y vetos en las comidas. Los días de los santos (13/2/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Ya he hablado antes de cómo hacía la abuela los bizcochos, y de las comidas de los días de fiesta, especialmente en Navidades, pero hay más cosas importantes relacionadas con la familia y la cocina. Bueno, la cocina es el corazón de la vida familiar, o al menos lo era cuando la comida diaria se cocinaba en casa y cuando la tomábamos todos juntos, desayuno, comida y cena. La merienda era lo único que entonces podía tomarse mientras se seguía jugando: un trozo de pan con aceite y azúcar, o un trozo de pan con chocolate.

En Andalucía, o al menos en Sevilla y en nuestra familia, durante nuestra infancia, no se celebraban los cumpleaños. Se celebraba el día del santo, y entonces es cuando había comidas y postres especiales, y ese era uno de los centros de la vida familiar, como son los cumpleaños en muchos otros lugares.

Creo que cada uno de los hermanos tenía un plato preferido, o un postre preferido, y el día de su santo se le hacía. Yo no me acuerdo muy bien. Solamente recuerdo que a Manolo le gustaba mucho un flan de coco, y todavía Encarnita le hace ese flan el día 1 de enero.

A mi padre le gustaban mucho los riñones al Jerez, el arroz en todas sus formas, las croquetas, los huevos fritos, y varias cosas más, y que mi madre no tenía preferencias especiales. Sé que le gustaban mucho las habas y las sardinas, pero como a mi padre no le gustaba esa verdura y durante los tres años de guerra había comido todos los días una lata de sardinas, no quería comerlas más, y mi madre no las probaba. Solamente cuando murió mi padre, como a mí también me gustaban mucho las dos cosas, las tomábamos cuando yo iba a casa.

Recuerdo con más detalles el derecho a veto que cada uno de los hermanos tenía sobre una comida y solamente sobre una. Era obligatorio comer de todo porque no se podía ser caprichoso y no había más que uno y el mismo guiso para todos. Pero se toleraba que uno, en concreto, fuera completamente insoportable para cada uno, y que quedara eximido de la obligación de tomarlo. Entonces generalmente se le hacía otra cosa, que solía ser un huevo frito o dos, o una tortilla.

Lo que Juan Antonio tenía permitido no comer eran las lentejas. Yo tenía permitido no comer migas, más que porque no me gustaban, porque aquellas migas de tiempos pobres, que se hacían solamente con pan, ajo y aceite, me resultaban muy insípidas y enfadaban mucho por resultarme insípidas.

Encarnita había vetado el gazpachuelo, una sopa caliente que se hacía con mayonesa y huevo crudo que se deshilachaba dentro. A mí me gustaba mucho, pero a ella creo que le repugnaba.

Al pobre Pepe no le gustaba casi de nada, pero lo pasaba especialmente mal con el arroz y se le permitía no comer arroz, de modo que cuando había arroz a él se le ponía otra cosa. Manolo siempre le hacía la broma, creo que aún antes de irse Pepe a claretiano, de que si Pepe se condenaba no iba a ser en ningún caso por gula.

A Manolo no le gustaba el cazón, un pescado que a veces tenía un tejido gelatinoso y que a él le daba mucho asco si se lo sentía en la boca. Así, cuando se ponía ese pescado para comer, a Manolito se le hacía otra cosa.

Y a Pili no le gustaban las tortillitas de huevo.

Para los niños, la comida es ocasión de grandes alegrías y celebraciones, pero también de grandes sufrimientos, y nosotros vivimos ambas cosas, mitigando los sufrimientos con la comprensión y tolerancia de nuestros padres.

Carta N. 62. El árbol de Navidad. Los reyes magos (19/2/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Creo que la coronación y culminación de todas las fiestas eran para nosotros las navidades. Sobre todo, porque estábamos todos en casa, de vacaciones, juntos, disfrutando de nuestra familia, de nuestra felicidad.

El tío Alfredo mandaba por esas fechas un pequeño barril de aceitunas sevillanas, manzanilla, rellena. Poníamos el Belén entre todos. Hacíamos los montes con piedras y musgo, los caminos con serrín que pedíamos en la carpintería, el río con papel de plata para hacer los caminos, el portal con corcho, y luego poníamos las figuras. Para nosotros las más importantes eran los Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, porque traían los regalos, cada uno a dos de los hermanos.

Poníamos el árbol de Navidad. Íbamos los cinco mayores a cortar un pino a un cerro saliendo del pueblo hacia el oeste. Juan Antonio, que era el más fuerte, era el que lo cortaba. Cuando sonaba el chasquido del tronco partido, Encarnita gritaba del susto, Pepe y Manolo salían corriendo de miedo, a mi me daba un ataque de risa y me retorció por el suelo riéndome, y el pobre Juan Antonio tenía que terminar de arrancar el árbol y cargar con él hasta casa. Eso ocurrió así una vez, pero nosotros lo recordábamos y lo contábamos como si ocurriera todos los años. Es el mito del árbol de Navidad de nuestra familia.

Solíamos ir todos juntos a la Misa del Gallo, la tarde del 24 de diciembre. Tomábamos las uvas oyendo por la radio las doce campanadas de la media noche del reloj de la Puerta del Sol de Madrid. Celebrábamos el santo de Manolo, que era el día 1. Y sobre todo, celebrábamos la llegada de los reyes el 6 de enero.

Poco a poco todos fuimos descubriendo que los Reyes Magos eran los padres, y que los juguetes estaban guardados en el dormitorio de los abuelos. Escondidos entre la ropa dentro del armario, o bien encima del armario, sobre su techo. Pero creo que nunca nos atrevimos a ir a mirar o a curiosear, o al menos yo no me acuerdo.

Cuando fuimos un poco más mayores y estudiábamos fuera del pueblo, mi padre decidió que los regalos los traerían los Reyes el 24 de diciembre, porque así teníamos todas las vacaciones para jugar con los juguetes. Si esperábamos al día 6 de enero, que es el día de Reyes, no

disfrutábamos más que un día, porque generalmente el día 7 teníamos que marcharnos a Sevilla porque empezaban las clases de nuevo después de las vacaciones.

En los últimos años recuerdo que pedíamos libros de la Colección Historias. Eran libros que tenían una página llena toda de letra impresa, y otra de viñetas con dibujos de los personajes, de modo que a la vez teníamos un comic un texto escrito. Entre esos libros estaban Los tres mosqueteros, Un viaje a la luna, Mujercitas, Heidi, y otros clásicos de la literatura infantil y juvenil.

Así recuerdo yo el mundo de la vida doméstica durante nuestra infancia, rebotante de felicidad, compañía, juegos y risas como tónica general.

Además de la vida hogareña estaba la vida estudiantil, los colegios, Sevilla y Huelva, los viajes, el mundo exterior, los problemas, la tristeza, la separación, las dificultades de los estudios, los suspensos. Eso también lo empezamos a vivir en la infancia, pero era fuera del hogar.

Fuera del hogar estaba el mundo, lo arduo. Para nosotros era, más que el paso de una edad infantil a una edad juvenil, el paso del hogar y del pueblo a otro lugar, a la ciudad, al mundo.



Primera comunión de encarnita (1953), Manolo y Pepe (1954). Foto Archivo E. Choza

CAPÍTULO IV

COMIENZOS DEL BACHILLERATO EN SEVILLA. EL COLEGIO. HELIÓPOLIS. DOS HERMANAS (1954-55 A 1955-56)

1. *La familia de la ciudad y el mundo de los estudios.*

Carta N. 63. Tabla de los estudios de bachillerato de los hermanos.

Carta N. 64. Estudios del bachillerato.

Carta N. 65. La casa de los abuelos, los tíos en la capital, el Beaterio.

Carta N. 66. La experiencia de los estudios y de la vida con las otras familias.

2. *La vida con las otras familias.*

Carta N. 67. Que seas bueno, que estudies, que le ayudes a tía Mari.

Carta N. 68. La casa de tía Boni y tía Ana.

Carta N. 69. La casa de tía Luisa en Dos Hermanas.

3. *Primero y segundo de Bachillerato (1954-55 y 1955-56)*

Carta N. 70. Las ciencias naturales, la pintura, los juegos.

Carta N. 71. La aparición del yo.

4. *La tuberculosis, Nerva (1956-57).*

Carta N. 72. Muchas horas de cama. Huevos fritos con chorizo. El cine.

Carta N. 73. La banda sonora de la infancia.

5. *Cuarto curso en Osuna (1957-58).*

Carta N. 74. El verano en Osuna y la reválida de cuarto.

Carta N. 75. Por qué era yo tan mal estudiante.

1. La familia de la ciudad y el mundo de los estudios

Carta N. 63. Tabla de los estudios de bachillerato de los hermanos.

En el curso 1954-55 hicimos el ingreso en bachillerato Juan Antonio y yo, y 10 años más tarde, en el curso 1963-64, el año que nos trasladamos a Madrid, lo hizo Pili. La distribución de los estudios de los hermanos durante ese tiempo, y según los diversos lugares, se corresponde, quizá con algunas imprecisiones, con la tabla de la siguiente página.

Juan Antonio hizo todo el bachillerato en Sevilla, entre San Francisco de Paula y el Colegio Claret. Yo hice los tres primeros años en San Francisco de Paula con Juan Antonio, cuarto por libre desde Nerva, examinándome en el Instituto de Osuna, y quinto, sexto y Preuniversitario en el Colegio Menor y el Instituto de Huelva.

Encarnita hizo ingreso, primero y segundo, con 10, 11 y 12 años, en el Beaterio de Alcalá de los Gazules y se examinaba en el Instituto de Cádiz, los años 1956, 1957 y 1958, que fueron los años en que mamá estudió magisterio. Tercero y cuarto los hizo en Nerva y cree recordar que repitió cuarto porque le quedó la reválida de cuarto

Pepe estudió primero y segundo en Nerva en 1957-58 y 1958-59, tercero, cuarto y quinto en el colegio menor de Huelva entre 1959-60 y 1961-62, y sexto en el Claret de Sevilla, en el curso 1962-63.

Manolo estudió primero y segundo de bachillerato en Nerva (1958-59 y 1959-60), tercero en el Colegio Menor (1960-61), y cuarto lo hizo primero en Nerva (1961-62) y luego lo repitió en el Claret (1962-63).

Pili, estuvo en el beaterio con 7 años en 1958, y después hizo su primera comunión en 1959, con 8 años, en Nerva.

Curso	Juan A.	Jacinto	Ercarnita	Pepe	Manolo	Pili
1954-55	1º Bachill. S de Paula Heliópolis	1º Bachill. S de Paula Heliópolis				
1955-56	2º Bachill. S de Paula Tia Boni	2º Bachill. S de Paula Tia Boni	Beaterio Alcalá G Cádiz			
1956-57	3º Bachill. S de Paula Interno	3º Bachill. S de Paula Dos Hnas	Beaterio Alcalá G Cádiz			
1957-58	3º Bachill. S de Paula Interno	4º Bachill. Libre Nerva Osuna	1º Bachill. Alcalá G Cádiz	1º Bachill. Libre Nerva Inst. Huelva		Beaterio Alcalá G Cádiz
1958-59	4º Bachill. S de Paula Interno	5º Bachill. CM Huelva	2º Bachill. Libre Nerva	2º Bachill. Libre Nerva Inst. Huelva	1º Bachill. Libre Nerva Inst. Huelva	
1959-60	4º Bachill. Claret	6º Bachill. CM Huelva	2º Bachill. Libre Nerva	3º Bachill. CM Huelva	2º Bachill. Libre Nerva Inst. Huelva	
1960-61	5º Bachill. Claret	Preuniv. CM Nuevo	3º Bachill. libre Nerva	4º Bachill. CM Nuevo	3º Bachill. CM Nuevo	
1961-62	6º Bachill. Claret	1º Univ Heliópolis	3º Bachill. libre Nerva	5º Bachill. CM Nuevo	4º Bachill. Inst. Nerva	
1962-63		2º Univ Heliópolis	4º Bachill. Inst. Nerva	6º Bachill. Claret	4º Bachill. Claret	1º Bachill. Inst. Nerva
1963-64					Revalida de 4º Sevilla	2º. Bachill. Inst. Nerva
1964-65					5º Bachill I.S.Isidro, Madrid	

Carta N. 64. Los estudios del bachillerato (19/2/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

A partir de ahora las historias personales de los hermanos se disgregan. En el mundo estudiantil, cada hermano iba por separado, según su edad y su curso, y también según su colegio y su ciudad.

Hasta comienzos de los 60 nos reuníamos en vacaciones en Nerva, pero después vino la dispersión. Esos son los años de crecimiento en soledad, lejos de los padres y los hermanos, los años elegir cada uno su vida y de hacerse mayor.

En los años 50 el sistema educativo consistía en un bachillerato elemental, de primer curso a cuarto, de los 11 a los 14 años de edad, que se concluía con un examen de reválida, y un bachillerato superior, de quinto a sexto curso, de 15 a 16 años de edad, que se concluía con otra reválida superior. Terminada la reválida de sexto había un curso llamado preuniversitario, que solía hacerse con 17 años de edad, para los que iban a entrar en la universidad, en la que se iniciaban las carreras con 18 años.

Ese era el horizonte y el trayecto de los niños que podían estudiar, y que era un porcentaje muy pequeño de la población infantil española. A mediados de los 60 se alcanzó la cifra de un millón de niños españoles en el bachillerato, y a comienzos de los 70 todavía no se había logrado erradicar el analfabetismo de España.

Mis padres tenían muy claro que el camino de sus hijos no podía ser otro que el de ellos mismos, y por eso, cuando cumplimos los 10 años, mi madre nos llevó al Colegio San Francisco de Paula a Juan Antonio y a mí, que era el colegio donde habían estudiado ellos: Nos presentaron ante sus profesores y les hablaron de nosotros. Don Nicolás, el profesor encargado de los alumnos del curso de ingreso a los estudios de bachillerato, para niños de 10 años, le dijo a mi madre, bueno Encarnita, déjalos aquí, ya veremos cómo van marchando.

Entonces en Nerva no se podía estudiar el bachillerato, y Juan Antonio y yo estábamos ya en edad de comenzar. La única posibilidad de realizar estudios, aparte de los internados, que tenían precios prohibitivos, era el alojamiento con la familia de la capital. En la capital estaba, por una parte, la familia del abuelo Juan Antonio, con quien él había

estudiado el bachillerato y la carrera, a saber, la tía Boni y la tía Ana, y, por otra parte, la familia de la abuela, con la que ella había vivido hasta que se casó, y a cuyo domicilio acudía para dar a luz a cada uno de sus hijos, según una práctica habitual en aquella época.

Yo creo que lo que determinó la elección de colegios fue lo que habían hecho sus padres con ellos, y por eso nos llevaron a Juan Antonio y a mí a la casa de Heliópolis, en la que todavía vivían Papatinto y Mama Luisa, y nos matricularon en el colegio San Francisco de Paula.

A Encarnita la enviaron al Beaterio de Alcalá de los Gazules, que era donde mi madre había estudiado de niña, durante los tres años en que ella hizo la carrera de Magisterio, 1956, 1957 y 1958, y el último año enviaron también a Pili, para quedarse ella más tranquila, terminar la carrera y hacer las oposiciones.

Pepe y Manolo, iniciaron su primera comunión y su bachillerato en Nerva, en régimen de enseñanza libre, en los cursos 1958-59 y en 1959-60, respectivamente, y acudiendo para los exámenes finales al Instituto de Huelva. Luego pasaron al Colegio Menor y el Instituto de Huelva, después de la buena experiencia conmigo allí en el curso 1959-60, como os iré contando.

Carta N. 65. El Beaterio y el colegio San Francisco de Paula (21/2/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Yo nunca he estado en Alcalá de los Gazules ni en el Beaterio, y muy pocas veces en Cádiz, y ya de mayor. Por lo que Encarnita y Pili contaban, parece que para ellas el Beaterio y la familia de Alcalá de los Gazules y de Cádiz eran como una prolongación de la familia de Nerva, y que disfrutaban allí igual que con sus padres y hermanos.

Conforme han crecido luego han vuelto a Cádiz, solas o con mis padres, en algunas vacaciones de verano y quizá en otras ocasiones, y siempre hablaban de todos ellos como una familia muy cercana.

Para Juan Antonio y para mí la familia de Heliópolis era igual de cercana y acogedora, pero nosotros habíamos empezado los estudios de bachillerato, éramos mayores y nos habíamos asomado al mundo exterior, al otro mundo que no era el familiar, y donde empezaba a transcurrir una parte de nuestra vida cada vez más amplia.

Mi experiencia del mundo exterior era como la de algo extraño. Aprendía cosas, conocía a gente, y seguía jugando con la misma mentalidad infantil de siempre.

Mi libro de Calificación Escolar, que Encarnita guardaba y que me dio un día, y tengo en casa, dice que fui admitido y aprobé el curso de ingreso en el Colegio San Francisco de Paula, adscrito al Instituto San Isidoro de Sevilla, el 19 de junio de 1954. Las calificaciones de primer curso, 1955-56, son todas 5 y 6. En el segundo curso, 1956-57, las notas fueron iguales, pero suspendí en junio matemática y física y química, que aprobé en septiembre con 5. En el tercer curso, 1957-58, aprobé con 5 y 6 todo, menos francés y matemática que suspendí. La matemática la aprobé en septiembre con 5 y el francés me quedó para el curso siguiente.

Durante primer curso Juan Antonio y yo vivíamos en casa de Papatinto y Mama Luisa en Heliópolis, allí vivían también tío Augusto y tía Mari, y ella era quien llevaba la casa.

Como nosotros dos suponíamos un trabajo excesivo para tía Mari, durante el primer curso vivíamos en casa de tía Boni y tía Ana, en la

calle Tarifa número 3, y como eran muy mayores, mis padres pagaban a una muchacha de Nerva para que cuidara de nosotros y de la casa.

Juan Antonio y yo éramos una carga excesiva para las dos tías ancianas, y creo que, por eso, y porque nuestro rendimiento escolar no era nada bueno, durante el curso tercero yo vivía en casa del tío Alfredo y la tía Luisa en Dos Hermanas y Juan Antonio fue al internado de San Francisco de Paula.

Yo me puse enfermo con una tuberculosis y mis padres me llevaron a Nerva, donde terminé el curso por libre, y me examiné entre junio y septiembre. Ese fue mi último año en el Colegio de Sevilla y en Sevilla.

El cuarto curso, 1957-58, lo hice por libre en el instituto de Osuna y viviendo en Nerva, mientras Juan Antonio tuvo muchos suspensos y repitió curso. No me acuerdo si repitió en el internado de San Francisco o cambió al colegio Claret de Heliópolis, y repitió allí. Mientras los hijos estudiábamos nuestro bachillerato elemental, mi madre realizó la carrera de Magisterio, sacó sus oposiciones y consiguió su plaza de maestra en la aldea minera de La Naya.

Ahora tengo la idea de que, en medio de aquel rompecabezas, mi madre salió triunfante, consiguió su trabajo y los ingresos adicionales que hacían falta, y logró que sus hijos fueran adelante con los estudios.

Carta N. 66. La experiencia de los estudios y de la vida con las otras familias (06/3/202).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Creo que los estudios de bachillerato elemental y superior no fueron una cosa agradable ni fácil para ninguno de los hermanos, excepto quizá para Pepe y Pili, porque todos los demás hemos repetido curso, o hemos repetido las reválidas de cuarto y sexto curso.

En concreto, para Juan Antonio fueron un suplicio, porque repitió curso en el Colegio San Francisco de Paula de Sevilla, y hasta que no llegó al colegio Claret, creo que en cuarto de bachillerato, y hasta que no volvió a vivir de nuevo con tío Augusto y tía Mari, no se asentó. Creo que los cursos cuarto, quinto y sexto, en que nació su pasión por el baloncesto, como jugador y como entrenador de los pequeños, fueron de crecimiento apacible y satisfactorio para él. Creó que entonces maduró, pasó de niño a joven y a hombre, y al terminar sexto de bachillerato decidió irse de misionero con los claretianos.

Por mi parte, el bachillerato elemental lo pasé en el limbo de una irresponsabilidad completa. Me dedicaba con pasión a pintar y dibujar y no tenían la menor noción del sentido de los estudios. Ya en el bachillerato superior, en Huelva, me vino la responsabilidad, y el ambiente del Instituto me resultaba agradable y estimulante.

Encarnita creo que lo pasó bien en el Beaterio de Alcalá de los Gazules y en Cádiz, que lo pasó mal en Nerva, haciendo los cursos tercero y cuarto, en Madrid, cuando se matriculó en quinto y luego lo dejó, y cuando se matriculó en la Escuela de Enfermería de San Francisco de Asís en el curso 1965-66 o el siguiente.

El ambiente de la Escuela era muy elitista, y eso nos molestaba a casi todos los hermanos. Luego, cuando se matriculó en la Escuela de Enfermería de la Cruz Roja, empezó a sentirse a gusto. Así, con satisfacción, hizo su carrera y ejerció todos los años de su vida profesional en el Hospital del Niño Jesús de Madrid, al que podía ir andando desde la casa de sus padres, donde vivió siempre y vive todavía.

Tengo la idea de que Pepe nunca tuvo problemas de estudio, que siempre hizo sus cursos bien, y que cursó su bachillerato primero en

Nerva, luego en Huelva y luego en Sevilla. Quizá siempre tuvo sentido de responsabilidad, o mucha facilidad para los estudios de todo tipo.

Para Manolo el bachillerato fue complicado y no lo pasó bien, ni en los primeros cursos en Nerva, ni en Huelva, ni en el Claret en Sevilla, ni al volver a Nerva. También repitió cursos, como Juan Antonio y Encarnita, y creo que al llegar a Madrid ya su vida se normalizó, y realizó con normalidad el bachillerato superior y la licenciatura en Geografía. Pero los hermanos sabemos que el latín fue su cruz.

Por lo que se refiere a Pili, creo que era más del estilo de Pepe, y que no lo pasaba mal en el colegio ni el instituto. Más bien creo que a veces lo pasaba mal en casa con la familia, porque siendo la pequeña, y niña, a veces se sentía marginada y poco valorada. Pepe y yo le teníamos particular afecto, y ella sentía eso como consuelo o como apoyo.

Para los hermanos, la vida escolar era el mundo exterior desagradable y difícil, que contrastaba con la vida familiar feliz. Los estudios se desarrollaban en otros ámbitos familiares. Si encontrábamos el mismo clima que en casa, como ocurría en Alcalá, en Cádiz o en Heliópolis, la vida era igual de feliz. Si no, resultaba extraña.

Nuestras vidas eran los temas más frecuentes de conversación de mis padres, especialmente por las noches. Algunas veces yo los oía hablar, y aunque no entendía bien lo que conversaban, si entendía nuestros nombres.

2. La vida con las otras familias.

Carta N. 67. Que seas bueno, que estudies, que le ayudes a tía Mari (06/3/202).

Queridos Irene, Ananí y todos:

El curso 1955-56, en que mi madre inició sus estudios de magisterio, Pepe, Manolo y Pili se quedaron en Nerva con ella, Encarnita se fue al Beaterio de Alcalá de los Gazules, y Juan Antonio y yo a Sevilla. Los dos mayores hicimos el segundo año de bachillerato, en el Colegio San Francisco de Paula en Sevilla, y vivíamos en la casa de tía Boni. Papatinto había muerto el curso anterior, Mamá Luisa estaba ya bastante mayor, y la casa la llevaban tío Augusto y tía Mari.

He hablado de la casa y de ellos antes, en la carta N. 15, y en otras, y volveré a hablar de ella más veces. Es el referente que todos tenemos de la felicidad familiar.

Cada vez que nuestros padres nos despedían en el autobús de Nerva a Sevilla, a comienzos de cada trimestre del curso, mi madre nos daba a cada uno estos consejos: Que seas bueno, que estudies, que le ayudes a tía Mari. Siempre le hacíamos caso a tío Augusto y tía Mari, pero estudiábamos poco y nos peleábamos.

Juan Antonio era ordenado, responsable y pundonoroso, y yo no. Se levantaba a la hora en punto, para llegar a tiempo al colegio, y yo no. Quería irse solo, pero tía Mari le reñía para que me esperase, porque yo era el pequeño, y él se enfada conmigo porque le hacía llegar tarde. Yo era bastante irresponsable y al amanecer me daba igual que Juan Antonio se enfadase. Yo solo quería dormir más.

Cogíamos el tranvía en Heliópolis. Nos bajábamos en el Archivo de Indias, caminábamos hacia la Avenida, y luego, por la cuesta del Rosario, la Plaza del Pan, la calle Siete Revueltas, la plaza de la Encarnación, y ya estábamos en la calle Sor Ángela de la Cruz, donde estaba y sigue estando el Colegio. Volvíamos por el mismo camino. Aunque una temporada, en que yo iba a clase de dibujo a la Escuela de Artes y Oficios, que estaba en la calle Zaragoza, volvíamos por esa calle. Pero eso duró poco.

Cogíamos el tranvía de vuelta y llegábamos. Una vez que Juan Antonio estaba solo y había perdido el dinero para coger el tranvía, se volvió a casa andando, siguiendo la vía del tranvía. Entonces no existía nada entre el Puesto de los Monos en la actual Glorieta de México y Heliópolis, y era todo un descampado que podía resultar peligroso para un niño.

Para tío Augusto y tía Mari éramos como dos hijos más, y nos trataban igual que a sus hijos Augusto, Mariqui, María Luisa y José María, y a veces con más confianza, porque éramos más mayores y podían hablar con nosotros de más cosas.

La primera vez que hice una visita a un parque zoológico fue entonces, al de Jerez, donde nos llevaron los tíos a los seis, en una ocasión en la que tío Augusto tenía que gestionar la compra de un caballo.

Juan Antonio y yo estudiábamos poco porque lo que más nos gustaba era jugar y corretear por el jardín, con Augusto y Mariqui, y si estaba alguno de los primos de Zafra, también con ellos.

No sé si teníamos deberes escolares para hacer en casa, pero no tengo recuerdo de haber eso hecho. Creo que aprobamos el primer curso de milagro. En mi libro escolar pone que aprobé todas las asignaturas en junio, con la nota mínima, cinco o seis.

En el verano nos volvimos a Nerva, a disfrutar de los padres y los demás hermanos, a vivir en la felicidad de estar todos juntos.



Los bisabuelos en la casa de Heliópolis, el año de la muerte del bisabuelo, 1954, con todos sus hijos. De izquierda a derecha; Isabel, Encarna, Papatinto, Pepe, María, Mamá Luisa, Manolo y Luis. Foto Archivo E. Chozá.

Carta N. 68. La casa de tía Boni y tía Ana (06/3/202).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Durante el curso 1956-57, Encarnita seguía sin problemas en el Beaterio, y los tres pequeños seguían sus estudios de enseñanza primaria en Nerva, pero los dos mayores hacíamos ya estudios de bachillerato, y eso no se podía hacer en Nerva. Había que seguir a Sevilla.

Pero allí la casa de Heliópolis, Mamá Luisa, y algunas cosas más, era demasiado trabajo para tía Mari, y encima nosotros dos, era algo que la desbordaba. Por eso en el curso 1956-57 mis padres pensaron una alternativa a nuestro alojamiento en la casa de Heliópolis. Vivir en casa de la tía Boni y la tía Ana, en la calle Tarifa, 3, 3º, donde mi padre había vivido durante la carrera.

Creo que mis tías vivían, Boni, de la pensión de viudedad de su marido, y Ana de hacer sombreros de señora para algunas tiendas de sombreros de Sevilla. La dos hacían encaje de bolillos, croché, y algunas tareas de ese tipo, y también alquilaban una habitación a una señora francesa que pasaba temporadas en Sevilla.

Como las dos tías eran ya muy mayores, mis padres contrataron a una muchacha de Nerva para que viviera con nosotros, cuidara de la casa y de nosotros dos, y en ese régimen transcurrió el año académico.

La casa estaba en la Campana, al lado del Colegio, de modo que no había que coger tranvía ni nada. A veces, algunas tardes íbamos a jugar a casa de algunos compañeros del colegio que vivían por allí cerca, o íbamos a jugar a la plaza de la Gavidia. Allí había, y sigue habiendo. Una estatua del general Daoiz, un héroe de la Guerra de la Independencia, con su espada al cinto. Alguien me dijo que el general le pegaba con su espada a los niños mentirosos, y creo que por eso le miraba siempre con mucho respeto.

Los fines de semana pasaba el chofer del tío Alfredo, nos recogía a Juan Antonio y a mi y nos llevaba a su casa a Dos Hermanas. Creo que en la casa de la calle Tarifa no había un cuarto de baño en condiciones, y que en los fines de semana nos bañábamos y nos cambiábamos de todo.

El hecho de que viniera a recogernos un coche y nos llevara a otro sitio me hacía sentirme un poco un privilegiado, y un poco importante. Yo entonces no tenía una conciencia muy clara de cómo eran las dife-

rencias sociales, las clases y las élites. Tenía la idea de que mi familia apenas tenía dinero para vivir, y sabía que tenía tíos ricos.

Quizá nosotros éramos la familia con menos dineros, pero no recuerdo tener el sentimiento de “ser pobres”. Quizá nunca he tenido ese sentimiento, ni tampoco el de envidiar a los ricos y querer ser rico. Creo que era así porque siempre me sentía y era feliz, y sentía que no necesitaba más.

Recuerdo que Juan Antonio y yo los sábados nos asomábamos al balcón a esperar que llegara el coche a recogerlos. Eso nos daba una sensación rara, porque un coche era una cosa de gente muy rica, y muy poca gente lo tenía.

Sabíamos que el tío Alfredo y la tía Luisa eran ricos, porque tenían coche, y porque sus hijos Carmen y Alfredo montaban a caballo en la feria de Sevilla, y tenían caballo, y cosas así. También su casa era suntuosa, por las escaleras, las estatuas y los espejos con los que estaba adornada. Tenía varios salones para visitas, para tocar el piano, y así. Cuando mi padre iba alguna vez, pasaba buenos ratos sentado delante del piano, intentado sacar melodías diversas. A diferencia de mi madre, que lo había estudiado y sí sabía, mi padre no sabía tocar el piano, pero su pasión por la música era tan grande que podía pasarse buenos ratos pulsando teclas, y sacando sonidos y melodías.

Nosotros aprobamos nuestras asignaturas y así pasamos a tercer curso.



*Tía Boni (izquierda) y tía Ana (derecha)
hacia 1955. Foto Archivo E. Choza*

Carta N. 69. La casa de tía Luisa en Dos Hermanas (13/3/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Durante el curso 1955-56 Encarnita parecía haber pasado muy bien sus dos primeros años en el Beaterio de Alcalá de los Gazules, tan bien, que a mis padres les pareció buena cosa que siguiera un año más, y enviar allá también a Pili. De ese modo mi madre podría hacer más tranquila el tercer año de magisterio y terminar su carrera, para preparar después las oposiciones.

Pepe y Manolo continuaban sus estudios de primaria en Nerva, sin problemas, ayudando a mis padres en lo que podían, pues ya se iban haciendo mayores y también responsables. Lo más problemático éramos los dos mayores.

Seguramente la experiencia de vivir en la casa de la tía Boni y la tía Ana durante el curso 1955-56 no fue satisfactoria y se buscó una solución nueva. Juan Antonio, que parecía tener más dificultades con los estudios, se quedó viviendo en el internado del colegio San Francisco de Paula, y yo me fui a vivir a casa de la tía Luisa a Dos Hermanas.

Cada mañana, el chofer de tío Alfredo nos traía a Sevilla a mi primo Alfredo, a mi prima María Cristina y a mí. Dejaba a María Cristina en su colegio, donde entraban todas las niñas con uniforme negro. Dejaba a Alfredo en el colegio de los jesuitas de Porta Coeli, donde entraba por la puerta principal, un poco apartada de la puerta por la que entraban "los gratuitos" con sus babis azules, los niños pobres que no pagaban el colegio. Después me dejaba a mí en San Francisco de Paula. Por la tarde nos recogía a los tres y nos llevaba de nuevo a casa a Dos Hermanas.

Yo me llevaba al colegio cada día la comida en una canasta, dentro de una o dos fiambreras donde Zarta, la cocinera gitana de tía Luisa, colocaba generalmente sobras de la comida del día anterior, y alguna vez no limpiaba las fiambreras, que quedaban con restos y pringues de otra comida anterior. Juan Antonio, que me acompañaba a comer, cogía la tapadera se la llevaba y me la limpiaba, para que yo no tuviera delante los restos de comidas anteriores, mientras almorzaba. Nos sentábamos los dos en un banco de clase de Párvulos de Don Nicolás y nos contábamos nuestras cosas.

Al acercarse las Navidades o al volver de las vacaciones de Navidad, yo caí enfermo con una gripe, y me pasaba el día en la cama. Es uno de los recuerdos más vivos de soledad que tengo, quizá el primero de mi vida.

Yo dormía en la habitación de la prima Carmen, la hija mayor de tío Alfredo y tía Luisa, que era 11 años mayor que yo, y que ya estaba al final de su noviazgo con Ángel, con quien se casaría a los pocos años. Por la mañana temprano los otros dos primos, Alfredo y María Cristina, se iban al colegio, y no volvían hasta bien entrada la tarde.

No se escuchaba ningún ruido en la casa durante el día. Todo era silencio. Alguna vez mi prima Carmen venía a verme y a preguntarme como estaba, y por las noches venía a darme un beso de buenas noches. Siempre me he acordado de eso, y de que me cuidó cuando yo estaba solo.

Cuando yo volvía a Sevilla en 1983 y me establecí cerca de su casa, ya ella y Ángel estaban casados y tenían cinco hijos. Los tomé como mi familia. Y nos cuidamos mutuamente, ellos de mí y yo de ellos, hasta la muerte de mi prima, ya entrado en el siglo XXI.

Esa gripe mía de Dos Hermanas le dio mucho que pensar a mi padre, y estuvo haciendo pruebas hasta que averiguó que era una tuberculosis. Se cercioró del diagnóstico con el tío Luis y algún que otro amigo pediatra. Después me llevó a casa, a Nerva, y ya me quedé ahí todo ese curso y el siguiente, con Pepe y Manolo, mientras Juan Antonio, Encarnita y Pili seguían sus estudios en sus colegios.

3. Primero y segundo de Bachillerato (1954-55 y 1955-56)

Carta N. 70. Las ciencias naturales, la pintura, los juegos (13/3/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

No tengo demasiados recuerdos de mis estudios de bachillerato elemental. Creo que las tardes de visita en la farmacia de don Antonio Zarza, las audiciones de música y la contemplación de las láminas de pintura, así como los libros que leía porque estaban en casa y porque mi padre nos hablaba de ello, me dieron una formación y una formación igual de provechosa que la de bachillerato elemental, y más valorada para mí.

Creo que tengo poca capacidad para asimilar la información sobre contenidos que no me gustan, porque no me suelen interesar, y bastante facilidad para lo que me gusta, que suele también interesarme.

Siempre he creído que a todo el mundo le pasa lo mismo, aunque he comprobado por experiencia que, como dicen los psicólogos y los pedagogos, el esfuerzo engendra interés, y también agrado, gusto. Luego he aprendido también que el mayor problema de la educación y la enseñanza es encontrarse con niños y jóvenes a los que no les gusta y no les interesa nada.

Pues bien, desde que tengo uso de razón tenía mucho interés por la pintura y el dibujo, y me gustaban mucho, y también por la música y por los relatos. Y cuando empecé el bachillerato elemental descubría algo que nunca habría descubierto de otra manera: las ciencias naturales.

Me gustaba mucho lo que contaban en las clases sobre geología, me fascinaba la cristalografía, las clases de plantas, los tipos de animales, la vida de la célula, y todo lo relacionado con eso.

Por otra parte, me aburría todo aquello a lo que no le encontraba sentido y no sabía a qué cosas se refería. Me aburría mucho la matemática y la gramática, y no las entendía. Creo que a los sesenta años, en los últimos diez años de mi vida como profesor, he empezado a entender qué son las matemáticas y la lingüística, y a qué cosas se refieren, y he empezado a disfrutar estudiándolas.

No tengo recuerdos de nada de matemática o de gramática de esos años del bachillerato elemental, y no me explico cómo pude aprobar esas asignaturas, aunque fuera con una calificación de cinco tan solo.

Me sentía muy orgulloso de mi hermano Pepe, porque la monja que le daba clase en Nerva, sor María Berta, decía que se le daban muy bien las matemáticas. Y me sentía orgulloso porque sentía que él servía mucho para hacer estudios superiores.

Por esos años creo que yo solo estaba interesado en el dibujo y la pintura, y que con lo que más disfrutaba era con las formas y los colores, que reproducía en los papeles y en los lienzos.

En la escuela de don Manuel Fonseca me enseñaron a comprar bastidores de madera, y telas, para hacer con eso mis propios lienzos, que embadurnaba de una pasta que hiciera de buen soporte para la pintura.

Y creo que dedicaba a dibujar y a pintar todo el tiempo libre que tenía, incluido el que debía dedicar a las tareas escolares, que no me solían interesar y a las que no sentía inclinación. Y creo que quizá pasaba con el dibujo y la pintura tanto tiempo o más que jugando con mis hermanos y los amigos.

Luego, en el bachillerato superior, cuando me vino la responsabilidad, cambié un poco en esta distribución del tiempo.

Carta N. 71. La aparición del yo (13/3/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En los dos primeros años en el colegio San Francisco de Paula yo tenía diez y once años, y en el tercero, en Dos Hermanas y durante la tuberculosis en el curso 1956-57, tenía doce.

En aquellos tiempos se decía que los niños llegan al uso de razón a los siete años, y por eso se hacía la primera comunión a esa edad. Ahora en mi parroquia de Castilleja de Guzmán se hace a los nueve años.

La adolescencia era un periodo que se situaba entre 12 y 16 años para las niñas y entre los 14 y los 17 para los niños. Actualmente la Organización Mundial de la Salud sitúa ese periodo entre los 12 y los 25 años.

La mayoría de edad se situaba en los 21 años, que era cuando se iba a cumplir el servicio militar obligatorio y del cual los jóvenes volvían hechos unos hombres.

Esas clasificaciones son importantes porque de ellas depende que uno tenga o no tenga responsabilidad penal, pueda tener carnet de conducir, un trabajo legal, y otras cosas. Pero por dentro, uno siente que ya es mayor de diferentes maneras y en diferentes momentos.

No sé cómo lo habrán sentido mis hermanas y mis hermanos. Una amiga mía profesora, me decía que ella escribió un diario para cada una de sus dos hijas desde que nacieron hasta que tuvieron la regla, y que entonces terminó los diarios. Porque, me aseguró, una mujer se acuerda siempre del momento en que tiene la primera regla, ya partir de ahí, tiene una conciencia de su vida bastante buena.

Nunca hablé con mis hermanas ni con mis hermanos de esto, y no recuerdo que el tema saliera en conversaciones familiares. Yo tengo un recuerdo muy vivo y muy imborrable del momento en que me vino la conciencia de mí mismo.

Fue un día, quizá de 1956, en que fui a beber agua a la fuente que había en el patio central del colegio San Francisco. Se apretaba una palanquita por debajo del grifo, salía un chorrito de agua y se bebía mientras uno mantenía pulsada la palanquita. Yo fui a beber a mitad de la mañana, y al inclinarme sentí, como si fuera un golpe de conciencia tan fuerte como un puñetazo en el corazón, “yo soy yo, y sé que yo siempre

seré yo para siempre”.

Este golpe de conciencia, con ese contenido, me dejó tan aturdido y estupefacto que me quedé paralizado y me fui a sentarme en uno de los bancos del patio, frente a la fuente, hasta que me re recuperara. Luego me recuperé, se me pasó el extrañamiento y volví al recreo o a la clase o a lo que fuera, pero se me quedó dentro una extraña sensación durante horas.

No sé si a alguno de mis hermanos les ha pasado algo así, o a mis sobrinos. Y no sé si a algunas de mis hermanas, a vosotras, Anani e Irene, o a mis sobrinas, les ha pasado algo parecido con la regla.

Para mí esa experiencia no llevó luego detrás ninguna sensación de sentirme más responsable, más mayor, ni nada de eso. Solamente que yo era yo. De vez en cuando, si mi madre me reñía por algunas manías mías, relacionadas con mi modo de lavarme, abrigarme, sonarme los mocos, escupir, y sosas de esas, yo le decía, mamá, es que esa es mi personalidad. Ella se reía y me decía, no digas tonterías, anda, lávate bien.

4. La tuberculosis, Nerva (1956-57).

Carta N. 72. Muchas horas de cama. Huevos fritos con chorizo. El cine (20/3/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Pepe y Pili recuerdan que cuando me llevaron de Dos Hermanas a Nerva enfermo de tuberculosis, mis padres sacaron de la casa a los demás hermanos para que no se contagiaran, y los repartieron entre los tíos de la familia.

El caso es que Juan Antonio estaba interno en el colegio San Francisco de Paula, y allí siguió durante nuestro tercer curso de bachillerato. Encarnita ya estaba en el Beaterio de Alcalá de los Gazules, y allí continuó. Pepe recuerda que lo mandaron a Azuaga con el tío Manolo, que estaba de veterinario de Azuaga, y que allí pasó unos cuantos meses. Manolo no recuerda nada. Si acaso, que quizá lo enviaron a Heliópolis. Y Pili, quizá ya estaba en el Beaterio con Encarnita, o bien, al caer yo enfermo, la enviaron allá.

Ante la dispersión de los hermanos, Pili se hizo la idea de que yo tenía una enfermedad muy grave. Con ocasión de estas cartas me ha preguntado si yo me sentía muy mal, si me dolía algo o como veía yo todo aquello.

Yo sabía que la tuberculosis era una enfermedad muy seria, porque tardaba casi un año entero en curarse, y que se curaba con reposo, pero sabía que ya se curaba, porque se había descubierto la penicilina. En concreto, sabía que se curaba con las medicinas que me daban a mí, que eran la estreptomocina y la hidracida, que en España se encontraban en las farmacias, y que cualquiera que tuviese la enfermedad podía conseguirlas allí, con las recetas de su médico de la Seguridad Social.

Pero se me hacía un mundo pensar que tenía que estar un año en reposo. Después de todo se me hizo bastante llevadero, porque mis padres me dejaban levantarme largos periodos. Podía levantarme después de las 11 de la mañana, y sentarme en la mesa camilla a leer o a dibujar. Podía levantarme después de la siesta, y hacer lo mismo. Podía quedarme un rato con ellos sentado en la camilla después de la cena. Y no podía salir a la calle bajo ningún concepto. Como si tuviera mucha

fiebre.

Pero no tenía fiebre. La fiebre de la tuberculosis era febrícula, 37,2 o 37,3 de temperatura. No me dolía nada. No tenía ninguna molestia de ningún tipo, y tenía mucha hambre. Mi padre me había dicho que la tuberculosis se curaba con esas medicinas y con el reposo durante mucho tiempo, y además, comiendo mucho.

Hasta la tuberculosis yo era muy delgado, comía poco y muchas veces no tenía ganas de comer. A partir de la enfermedad me cambió el metabolismo. Había días que comía dos huevos fritos con chorizo, mojando bien el pan en la yema, y después otros dos. Incluso una vez dije, después del segundo par, si podía comer más. Mi madre miró interrogativamente a mi padre, mi padre dijo que sí, y me puso una tercera ración.

Lo de los tres pares fue excepcional, pero después de la enfermedad me puse gordito, y ya nunca más en mi vida perdí el apetito. Siempre tenía ganas de comer y he comido siempre muy, bien. Hasta el día de hoy. Y también desde entonces he tenido un cierto complejo de gordito.

Lo del reposo no fue tan estricto y prolongado como me había temido. A partir de un determinado momento desapareció la febrícula, el termómetro, que me ponía varias veces al día, marcaba sistemáticamente 36,5, y después de un periodo largo así, mis padres se tomaron la libertad de llevarme al cine con ellos. No los sábados o los domingos, sino cada vez que había una película interesante. Cada dos o tres días cambiaban el cartel, y según fuera la película, íbamos al cine los tres.

Esos son los recuerdos que tengo más ligados a la tuberculosis. Dormir, comer, dibujar y leer mucho, y también ir al cine. Nada que fuera doloroso, y ni siquiera incómodo.

Carta N. 73. La banda sonora de la infancia (20/3/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Para mí, y quizá para todos mis hermanos, que pasábamos mucho tiempo en casa, había un elemento que jugaba un papel importante en nuestras vidas y nuestro entretenimiento, que era la radio.

No existía aún la televisión y ya habían proliferado mucho las emisoras de radio comerciales, con muchos programas de entretenimiento y mucha publicidad, todo ello bien acompañado de música.

Creo que mis hermanos y yo podemos cantar todavía los anuncios de “Es el Cola-Cao desayunos y merienda ideal”, o la sintonía de la serie de “Diego Valor. El piloto del espacio”, cuya historia se puede encontrar en Google, y permite a las personas de mi generación volver a su infancia.

La banda sonora de nuestra infancia estaba formada, por una parte, por las canciones y cantantes que la radio retransmitía con más frecuencia en aquellos años en Nerva, y, por otra, por las canciones que mi madre tarareaba o cantaba mientras hacía sus tareas.

Por otra parte, estaban las canciones que cantábamos nosotros, de las que recuerdo especialmente los dúos de zarzuela que nos gustaba cantar a mi hermano Manolo y a mí.

Cuando ahora escucho las canciones que con más frecuencia se retransmitían entonces, como *El Romance de la reina Mercedes*, de Concha Piquer, o *La Canción del emigrante* y *Soy minero*, de Antonio Molina, me puedo sumergir de nuevo en las calles de Nerva de los años 50.

Cuando escucho las canciones que tarareaba mi madre, entonces se pone un nudo en la garganta y a veces se me escapan las lágrimas, quizá muchas, sin que ya me dé ninguna vergüenza.

He llorado recordando la voz de mi madre mientras cantaba:

A mi me gusta el pan con queso (ter)

Como se come en el rancho (bis).

Pero más me gusta un beso (ter)

Debajo un sobrero ancho (bis).

No he podido encontrar ninguna versión de esta canción de Oscar Chávez en internet, sino sólo una versión de la letra en un blog bastante reciente. Sí he encontrado, en cambio, grabaciones de otras, como "*Niña Isabel, ten cuidado*", "*Perfidia: El mar, espejo de mi corazón*", y también "*La niña de la estación*", de Concha Piquer.

Mi padre no solía cantar, ni tararear. Algunas veces sí recuerdo que reproducía la melodía del Coro a boca cerrada *Madame Butterfly*, que consideraba una de las piezas supremas de música, y con la que nos había arrullado a Juan Antonio y a mí para dormirnos cuando éramos pequeños.

Recuerdo que yo tenía una canción favorita, titulada *Campanitas de mi aldea*, que me gustaba cantar con la imaginación y me sigue gustando hacerlo. Esa canción me ha acompañado durante toda mi vida, y me viene a la cabeza en momentos especiales, pero no sabría decir cuales ni por qué. He encontrado una versión flamenca en internet, y la prima Mariqui me ha encontrado la versión de los años 50, de Jorge Sepúlveda.

No sé si mis hermanos tendrán alguna canción que los acompañe desde su infancia. Sé canciones y piezas musicales favoritas de Pepe, de Manolo y de Pili, pero creo que las han asumido y asimilado como favoritas en tiempos más recientes.

5. Cuarto curso en Osuna (1957-58).

Carta N. 74. El verano en Osuna y la reválida de cuarto (20/3/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Cuando llegó el verano de 1957 me examiné del tercer curso de bachillerato. Seguramente había ido estudiando las asignaturas durante la primavera de ese año, cuando ya me había desaparecido la fiebre, y mis padres me permitían algo más de actividad. Me suspendieron en junio en matemáticas y en francés, y en septiembre aprobé las matemáticas y me volvieron a suspender en francés.

A Juan Antonio el curso tercero le fue mal, en junio y en septiembre. Tuvo que repetirlo, y creo que lo repitió continuando otro año más como interno en el Colegio San Francisco de Paula.

Yo ya estaba curado, pero quizá estaba convaleciente, y con una convalecencia que requería vigilancia médica y cuidados familiares, o al menos creo que así lo pensaron mis padres. Y creo que por eso decidieron que lo mejor era que me quedara en Nerva, estudiara cuarto curso allí, y me matriculara por libre en el Instituto de Osuna.

La idea de matricularme por libre en el Instituto de Osuna creo que surgió porque mi madre tenía una íntima amiga de su infancia y su juventud, Eduarda, que le habló de esa posibilidad. En aquellos años el Instituto de Osuna se conocía como un centro educativo en el que estudiaba mucha gente por libre, y en el que los estudiantes podían aprobar los cursos con más facilidad que en otros. Además, a mí me quedaba pendiente el francés de tercero. De hecho, había entonces un dicho que expresaba el poco prestigio que tenían tres centros educativos de Andalucía, y ese entre ellos: “Bachiller en Osuna, médico en Cádiz, y boticario en Graná, ná”.

A mí me matricularon por libre en el Instituto de Osuna de cuarto curso de bachillerato, y creo que ese mismo año Encarnita hizo su primer año en el Beaterio de Alcalá de los Gazules y se examinó en Cádiz, y Pepe su primer curso por libre en Nerva y se examinó en el instituto de Huelva.

No sé si Encarnita empezó tarde el bachillerato, o lo empezó bien, pero tuvo que repetir. Me parece que Pepe era el único de los hermanos

que nunca tuvo problemas con los estudios. De hecho, hizo sus exámenes en el instituto de Huelva y aprobó todas sus asignaturas en junio sin problemas.

En mi libro escolar consta que aprobé en junio todas las asignaturas del cuarto curso y el francés que me quedaba de tercero. Con un 5 en cada una, y que suspendí las pruebas de la reválida de cuarto, que era un examen mediante el que se garantizaba que el bachillerato elemental se había cursado bien.

Creo que, por insistencia de Eduarda, la amiga de mi madre, y su marido Paco, que no tenían hijos habiéndolo deseado siempre, y que vivían muy desahogadamente en Osuna, yo, que ya había superado también toda la convalecencia, fui a vivir durante el verano con ellos, para preparar mi examen de reválida de septiembre.

En Osuna iba a clases a una academia, donde me preparaban en las asignaturas de ciencias, especialmente en matemáticas. Recuerdo con mucho cariño a Eduarda y a Paco, al profesor de la academia, y el ambiente del pueblo. No lo pasé nada mal. Incluso lo pasé bien. Pero echaba mucho de menos a mis padres y mis hermanos, y me sentía un poco raro.

Para mí mis padres y hermanos, la familia, era la felicidad y la vida. Creo que en Osuna empecé a tener las primeras sensaciones de ser mayor, y a imaginar por primera vez la posibilidad de vivir en otro sitio que no fuera con mis padres y hermanos, con mi familia.

Carta N. 75. Por qué era yo tan mal estudiante (27/3/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Creo que todos los hermanos Choza, excepto Pepe, éramos muy malos estudiantes y que les dimos muchos problemas a nuestros padres durante los estudios de bachillerato, especialmente con los del bachillerato elemental. Creo que, en el bachillerato superior, es decir, a partir de que cumplimos 14 o 15 años, ya no les dimos más problemas.

En el bachillerato superior también tuvimos suspensos casi todos, menos Pepe, pero eran suspensos que podíamos afrontar. Es posible que Juan Antonio hiciera quinto y sexto curso sin suspensos. Yo también saqué quinto curso todo en junio, sin suspensos, pero ese fue el único año de mi vida en que no suspendí ninguna asignatura en junio. Porque luego, en la carrera, todos los años tenía al menos un suspenso en junio. Encarnita no hizo bachillerato superior, porque se matriculó después de la reválida de cuarto en la Escuela de enfermería, y me parece que Manolo repitió un curso del bachillerato superior.

Me gustaría contaros con algún detalle esto por si os ayuda, a los que ahora estáis empezando a ser padres, a llevar bien los estudios de vuestros hijos.

Es posible que el caso de Pepe fuera excepcional, y fuera un niño al que le gustaba estudiar, o le interesara. Eso ya lo contará él si tiene ocasión. Lo que yo puedo decir de mí es que era incapaz, y creo que lo sigo siendo, de hacer algo que no me gustara, no me interesara o a lo que yo no le encontrara ningún sentido. Y no era capaz, aunque yo supiera que eso era muy importante para mis padres, las personas que yo más quería en el mundo, y que mis estudios les costaban a ellos muchos sacrificios.

Yo podía representarme el sacrificio de mis padres, y sentarme en la mesa y abrir los libros. Pero tardaba minutos en olvidarme de esa representación, me sentía profundamente aburrido, y enseguida sentía el impulso de hacer alguna otra cosa que me gustaba y me interesaba, y, sin poder contener ese impulso, me ponía a hacerla.

Cada vez que me daban una mala nota, lo sentía por la pena que les daría a mis padres, pero enseguida se me olvidaba también. Yo admiraba a los chicos del colegio que siempre respondía bien, y sentía que

me gustaría ser como ellos, pero sentía y sabía que no podría ser así, que yo no era así.

Por otra parte, yo tenía mi vida llena de mis sueños, no era nada perezoso, aunque me gustaba mucho dormir, y estaba siempre haciendo cosas que se me ocurrían y me gustaban. Dibujar y pintar, lo que más, pero también inventar juegos, artilugios o lo que fuera, e incluso, por supuesto, leer, leer novelas y libros de aventuras.

Siento que era incapaz de entrar en ese mundo que había detrás de las asignaturas, los profesores, las clases y esas cosas. Creo que solamente hubo una excepción: me gustaba lo que contaban los profesores en las clases de ciencias naturales, y a veces, podía mirar los libros de ciencias naturales con el mismo interés con que miraba los de pintura.

Pero sabía que yo nunca podría estudiar lo que había en esos libros porque eso pertenecía a las carreras de ciencias, y para hacer una carrera de ciencias había que estudiar y aprobar matemáticas, y yo estaba convencido de nunca sería capaz de hacer eso.

Solamente después de cumplir 60 años, empezaron a gustarme las matemáticas y empecé a entenderlas. Y aunque en la carrera de filosofía y en la de pedagogía estudié psicología, todavía no he averiguado bien por qué yo no podía traer a mi mundo interior, o por qué no podía acceder yo con mi vida y mis sueños a estos mundos.

Bueno, tampoco sé bien por qué mi sentido de responsabilidad para hacer cosas que no me gustan y no entiendo bien es tan pequeño y tan débil.

CAPÍTULO V

BACHILLERATO SUPERIOR. HUELVA. EL INSTITUTO Y EL COLEGIO MENOR (1958-59 A 1960-61)

1. *Quinto curso en el colegio menor y el Instituto de Huelva (1958-59).*

Carta N. 76. Huelva en 1958.

Carta N. 77. El Instituto Santa María de la Rábida y el Colegio Menor.

Carta N. 78. Ambiente político y amigos del Instituto y el Colegio Menor.

Carta N. 79. Vida de estudiante en Huelva, Tío Ramón y tía María Jesús. Vida familiar en Nerva, la primera comunión de Pili.

2. *Bachillerato superior. Quinto curso.*

Carta N. 80. Quinto de bachillerato (1958-59). Cuando me vino la responsabilidad y el ensimismamiento.

Carta N. 81. La trigonometría y primeras novelas: *Sinué el egipcio y Crimen y castigo*.

Carta N. 82. Tarde de domingo. Los lenguajes del sexo.

3. *Sexto de bachillerato (1959-60).*

Carta N. 83. Manolo en Montegordo y Pili en bachillerato.

Carta N. 84. Cómo me hice cristiano.

Carta N. 85. Cómo me hice liberal.

Carta N. 86. Cómo me hice filósofo. Cambio a bachillerato de letras.

Carta N. 87. Mi primer cigarro en el Colegio Menor Viejo.

4. *Preuniversitario en el colegio menor nuevo (1960-61).*

Carta N. 88. Mi primera novia.

Carta N. 89. Filosofía y letras especialidad de filosofía pura.

5. *Primeros años de universidad y traslado a Madrid.*

Carta N. 90. Final del bachillerato.

Carta N. 91. El traslado a Madrid. 25 de julio de 1964.

Carta N. 92. Encarnita, Manolo y Pili en Madrid con los abuelos.

1. Quinto curso en el colegio menor y el Instituto de Huelva (1958-59).

Carta N. 76. Huelva en 1958 (11/4/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En los años 50 Huelva era una de las provincias más pobres de Andalucía, a su vez, una de las regiones más deprimidas de España de donde, como os he contado, emigró mucha gente al norte del país y a Europa occidental. La capital, Huelva, tenía poco más de 60.000 habitantes.

En esos años se inicia un crecimiento que conduce a una población de casi 150.000 habitantes en la segunda década del siglo XXI, y a un visible desarrollo económico de la provincia. Hace años que parte de los onubenses que emigraron han vuelto a vivir de sus pensiones en los pueblos que dejaron antaño.

A finales de los 50, las instituciones que abrían el horizonte cultural en la provincia eran el Instituto de Enseñanza media y superior, la Escuela Normal de Magisterio, la Escuela de Peritos de minas y la de Perito mercantil. Había también un equipo local de fútbol, el Recreativo de Huelva, fundado por los ingleses que explotaban las minas de Río tinto en el siglo XIX, y que sigue siendo el decano del fútbol español. Había teatros, cines, algunas exposiciones de pintura, alguna revista literaria y cenáculos poéticos. Juan Ramón Jiménez, natural de Moguer, había ganado el premio Nobel de literatura en 1956, y había muerto en Puerto Rico en 1958, reconocido como maestro de todos los poetas españoles del siglo XX.

No sé si podía percibirse ya entonces el resurgimiento del país que iba a producirse en los 60, 70 y 80. Ahora Huelva tiene una universidad con 9 facultades y centros, muchos de sus pueblos tienen centros de enseñanza secundaria y de formación profesional, y una próspera actividad económica.

Junto con tradicional producción de minerales, es el primer productor europeo de fresas y uno de los primeros de cítricos, posee industrias conserveras de pescado, hortalizas y fruta, unas empresas cárnicas

con productos de primera calidad mundial, y una industria turística de primera fila.

Volver después de 45 años y encontrar todas esas mejoras en todos los sentidos, ensancha el alma y la llena de gratitud y satisfacción. Nadie tiene que irse al extranjero para encontrar un modo de ganarse la vida.

El curso 1961-62 me fui a Sevilla a empezar la carrera de Filosofía y Letras, y ya no volví a Huelva más que de visita, muchos años después. Todas estas mejoras son el fruto del trabajo de los que se quedaron, de las instituciones y personas se hicieron cargo de su gestión política y económica, y del contexto general, es decir, del clima de la sociedad española.

Todo eso hizo que Huelva cambiara tanto para bien, y todo eso hizo posible que yo me descubriera y encontrara conmigo mismo como lo hice. Huelva, el instituto y el colegio menor, mis maestros y mis compañeros de entonces, son la tierra, el agua y el sol con los que he crecido y desde donde se me ha dado una vida por la que tengo que expresar mi agradecimiento.

Siento que he crecido al ritmo que han crecido Huelva, Andalucía y España, llevado por los vientos que las impulsaban a ellas, y gracias al cuidado y la libertad con que mi familia en general y mis padres en particular me asistieron siempre.



Plaza de la Monjas en Huelva en los años 50
<https://atrapahuelva.com/plaza-de-las-monjas/>

El edificio del Instituto y la Escuela Normal de Magisterio.



El Instituto Santa María de la Rábida en Huelva, en los años 50
<https://huelvabuenasnoticias.com/2014/10/23/el-ies-la-rabida-un-referente-de-educacion-y-en-la-arquitectura-onubense/>

Carta N. 77. El Instituto Santa María de la Rábida y el Colegio Menor (11/4/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En el verano de 1958, mientras yo estaba en Osuna preparando el examen de septiembre de reválida de cuarto, que había suspendido en junio, un médico del pueblo, don Carlos Guerrero Serón, que entonces era el alcalde de Nerva, le dije a mi padre que había una media beca del ayuntamiento, vacante porque nadie la pedía, y que él podía pedir para alguno de sus hijos.

Mis padres pidieron esa media beca para mí, me la concedieron y en octubre de 1958 mi madre me llevó con mi maletita al Colegio Menor de Falange Española de Huelva, que estaba situado en la avenida de Manuel Siurot, subiendo el cabezo del barrio del Conquero, en la acera de enfrente del Instituto. Era un palacete antiguo que se alzaba por detrás del nuevo edificio de Educación y Descanso, donde hacían su servicio social las jóvenes, según las directrices de la Sección Femenina de Falange Española.

El Instituto era un edificio de los años 30, que se mantenía nuevo, magnífico, luminoso y amplio, con un patio central que ahora recuerdo como grande, donde los sábados por la mañana arriábamos la bandera y cantábamos el “Cara al sol”. Don Antonio Palma, el director y catedrático de Literatura presidía el acto. Se cuchicheaba de él que era rojo, que era un sabio y que le gustaban mucho las mujeres. Para mí, a mis 14 años, era un buen profesor y un hombre simpático.

En el bachillerato superior el régimen de enseñanza era mixto, pero el número de chicas era escaso. Ocupaban solo la primera fila de la clase, pero la ocupaban entera, e irradiaban una especie de protección contra las expresiones de mal gusto que utilizábamos profusamente en ausencia de ellas. Inicialmente el compartir la clase con chicas tenía un cierto “morbo”, que provocaba cuchicheos por ambas partes, pero el hábito disolvía la extrañeza y la convivencia entre los sexos transcurría con la mayor normalidad.

El Colegio Menor pertenecía a la Falange, y estaba regido por licenciados de la Escuela de Mandos José Antonio, de Madrid. El director era Juan Alonso Beighau, y el secretario Pedro Alonso. Se enseñaba

libertad, responsabilidad, veracidad, y un montón de cosas positivas y buenas. Teníamos un uniforme. Pantalón gris, chaqueta azul con el escudo del colegio en el bolsillo superior, y camisa gris perla. La chaqueta, para los actos solemnes. Para diario, un jersey azul azafata. Para deportes, un chándal color burdeos.

Nos levantábamos hacia las 7 de la mañana o quizá más temprano, con una música estridente sonando por todos los altavoces del colegio. La marcha triunfal de Aída, el coro de los prisioneros, en versiones a solo de trompeta que removían las literas de dos pisos, que en grupos de 10 o 20 componían los dormitorios. Antes del desayuno teníamos una hora de estudio. Los que querían podían en ese tiempo ir a misa. A las nueve nos íbamos a nuestros destinos, el instituto, la escuela de magisterio y la escuela de peritos de minas.

Celebrábamos las fiestas de la Falange, y cada año, en el aniversario de la muerte de José Antonio, velábamos su tumba en la cruz de los caídos que estaba en el puerto. Como era noviembre, solía hacer frío. Nos poníamos un poncho militar, y luego íbamos a los locales del frente de juventudes donde nos tomábamos una copa de coñac o dos, antes o después de una partida de cartas o de dominó. Los profesores velaban para que los pequeños no cometiéramos excesos. No los cometíamos.

En la acera de enfrente del Instituto, en la Avenida Manuel Siurot.



El Colegio Menor primitivo

<https://lahuelvacateta.wordpress.com/2011/06/07/colegio-menor-sta-maria-de-la-rabida/>

El edificio del nuevo colegio menor.



http://www.juntadeandalucia.es/cultura/archivos/web_es/contenido?id=9ef17dda-4c5f-11e7-922b-000ae4865a5f&idContArch=de37fe4f-393e-11dd-97cd-31450f5b9dd5&idArchivo=127ac794-58a4-11dd-b44b-31450f5b9dd5&idProvincia=de-37fe4f-393e-11dd-97cd-31450f5b9dd5

Carta N. 78. Ambiente político y amigos del Instituto y el Colegio Menor (11/4/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

El Colegio Menor logró que muchos jóvenes de la provincia tuvieran posibilidades de abrirse un cierto horizonte. En los pueblos no se podía estudiar bachillerato. La escolarización era muy deficiente y había muchos analfabetos. No eran raros, en el instituto y en el colegio, los huérfanos de guerra o de postguerra.

A Viki (Vicenta) los maquis le habían matado a su padre. Los hermanos Vizcaíno, madrileños, también eran huérfanos, y tenían becas para estudiar en el Colegio Menor. Quizá en el colegio había también huérfanos de guerra del bando republicano, pero no se sabía. Muchos ayuntamientos tenían becas que se adjudicaban según las relaciones personales, y no políticas, de los respectivos alcaldes. Bibiano Tello, de Niebla, era el decano de los estudiantes, que dialogaba con el director algunas decisiones importantes. Era un hombre sensato y bueno, como la mayoría de los colegiales.

El ambiente, a pesar de todo, no me parecía a mí muy politizado. La Falange era una superestructura oficial a la que los alumnos no tenían que adherirse, y no lo hacíamos, aunque en algunos campamentos de verano llevásemos como uniforme la camisa azul. Para muchos era la única forma posible de veranear.

Aguilar, Cerrato, Barbosa, Nuñez, Patiño... esos eran algunos nombres. También estaban los motes. Hacíamos excursiones, algunas excepcionales. Para mí fue inolvidable la de una semana de duración con una tienda de campaña caminando hasta Isla Cristina. Hacíamos deportes. Fútbol y balón boleado, que tenía mucha aceptación en el colegio. Alguna vez, nos daban entradas para ir al teatro, y eso fue para muchos el primer contacto con los escenarios.

Las fiestas más normales eran las de los fines de semana. Ir al cine, poder entrar en las películas de mayores, ir a los bailes, aprender a bailar, presumir de haber paseado o llevado al cine a alguna amiga muy guapa, presumir de algún lance erótico, comentar las películas con la profundidad de que éramos capaces. La época estaba marcada por

grandes producciones. La gata sobre el tejado de zinc, Al este del Edén, Gigante, Esta tierra es mía.

El curso 1960-61 se terminó de construir el nuevo edificio del Colegio Menor, junto a la Morana, lo que entonces era el manicomio de Huelva, y nos trasladamos al edificio nuevo. A veces, desde lejos, oíamos gritar a los locos. Pero el edificio era más cómodo y confortable.

El edificio lo inauguró Franco, y estuvimos mucho tiempo ensayando la ceremonia de inauguración y la recepción. Creo que es la única vez que vi a Franco de cerca. A mis 16 años me chocó la diferencia entre lo que mi imaginación había fabulado de él y su presencia real. Me pareció un hombre normal, más bien poca cosa, y fue como una especie de decepción para mí.

Este es el marco geográfico y urbano, sociológico y cultural, en el que mis hermanos y yo nos hicimos mayores, y tomamos nuestras decisiones de adultos, aunque para ellos tuvo más peso el marco del colegio Claret de Sevilla. Porque ellos estuvieron menos tiempo en Huelva y vivieron su primera juventud en Sevilla.

Carta N. 79. Vida de estudiante en Huelva, Tío Ramón y tía María Jesús. Vida familiar en Nerva, la primera comunión de Pili (4/6/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

He dicho antes que el cine era un espectáculo importante en la vida de aquellos años. Lo era especialmente para mí, por la ampliación de horizontes que para mí tenía vivir en la capital, estudiar en el instituto y asistir a los espectáculos públicos, especialmente al cine.

Tenía unos tíos en Huelva gracias a los cuales disponía de un “pase”, es decir, una entrada gratuita para dos personas, en todos los cines de Huelva. La tía María Jesús era hermana del tío Alfredo, en cuya casa yo había vivido en Dos Hermanas, y su esposo, el tío Ramón, abogado, era miembro del tribunal de menores, y por eso tenía ese “pase” para todos los cines.

En ese ambiente de preludio y de despertar empecé a abrirme a la vida, a tomar conciencia de mí mismo y a determinarme en algunos sentidos. Fraguaron en mí las decisiones de hacerme filósofo, cristiano, liberal, fumador, porque tuve ocasión de vivir experiencias intelectuales y político-religiosas que me hicieron ver la sintonía de mi carácter con todas esas formas de afrontar la vida.

Yo sentía que había empezado una nueva vida, y había descubierto un nuevo mundo, pero no me había desgajado de la unidad familiar, del nido en el que siempre había sido tan feliz con todos mis hermanos.

En las vacaciones volvía a Nerva, Juan Antonio venía también de su internado en Sevilla, y nos encontrábamos todos reunidos de nuevo en el hogar de los padres. Los abuelos me veían muy feliz, disfrutando mucho de mi nueva vida, y con unos resultados académicos también buenos.

Juan Antonio realizaba todavía con dificultades sus estudios. Encarnita, junto con Pepe y Manolo, cursaba su bachillerato elemental en Nerva. Pili hizo su primera comunión en 1959, y comenzó también allí su bachillerato.

Los problemas económicos se mantenían como siempre, y la felicidad hogareña también, pero los niños íbamos creciendo y los abuelos tenían que buscar para nosotros el mejor horizonte posible. Ahora, cuando veo a tantos inmigrantes en Europa y en América, que lo que

buscan para sus hijos es horizonte, un futuro, una escuela donde puedan realizar estudios, y no comida, me acuerdo mucho de los abuelos en la Nerva de finales de los 50.

La flor del hogar familiar se abría del todo y dispersaba su polen para frutos imprevisibles. Estábamos al borde de la dispersión, pero los hermanos no nos dábamos cuenta de eso. Al menos yo. Tenía sensación de vida nueva y mundo nuevo, seguramente porque estaba en plena adolescencia. Supongo que Juan Antonio y Encarnita vivirían algo parecido, y que Pepe, Manolo y Pili lo vivirían pocos años después.

Como los abuelos estaban contentos de mi rendimiento en el Colegio Menor de Huelva y me veían a mi feliz allí, decidieron llevar allí también a Pepe y Manolo. Con eso y con los estudios de magisterio de la abuela y sus oposiciones también en Huelva, el centro de gravedad de los estudios de bachillerato pasó a esa ciudad, y estuvo en ella durante los cuatro años que duraron nuestros estudios allá. A partir del curso 1961-62 el centro pasó a ser Sevilla y ya no volvimos a Huelva hasta muchos años después.



Foto para el libro de Familia Numerosa, con Pili

Primera Comunión (8 años) en 1959.

Foto archivo E. Choza y María P. Choza.

El día de la primera comunión de Pili, toda la familia con la abuela Luisa ya viuda.



Mama Luisa a la izquierda, entre Pepe y Manolo.

Foto archivo E. Choza

2. Bachillerato superior. Quinto curso.

Carta N. 80. Quinto de bachillerato (1958-59). Cuando me vino la responsabilidad y el ensimismamiento (5/06/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Huelva marca el comienzo de mi vida consciente y responsable, de mi vida de adulto, digamos. Entonces es cuando “me vino” el sentido de responsabilidad, y empecé a tomarme en serio los estudios, pues hasta entonces nunca había estudiado nada. Suspendía habitualmente asignaturas en los cursos y me dedicaba casi todo el tiempo a hacer lo que me gustaba, pintar y dibujar.

En el Instituto de Huelva es donde empecé a interesarme en serio por los estudios y los saberes, quizá por la edad y por el interés y la responsabilidad que veía en los profesores.

El hombre sabio por excelencia era don José Sarrión, catedrático de física y química. Pocas veces vi disfrutar tanto a alguien dando clases. La física podía presentarse como una colección de curiosidades apasionantes, y la química también. Ser científico parecía maravilloso.

Las hermanas Librada enseñaban ciencias naturales y lengua francesa. Gracias a la primera nos recorrimos el parque buscando hojas de árboles y clasificándolas para nuestros herbolarios.

No recuerdo el nombre de la profesora de matemáticas. Sólo recuerdo que aprobé su asignatura de 5º en junio por pundonor. Algunas semanas antes del examen final leyó en clase un informe sobre la marcha de cada alumno y con la nota final que podría tener. En mi caso el pronóstico era suspenso. Me dolió mucho el tono casi de indiferencia con que lo dijo. Era muy guapa, me había enamorado de ella y no podía quedar mal ante una mujer que me parecía tan adorable. Me puse a estudiarme bien la trigonometría, hice el examen final, y cuando, ya corregido, leyó las notas finales, después del nombre de cada alumno, a continuación del mío, dijo: “me extraña mucho, pero ha aprobado”.

Entonces yo me sentí redimido, en posesión de mí mismo, y mi autoestima y mi responsabilidad quedaron consolidadas para siempre. Ya sabía que, si quería, era capaz de cosas importantes.

Cuando cuento que en quinto de bachillerato “me vino la responsabilidad”, mis amigos y amigas me preguntan, “pero ¿te vino así, como a mí me vino la regla?”, y siempre respondo, sí ve vino así, de pronto. Yo sentí de pronto que estaba en mis manos, que dependía de mí, y ya la vida no volvió a ser igual que antes. Era una vida nueva, decidida en muchos asuntos desde mí mismo.

A la vez que la responsabilidad me vino el ensimismamiento, el tener muchos ideales y sueños, pero ahora ya no de ser como El Cano o Vasco Núñez de Balboa, ni como Velázquez, sino sobre cómo eran las cosas, cómo era la sociedad, cómo podría ser la organización de la vida en el futuro. Mis ideales y sueño empezaron a ser utopías sociales, sentimientos filosóficos sobre aspectos de las cosas, reelaboraciones sobre la historia y el futuro de la medicina, y cosas así.

Creo que desde entonces me acostumbré a vivir en mi imaginación más que en la realidad, y que eso ha sido siempre así hasta ahora, que quizá haya pasado la mitad de mi vida, o más, ensimismado.

Carta N. 81. Las primeras novelas: *Sinué el egipcio* y *Crímen y castigo* (5/06/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Cuando empecé quinto de bachiller había leído muchos libros infantiles y juveniles, novelas y relatos históricos, como los de Julio Verne y otros por el estilo, pero en ese año y en el siguiente leí dos novelas que me marcaron para toda mi vida y que siempre me sirvieron como punto de referencia, y fueron *Sinué el egipcio*, del finlandés Mika Waltari y *Crímen y castigo*, de Dostoievski.

Sinué el egipcio era una novela escrita en 1945, llevada al cine en 1954, y traducida al español en los años 50, que relata la revolución religiosa que tuvo lugar en Egipto en el milenio III antes de Cristo. Es la primera novela que yo leí sobre una guerra civil, y en ella aprendí, contrariamente a lo que había aprendido y leído sobre la guerra civil española, que en una guerra civil pueden tener razón los dos bandos.

Esa novela me produjo un impacto enorme porque, hasta entonces, yo estaba convencido de que en una guerra unos eran los buenos y otros los malos, como se veía en las películas. Pero esa novela mostraba que en una guerra los dos bandos eran los buenos, y me produjo un impacto tremendo en mi visión del mundo y de la vida.

La novela también tiene capítulos con mucho contenido erótico, y un alumno mayor del colegio me dijo que no debería leerla. Aprendí también algo sobre el sexo en general y mi sexualidad en particular, pero eso fue muy secundario. Yo tenía muchas fuentes de información sobre el sexo, pero sobre la bondad y cualidades morales positivas de dos bandos enfrentados en una guerra solo tenía esa. Por eso me hizo tanto impacto y por eso la valoré tanto.

Crímen y castigo creo que la leí en preuniversitario, y me impresionó mucho en muchos sentidos. En primer lugar, me enseñó que la cualidades morales y la grandeza espiritual no tenían mucho que ver con lo que en la vida social se valoraba como bueno y malo, y a partir de ahí aprendí que las profundidades y recovecos del espíritu humano eran algo grandioso y sublime.

Aprendí que esa grandeza y profundidad estaba en los grandes clásicos, y llegué a la conclusión de que era una pérdida de tiempo leer

los premios Planeta o Nadal, pudiendo leer a Dostoievski.

A partir de entonces consideré a Dostoievski como mi autor favorito, y aunque luego llegué a considerar que otros autores, cuando los leí, eran de ese mismo nivel y talla, como Shakespeare o Cervantes, creo que en mi jerarquía personal Dostoievski nunca fue desbancado de su primer puesto. Cuando años más tarde leí *Los hermanos Karamazov*, se afianzó esa posición de novelista preferido.

Desde aquellas dos primeras novelas he leído muchas más, prefiriendo siempre a los clásicos. Siempre he procurado difundir ese amor por la literatura, y enseñar a mis alumnos a valorarla.

Cuando tú, Irene, me costaste cuando estudiabas la carrera que habías hecho un club de lectura con varias amigas y amigos, y me enumeraste las novelas que leíais, me alegraba mucho, y sentía que esas novelas os daban más formación y más conocimiento que las asignaturas de los grados que cursabais.

Carta N. 82. Tarde de domingo. Los lenguajes del sexo (6/6/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Los domingos por la noche, después de la cena, en las terrazas del Colegio Menor, los colegiales mayores contaban bajo las estrellas sus experiencias sexuales en el puerto de Huelva, donde las chicas aliviaban las ansias inflamadas de los chicos de 18 años. Una paja podía valer 25 pesetas. Las chicas, con el poder en sus manos, controlaban plenamente dónde podían y dónde no podían poner sus manos los chicos, y ellos respetaban obedientes las órdenes de mando.

No creas, Irene, que en mi época juvenil se hablaba de sexo con el desenfado y naturalidad con que hablamos tú y yo ahora. En los comienzos de tu adolescencia, cuando te dije que no te podías sentar en las rodillas de tus amigos porque una chica de doce años no podía ser una calientapollas, y tú le contaste a tus amigos que tu padre no te dejaba sentarte así por eso, ellos te dijeron: “*pero no te lo habrá dicho con esas palabras, ¿verdad?*”. Tu les contestaste “*exactamente con esas mismas palabras*”. Dijeron “*¡tu padre es un crack!*”, y es que todavía en 2012 no era normal hablar así.

Años más tarde, un día me comentaste una sentencia de chicas, “no se puede decir de esta agua no beberé, este cura no es mi padre, ni esta poya no me cabe”, y yo me partía de risa ante la expresión, que no había oído nunca, porque me parecía genial.

La vida es lenguaje, y el sexo también. En Perú no se puede decir “cachar” ni en Argentina coger, significan lo mismo que en España follar, y su uso determina un escenario, una puesta en escena y un tipo de relación entre los hablantes.

Ahora recuerdo con ternura aquellas conversaciones de las noches de domingo en las terrazas del Colegio Menor, como cargadas de ilusión, de satisfacción y de inocencia. Recuerdo también que por entonces aprendí a hablar de sexo con el lenguaje de la religión y de la ciencia, que era el lenguaje del bien y del mal. Genitales, masturbación, onanismo, felación, pecado mortal, gonorrea.

Durante un tiempo me instalé en el lenguaje de la ciencia y el de la religión, para entender y describir el sexo, y también para vivirlo, y así fue los años que estuve en el Opus. Luego tardé más de diez años

en salirme de ese lenguaje y volver a la mirada inocente y gozosa de las tardes y noches de domingo en el Colegio Menor.

Cuando tú naciste, y cuando llegaste a la adolescencia, yo ya había andado ese camino, y pude ahorrarte un buen número de laberintos y callejones sin salida que habíamos vivido durante generaciones. Recuerdo que cuando me dijiste, no muchos años después de los doce, que habías tenido tu primera relación con tu novio, con cierto temor de que riñera, me levanté, fui hacia ti, te di un abrazo inmenso, te levanté en mis brazos y te dije, bueno, has vivido lo más grande que un hombre puede vivir en este mundo. Yo no soy mujer, y no sé si para una mujer dar a luz es algo más grande que esto, pero para un hombre no hay nada más grande.

En 2020 o en 2021 leí unas declaraciones del Papa emérito Benedicto XVI en las que decía que, en relación con la valoración y regulación del sexo, la Iglesia había cometido un tremendo error. Seguramente las personas mayores de 40 años quizá son ya irrecuperables para una vida sexual de naturalidad e inocencia, pero le doy muchas gracias a Dios porque hay por delante perspectivas de claridad.

Con todo, la política manifiesta ahora un afán de corrección de la vida sexual que puede resultar tan agobiante como el de la religión y la ciencia. Os deseo ánimo y suerte a todos los de tu generación y a todos los ciudadanos de las siguientes.

3. Sexto de bachillerato (1959-60).

Carta N. 83. Manolo en Montegordo y Pili en bachillerato (13/6/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Mientras a mí me venía la responsabilidad y el ensimismamiento, Pepe y Manolo se incorporaban al Colegio Menor para seguir su bachillerato en el Instituto de Huelva, y Pili iniciaba su bachillerato en Nerva.

Pepe era el único de nosotros que nunca tuvo problema con los estudios, y creo que, en general, nunca tuvo problemas de adaptación a nada. Manolo en cambio, sí tuvo algunos.

Es posible que Manolo tuviera problemas de adaptación a la modernidad, a lo nuevo, y quizá a cualquier cambio. Una de las veces que fue a Huelva con la abuela, para un examen de junio de bachillerato, quedaron en que se tomarían un helado al acabar el examen para celebrarlo.

Había una heladería en la calle Concepción, la más elegante de Huelva, y la abuela le propuso ir a tomar allá una copa compuesta. Manolo protestó diciendo que él no quería una copa compuesta, que él quería un helado. La abuela le aclaró, pero chiquillo, una compuesta es un helado. Pues yo no quiero una copa compuesta, porfió Manolo. La abuela volvió a repetir que era lo mismo, y Manolo volvió a insistir en que quería un helado, y no una copa compuesta. Y así se llevaron porfiando hasta que llegaron a la heladería.

No sé qué es lo que cada uno tomó en la heladería, pero sé que luego este episodio lo contó la abuela y lo contamos muchas veces, hasta que quedó como un momento jocoso estelar de la historia de la familia.

No sé si Manolo tuvo problemas con los estudios en el Colegio Menor, pero sí recuerdo que tuvo problemas con la comida. Lo pasaba mal a la hora de comer y de hecho perdió peso. Se quedó muy delgado y eso preocupó a los abuelos de tal modo que se lo llevaron de nuevo a Nerva.

Pepe y Manolo tienen pocos recuerdos de los años que pasaron en el Colegio Menor. Es posible que Manolo tenga recuerdos desagrada-

bles de la comida, y es posible que los dos tengan algunos buenos recuerdos. Yo tengo recuerdos de una vez que nos llevaron de excursión a Portugal, cruzamos la frontera y visitamos los pueblos de Monte Gordo y Villareal de Santo Antonio, y tengo una foto con Manolo debajo del cartel de Aduana/Alfadenga en la frontera.

Esa excursión quedó también como un episodio de referencia frecuente en la vida familiar y en la de Manolo, porque cada vez que poníamos en duda que Manolo hubiera visto algo o conociera algo, y le preguntábamos, él respondía, imperturbable, lo he visto cuando estuve en Montegordo.

Ese año empezó Pili su bachillerato en Nerva, y tenía la misma cara que aparece en su cartilla escolar. Uno de sus mayores deseos era tener el pelo largo. Se ponía tiras de tela en el pelo para simular con ella melena, se miraba en los cristales de la puerta que daba al patio, y hablaba con su reflejo como si fuera una persona distinta. Creo que su amiga imaginaria más habitual tenía el nombre de Mari Paz, y creo que recordar que el abuelo y los hermanos le seguíamos la corriente y le preguntábamos por Mari Paz.

También tenía amigas reales, que alguna vez venían a recogerla a casa para salir de paseo o para jugar con ella un rato. De todos los hermanos, Pili es la única que ha mantenido el contacto con sus amigas de Nerva, y, después de periodos de ausencias, ha restablecido con ellas, que ya son abuelas, una amistad más entrañable.



Foto del libro escolar de Pili, cuando empezó el bachillerato, en 1961. Foto archivo María P. Choza

Carta N. 84. Cómo me hice cristiano (13/6/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

No me acuerdo si era en 5º o en 6º de bachillerato cuando fui a hacer unos ejercicios espirituales al Santuario de la Cinta, situado en un lugar arbolado muy agradable, que entonces estaba en las afueras de Huelva.

En el Instituto había un capellán, cuyo nombre no recuerdo y que tenía la cara con la piel llena de bultitos y muy blanca. Un día explicó en clase que durante la cuaresma habría ejercicios espirituales en la Cinta, qué eran esos ejercicios, cuánto duraban y cuánto dinero costaban.

A mí me pareció algo interesante, se lo dije a mi padre y él me dio el dinero necesario. Durante toda mi vida, conforme se hacía más larga y tenía más experiencia, he recordado la actitud de aquel sacerdote, de la directiva del Instituto, de la del Colegio Menor y la de mis padres, como el mejor ejemplo de respeto a la libertad religiosa en general y de la mía en particular.

En aquellos tres días de ejercicios espirituales pensé mucho, y despacio, el significado de las prácticas religiosas en las que mi madre nos había educado a todos los hermanos, pensé en lo que era la religión y en lo que era el cristianismo. Me pareció muy bien todo lo que la abuela nos había enseñado, y me pareció muy bien seguir siendo cristiano, pero a partir de entonces, no por una cuestión de hecho, porque me lo habían enseñado así, sino también porque me parecía una cosa buena.

Eso era lo que meditaba paseando a la sombra de los árboles del santuario en aquellos días soleados, mientras saboreaba el humo de mi cigarrillo “soave portugués”, una de las marcas portuguesas de tabaco que circulaban de contrabando en Huelva en aquella época. Cada día me fumé uno de esos cigarrillos, que le pedí a alguien o que compré, descubrí que fumar me ayudaba mucho a meditar, y que me gustaba mucho aspirar el humo del tabaco y sentirlo en la garganta y los pulmones.

De las diversas sugerencias de propósitos que el sacerdote hizo en aquellos ejercicios, yo me quedé con un propósito, que fue el de comulgar todos los días, como expresión, alimento y refuerzo de mi decisión de ser cristiano. Desde entonces nunca he dejado de ser y de

sentirme cristiano, ni he dejado de comulgar, si bien durante diversas temporadas no lo hacía diariamente. También durante toda mi vida he aprendido mucho del cristianismo, creo que cada vez lo he ido comprendiendo mejor, y nunca he dejado de agradecerle a mi madre que me lo enseñara.

Después de los ejercicios espirituales volví al Colegio Menor, con ese propósito de comulgar, y con la costumbre de fumar, que mantuve durante 30 años más, hasta que dejé el tabaco en 1990, con 45 años, porque empezó a hacerme daño y dejó de gustarme.

Durante los meses siguientes de ese año, y también en los posteriores, durante la carrera, iba a comulgar casi todos los días. En el Colegio Menor nos levantábamos a las 7 de la mañana, de 7,30 a 8,30 había una hora de estudio, cada curso en su aula, a las 8,30 desayunábamos y a las 9 empezábamos las clases en el instituto. El que quería podía pedir permiso a los mandos (así llamábamos a los miembros del equipo directivo), para ir a comulgar, y se iba. Yo bajaba por la cuesta del Conquero hasta una iglesia donde había misa de 7,30 o de 8,00, comulgaba, y luego subía la cuesta otra vez, hasta el aula de mi curso.

No recuerdo si alguna vez hice el camino con algún colegial que tenía esa misma costumbre. Creo que sí. Pero no estoy muy seguro.

Carta N. 85. Cómo me hice liberal (13/6/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En uno de esos años en que hice mi opción religiosa, hice también mi opción política, de un modo no premeditado y por pura casualidad. Yo no tenía ningún interés por la política porque a mi padre no le interesaba nada. Nunca había entrado un periódico en casa, y en la radio, cuando transmitían un programa de contenido político, mi padre cambiaba de emisora inmediatamente. Si acaso, comentaba, política, mentira todo, y buscaba otra emisora. Y esa misma era mi actitud interior.

En el Colegio Menor no recuerdo que hubiera un adoctrinamiento especial, y yo no me manifestaba en contra de nada, porque generalmente todo allí me parecía bien. Pero un día hice o dije algo por lo cual don Pedro, subdirector del Colegio Menor, un hombre rubito, bajito y de ojos claros, me echó una bronca. A gritos y lleno de indignación me dijo, Choz, tú nunca llegarás a nada en la vida, nunca, a nada, porque tú eres un liberal.

Yo nunca había oído esa palabra, liberal, ni sabía por qué eso podía ser una cosa tan mala, y sentí la necesidad de averiguar su significado. Entonces fui a consultar la Enciclopedia Espasa, que tenía más de 20 volúmenes muy gordos, y que estaba entera en el Instituto y creo que también en el Colegio.

Allí estaba, "Liberalismo". Era una voz de las largas, que tenía muchas columnas y varias páginas, y que resultaba costoso leer, porque no todos los conceptos se entendían bien, y muchas explicaciones requerían a su vez explicación.

Dediqué algún tiempo a enterarme de aquello sin hablarlo con nadie, porque a medida que leía y leía no podía comprender que aquello fuera algo malo en algún sentido.

Buscando lo censurable de todo aquello lo leí más de una vez, y, como no podía entender que aquello fuera algo malo, llegué a la conclusión de que no sólo no era malo, sino que todo aquello era algo bueno, incluso muy bueno.

Cuando llegué a esa conclusión sentí cierta alegría por dentro, como cuando entendí que el cristianismo era algo bueno siendo yo cristiano. Entonces entendí que también era liberal sin saberlo, y que ser

eso era bueno. Creo que la alegría que sentí entonces era la propia de un adolescente que va descubriendo su identidad, o que va dándole contenido a su identidad, y un contenido que puede asegurar que es bueno y puede aprender.

Lo que yo entendía entonces que era el liberalismo podía resumirlo en la máxima: “lo que puede hacer el individuo, que no lo haga la familia. Lo que puede hacer la familia, que no lo haga la sociedad civil. Lo que puede hacer la sociedad civil, que no lo haga el Estado”. Poco después estudié que eso se llamaba “principio de subsidiaridad”, y que entonces se tenía por una de las claves de la doctrina social de la Iglesia.

Como entonces yo no tenía interés en militancia alguna, ni religiosa ni política, no profundicé más en esos conceptos. Una vez que había tomado mi decisión de ser cristiano, dado que lo era por educación familiar, y de ser liberal, dado que también lo era por carácter, esas dos opciones me sirvieron para continuar mi propia vida según mis inclinaciones espontáneas, desde mis 16 a mis 76 años actuales, pero también según una actitud reflexiva y consciente.

Carta N. 86. Cómo me hice filósofo. Cambio a bachillerato de letras (13/6/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

La tercera opción que hice entonces, y en la que me mantengo hasta ahora, fue la de hacerme filósofo, y supuso un pequeño cambio de rumbo en mi vida. Desde siempre había querido dedicarme a la pintura, y alguna vez había pensado dedicarme a la arquitectura aunque mis dificultades con las matemáticas me retraían de ese camino.

Por otra parte, la inclinación a estudiar medicina fue ganando terreno, a pesar del disgusto de mi padre con las posibilidades de esa carrera. Cuando empecé el bachillerato superior elegí bachillerato de ciencias porque era el adecuado para estudiar tanto la carrera de arquitectura como la de medicina.

Pero al llegar a 6º de bachillerato me encontré con una asignatura que se llamaba filosofía y que no sabía de qué trataba. El profesor, don Jacinto Prieto del Rey, no disfrutaba menos con la enseñanza de su materia que don José Sarrión con la física y la química.

Cuando en 6º de bachillerato me encontré con don Jacinto Prieto y con sus clases, mis dudas sobre si estudiar medicina o arquitectura se disiparon. Estaba claro que estudiaría Filosofía y Letras, especialidad de filosofía pura, y me especializaría en metafísica. De su mano leí mis primeros diálogos de Platón y los primeros de San Agustín. Todo era fascinante. Lo que contaba en clase y lo que me daba a leer.

Allí se aclaraban un montón de preguntas que me había formulado en años anteriores y entonces viví dos nuevas “experiencias” filosóficas. Le daba vueltas a algunos temas de física, y una y otra vez consultaba a don José Sarrión, alegando que no las entendía. Yo suponía que la electricidad tenía que ser “algo”, y lo mismo el calor, la energía, etc., y no el producto de unas cantidades de materia o de energía por otras. No me satisfacían nada las definiciones operativas,

Por entonces, tuve también un día una “experiencia” particularmente viva de la contingencia de la realidad, de que “todo podía no ser” y de que todo “era”. Fue una experiencia tan fuerte como la de tuve de que yo era yo y siempre sería yo, en Sevilla, en el colegio San Francisco de Paula. Me dejó una huella parecida, casi siempre recuerdo

juntas las dos experiencias, y creo que han sido en mi vida un constante punto de referencia.

Las clases de don Jacinto Prieto del Rey, y las conversaciones con mi padre y algunos compañeros del Colegio Menor, me inclinaron decisivamente hacia la filosofía, por encima de mi tendencia a la medicina y a la arquitectura.

Esa decisión me resultó un poco más difícil que la de ser cristiano y la de ser liberal, porque me planteó un problema moral: ¿tenía derecho a estudiar filosofía, algo que no servía para nada, solo porque me gustaba, en vez de estudiar medicina para hacer el bien a la humanidad, o al menos arquitectura, que era una profesión útil?

Le di vueltas al asunto durante un tiempo, lo consulté con mi padre y algún amigo, y al final tomé la decisión dándole un voto de confianza a la sociedad: si la sociedad pagaba un sueldo a don Jacinto Prieto para que enseñara filosofía, es porque tenía alguna utilidad, porque servía para algo, porque si no, no se pagaría a nadie por enseñar eso.

Por otra parte, yo no hacía nada malo por hacer lo que me gustaba más, si estaba legal y socialmente aceptado. Yo no sabía para qué servía la filosofía, pero ya lo averiguaría en algún momento, y así decidí cambiarme del bachillerato de ciencias al de letras, para hacer esa carrera.

Carta N. 87. Mi primer cigarro en el Colegio Menor Viejo. (31/8/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En 1960 en España fumar era un rito de paso que marcaba la mayoría de edad y que se hacía a escondidas de los padres, sobre todo del padre, que era el que autorizaba las decisiones importantes y, por supuesto, el cambio de estado, el tránsito de niño a adulto.

Creo que mis hermanos no vivieron ya ese rito de paso, pero yo sí, y mi padre me ayudó a mí a pasarlo muy bien. Cuando queráis fumar, nos decía a Juan Antonio y a mí, no fuméis porquerías que estropean los pulmones. Fumad tabaco bueno. Pedídmelo a mí y yo os lo doy. Yo os doy del mío.

El abuelo era un fumador empedernido. Fumaba desde muy joven, y murió en 1994 a los 82 años, de una insuficiencia cardio-respiratoria, con una mascarilla de oxígeno casi siempre puesta, que solo se quitaba para ir al cuarto de baño a fumar a escondidas de mi madre, que sufría lo indecible, la pobre, ante la imposibilidad de que mi padre dejara de fumar.

Entre los alumnos del Colegio Menor había, como he dicho, estudiantes de Magisterio y de Facultativo de Minas, carreras o estudios de grado medio, que permitía a quienes las concluían acceder a puestos de trabajo con una remuneración que les abría la posibilidad de montar una familia. Es decir, había estudiantes que ya eran profesionales y que iban a ser padres de familia muy pronto.

Pues bien, incluso entre estos estudiantes mayores, fumadores en su mayoría, fumar delante del padre sin mediar algún tipo de ritual era una osadía porque era como una ofensa a la autoridad familiar, según se configuraba entonces la familia en la España rural, e incluso en la urbana.

En el Colegio Menor se permitía fumar a los mayores, pero no a los pequeños, "a no ser que tuvieran permiso de sus padres", cosa se suponía completamente imposible. Yo le pregunté a mi padre si él me daría ese permiso, estando yo muy seguro de que me lo daría.

Un día vinieron mi padre y mi madre a verme al Colegio Menor, y el director, don Juan Alonso Beighau los invitó a comer al colegio. Era

el Colegio Menor viejo, sería el año 1958-59 y yo estudiaba quinto curso de bachillerato.

Almorzamos en el comedor de todos. Mis padres, y yo con ellos, en la mesa de dirección, con el director, subdirectores y secretario. Al terminar la comida, todos los autorizados a fumar encendían sus cigarrillos y aspiraban el humo con naturalidad.

El caso es que mi padre y el director del colegio tomaron sus pitilleras, se ofrecieron mutuamente tabaco como solía hacerse por cortesía, y empezaron a fumar. Pero mi padre, además de ofrecer tabaco a los directivos del colegio, me lo ofreció también a mí, con ademán de que yo cogiera un cigarrillo. Lo cogí, él ofreció fuego a todos, como era protocolario, incluido yo mismo, y encendí mi cigarrillo del mechero de mi padre.

Aquello produjo una conmoción inaudita en todo el edificio. Como si Moisés hubiera separado las aguas del Mar Rojo o como si Sofía Loren, la Sex symbol más espectacular del momento, hubiera cruzado en bañador el césped del estadio de futbol Santiago Bernabeu, el escenario más espectacular del momento.

Todos se admiraban y los más alejados se levantaban para ver de cerca. Años después entendí que aquello fue la escenificación de la democratización de la familia en el mundo contemporáneo. Una especie de Revolución francesa en el ámbito familiar, pero muy pacífica, incluso festiva.

4. Preuniversitario en el colegio menor nuevo (1960-61).

Carta N. 88. Mi primera novia. (31/8/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Durante el curso preuniversitario, 1960-61, cuando ya fumaba, ya era cristiano, liberal y filósofo, me eché novia, que así se decía en el oeste de Andalucía por entonces, “echarse novia”. En Andalucía oriental, al menos en Jaén, se decía, y se sigue diciendo, “ponerse novios”. Ese era el modo de designar una especie de estado civil que tenía carácter público y que consistía en formar una pareja heterosexual con vistas a la posibilidad de constituir una familia mediante la ceremonia de un matrimonio sacramental. Ese era el horizonte de la vida afectiva, sexual y familiar en aquellos años.

Al dejar el bachillerato de ciencias y pasarme al de letras en el curso preuniversitario, me encontré en un grupo de media docena de chicas y dos chicos más, uno que pensaba estudiar derecho, otro que quería estudiar filosofía, y yo.

Ya al empezar a estudiar la asignatura de filosofía el año anterior, 1959-1960, había conocido a María Victoria, la hija del profesor de filosofía, don Jacinto Prieto, y había tenido la suerte de hacer amistad con su hija, a la que recuerdo como una compañera maravillosa. Ella me invitó alguna vez a su casa, que, por los libros de don Jacinto y el halo de su figura, me parecía la cueva de Alí Babá del saber.

Pero en el curso preuniversitario, 1960-61, esa amistad se hizo más particular y personal. Estrenamos un uniforme nuevo en el Colegio Menor, que llevaba un escudo en el bolsillo superior de la chaqueta azul marino, y que María Victoria cosió en el lugar correspondiente de mi chaqueta.

Algún domingo por la tarde fuimos a algún baile, quizá a una verbena de feria o lugar similar, donde bailaban los jóvenes, y también los adultos. Entonces los escenarios para los encuentros de parejas apenas estaban diferenciados. No había discotecas.

Pero indudablemente como mejor lo pasaba yo, creo que como mejor lo pasábamos los dos, era en los paseos o en las veladas sentados en algún café o algún parque, tiempo durante el cual yo le contaba a

ella mis teorías y mis sueños sobre la realidad toda, el universo y la marcha de la historia. Yo me encendía por dentro contándole las cosas que se me ocurrían, y creo que ponía tanto fuego y elocuencia que ella se interesaba también por eso.

Era más o menos de mi estatura, un poco más baja que yo, delgada, espigada, de pelo negro, ojos oscuros y una sonrisa amable, muy simpática y muy frecuente, que le iluminaba la cara mientras escuchaba lo que se le decía. En su silueta corporal no destacaban especialmente las curvas.

Mi hermano Pepe, que estudiaba entonces cuarto de bachillerato allí y la conocía de verla por los pasillos del instituto, cuando estábamos de vacaciones y nos reuníamos toda la familia, la describía para mis padres y mis hermanos con cierta malevolencia, diciendo, ella es muy buena nadadora, porque nada por delante y nada por detrás.

No me molestaba esa broma porque a mí la figura de María Victoria siempre me parecía maravillosa, y lo era. Al terminar preuniversitario ella se trasladó a vivir con sus padres a Granada, para hacer allí su carrera, y yo fui a Sevilla.

Nos hicimos novios al final de ese curso, nos escribimos algunas cartas durante el verano y a comienzos de primero de carrera, y yo enseguida naufragué en el torbellino de la vida universitaria sevillana de comienzos de los 60. Quizá no me porté como un buen novio y me dejé engullir gozosamente en las tempestades de una vida intelectual que me marcó mucho.

Carta N. 89. Filosofía y letras especialidad de filosofía pura (1/9/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En aquellos años se introdujo después del bachillerato elemental de cuatro años y después del bachillerato superior de dos años más, un curso de preparación para ingresos en la universidad que se le llamó, preuniversitario. Se cursaba con la edad de 17 años y los estudiantes solían empezar las carreras en la universidad con 18 años.

El curso preuniversitario estaba enfocado a temas monográficos. Nos tocó estudiar hidrografía española en geografía, Góngora y el Polifemo en literatura, y la libertad en filosofía.

Era pesado estudiar la hidrografía, pero era grandioso sumergirse en el Polifemo.

Es la primera vez que me zambullí en el universo gongorino, de la mano de Dámaso Alonso, cuyo estudio sobre el Polifemo nos servía de texto, y de la mano de don Antonio Palma, el profesor de literatura.

Era también una aventura maravillosa estudiar la libertad. Leí el tratado sobre el libre albedrío de San Agustín, no sé si porque me lo prestó don Jacinto o porque era un libro de la biblioteca del Instituto, que pude sacar y tener durante unos días. Recuerdo también un libro de diálogos de Platón, que sí me prestó don Jacinto.

Todas aquellas lecturas, clases, conversaciones y elucubraciones mías, me vienen a la mente como una nebulosa de fiesta intelectual. Todo eso era para mí como una especie de gigantesco y solemne prelude de una vida que se presentaba con la inminencia de las aguas que se precipitan por una catarata. Creo que todo eran ilusiones y sueños, pero no ansiedad.

Tenía una calma que venía dada en parte por mi carácter, y en parte porque yo iba a dedicar mi vida a la filosofía. La filosofía me prometía responder a casi todas las preguntas que yo me hacía porque estaba hecha de preguntas como las mías, formuladas por muchos hombres en épocas anteriores, y respondidas por ellos.

Tenía y tengo el optimismo de mi madre, que me inclinaba a mirar mi vida, y también la historia toda, con un sentido muy positivo. Sentía, y siento igualmente ahora, que siempre triunfaría la libertad del

hombre, que vivir era una aventura maravillosa, y que yo iba a contemplar esa aventura, a comprenderla y a protagonizarla.

Esa certeza era lo más esencial del equipamiento con que yo contaba cuando salía del cascarón de mi vida familiar y de mi vida escolar, y me lanzaba a mi vida de adulto, a la vida real, a la que uno comienza cuando alcanza la mayoría de edad.

A los 18 años para los jóvenes del siglo XXI, y yo a mis 16 años (hasta el 6 de diciembre de 1961 en que cumplía los 17), es cuando se toman las decisiones importantes en serio, elegir profesión y elegir pareja, estado civil, como se decía antes.

Yo creo que mis hermanos, en los años siguientes, vivieron el mismo torbellino existencial que yo. Por lo que ellos han contado de esa etapa de su vida, se vieron también abocados a las mismas elecciones y a las dos grandes decisiones sobre esas dos dimensiones de la vida, la familia y el trabajo. Ellos también salieron del cascarón familiar y escolar, pero de un modo diverso.

Juan Antonio, Pepe y yo nos alejamos físicamente y también existencialmente de la vida familiar, de la tutela paterna e incluso del país. Encarnita, Manolo y Pili llegaron a su mayoría de edad y realizaron sus opciones fundamentales sin abandonar el hogar paterno.

Todos nos hicimos maduros, mayores, y, a partir de un momento, empezamos cada uno a vivir su vida.



Papeleta de aprobado en preuniversitario, en junio y en septiembre de 1961. Foto Archivo Jacinto Chozza.

5. Primeros años de universidad y traslado a Madrid.

Carta N. 90. Final del bachillerato (1/9/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En junio de 1961 yo no conseguí superar las dos pruebas del curso preuniversitario, la común, y la específica para carreras de ciencias o para carreras de letras, que daban acceso a los estudios superiores.

En junio aprobé la prueba de conocimientos comunes, y suspendí la de conocimientos específicos, en mi caso, la de latín y griego. Para poder empezar primer curso de filosofía a la vez que María Victoria, mi novia, lo empezaba, lo que para mí era muy importante, tenía que superar la prueba específica en septiembre.

Les propuse a mis padres quedarme todo el verano en Sevilla, en la casa de Heliópolis, y matricularme en una academia para recibir clases intensivas de latín y griego. Mis padres, así como tío Augusto y tía Mari, dieron el visto bueno, y así lo hicimos.

Por las mañanas iba a las clases a la academia, al volver me instalaba en el comedor con mis libros, y, sobre la solemne mesa de caoba en la que había desayunado tantos años nuestro bisabuelo Papatinto, iba yo desgranando y asimilando la gramática griega, la literatura griega y la historia griega que los estudiantes de bachillerato de letras habían aprendido en los dos años del bachillerato superior y el curso preuniversitario, y que yo no alcancé a aprender en ese último año.

Ese verano lo recuerdo como un momento en que me sentía muy a solas con mi responsabilidad, pero muy arropado por el afecto y la confianza en mí de mis padres, tío Augusto y tía Mari, y María Victoria. Lo recuerdo también como un cuello de botella y un obstáculo muy grave en mi vida, que finalmente tuvo un final feliz. Superé en septiembre la prueba que me faltaba, y finalmente me pude matricular en la Universidad de Sevilla en el primer curso de Filosofía y Letras.

Ese año, en junio de 1961 Juan Antonio terminó quinto de bachillerato en el colegio Claret de Heliópolis, empezó sexto en el mismo colegio en el mes de octubre, y en verano de 1962 ingresó en el noviciado de los claretianos. Pepe había terminado el curso cuarto en el Colegio

Menor de Huelva en junio de 1961, en octubre volvió a Huelva para hacer quinto curso, y pasó el año solo en el Colegio Menor.

En octubre de 1961 Manolo se quedó en Nerva, con Encarnita y Pili, para hacer su tercer curso por libre, mientras las dos niñas seguían allí sus estudios de bachillerato.

En octubre de 1962 yo empecé segundo curso de filosofía, que terminé en septiembre de 1963 en Sevilla, en la casa de Heliópolis. Juan Antonio ya estaba en el noviciado. Pepe se vino a Sevilla, a la casa de Heliópolis, para hacer sexto de bachillerato en el colegio Claret en octubre de 1962, acabó su curso en junio de 1963 y en julio de ese mismo año ingresó en el noviciado de los claretianos.

Ese curso 1962-63 coincidimos en la casa de Heliópolis los tres hermanos Jacinto, Pepe y Manolo Choza Armenta (pues Manolo había ido a Sevilla a repetir cuarto curso en el colegio Claret), los cuatro hijos de tío Augusto y tía Mari, Augusto (de la edad y del curso de Pepe Choza), Mariqui, María Luisa y José María, y además, dos de los primos Navlet Armenta de Zafra, Isabelita, que estudiaba ya cuarto de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla, y Jacinto Manuel, que hizo ese año sexto de bachillerato. Elena, que estudió allí su curso preuniversitario el año anterior, había ingresado ya como aspirante en el convento de las monjas irlandesas de Castilleja de la Cuesta.

El cascarón familiar se rompió, y cada uno levantó el vuelo, en una relación de mucha compañía, amistad y solidaridad entre los primos, y de mucha comprensión de los padres y tíos.

Carta N. 91. El traslado a Madrid. 25 de julio de 1964 (1/9/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

En 1962 mi padre llevaba 10 años de servicios médicos ininterrumpidos a la Seguridad Social, y durante ese tiempo había acumulado una puntuación muy buena para optar a otras plazas de médicos en ciudades importantes. Cuando a comienzo de los 60 empezaron a convocarse concursos de traslado entre los médicos, mis padres empezaron a hablarnos a sus hijos, que ya éramos suficientemente mayores, de las posibilidades de traslado a otra ciudad.

En esas conversaciones quedó claro que mi padre tenía puntos suficientes para optar con éxito a cualquier plaza de la mejor ciudad, y quedó claro desde el primer momento, para todos nosotros, que la mejor ciudad era sin lugar a dudas, Madrid.

Porque en Madrid se podían estudiar todas las carreras que existían, y no había que pagar residencias. Porque Madrid era la ciudad mejor comunicada con cualquier otra de España y del mundo, a la que pudiéramos ir a parar por motivos laborales, y a la que era más fácil llevar desde cualquier otra. Porque Madrid era la ciudad que ofrecía más amplios horizontes profesionales para todos los hermanos, cualquiera que fuese la profesión que eligiéramos.

Estaba así de claro y así de decidido, de manera que cuando se convocó el concurso de traslado entre médicos de la seguridad social, mi padre pidió una plaza de Madrid, se la dieron, le fijaron fecha para incorporarse, y en relación con ella se organizó el traslado de casa en julio de 1964.

El curso 1963-64 yo había hecho el primer año de la especialidad de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, viviendo, gracias a una beca, en el Colegio Mayor de la Santa Cruz. Juan Antonio y Pepe, que eran unos activistas al igual que yo, habían levantado el vuelo también, y vivían por su cuenta.

En julio de 1964 la familia había quedado reducida a mis padres con el hijo pequeño, Manolo, y las dos niñas, y ellos fueron los que organizaron el traslado de la casa de Nerva a la nueva casa que se había adquirido en Madrid, en Paseo Reina Cristina 28, 4º izquierda.

En la tarde del 25 de julio, día de Santiago, de 1964, Manolo subió en Nerva al camión que hizo el traslado de todos los muebles a Madrid, después de haberlos cargado durante todo el día. Tío Augusto, que había estado ayudando, se llevó en coche de Nerva a Sevilla a mi madre y a Pili, que cogieron el tren esa noche para llegar a Madrid a la mañana siguiente.

Encarnita estaba en Madrid con mi padre, en una pensión en la calle Andrés Mellado, esperando al resto de la familia. Manolo llegó en la mañana del 26 de julio, día de Santa Ana. Con una grúa subieron los muebles y los metieron por las ventanas del piso 4º de avenida de la Reina Cristina 28, 4º.

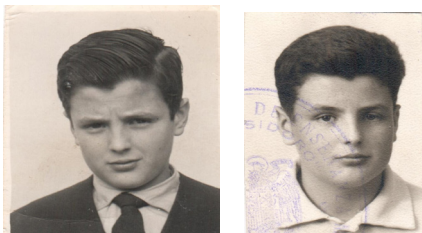
Allí se instaló lo que quedaba de la familia, los abuelos, Encarnita, Manolo y Pili, y entonces se puede decir que termina nuestra historia de la España pobre.

Juan Antonio, Pepe y yo ya habíamos volado, e iniciado nuevas vidas en mundos diferentes. En cierto modo España empezaba a ser un país diferente, y pocos años después de la llegada de los abuelos a Madrid nos marchamos también los tres al extranjero.

Encarnita terminó en Madrid sus estudios de bachillerato y realizó los de su carrera de enfermería, y lo mismo hicieron Manolo y Pili, sin abandonar el domicilio familiar no la compañía de los padres.

Casi veinte años después, en los ochenta, volvimos otra vez a congregarlos los hermanos en torno a la casa de los padres, con una vida familiar tan entrañable como la de Villafranca de los Barros y Nerva.

Manolo, el hijo pequeño en el papel de hijo mayor responsable.



*Manolo a comienzos de su bachillerato en Nerva (hacia 1958)
y en el bachillerato superior en Madrid (hacia 1965). Foto*

Archivo M. Choza

Carta N. 92. Encarnita, Manolo y Pili en Madrid con los abuelos (2/9/2021).

Queridos Irene, Ananí y todos:

Cuando llegaron a Madrid en julio de 1964 el abuelo tenía 52 años y la abuela 45. Todavía eran jóvenes, tenían mucha vida por delante y mucha vitalidad. Y los tres hijos que llegaron con ellos tenían que hacer una parte, pequeña o grande, del bachillerato, para romper el cascarón familiar.

Encarnita tenía 17 años. Se matriculó en el Instituto Isabel la Católica para estudiar 5º de bachillerato en el curso 1964-65 pero no lo acabó. El abuelo no quería que hiciera el bachillerato superior, sino que empezara ya los estudios de enfermería. Y así lo hizo.

Los empezó primero en La Escuela de Enfermería San Francisco de Asís, y como no le gustaba nada ese ambiente se cambió. Entró después en la Cruz Roja, con 19 años, y acabó allí su formación profesional como enfermera.

Manolo se matriculó en 5º de bachillerato en el Instituto de Enseñanza Secundaria masculino San Isidro, que era el más cercano a su domicilio de la Avenida Reina Cristina. En esos años la enseñanza no era mixta y los niños y las niñas realizaban sus estudios en centros diferenciados.

En ese centro estudió también sexto de bachillerato el curso 1965-66, y el preuniversitario en el curso 1966-67. No superó las pruebas de preuniversitario en junio ni en septiembre de 1966, y después de prepararse en una academia, en febrero de 1967 superó las pruebas. Así, en octubre de 1967 pudo empezar sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid. Como yo, tuvo su tropiezo con las lenguas clásicas al pasar de los dos primeros cursos comunes al tercer curso, en que se iniciaba la especialidad, y terminó su licenciatura en Geografía e Historia en el curso 1971-72.

Pili se matriculó en el tercer curso de bachillerato en el Instituto Isabel la Católica de Madrid en el curso 1964-65 y allí superó las pruebas del preuniversitario en 1969. Inició su licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid en curso 1969-70 y la terminó en la Universidad de Navarra en 1974.

Diez años después de su llegada a Madrid, los abuelos habían visto romper el cascarón familiar a la más pequeña de sus hijas.

Los abuelos y todos los hermanos Choza Armenta, durante los años referidos, fuimos testigos y protagonistas de lo que fue la vida de la España pobre. En la década de los 60 y los 70 fuimos también especiales testigos y protagonistas de lo que fue la vida en la España Católica, durante el apogeo y el declive del nacional-catolicismo. Y en la década de los 80 y los 90, de la vida en la España Europea. Pero eso son otras historias que necesitan otras cartas.

Al llegar a Madrid, los abuelos gastaron la juventud que les quedaba en el desvelo y en la ayuda al despliegue social y existencial de sus hijos, en la medida en que ello era posible. Volvieron a un nivel social, económico y cultural equivalente al que tuvieron en su infancia, sin alcanzarlo propiamente en algunos aspectos, y superándolo en otros.

El abuelo murió en 1994, y la abuela en 2004. Vivieron con dolor los problemas familiares de sus hijos, y los vieron a todos bien encauzados profesionalmente y con una vida familiar estable y confortable.

Sus vidas se habían gastado bien, y eso se notaba en sus caras. La España pobre había quedado atrás. Habían puesto en escena a seis nuevos actores, nosotros, los seis hermanos, que desempeñamos nuestros papeles en unos escenarios que eran los de un nuevo país.



Juan Antonio y Encarna en Madrid, en agosto de 1967. Foto Archivo Jacinto Choza



Los abuelos a comienzos de los 90. Foto archivo E. Choza.

APÉNDICE

APÉNDICE 1. Registro del nacimiento de Jacinto Armenta Guillen.

La primera ceremonia del casamiento de José Armenta Morales, nacido el 10 Marzo 1.851, con Isabel ~~xxxx~~ Guillén Barragán, nacida el 5 de Noviembre del año 1.854, fué el día 5 de Octubre de 1.874, Sabado y día de San Lorenzo, al copiar esto me llama la atencion, porque ignoro que haya un San Lorenzo el día 5 de Octubre.

El casamiento, fué el 24 Octubre de 1.874, Sabádo, San Rafael.

Padres y Abuelos de los desposados; José Armenta Morales-hijo de Jacinto y de Maria, y éstos, uno de Don José Armenta Carrillo y de Doña Catalina Díez Pérez, y una de Don Sebastian Morales Granja y de Doña Ana Moreno Corrales, de Algotocin (Málaga) todos; Isabel Guillén Barragán, hija de Manuel y Francisca, y estas, uno, de Don Juan de Dios Guillén Guzman y de Doña Catalina Carrasco Gonzalez, el primero de Algeciras y la segunda de Gaucing, y una de Don Antonio Barragán Alcantara y de Doña Juana Jimenez Bernudez, ambos de Algeciras.

Primer. Jacinto Armenta Guillén, nacido el 25 Julio 1.876, á las 10 noche y se bautizó el 30 del mismo, siendo sus Padrinos sus abuelos paternos Don Jacinto Armenta Diaz y Doña Maria Morales Moreno, -murió esta niña el día 11 de Agosto del 1.877 á la una de la noche.

Segundo. Manuel ~~xxxxxx~~ Jacinto del Fin Gregorio, Armenta Guillén, nació el 24 Diciembre 1.877 - 10 noche, se bautizó el 28 del mismo mes, siendo sus padrinos sus abuelos maternos Don Manuel Guillén Carrasco y Doña Francisca Barragán Jimenez. Murió el 1º Agosto 1.944.

Tercero. Maria del Rosario Cristina, Armenta Guillén, Nació el 15 Diciembre 1.879 y se bautizó el 18 del mismo mes siendo su Madrina su abuela paterna Doña Maria Morales Moreno, Viuda. Murió esta niña el 19 de Marzo de 1880.

Cuarto. Jacinto Alejandro Antonio Maria del Rosario Francisco de Paula José Maria de la Santa Cruz, Armenta Guillén, Nació el día 3 de Mayo de 1.881. á las 6 y se bautizó el 5 del mismo mes siendo su madrina su abuela materna Doña Maria Morales Moreno.

Quinta. Francisca Isabel Maria del Rosario de Paula Lebrada J Juliana, Armenta Guillén, nació el 17 Agosto 1.883 y fue su madrina de bautismo su abuela materna Doña Maria Morales Moreno, Murió el 22 de Septiembre de 1.891 á las dos de la tarde.

Sesta. Maria Armenta Guillén, nació el 31 Octubre de 1.885 y fue su madrina de bautismo su abuela materna Doña Maria Morales Moreno.

Septima. Isabel Felicita Maria de la Asunción, Armenta Guillén nació el 7 de Marzo de 1.888, y fue su madrina de bautismo su abuela paterna Doña Maria Morales Moreno.

Octavo. José Seberiano Maria de los Santos del Santisimo Sacramento, Armenta Guillén, nació el 21 Febrero 1.890 á las 12 de la noche y se bautizó el 6 de Marzo siendo su madrina su abuela paterna Doña Maria Morales Moreno, murió el 5 de Junio de 1891 á las 5 y media de la tarde.

Noveno. Francisco de Asis Cirilo Maria de los Santos, Armenta Guillén, nació el 29 de Marzo de 1.893 á las 9 de la noche siendo Martes y se bautizó el 4 de Abril siendo sus padrinos su hermano Jacinto y su abuela paterna Doña Maria Morales Moreno.

Decimo. Josefa Manuela Sabina Maria de los Santos, Armenta Guillén, nació el 20 Diciembre 1.894 á las 8 de la mañana y se bautizó el 9 Enero 1.895 siendo sus padrinos su hermano Manuel y su tia Manuela Guillén Barragán.

APÉNDICE 2. Villafranca de los barros. Pregón de la Virgen de la Coronada.

Pregón en la fiesta de la Virgen de la Coronada. Villafranca de los Barros (Badajoz), 30 de agosto de 2008. Jacinto Choza Armenta, Catedrático de Filosofía, Universidad de Sevilla.

1. Recuerdos autobiográficos de Villafranca de los Barros y de la Coronada.
2. La virgen y la madre en el pasado y en el presente.
3. Canto a la fecundidad y a la vida.
4. La Virgen de la Coronada de los villafranqueses.

1. Recuerdos autobiográficos de Villafranca de los Barros y de la Coronada.

Es para mí una dicha inexpressable este reencuentro con Villafranca de los Barros, desde mi marcha en 1951, a la edad de siete años, porque se han llenado de voces y colores un montón de recuerdos infantiles, y porque revivir la infancia más de cincuenta años después es una experiencia inefable. Una dicha que debo agradecer a algunos colegas del Instituto Meléndez Valdés, que me propusieron dar una conferencia en sus jornadas filosóficas de mayo, y al presidente de la Asociación de Vecinos de la Coronada, Manuel Pinilla, que tras conocer entonces mi vinculación con Villafranca tuvo a bien invitarme a pronunciar este pregón.

Mi vinculación con Villafranca de los Barros data del periodo que va desde 1944 a 1951. Mis padres, Juan Antonio Choza y Encarnación Armenta llegaron a Villafranca hacia 1944, con intención de iniciar una carrera profesional como médico tras contraer matrimonio en Sevilla, la tierra natal de ambos, en octubre de 1942.

También mi hermano el mayor, Juan Antonio, yo mismo, segundo de los seis hermanos, y los cuatro siguientes, nacimos en Sevilla, a donde se trasladaba mi madre cuando se le cumplían los días de dar a luz, para pasar esos momentos en la casa de su madre, junto a ella, como

era costumbre por aquellos años. Pero, aunque nacimos en Sevilla, los hermanos Choza Armenta fuimos engendrados, gestados, amamantados y criados en Villafranca de los Barros. Aquí aprendimos a caminar, a comer, a hablar, a leer y a escribir, aquí hicimos nuestras primeras travesuras y practicamos nuestros primeros juegos.

Mis más tempranos recuerdos los puedo situar en un amplio piso principal de la actual calle Carvajales, entonces calle del General Franco. En frente vivía don Cecilio García, donde ahora vive su hijo Gregorio, en el nº32, en cuya casa, en el patio interior de entonces, se hacían las matanzas que los niños festejábamos y disfrutábamos entre saltos, recados, encargos, alguna que otra riña y juegos.

Saliendo de mi casa y bajando la calle a la derecha se llegaba a la plaza de la Iglesia y del ayuntamiento, que siguen en el mismo sitio. Ahí se encontraba el mercado de abastos, y aún puedo recordar los puestos de melones, acelgas, melocotones, higos, y otras frutas y hortalizas.

Muy cerca, en la calle La Cárcel, estaba el casino, La Peña, donde mi padre iba algunas tardes o después de comer a echar alguna partida. En una calle de más abajo, Carrera Chica, entonces calle del General Varela, estaba el cine López Romero, ahora desaparecido, a donde me llevaban los días de fiesta y en el que vi “Los tambores de Fu Man Chu”, primera película de la que tengo memoria. En dirección contraria, y subiendo la cuesta por una calle paralela a Carvajales, entonces calle Macías y ahora calle Santa Joaquina, estaba la farmacia regentada por un matrimonio del que mis padres se hicieron amigos, y el colegio de las Hermanas Carmelitas, donde íbamos mi hermano el mayor, mi hermana y yo. Tenía un patio con una palmera en el centro, cuyos dátiles maduros y caídos en el arriate se nos permitía comer a los niños. Y, sobre todo, allí estaba la hermana Rosenda, que nos inició en las matemáticas y en la lengua a los niños de mi generación.

Un poco más arriba del colegio de las monjas estaba la parroquia de la Coronada, a cuya explanada nos llevaban a jugar algunos domingos y días festivos. En esa parroquia recibí el sacramento de la Confirmación, en 1951, y desde ella me remitieron con diligencia mi correspondiente certificado cuando lo solicité. Mi padre me dijo que si quería me podía cambiar de nombre, pero no lo hice.

Más allá de la Coronada, en las afueras del pueblo, estaba el colegio de los jesuitas, donde sigue estando, y, en frente, las eras, donde nos llevaban a jugar algunos días más especiales, porque las eras estaban algo lejos, fuera del pueblo, y se tardaba más en llegar. Los villafranqueses de mi generación podrán corroborar estos recuerdos, compartirlos y, desde luego, completarlos.

Casi todos mis recuerdos son domésticos, lúdicos, escolares o urbanísticos, porque cuando salí de Villafranca aún no había llegado a la edad en que un niño se hace joven y empieza a asomarse a los ámbitos más amplios de las instituciones municipales y nacionales o del pasado histórico. Es cierto que al aprender a leer, en mi libro de “Cien figuras españolas”, había dibujado las figuras y había conocido las aventuras de los que ya siempre serían mis héroes, los literatos castellanos del siglo de oro, Quevedo, Lope y Cervantes, los conquistadores extremeños del siglo de oro, Cortés, Pizarro y Valdivia, y los marinos vascos del siglo de oro, Elcano, Legazpi y Urdaneta. Pero esos personajes pertenecían casi más a la fantasía literaria que a la historia real.

Así han permanecido durante cinco décadas mis recuerdos de Villafranca de los Barros. Mi conocimiento de la Villafranca real, de la otra Villafranca, la de cincuenta años después, es completamente actual. Ahora, cuando he vuelto, es cuando he visto lo que ha crecido el pueblo, lo que se ha beneficiado del desarrollo económico y cultural de la región y del país, lo que ha progresado en recursos, en conocimiento de sí y de su pasado, y en voluntad de organización y de autogestión.

Ahora es cuando he llegado a saber de sus instituciones y fiestas, del culto a la Virgen de la Coronada, su patrona. Ahora es cuando me he enterado de que, coincidiendo con la celebración del Día de Extremadura, se celebran las ferias y fiestas de la Vendimia y las fiestas en honor de la Patrona, el 8 de septiembre, día de las advocaciones locales de la Virgen.

Ahora he llegado a saber que estas fiestas, organizadas por la Asociación de Vecinos de la Coronada, ha experimentado un auge notable en los últimos años, con la incorporación de actividades festivas y culturales en torno a la vendimia, y con su declaración en 2007 como fiesta turística de interés regional. Por eso aprecio más la invitación que me habéis hecho a pronunciar este pregón, y me repliego sobre mis

predecesores en esta misma sede, para encontrar en ellos inspiración y ánimos, para no desmerecer junto a la gravedad teológica de Luis M. Pérez Suárez, abad del monasterio benedictino de Leyre, en Navarra, que pronunció el pregón en 2006, ni ante la calidez entrañable y poética de Pilar Redondo Miranda, Secretaria de la Audiencia Provincial de Córdoba, que lo hizo en 2007.

2. La virgen y la madre en el pasado y en el presente

Un pregón sobre la Virgen en las fiestas de la Vendimia de Villafranca de los Barros tiene que ser un canto a la Virgen María, y un canto al vino, como lo han sido los anteriores. A mi me gustaría hacerlo mostrando que la oposición entre la virginidad y la maternidad, que se consolidó y se mantuvo durante siglos en el pasado del cristianismo, ha venido a transformarse en el siglo XX en la unidad y complementariedad de ambas cualidades femeninas. Y me gustaría hacerlo mostrando también que la alegría del vino pertenece a la fecundidad humana y divina.

El culto a la fecundidad, a la virgen y a la madre, data de la prehistoria más remota. En nuestros cultos actuales conservamos elementos de ceremonias de hace seis mil y siete mil años, de los albores del neolítico, cuando tiene su comienzo la agricultura y se inician los cultivos masivos de cereales y vid en oriente medio.

En la mayor parte de los territorios de la antigua Babilonia y Persia, las actuales Irak, Siria y Turquía, se desarrolla un culto a la diosa Mitra o a la diosa Ceres, que son representaciones de la madre tierra, a la que se ensalza como señora de la vida, de los nacimientos, de la fecundidad, de los campos, de los trigos y de las vides. Esos cultos se extienden por todo el Mediterráneo y muchos de sus elementos persisten en cultos para nosotros familiares como el de la virgen del Rocío en Huelva.

La Blanca Paloma, como se la llama en Andalucía occidental y sur de Extremadura, es la madre de los ganaderos y agricultores, de los que cosechan el trigo y la uva, la aceituna y el arroz, la naranja y la fresa, entre los recodos del Guadiana y el Guadalquivir, hace cinco mil años y ahora.

Cuando el cristianismo se extendió por el Mediterráneo, el nuevo espíritu religioso no rechazó las formas del culto más arraigadas en el corazón de los hombres y de las tierras. Los hombres más prehistóricos habían intuido que la tierra es hembra, es femenina, es madre. Y que es sagrada porque de ella, y a través de sus frutos, nos llega la vida, la salvación del hambre, de la sed y de la muerte. Ella nos saca a la vida desde su seno, como saca los trigos y las uvas, y nos recoge al final y nos guarda para volvernos a la vida de nuevo en otro momento, como devuelve a la vida todos los frutos, una primavera y otra.

La tierra además nos invita a celebrar todo eso con la embriaguez del vino, esa embriaguez en que se experimenta gozosamente la pérdida de la conciencia. En los momentos iniciales de la embriaguez, eso que en las ferias sevillanas se llama “coger el punto”, el espíritu se alegra, el ingenio se afina y el corazón se siente cercano y unido a los demás. En momentos posteriores se embotan, la conciencia se debilita, y siente que la vitalidad se difunde y se fusiona con la vida del grupo, hasta que se pierde. Como ocurre en la unión amorosa y en la experiencia mística.

Por eso los maestros de la mística en el sufismo islámico cantaron la experiencia de la unión con Dios en los llamados “poemas báquicos”, o sea, poemas en los que se describe la embriaguez producida por el vino comparándola con la embriaguez que produce la unión mística con Dios.

Después, y siguiendo a los maestros musulmanes, los místicos cristianos españoles describieron la experiencia de la unión con Dios mediante las metáforas que expresan el gozo de la noche de bodas, tomando ejemplo también de la propia tradición hebrea, que dejó en *El Cantar de los Cantares*, el relato del gozo que produce la unión con Dios comparándolo con el que producen la embriaguez del vino y la unión erótica.

Los hombres del pasado remoto, todos esos que construyeron los dólmenes de Trigueros o de Aljucén, no sabían cómo podía ser de verdad la disolución en la muerte y la vuelta de nuevo a la vida, pero siglos más tarde la revelación cristiana lo explicó para todos.

Una muchacha israelita fue la representante del planeta y del universo entero, cuando el Dios creador del cosmos decidió hacerse uno de

nosotros para compartir su vida con la nuestra y ganarla para siempre, para su eternidad. A ella le pidió permiso para viajar a nuestras tierras, ella le alojó en sus entrañas y lo alumbró para todos como la tierra y las hembras alumbran la vida de los nuevos vegetales y los nuevos animales. Y el Dios creador, que pasó por la muerte como todos los vegetales y los animales, volvió a la vida de nuevo por sí mismo, para mostrar que tenía la fuerza y el poderío suficiente para devolver a la vida a los vegetales y animales que antes hubieran pasado por la muerte.

El triunfo definitivo de la vida quedaba bien representado por una mujer, que era madre y, por eso, la morada de la vida, de la fuente de la vida, es decir, una mujer que, como todas las mujeres, adquiriría también rango y honores divinos. La gran diosa madre de los pueblos neolíticos y sus símbolos, que representaban el valor de la hembra y de la maternidad, se reconocía ahora en la mujer colaboradora del Dios creador en la tarea de la recuperación, la reafirmación, la redención de la vida.

Por eso, como hiciera la diosa Mitra miles de años antes, “La Virgen del Rocío/ lleva en el hombro/ una salamanquesa/ de plata y oro”, como canta la sevillana. Una salamanquesa, el animal que vive entre las llamas sin quemarse, y que simboliza la limpieza de quien no se quema con el fuego de las pasiones. Por eso lleva también los atributos y rasgos de la antigua diosa madre. Su corona de espigas, sus guirnaldas de uvas, sus collares y anillos de metales preciosos, sus encajes blancos como la espuma y la lluvia. Las espigas de trigo y los racimos de uva, el pan y el vino, la alegría de la tierra germinando y de las hembras pariendo, el canto de los cantos. Las fiestas de la vendimia y de la maternidad.

A los pocos siglos de su andadura, el cristianismo greco-romano fue atraído por la espiritualidad griega. y adoptó para sí el estilo de los hombres que habían inventado la ciencia y el arte estilizado, desarrollando el culto a la madre de Dios como Virgen, y el culto a la virginidad misma como la forma de vida más excelente para los humanos. Se elaboraron científicamente las creencias religiosas y se formularon los dogmas, se adoptó el celibato para los sacerdotes, se pasó a considerar el sexo como un potencial de pecados y como fuente del mal, la alegría de la fecundidad pasó a ser sospechosa de subversión, y se produjo la escisión entre gozo humano y seriedad religiosa, entre fiesta, diversión

y desorden, por un lado, y culto oficial, seriedad y orden religioso-civil, por otro. Es la forma de antagonismo que conocimos en nuestra infancia los hombres y las mujeres de mi generación. Ese es el contexto cultural en el que surge y se desarrolla la devoción y el culto a la Virgen de la Coronada en la tierra de Barros.

Pero en la segunda mitad del siglo XX el cristianismo greco-romano sufre una profunda transformación, como la totalidad del mundo y de la vida humana. En la Iglesia católica el Concilio Vaticano II revisa y rechaza la concepción del sexo como fuente del mal, la concepción del matrimonio como institución que se justifica por medio de la procreación de los hijos, y los cultos de las religiones antiguas como formas degeneradas del espíritu. Entonces se declara el sexo como la forma de la comunicación y del amor más íntimos, el matrimonio como institución que tiene como objeto la comunicación y la ayuda entre los cónyuges, y también la procreación, y los cultos de las religiones antiguas como cultos aceptables por Dios y por los hombres, como formas implícitas de una revelación explícita que acontecería más tarde.

Por otra parte, y sin ningún concilio ni ocasión definida para propiciar la reflexión, aunque la segunda guerra mundial ya fue ocasión suficientemente propiciadora para ello, la humanidad se reúne y repliega sobre sí, revisa y rechaza la hegemonía excesiva de la ciencia estilizada y de la técnica y su regencia despótica sobre el planeta, revisa y rechaza la marginación de la mujer y del sexo, y revisa y rechaza la marginación y el desprecio de las religiones que se ejercía en nombre de la razón y de la ciencia.

Como resultado de esos cambios en el orden de la cultura mundana civil y en el orden de la cultura eclesiástica y religiosa, la veneración por la virginidad cede su puesto a la veneración por la fecundidad y la vida, por la tierra y el cosmos. Durante muchos siglos el vino y el amor erótico, las formas supremas de la fiesta y la felicidad, desasistidos de humanidad, de cultura y de sentido religioso, quedaron confinados en los ámbitos de lo inhumano y lo degradante, en que se hundía y se disolvía la juventud floreciente y la madurez desencantada. Pero a finales del siglo XX se inicia una nueva convergencia entre fiesta, diversión y desorden, por un lado, y culto oficial, seriedad y orden religioso-civil, por otro, y se despliegan con esplendor los cultos tradicionales y po-

pulares, con el apoyo de las autoridades civiles y eclesiásticas. El vino y el eros entran de nuevo en los ámbitos de la cultura humana y del sentido divino.

Así se produce el renacimiento del culto en el santuario de la Virgen del Rocío, y en otros muchos santuarios, entre ellos este de la Virgen de la Coronada en Villafranca de los Barros. Ahora, en esta nueva perspectiva cultural, las tradiciones que recogen las experiencias propias en relación con los campos, la vendimia, la maternidad y la fecundidad, son retomadas y vividas en el presente, proporcionando más claves para la comprensión de su grandeza.

3. Canto a la fecundidad y a la vida.

Luis Chamizo Triguero escribió “El miajón de los castüos (Rapsodias extremeñas)” cuando contaba 27 años de edad. El libro está compuesto por doce poemas épicos regionalistas y fué publicado en el año 1.921. De entre ellos, el titulado “La nacencia”, tiene la siguiente dedicatoria:

*“A la memoria de mi padre:
un hombre honrado
que trabajó mucho y amó mucho.”*

A lo largo de todo el poema, y especialmente en algunas estrofas selectas, late ese profundo sentido humano y divino que tiene el amor, la fecundidad, el campo y la alegría.

I
*“Bruñó los recios nubarrones pardos
la luz del sol que s’agachó en un cerro,
y las artas cogollas de los árboles
d’un coló de naranjas se tiñeron.*

*A bocanás el aire nos traía
los rúidos d’alla lejos
y el toque d’oración de las campanas*

de l' iglesia del pueblo.

*Ibamos dambos juntos, en la burra,
por el camino nuevo,
mi mujé mu malita,
suspirando y gimiendo.*

*Bandás de gorriatos montesinos
volaban, chirriando por el cielo,
y volaban pál sol qu' en los canchales
daba relumbres d' espejuelos.*

*Los grillos y las ranas
cantaban a lo lejos,
y cantaban tamién los colorines
sobre las jaras y los brezos,
y roãndo, roãndo, de las sierras
llegaba el dolondón de los cencerros.*

*¡Qué tarde más bonita!
Qu' anohecer más güeno!
¡Qué tarde más alegre
si juéramos contentos!...*

*No pué ser más me ijo vaite, vaite
con la burra pal pueblo,
y güervete de prisa con la agüela,
la comadre o el méico...*

*Y bajó de la burra poco a poco,
s' arrellenó en el suelo,
juntó las manos y miró p' arriba,
pa los bruñios nubarrones recios.*

*¡Dirme, dejagla sola,
dejagla yo a ella sola com' un perro,
en metá de la jesa,*

*una legua del pueblo...
eso no! De la rama
d'arriba d'un guapero,
con sus ojos roendos
nos miraba un mochuelo,
un mochuelo con ojos vedriaos
como los ojos de los muertos...
¡No tengo juerzas pa dejagla sola;
pero yo de qué sirvo si me queo!
La burra, que rroía los tomillos
floridos del lindero
carcaba las moscas con el rabo;
y dejaba el careo,
levantaba el jocico, me miraba
y seguía royendo.
¡Qué pensará la burra
si es que tienen las burras pensamientos!*

*Me juí junt´a mi Juana,
me jinqué de roillas en el suelo,
jice por recordá las oraciones
que m´enseñaron cuando nuevo.
No tenía pacencia
p´hacé memoria de los rezos...
¡Quién podrá socorrregla si me voy!
¡Quién va po la comadre si me queo!*

*Aturdio del tó goróí los ojos
pa los ojos reondos del mochuelo;
y aquellos ojos verdes,
tan grandes, tan abiertos,
qu´otras veces a mí me dieron risa,
hora me daban mieo.
¡Qué mirarán tan fijos
los ojos del mochuelo!*

No cantaban las ranas,
los grillos no cantaban a lo lejos,
las bocanás del aire s'aplacaron,
s'asomaron la luna y el lucero,
no llegaba, roñando, de las sierras
el dolondón de los cencerros...
¡Daba tanta quietú mucha congoja!
¡Daba yo no sé qué tanto silencio!

M'arrimé más pa ella;
l'abrasaba el aliento,
le temblaban las manos,
tiritaba su cuerpo...
y a la lus de la luna eran sus ojos
más grandes y más negros.

Yo sentí que los míos chorreaban
lagrimones de fuego.
Uno cayó roñando,
y, prendió d'un pelo,
en metá de su frente
se queó reluciendo.
¡Que bonita y que güena,
quién pudiera sé méico!

Señó, tú que lo sabes
lo ucho que la quiero.
Tú que sabes qu' estamos bien casaos,
Señó, tú qu' eres güeno;
tú que jaces que broten las simientes
qu' echamos en el suelo;
tú que jaces que granen las espigas,
cuando llega su tiempo;
tú que jaces que paran las ovejas,
sin comadres, ni méicos...
¿por qué, Señó, se va morí mi Juana,

*con lo que yo la quiero,
siendo yo tan honrao
y siendo tú tan güeno?...*

*¡Ay! qué noche más larga
de tanto sufrimiento;
¡qué cosas pasarían
que decilas no pueo!
Jizo Dios un milagro;
¡no podía por menos!*

II

*Toito lleno de tierra
le levanté del suelo,
le miré mu despacio, mu despacio,
con una miaja de respeto.
Era un hijo, ¡mi hijo!,
hijo dambos, hijo nuestro...
Ella me le pedía
con los brazos abiertos,
¡Qué bonita qu' estaba
llorando y sonriyendo!*

*Venía clareando;
s' oían a lo lejos
las risotás de los pastores
y el dolondón de los cencerros.
Besé a la madre y le quité mi hijo;
salí con él corriendo,
y en un regacho d' agua clara
le lavé tó su cuerpo.
Me sentí más honrao,
más cristiano, más güeno,
bautizando a mi hijo como el cura
bautiza los muchachos en el pueblo.*

*Tié que ser campusino,
tié que ser de los nuestros,
que por algo nació baj´una encina
del camino nuevo.*

*Icen que la nacencia es una cosa
que miran los señores en el pueblo;
pos pa mí que mi hijo
la tié mejor que ellos,
que Dios jizo en presona con mi Juana
de comadre y de méico.*

*Asina que nació besó la tierra,
que, agracía, se pegó a su cuerpo;
y jue la mesma luna
quien le pagó aquel beso...
¡Qué saben d´estas cosas
los señores aquellos!*

*Dos salimos del chozo,
tres govimos al pueblo.
Jizo dios un milagro en el camino;
¡no podía por menos!*

Mientras la cultura oficial, eclesiástica y civil, podía aceptar el antagonismo entre la diversión y el orden, entre la incultura campesina y el saber espiritual, entre lo natural en bruto y el culto refinado, el hombre bajo, que no se ha distanciado del acto divino creador, y que vive junto a las cosas tal como fueron hechas, sabe de la unidad de todos los diferentes aspectos de la vida.

El dolor y el amor le enseñan a rezar, aunque no hubiera ido a la escuela mucho tiempo:

*Me juí junt´a mi Juana,
me jinqué de roillas en el suelo,
jice por recordá las oraciones*

*que m'enseñaron cuando nuevo.
No tenía pacencia
p'hacé memoria de los rezos...
¡Quién podrá socorrregla si me voy!
¡Quién va po la comadre si me queo!*

Ese dolor y ese amor de esposo y de padre se despliegan sobre su experiencia de labrador y de pastor, de donde extrae mucho saber acerca de Dios. No necesita saber que Dios es una sustancia divina y tres personas, le basta saber que es bueno y que ayuda.

*Señó, tú que lo sabes
lo ucho que la quiero.
Tú que sabes qu' estamos bien casaos,
Señó, tú qu' eres güeno;
tú que jaces que broten las simientes
qu' echamos en el suelo;
tú que jaces que granen las espigas,
cuando llega su tiempo;
tú que jaces que paran las ovejas,
sin comadres, ni méicos...
¿por qué, Señó, se va morí mi Juana,
con lo que yo la quiero,
siendo yo tan honrao
y siendo tú tan güeno?...*

Tampoco necesita saber qué diferencia hay entre las leyes naturales y los milagros. Le basta saber que todo lo bueno es gracia.

*¡Ay! qué noche más larga
de tanto sufrimiento;
¡qué cosas pasarían
que decilas no pueo!
Jizo Dios un milagro;
¡no podía por menos!*

El regalo, la gracia, el beneficio, son lo más bueno, lo más bonito, lo más precioso, lo que despiertan y remueven el agradecimiento, el gozo, la felicidad, y exigen su expresión en los besos y en la fiesta.

*Era un hijo, ¡mi hijo!,
hijo dambos, hijo nuestro...
Ella me le pedía
con los brazos abiertos,
¡Qué bonita qu' estaba
llorando y sonriendo!*

Y esa fiesta, ese gozo, que colma la vida con un sentido pleno, multiplica las ganas de seguir viviendo, de continuar en las tareas de las cuales ha surgido la dicha

*Tié que ser campusino,
tié que ser de los nuestros,
que por algo nació baj' una encina
del camino nuevo.*

Seguir viviendo y difundir el bien, multiplicar lo bueno. Fiesta y fecundidad, fiesta y futuro, fiesta y tarea.

*Dos salimos del chozo,
tres govimos al pueblo.
Jizo dios un milagro en el camino;
¡no podía por menos!*

Ese labrador y pastor, como todos los que antes y después de él fueron labradores y pastores, y todos los que después ejercieron otras profesiones según lo requería la ampliación de la sociedad, según lo requería el crecimiento y la multiplicación de la especie, todos esos hombres, somos los que aquí y ahora, en Villafranca de los Barros, junto a la Virgen de la Coronada y junto a los frutos de la vendimia, celebramos la vida y su propagación.

4. La Virgen de la Coronada de los villafranqueses.

Permitidme después de estas palabras que, ya para terminar, evoque la unidad de los presentes en la fraternidad que propicia la fiesta y a la que nos lleva frecuentemente el trabajo.

Con este pregón, tenía la ilusión de colaborar en alguna medida en la tarea de devolver a la virgen a su pueblo, a sus gentes, de forma que la reconozcan y la reciban como su virgen, como su esposa, como su madre y como su hija, como compañera y patrona de sus tareas. No porque estén alejados de ella y necesiten mi ayuda para volver. Sino porque una mejor comprensión del puesto que ocupan junto a ella sirve para sentirse más gozosamente en su corazón.

Los villafranqueses que estaban o que están distanciados de las formas oficiales y un tanto tradicionales del cristiano, pueden sentir que el culto protagonizado por el labrador y pastor de Luis Chamizo es algo que ellos pueden compartir y asumir, incluso aunque sean ingenieros, concejales o catedráticos y deseen eso mismo para sus hijos.

Pueden experimentar que un valor supremo, sagrado, se les acerca como muchacha casadera y alegre, como madre cuidadosa, como esposa benévola. Que en esas muchachas, en esas madre y en esas esposas les habla y les toca el Espíritu de Dios Padre, y el de su Madre, al margen e independientemente de la moral y de la disciplina de la iglesia oficial. La religión es la religión, y no moral, ni disciplina, ni directrices oficiales, de lo cual el labrador de Chamizo no sabe nada, ni falta que le hace. Su relación con Dios esculto, celebración del amor, del nacimiento. La religión es eso, culto a Dios, celebración de lo bueno, del paso a la otra vida, de la reconciliación, de la unión amorosa de los hermanos en la comida y de los esposos en el tálamo. Los asuntos de la Iglesia oficial, sus directrices, declaraciones y recomendaciones, son en su mayor parte indicaciones administrativas y burocráticas ajenas a ese culto y de las que los labradores y pastores de Chamizo pueden prescindir.

Los villafranqueses que están en una relación más directa con las formas oficiales de la Iglesia católica quizá encuentren estos cultos y fiestas de la vendimia como manifestaciones incultas y deficitarias de espiritualidad y de fe genuina... Quizá en algún caso pueda surgir en su corazón la queja del hermano del hijo pródigo de los evangelio: Pero...

¿vas a hacer tanta fiesta por un hijo que ha estado tanto tiempo fuera y lejos de ti?

Bien... mejor no entrar a juzgar la vida religiosa de nadie y menos aún a calificarla. Mejor disfrutar del encuentro y de la unión de todos en la fiesta del vino, de la virgen, de la madre, de la fecundidad y de la vida, y de la confraternización en la celebración de todo eso.

La fiesta y la celebración del culto en ningún caso van a anular las diferencias que se dan entre los villafranqueses en cuanto a enfoques religiosos, opciones políticas, planteamientos morales y económicos, rivalidades deportivas y preferencias estéticas. No hace ninguna falta, y ni siquiera es deseable.

La fiesta y la celebración del culto recuerdan que hay un punto común de todos esos círculos en el cual los villafranqueses no se sienten diferentes, discrepantes o rivales, sino que se sienten con un mismo corazón y una misma sangre, el corazón de aquella familia divina que reproduce su unidad en las familias humanas, y la sangre que da poderío y sabor a los vinos de la tierra de barros.

Tampoco hace falta que estemos instalados siempre en ese punto común. Hace falta que lo visitemos a veces. Al menos una vez al año, y que sepamos que existe. Tampoco vamos diariamente a que nos vean el corazón o los pulmones.

Hace falta que podamos ir a la ermita, a la parroquia, alguna vez, aunque no vayamos. Hace falta que celebremos alguna vez esa unidad y fraternidad con nuestros convecinos, que recordemos alguna vez que eso nos lo regala el Dios de Chamizo, y que en el corazón de ese Dios late el corazón que nos une con nuestra familia y nuestros vecinos.

Y ahora sí que me despido de vosotros, dandoos las gracias por este rato que se me permite compartir con todos. Porque aunque no vivo en Villafranca de los Barros, como viví aquí los primeros años de mi vida, como he vuelto para recuperar mi infancia, y como me habéis invitado a compartir esta fiesta, puedo vivir hoy esta comunión con vosotros, y llevarme esta unión con vosotros para que me acompañe por donde vaya, y para recordarme que alguna vez puedo volver.

Muchas gracias a todos vosotros. Muchas gracias a la Virgen de la Coronada.

APÉNDICE 3.- Recuerdos del Instituto La Rábida de Huelva.

Instituto Santa María de La Rábida, de Huelva. Recuerdos de los cursos 1958-59 a 1960-61.

(Publicado en la obra de Juan Antonio González Márquez (ed.) El instituto La Rábida. 150 Años de Educación y Cultura en Huelva, Huelva, Diputación Provincial de Huelva, 2007, vol. II, pp. 141-145)

Huelva. El Conquero. Las marismas. El Santuario de la Cinta. El parque. El primer amor. Hacer guardia bajo los luceros. Platón. El sentido de responsabilidad. Los primeros cigarros. Los sueños más fantásticos. Los chocos fritos de los domingos por la tarde en la calle Concepción. El cine. La libertad, la autonomía. Entre los 13 y los 16 años. Empezar a vivir. Todo eso se agolpa en mi mente en relación con el Instituto de Huelva.

Llegué al Instituto de Enseñanza Media Santa María de la Rábida, y al Colegio Menor Santa María de la Rábida, en octubre de 1958, para iniciar los estudios de bachillerato superior, es decir, quinto curso de bachillerato. El Colegio Menor estaba en el Conquero, enfrente del Instituto, y era un palacete antiguo que se alzaba sobre un cabezo por detrás del nuevo edificio de Educación y Descanso, donde hacían su servicio social las jóvenes, según las directrices de la Sección Femenina de Falange Española.

Venía yo de un pueblo de la cuenca minera, Nerva, donde mi padre trabajaba como médico. Allí había vivido la miseria de los hombres sin trabajo, sin salud y sin futuro, y había visto los certificados que mi padre tenía que dar a los emigrantes que marchaban a Alemania, a Bélgica, a Francia. Me familiaricé muy pronto con la pobreza de una cuenca minera en la España de los 50.

A la vez, me familiaricé con la música clásica, la literatura y los ensayos (Bach, Mozart, Beethoven, Chopin, etc., por una parte, Unamuno, Marañón, Ortega, Cajal, Ganivet, etc., por otra) siguiendo las aficiones de mi padre. Dudaba entre dedicarme a la medicina, “para hacer el bien a la humanidad”, o a la arquitectura, porque las artes plásticas eran lo que más me gustaba.

Para hacer el bachillerato superior fui a Huelva, al Instituto Santa María de la Rábida, mientras vivía en el Colegio Menor Santa María de la Rábida, situado también en el barrio del Conquero. Allí se fraguaron las decisiones más importantes de mi vida: hacerme filósofo, hacerme cristiano y hacerme liberal. Entonces es cuando “me vino” el sentido de responsabilidad, y empecé a tomarme en serio los estudios, pues hasta entonces suspendía habitualmente asignaturas en los cursos y me dedicaba casi todo el tiempo a pintar y dibujar.

El instituto albergaba también la Escuela Normal de Magisterio. En el bachillerato superior el régimen de enseñanza era mixto, pero el número de chicas era escaso. Ocupaban solo la primera fila de la clase, pero la ocupaban entera, e irradiaban una especie de protección contra las expresiones de mal gusto que utilizábamos profusamente en ausencia de ellas. Inicialmente el compartir la clase con chicas tenía un cierto “morbo”, que provocaba cuchicheos por ambas partes, pero el hábito disolvía la extrañeza y la convivencia entre los sexos transcurría con la mayor normalidad.

Era un edificio nuevo, magnífico, luminoso y amplio, con un patio central que ahora recuerdo como grande, donde los sábados por la mañana arriábamos la banderea y cantábamos el “Cara al sol”. Don Antonio Palma, el director y catedrático de Literatura presidía el acto. Se cuchicheaba de él que era rojo, que era un sabio y que le gustaban mucho las mujeres. Para mí, a mis 14 años, era un buen profesor y un hombre simpático.

El hombre sabio por excelencia era don José Sarrión, catedrático de física y química. Pocas veces vi disfrutar tanto a alguien dando clases. La física podía presentarse como una colección de curiosidades apasionantes, y la química también. Ser científico parecía maravilloso.

Por otra parte, don Jacinto Prieto del Rey, catedrático de filosofía, que no disfrutaba menos con la enseñanza de su materia. Cuando al pasar a 6º de bachillerato me encontré con él y con sus clases, mis dudas sobre si estudiar medicina o arquitectura se disiparon. Estaba claro que estudiaría Filosofía y Letras, especialidad de Filosofía Pura, y me especializaría en metafísica. De su mano leí mis primeros diálogos de Platón y los primeros de San Agustín. Todo era fascinante. Lo que me daba a leer y lo que contaba en clase. Allí se esclarecían un montón de

preguntas que me había formulado en años anteriores. Además tuve la suerte de hacer amistad con su hija María Victoria, a la que recuerdo como una compañera maravillosa. Ella me invitó alguna vez a su casa, que, por don Jacinto, me parecía la cueva de Alí Babá del saber.

Viví entonces dos nuevas “experiencias” filosóficas. Le daba vueltas a algunos temas de física, porque no me satisfacían nada las definiciones operativas, y una y otra vez consultaba a don José Sarrión, alegando que no las entendía. Yo suponía que la electricidad tenía que ser “algo”, y lo mismo el calor, la energía, etc. Por entonces, tuve también un día una “experiencia” particularmente viva de la contingencia de la realidad, de que “todo podía no ser” y de que todo “era”.

Las clases de don Jacinto Prieto del Rey, la amistad particular con María Victoria, y las conversaciones con mi padre y algunos compañeros del Colegio Menor, me inclinaron decisivamente hacia la filosofía, por encima de mi tendencia a la medicina y a la arquitectura.

Se me planteó un problema moral: ¿tenía derecho a estudiar filosofía, algo que no servía para nada, solo porque me gustaba, en vez de estudiar medicina para hacer el bien a la humanidad, o al menos arquitectura, que era una profesión útil?

Las hermanas Librada enseñaban ciencias naturales y lengua francesa. Gracias a la primera nos recorrimos el parque buscando hojas de árboles y clasificándolas para nuestros herbolarios. No recuerdo el nombre de la profesora de matemática. Sólo recuerdo que aprobé su asignatura de 5º en junio por lo guapa que me parecía, por pundonor. No podía quedar mal ante una mujer que me parecía tan adorable.

En el último curso, preuniversitario, enfocado a temas monográficos, nos tocó estudiar hidrografía española en geografía, Góngora y el Polifemo en literatura, y la libertad en filosofía. Es la primera vez que me zambullí en el universo gongorino, de la mano de Dámaso Alonso, cuyo estudio sobre el Polifemo nos servía de texto, y de la mano de don Antonio Palma. Era pesado estudiar la hidrografía, pero era grandioso sumergirse en el Polifemo.

El Colegio Menor estaba enfrente, cruzando la calle. Subíamos el cabezo y llegábamos. Teníamos un uniforme. Pantalón gris, chaqueta azul con el escudo del colegio en el bolsillo superior, y camisa gris

perla. La chaqueta, para los actos solemnes. Para diario, un jersey azul azafata. Para deportes, un chandal color burdeos.

Nos levantábamos hacia las 7 de la mañana o quizá más temprano, con una música estridente sonando por todos los altavoces del colegio. La marcha triunfal de Aída, el coro de los prisioneros, en versiones a solo de trompeta que removían las literas de dos pisos que en grupos de 10 o 20 componían los dormitorios. A antes del desayuno teníamos una hora de estudio. Los que querían podían en ese tiempo ir a misa. A las nueve nos íbamos a nuestros destinos, el instituto, la escuela de magisterio y la escuela de peritos de minas.

Esas eran las opciones posibles en la Huelva de finales de los 50, y ese era el horizonte de la mayoría de los internos. El Colegio Menor pertenecía a la Falange, y estaba regido por licenciados de la Escuela de Mandos José Antonio, de Madrid. El director era Juna Alonso Beighau, y el secretario Pedro Alonso. Se enseñaba libertad, responsabilidad, veracidad, y un montón de cosas positivas y buenas. José Antonio era un buen director. Cuando se fue se notó mucho.

Celebrábamos las fiestas de la Falange, y cada año, en el aniversario de la muerte de José Antonio, velábamos su tumba en la cruz de los caídos que estaba en el puerto. Como era noviembre, solía hacer frío. Nos poníamos un poncho militar, y luego íbamos a los locales del frente de juventudes donde nos tomábamos una copa de coñac o dos, antes o después de una partida de cartas o de dominó. Los profesores velaban para que los pequeños no cometiéramos excesos. No los cometíamos.

El Colegio Menor logró que muchos jóvenes de la provincia tuvieran posibilidades de abrirse un cierto horizonte. En los pueblos no se podía estudiar bachillerato. La escolarización era muy deficiente y había muchos analfabetos. No eran raros, en el instituto y en el colegio, los huérfanos de guerra o de postguerra. A Viki (Vicenta) los maquis le habían matado a su padre, los hermanos Vizcaíno, madrileños, también eran huérfanos, y tenían becas para estudiar en el Colegio Menor. Quizá en el colegio había también huérfanos de guerra del bando republicano, pero no se sabía. Bibiano Tello, de Niebla, era el decano de los estudiantes, que dialogaba con el director algunas decisiones importantes. Era un hombre sensato y bueno, como la mayoría de los colegiales. El ambiente, a pesar de todo, no estaba muy politizado. La Falange

era una superestructura oficial a la que para nosotros no era necesario adherirse, y no lo hacíamos, aunque en algunos campamentos de verano llevásemos como uniforme la camisa azul. Para muchos era la única forma posible de veranear.

Aguilar, Cerrato, Barbosa, Nuñez, Patiño... esos eran algunas nombres. También estaban los motes. Hacíamos excursiones, algunas excepcionales. Para mi fue inolvidable la de una semana de duración con una tienda de campaña caminando hasta Isla Cristina. Hacíamos deportes. Fútbol y balón boleá, que tenía mucha aceptación en el colegio. Alguna vez, nos daban entradas para ir al teatro, y eso fue para muchos el primer contacto con los escenarios. Las fiestas más normales eran las de los fines de semana. Ir al cine, poder entrar en las películas de mayores, ir a los bailes, aprender a bailar, presumir de haber paseado o llevado al cine a alguna amiga muy guapa, presumir de algún lance erótico, comentar las películas con la profundidad de que éramos capaces. La época estaba marcada por grandes producciones. La gata sobre el tejado de zinc, Al este del Edén, Gigante, Esta tierra es mía.

El curso 1960-61 se terminó de construir el nuevo edificio del Colegio Menor, junto a la Morana, lo que entonces era el manicomio de Huelva, y nos trasladamos al edificio nuevo. A veces, desde lejos, oíamos gritar a los locos. Pero el edificio era más cómodo y confortable. Vino Franco a inaugurarlo, y estuvimos mucho tiempo ensayando la ceremonia de inauguración y la recepción. Creo que es la única vez que vi a Franco de cerca. A mis 16 años me chocó la diferencia entre lo que mi imaginación había fabulado de él y su presencia real. Me pareció un hombre normal, más bien poca cosa, y fue como una especie de decepción para mí.

El instituto, la escuela normal, la escuela de peritos de minas y el colegio menor eran las instituciones que constituían el máximo horizonte cultural en Huelva a finales de los 50. Había también teatro, cines, algunas exposiciones de pintura, alguna revista literaria y cenáculos poéticos. No sé si podía percibirse ya entonces el resurgimiento del país que iba a producirse en los 60, 70 y 80. En ese ambiente de preludio y de despertar empecé a abrirme a la vida, a tomar conciencia de mí mismo y a determinarme en algunos sentidos. Tomé las decisiones de hacerme filósofo, cristiano, liberal, fumador, porque tuve ocasión de

vivir experiencias intelectuales y político-religiosas que me hicieron ver la sintonía de mi carácter con todas esas formas de afrontar la vida.

Ahora Huelva tiene una universidad con un digno número de centros, sus pueblos tienen en su mayoría centros de enseñanza secundaria formación profesional, una industria conservera de pescado, hortalizas y fruta, unas empresas cárnicas con productos de primera calidad mundial, y una industria turística de primera fila.

Volver después de 45 años y encontrar todas esas mejoras en todos los sentidos, ensancha el alma y la llena de gratitud y satisfacción. Nadie tiene que irse al extranjero para encontrar un modo de ganarse la vida.

El curso 1961-62 me fui a Sevilla a empezar la carrera de Filosofía y Letras, y ya no volví a Huelva más que de visita, muchos años después. Todas estas mejoras son el fruto del trabajo de los que se quedaron, de las instituciones y personas que he mencionado, y del tono general del contexto, es decir, del clima general de la sociedad española. Todo eso hizo que Huelva cambiara tanto para bien, y todo eso hizo posible que yo me descubriera y encontrara conmigo mismo como lo hice. Huelva, el instituto y el colegio menor, mis maestros y mis compañeros de entonces, son la tierra, el agua y el sol con los que he crecido y desde donde se me ha dado una vida por la que tengo que expresar mi agradecimiento.

Sevilla, 26 de octubre de 2005.

Obras de Jacinto Choza

Antropologías positivas y Antropología Filosófica. Tafalla (Navarra): Cenlit, 1985. Segunda edición: Sevilla: Thémata, 2015.

La Supresión del Pudor y Otros Ensayos. Pamplona. EUNSA. (2) 1990. Tercera edición, Sevilla: Thémata, 2019.

Conciencia y Afectividad (Aristóteles, Nietzsche, Freud). Pamplona. EUNSA. (2) 1991. Tercera edición, Sevilla: Thémata, 2019.

Manual de Antropología Filosófica. Madrid. Rialp. 1988. Segunda edición: Sevilla: Thémata, 2016.

La Realización del hombre en la cultura. Madrid. Rialp. 1990. Segunda edición, Sevilla: Thémata, 2019.

Antropología de la Sexualidad. Madrid. Rialp. 1991. Segunda edición: Sevilla: Thémata, 2017.

Amor, Matrimonio y Escarmiento. Barcelona. Tibidabo Ediciones, S.A. 1991. Segunda edición: Sevilla: Thémata, 2017.

Al Otro Lado de la Muerte. las Elegías de Rilke. Pamplona. EUNSA. 1991. Segunda edición: Sevilla: Thémata, 2019.

Los Otros Humanismos. Pamplona. EUNSA. 1994.

Ulises, un Arquetipo de la Existencia Humana. Barcelona. Ariel. 1996. Segunda edición, Sevilla: Thémata, 2019.

San Agustín, Maestro de Humanismo. Sevilla. Fundación San Pablo Andalucía CEU, Servicio de Publicaciones. 1998.

Antropología Filosófica. las Representaciones de sí mismo. Madrid: Biblioteca Nueva. 2002. Segunda edición, Sevilla: Thémata, 2019.

Metamorfosis del cristianismo: Ensayo sobre la relación entre religión y cultura. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003. Segunda edición: Sevilla: Thémata, 2018.

Heidegger: 2º Bachillerato. Pozuelo de Alarcón, Madrid. Editex. 2003.

Locura y Realidad: Lectura Psico-Antropológica de el Quijote. Madrid, España. You & US, S.A. 2005.

Locura y Realidad. Lectura Psico-Antropológica del Quijote. Sevilla. Themata. 2006, (2), 2015.

La Danza de los Árboles. Sevilla, España. Themata. 2007.

Presencia Ausencia. Catálogo exposición de Melero. Alicante: Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2007.

Historia cultural del humanismo. Sevilla-Madrid: Thémata-Plaza y Valdés, 2009.

Breve historia cultural de los mundos hispánicos. Sevilla-Madrid: Thémata-Plaza y Valdés, 2010.

Historia de los sentimientos. Sevilla: Thémata, 2011.

Mutadismo. Catálogo exposición de Melero. Cartagena: Ayuntamiento de Cartagena, 2011.

Filosofía de la cultura. Sevilla: Thémata, 2013, (2) 2015.

Filosofía para Irene. Sevilla: Thémata, 2014.

Filosofía del arte y la comunicación. Teoría del interfaz. Sevilla: Thémata, 2015.

El culto originario: la religión paleolítica, Sevilla: Thémata, 2016.

La privatización del sexo. Sevilla: Thémata, 2016.

Philosophie für Irene. Sevilla: Thémata, 2017.

La moral originaria: la religión neolítica. Sevilla: Thémata, 2017.

La revelación originaria: la religión de la edad de los metales. Sevilla: Thémata, 2018.

La oración originaria: la religión de la Antigüedad. Sevilla: Thémata, 2019.

Filosofía de la basura. La responsabilidad global tecnológica y jurídica, Sevilla: Thémata, 2020.

El sexo de los ángeles. Sexo y género desde las bacterias a los robots, Sevilla: Thémata, 2020.

Religión oficial y religión personal en la época histórica, Sevilla: Thémata, 2020.

Religión para Irene, Sevilla: Thémata, 2021.

Historia del mal, Universidad San Dámaso, Madrid, 2021.

Volúmenes editados por Jacinto Choza

Identidad humana y fin del milenio. Sevilla: Thémata, 1999.

Infieles y bárbaros en las Tres Culturas. Sevilla: Fondo Editorial de la Fundación San Pablo Andalucía CEU. 2000.

Orden religioso y orden político en las tres culturas, Sevilla: Fondo Editorial de la Fundación San Pablo Andalucía CEU. 20010.

La Antropología en el Cine (2 vols.) Madrid: Ediciones del Laberinto, 2001.

Sentimientos y Comportamiento. Murcia. Universidad Católica San Antonio. 2003.

Antropología y ética ante los retos de la biotecnología. Sevilla: Thémata, 2004.

Infierno y Paraíso. El más allá en las tres culturas. Madrid, Biblioteca Nueva. 2004.

Danza de oriente y danza de occidente. Sevilla: Thémata, 2006.

La Escisión de las Tres Culturas. Sevilla: Thémata, 2008.

Estado, Derecho y Religión en Oriente y Occidente. Sevilla-Madrid. Plaza y Valdés. 2009.

La Idea de América en los Pensadores Occidentales. Sevilla-Madrid. Thémata-Plaza y Valdes. 2009.

Pluralismo y Secularización. Madrid: Plaza y Valdés, 2009.

Narrativas fundacionales de América Latina. Sevilla: Thémata, 2011.

Dios en las tres culturas. Sevilla: Thémata, 2012.

La Intelección. Homenaje a Leonardo Polo, Sevilla: Thémata. Revista de filosofía, n° 50, 2014.

Fibromialgia. Un diálogo terapéutico. Sevilla: Thémata, 2016.

Los ideales educativos de América Latina. Sevilla: Thémata, 2019.

Colecciones y títulos de Editorial Thémata

1. Colección Arte y Literatura

Directores: Francisco Rodríguez Valls, Miguel Nieto, Juan Carlos Polo Zambruno, Ernesto Sierra y Alejandro Colete.

Obras de creación literaria en general. Novela, relato, cuento, poesía, teatro. Guiones y textos para creaciones musicales, visuales, escénicas de diverso tipo, montajes, instalaciones y composiciones varias. Traducciones de textos literarios de los géneros mencionados.

1. *La Danza de los árboles*. Jacinto Choza.
2. *Cuentos e imágenes*. Francisco Rodríguez Valls.
3. *El linaje del precursor y otros relatos*. Francisco Rodríguez Valls.
4. *Filosofía y cine 1: Ritos*. Alberto Ciria (ed.).
5. *Cuentos completos. Oscar Wilde*. Edición de Francisco Rodríguez Valls.
6. *Poemas del cielo y del suelo*. Francisco Rodríguez Valls.
7. *II Certamen Literario Dos Hermanas Divertida*. Ayuntamiento de Dos Hermanas.
8. *Al otro lado de la muerte. Las elegías de Rilke*. Jacinto Choza.
9. *III Certamen Literario Dos Hermanas Divertida*. Ayuntamiento de Dos Hermanas.

10. *Museu da Agua*. Miguel Bastante.
11. *Museu da Electricidade*. Miguel Bastante.
12. *El réquiem de Weltschmerz II. Crisálidas de cristal*. Alejandro G. J. Peña.
13. *Por los siglos de los siglos, Amor*. Marisa Tripes.
14. *Ficciones para vivir*. Ana López Vega.
15. *Filosofía y cine 2: Naturaleza*. Alberto Ciria y Alejandro J.G. Peña (eds.)

2. Colección Cielo Abierto

Directores: Francisco Rodríguez Valls, José Julio Cabanillas, Jesús Cotta.

Colección de poesía antigua y actual en lengua española.

1. *Lengua en paladar: Poesía en Sevilla 1978-2018*. José Julio Cabanillas y Jesús Cotta (eds.).

3. Colección Estudios Thémata

Directores: Jacinto Choza, Francisco Rodríguez Valls, Juan José Padiá.

Trabajos de investigación personal y en equipo, específicos y genéricos, instantáneos y prolongados, concluyentes y abiertos a ulteriores investigaciones. Textos sobre estados de las cuestiones y formulaciones heurísticas.

1. *La interculturalidad en diálogo. Estudios filosóficos*. Sonia París e Irene Comins (eds).

2. *Humanismo global. Derecho, religión y género*. Sonia París e Irene Comins (eds).
3. *Fibromialgia. Un diálogo terapéutico*. Aymé Barreda, Jacinto Choza, Ananí Gutiérrez y Eduardo Riquelme (eds.).
4. *Hombre y cultura. Estudios en homenaje a Jacinto Choza*. Francisco Rodríguez Valls y Juan J. Padial (eds.).
5. *Leibniz en diálogo*. Manuel Sánchez Rodríguez y Miguel Escribano Cabeza (eds.).
6. *Historiografías político-culturales rioplatenses*. Jaime Peire, Arrigo Amadori y Telma Liliana Chaile (eds.).
7. *Afectividad y subjetividad*. Calisaya L., Choza J., Delgado P., Gutiérrez A., (eds.).
8. *Platón y Aristóteles. Nuevas perspectivas de metafísica, ética y epistemología*. Jaime Araos San Martín (ed.).
9. *Filosofía de la basura. La responsabilidad global tecnológica y jurídica*. Jacinto Choza.
10. *El sexo de los ángeles. Sexo y género desde las bacterias a los robots*. Jacinto Choza.
11. *Ciencia y filosofía. Estudios en homenaje a Juan Arana I*. Francisco Rodríguez Valls y Juan José Padial (eds.)
12. *Ciencia y filosofía. Estudios en homenaje a Juan Arana II*. Francisco Rodríguez Valls y Juan José Padial (eds.)

4.- Colección GNOMON. En coedición con Apeadero de aforistas
Directores: José Luis Trullo y Manuel Neila.

Textos de creación y análisis en torno al aforismo. Traducciones de clásicos. Reedición de libros descatalogados. Antologías de autores contemporáneos.

1. *El cántaro a la fuente. Aforistas españoles del s. XXI.* José Luis Trullo y Manuel Neila (eds.).
2. *La ignorancia. Las siete bestias, I.* Emilio López Medina.
3. *Dos por la tarde.* Juan Manuel Uría Iriarte.
4. *Meandros. En torno a Heráclito.* José Luis Trullo y Ander Mayora.
5. *Orfandad de Orfeo.* Antonio Rivero Taravillo.
6. *Escritos en el aire.* Ángel Crespo.
7. *La lógica del fósforo. Claves de la aforística española.* Demetrio Fernández Muñoz.
8. *La diversión. Las siete bestias, III.* Emilio López Medina.
9. *Palabras en curso.* Manuel Neila
10. *Fragua íntima.* Rafael Dieste

5.- Colección Historias Privadas.

Directores: Jacinto Choza, José Choza e Higinio Marín.

Textos de la vida personal y familiar, marginales al protagonismo de las actividades institucionales de diverso tipo.

1. *Necrológicas. Historia privada del nacional catolicismo.* Jacinto Choza
2. *El clan familiar Olmedo-Rivero 1931-1985.* Jesús Olmedo Rivero
3. *Cartas de la España pobre (1940-1960).* Jacinto Choza

6.- Colección HUMANITAS. Director: José Luis Trullo
Directores: Juan José Padial y Alberto Ciria.

Obras de autores consagrados en la historia del pensamiento, del arte, la ciencia y las humanidades. Obras anónimas de relevancia para una cultura o un periodo histórico. Clásicos del pasado y de la actualidad reciente.

1. *El desprecio del mundo.* Erasmo de Rotterdam.
2. *Filosofía y religión en el Renacimiento. De Gemisto Pletón a Galileo.* Miguel Á. Granada.

7. Colección Obras de Autor
Directores: Juan José Padial y Alberto Ciria.

Obras de autores consagrados en la historia del pensamiento, del arte, la ciencia y las humanidades. Obras anónimas de relevancia para una cultura o un periodo histórico. Clásicos del pasado y de la actualidad reciente.

1. *Desarrollo como autodestrucción. Estudios sobre el problema fundamental de Rousseau.* Reinhard Lauth.
2. *¿Qué significa hoy ser abrahamita?* Reinhard Lauth.
3. *Metrópolis.* Thea von Harbou.

4. *"He visto la verdad". La filosofía de Dostoievski en una exposición sistemática.* Reinhard Lauth.

5. *Lecciones sobre la filosofía del espíritu subjetivo. I. Introducciones.* G.W.F. Hegel.

Edición de Juan José Padial y Alberto Ciria.

6. *La exigencia ética.* K.E.Ch. Logstrup.

7. *Lecciones sobre la filosofía del espíritu subjetivo. II. Antropología.* G.W.F. Hegel.

Edición de Juan José Padial y Alberto Ciria.

En preparación.

8. *Lecciones sobre la filosofía del espíritu subjetivo. III. Fenomenología y Psicología.* G.W.F. Hegel.

Edición de Juan José Padial y Alberto Ciria.

8.- Colección Pensamiento

Directores: Jacinto Choza, Juan José Padial, Francisco Rodríguez Valls.

Ensayos y estudios sobre ciencias y técnicas, ciencias naturales, ciencias sociales y ciencias humanas. Investigaciones personales y de equipo, memorias y, en general, toda aportación que contribuya a un mejor conocimiento y una mejor comprensión del cosmos y de la historia.

1. *La recomposición de la crisma. Guía para sobrevivir a los grandes ideales.* Satur Sangüesa.

2. *Locura y realidad. Lectura psico-antropológica del Quijote.* Juan José Arechederra y Jacinto Choza.

3. *Aristotelismo.* Jesús de Garay.

4. *El nacimiento de la libertad*. Jesús de Garay.
5. *Historia cultural del humanismo*. Jacinto Choza.
6. *Antropología y utopía*. Francisco Rodríguez Valls.
7. *Neurofilosofía: Perspectivas contemporáneas*. Concepción Diosdado, Francisco Rodríguez Valls, Juan Arana.
8. *Breve historia cultural de los mundos hispánicos. La hispanidad como encuentro de culturas*. Jacinto Choza y Esteban Ponce-Ortíz.
9. *La nostalgia del pensar. Novalis y los orígenes del romanticismo alemán*. Alejandro Martín Navarro.
10. *Heráclito: naturaleza y complejidad*. Gustavo Fernández Pérez.
11. *Habitación del vacío. Heidegger y el problema del espacio después del humanismo*. Rosario Bejarano Canterla.
12. *El principio antropológico de la ética. En diálogo con Zubiri*. Urbano Ferrer Santos.
13. *La ética de Edmund Husserl*. Urbano Ferrer Santos y Sergio Sánchez-Migallón.
14. *Celosías del pensamiento*. Jesús Portillo Fernández.
15. *Historia de los sentimientos*. Jacinto Choza.
16. *¿Cómo escriben los estudiantes universitarios en inglés? Claves lingüísticas y de pensamiento*. Rosa Muñoz Luna.
17. *Filosofía de la Cultura*. Jacinto Choza.
18. *La herida y la súplica. Filosofía sobre el consuelo*. Enrique Anrubia.

19. *Filosofía para Irene*. Jacinto Choza.
20. *La llamada al testigo. Sobre el Libro de Job y El Proceso de Kafka*. Jesús Alonso Burgos.
21. *Filosofía del arte y la comunicación. Teoría del interfaz*. Jacinto Choza.
22. *El sujeto emocional. La función de las emociones en la vida humana*. Francisco Rodríguez Valls.
23. *Racionalidad política, virtudes públicas y diálogo intercultural*. Jesús de Garay y Jaime Araos (editores).
24. *Antropologías positivas y antropología filosófica*. Jacinto Choza.
25. *Clifford Geertz y el nacimiento de la antropología posmoderna*. Jacobo Negueruela.
26. *Ensayo sobre la Ilíada*. Bartolomé Segura.
27. *La privatización del sexo*. Jacinto Choza y José María González del Valle.
28. *Manual de Antropología filosófica*. Jacinto Choza.
29. *Antropología de la sexualidad*. Jacinto Choza.
30. *Philosophie für Irene*. Jacinto Choza.
31. *Amor, matrimonio y escarmiento*. Jacinto Choza.
32. *El arte hecho vida. Reflexiones estéticas de Unamuno, d'Ors, Ortega y Zambrano*. Alfredo Esteve.
33. *Sebreli, la Ilustración argentina*. José Manuel Sánchez López.

34. *La experiencia de la persona en el pensamiento de Edith Stein*. Ananí Gutiérrez Aguilar.
35. *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*. Jacinto Choza y Pilar Choza.
36. *Antropología filosófica. Las representaciones del sí mismo*. Jacinto Choza.
37. *La supresión del pudor y otros ensayos*. Jacinto Choza.
38. *La realización del hombre en la cultura*. Jacinto Choza.
39. *Conciencia y afectividad (Aristóteles, Nietzsche, Freud)*. Jacinto Choza.
40. *Interés, atención, verdad. Una aproximación fenomenológica a la atención*. Jorge Montesó Ventura.
41. *Palabras ante el suicidio*. Ana López Vega.
42. *La persona y su entorno. Bases de un personalismo analógico*. Mauricio Beuchot.
43. *Philosophy of culture*. Jacinto Choza.
44. *Philosophy for Irene*. Jacinto Choza.
45. *Los otros humanismos*. Jacinto Choza.
46. *La nostalgia de Ciorán*. Catalina Elena Dobre.
47. *La perspectiva nostálgica*. Jorge Montesó-Ventura.

9.- Colección Problemas Culturales

Directores: Marta Betancurt, Jacinto Choza, Jesús de Garay y Juan José Padial.

Investigaciones y estudios sobre temas concretos de una cultura o de un conjunto de culturas. Investigaciones y estudios transculturales e interculturales. Con atención preferente a las tres grandes religiones mediterráneas, y a las áreas de América y Asia oriental.

1. *Danza de Oriente y danza de Occidente.* Jacinto Choza y Jesús de Garay.

2. *La escisión de las tres culturas.* Jacinto Choza y Jesús de Garay.

3. *Estado, derecho y religión en Oriente y Occidente.* Jacinto Choza y Jesús de Garay.

4. *La idea de América en los pensadores occidentales.* Marta C. Betancur, Jacinto Choza, Gustavo Muñoz.

5. *Retórica y religión en las tres culturas.* Jesús de Garay y Alejandro Colete.

6. *Narrativas fundacionales de América Latina.* Marta C. Betancur, Jacinto Choza, Gustavo Muñoz.

7. *Dios en las tres culturas.* Jacinto Choza, Jesús de Garay, Juan José Padial.

8. *La independencia de América. Primer centenario y segundo centenario.* Jacinto Choza, Jesús Fernández Muñoz, Antonio de Diego y Juan José Padial.

9. *Pensamiento y religión en las Tres Culturas.* Miguel Ángel Asensio, Abdelmumin Aya y Juan José Padial.

10. *Humanismo Latinoamericano*, Juan J. Padial, Victoria Sabino, Beatriz Valenzuela (eds.).

11. *Los ideales educativos de América Latina*, J. Choza, K. Rodríguez Puerto, E. Sierra.

10.- Colección Sabiduría y Religiones

Directores: José Antonio Antón Pacheco, Jacinto Choza y Jesús de Garay.

Textos de carácter sapiencial de las diferentes culturas. Textos sagrados y sobre lo sagrado y textos religiosos de las diferentes confesiones de la historia humana. Textos pertenecientes a confesiones y religiones institucionalizadas del mundo.

1. *El culto originario: La religión paleolítica*. Jacinto Choza.

2. *La religión de la sociedad secular*. Javier Álvarez Perea.

3. *La moral originaria: La religión neolítica*. Jacinto Choza.

4. *Metamorfosis del cristianismo. Ensayo sobre la relación entre religión y cultura*. Jacinto Choza.

5. *La revelación originaria: La religión de la Edad de los Metales*. Jacinto Choza.

6. *Rābi'a de Basora. Maestra mística y poeta del amor*. Ana Salto Sánchez del Corral.

7. *Vigencia de la cultura griega en el cristianismo*. José María Garrido Luceño.

8. *Desarrollo doctrinal del cristianismo*. José María Garrido Luceño.

9. *La oración originaria: La religión de la Antigüedad*. Jacinto Choza.
10. *Religión oficial y religión personal en la época histórica*. Jacinto Choza.
11. *Evangelio de Marcos. Historia cultural*. Jacobo Negueruela y Álvaro Berrocal.
12. *Religión para Irene*. Jacinto Choza.
13. *La Iglesia de Jesús en el mundo posmoderno*. Jesús Olmedo
14. *Secularización*. Jacinto Choza
15. *Historia del mal*. Jacinto Choza



Este libro se terminó de imprimir
el día 17 de marzo de 2022,
Festividad de Santa Gertrudis.

